

CRISTO EN LA COLUMNA

Interpretación de una de las escenas más patéticas de la Pasión, el cuadro que reproducimos en esta página tiene todos los elementos necesarios para llevar la emoción hondamente a los espíritus menos piadosos. Jesús, azotado, tiene en él la resignación divina que contrasta con los gestos de saña de sus martirizadores

DEL ROMANCERO ESPIRITUAL DE LOPE DE VEGA

AL PONER A CRISTO EN LA CRUZ

En tanto que el hoyo cavan
adonde la cruz asienten
en que al Cordero levantan
figurado por la sierpe.
Aquella ropa inconsútil
que de Nazareth ausente
labró la hermosa María
después de su parto alegre,
de sus delicadas carnes.
Quitán con manos alevés
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte.
No bajan á desnudarle
los espíritus celestes,
sino soldados que luego
sobre su ropa echen suertes.
Quitáronle la corona,
y abriéronse tantas fuentes,
que todo el cuerpo divino
cubre la sangre que vierten.
Al despegarle la ropa,
las heridas reverdecen;
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.
Alma pegada en tus vicios,
si no puedes ó no quieres
despegarte en tus costumbres,
piensa en esta ropa, y puede.
A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven,
que para mayor dolor
le coronaron dos veces.
Asió la sogá un soldado,
tirando á Cristo de suerte
que donde va por su gusto
quiere que por fuerza llegue.
Dió Cristo en la cruz de ojos,
arrojado de la gente,
que primero que la abraza
quieren que también la bese.
¡Qué cama os está esperando,
mi Jesús, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado
siquiera á morir se acueste!
¡Oh, qué almohada de rosas
las espinas os prometen!
¡Qué corredores dorados
los duros clavos crueles!
Dormid en ella, mi amor,
para que el hombre despierte,
aunque más dura se os haga
que en Belén entre la nieve.
Que, en fin, aquella tendría
abrigo entre las paredes,
las tocas de vuestra Madre
y el heno de aquellos bueyes.
¡Qué vergüenza le daría
al Cordero santo en verse,
siendo tan honesto y casto,
desnudo entre tanta gente!
¡Ay, divina Madre suya!
Si ahora llegais á verle
en tan miserable estado,
¿quién ha de haber que os consuele?
Mirad, Reina de los cielos,
si el mismo Señor es este,
cuyas carnes parecían
azucenas y claveles.
Mas, ¡ay, Madre de piedad,
que sobre la cruz le tienden
para tomar la medida
por donde los clavos entren!
¡Oh, terrible desatino!
Medir al Inmenso quieren;
pero bien cabrá en la cruz
el que cupo en el pesebre.
Ya Jesús está de espaldas,
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura,
ya por descanso la tiene.
Alma de pórvido y mármol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo;
no te despierte la muerte,

AL LEVANTARLE EN LA CRUZ

Vuestro esposo está en la cama:
alma, siendo vos la enferma,
partamos á visitarle,
que dulcemente se queja.
En la cruz está Jesús,
adonde dormir espera
el postrer sueño por vos:
bien será que estéis despierta.
Llegad, y miradle echado;
enjugadle la cabeza,
que el rocío desta noche
le ha dado sangre por perlas.
Mas, ¿cómo podría dormir?
Que ya la mano siniestra
la clava un fiero verdugo:
nervios y ternillas suenan.
Poned, alma, el corazón
si llegar á Cristo os dejan,
entre la cruz y la mano,
porque os la claven con ella.
Mas, ¡ay Dios!, que ya le tiran
de la mano, que no llega
al barreno, que en la cruz
hicieron las suyas fieras.
Con una sogá doblada
atan la mano derecha
del que á desatar venía
tantos esclavo con ella.
De su delicado brazo
tiran todos con tal fuerza,
que todas las coyunturas
le desencajan y quiebran.
Alma, lleguemos ahora
en coyuntura tan buena,
que no la hallaréis mejor,
aunque está Cristo sin ellas.
Ya clavan la diestra mano
haciendo tal resistencia
el hierro, entrando el martillo,
que parece que le pesa.
Los pies divinos traspasan,
y cuando el verdugo yerra
de dar en el clavo el golpe,
en la santa carne acierta.
Hasta los pies y las manos
de Jesús los clavos entran;
pero á la Virgen María
las entrañas le atraviesan.
No dan golpes los martillos
que en las entrañas no sean
de quien fué la carne y sangre
que vierten y que atormentan.
A Cristo en la cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,
y á María crucifican
la alma con clavos de penas.
Al levantar con mil gritos
la soberana bandera
con el Cordero por armas,
imagen de su inocencia,
cayó la viga en el hoyo,
y antes de tocar la tierra,
desgarrándose las manos,
dió en el pecho la cabeza.
Salió de golpe la sangre,
dando color á las piedras,
que pues no la tiene el hombre,
bien es que tenga vergüen a.
Abriéronse muchas llagas,
que del aire estaban secas,
y el inocente Jesús
de dolor los ojos cierra.
Pusiéronle á los dos lados
dos ladrones por afrenta,
que á tanto llega su envidia,
que quieren que lo parezca.
Poned los ojos en Cristo,
alma, este tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad á su muerte atenta.
Decidle: Dulce Jesús,
vuestra cruz mi gloria sea.
Animo, á morir, Señor,
para darme gloria eterna.

A CRISTO EN LA CRUZ

¿Quién es aquel caballero,
herido por tantas partes,
que está de expirar muy cerca
y no le socorre nadie?
Jesús Nazareno dice
aquel rótulo notable.
¡Ay Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!
Después del reino y la patria,
Rey dice más adelante;
pues si es rey, ¿cuándo de espinas
han usado coronarse?
Dos cetros tiene en las manos,
mas nunca he visto que claven
á los reyes con los cetros
los vasallos desleales.
Unos dicen que si es rey,
de la cruz descienda y baje,
y otros, que salvando á muchos,
á sí no puede salvarse.
De luto se cubre el cielo,
y el sol de sangriento esmalte,
ó padece Dios, ó el mundo
se disuelve y se deshace.
Al pie de la cruz, María
está en dolor tan constante
mirando al sol, que se pone
entre arreboles de sangre.
Con ella su amado primo,
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos,
más tierno porque se parte.
¡Oh, lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante,
como Madre la de Dios,
y lo que Dios, Dios lo sabe.
Alma, mirad cómo Cristo
para partirse á su Padre,
viendo que á su Madre deja,
le dice palabras tales:
Mujer, veis ahí á tu Hijo,
Y á Juan, ves ahí á tu madre.
Juan queda en lugar de Cristo.
¡Ay, Dios, qué favor tan grande!
Viendo, pues, Jesús, que todo
ya comenzaba á acabarse,
«Sed tengo», dijo; que tiene
sed de que el hombre se salve.
Corrió un hombre y puso luego
á sus labios celestiales
en una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.
En la boca de Jesús
pones hiel, hombre; ¿qué haces?
Mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.
Advierte que en ella puso,
con sus pechos virginales;
una ave su blanca leche,
á cuya dulzura sabe.
Alma, sus labios divinos,
cuando vamos á rogarle,
¿cómo con vinagre y hiel
jarán respuesta suave?
Llegad á la Virgen bella
y decidle con el Angel:
Ave, quitad su amargura,
pues que de gracia sois ave;
sepa al vientre el fruto santo,
y á la dulce palma el dátil;
si tiene el alma á la puerta,
no tengan hiel los umbrales.
Y si dais leche á Bernardc.
porque de madre os alabe,
mejor Jesús la merece,
pues Madre de Dios os hace.
Dulcísimo Jesús mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme
Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

IMÁGENES DE LAS PROCESIONES DE LA SEMANA SANTA EN MÁLAGA

Si Sevilla y Murcia pueden considerarse como relicarios predilectos del arte de Sutillo y Salzillo, Málaga puede, por el mismo motivo, llamarse el Museo principal de las obras del magno escultor Pedro de Mena, cuyas más notables imágenes y obras han quedado adscritas al tesoro artístico de las basílicas malacitanas.

El famoso Coro de la Catedral de Málaga es, sin duda, la obra más considerable y de mayor empeño que en su fecundísima vida realizara el gran imaginero, y todos los críticos de arte están contestes en considerarlo como uno de los mejores de toda España.

Don Pelayo Quintero lo conceptúa como digno de equipararse a la sillería de El Escorial, que es la que mejor puede servir de punto de comparación; y el sabio académico D. Ricardo de Orueta y Duarte, que es el que mejor ha buceado en toda la obra de Mena, hace la menuda exégesis de cada una de las figuras que ornán los sitiales del Coro, pudiendo considerarse su labor como definitiva en el aquilatamiento de los aciertos artísticos y méritos acumulados en lo que constituye sin duda la mejor joya de la Catedral de Málaga.

Abundan tanto las maravillas acumuladas por el arte en las sillerías de coro españolas, que para que una llame la atención como la que nos ocupa, es porque el artífice supo esmerarse en la concepción y desarrollo de un criterio artístico que se saliese de la vulgaridad, cosa bien difícil cuando la libertad del artista está siempre sujeta á ciertos ritos obligados, como acontece en todo el arte religioso en general.

Si bien el arte de Mena se derramó abundantemente por doquier, como lo evidencia el Catálogo copioso que integra la notable obra del señor Orueta, las imágenes más notables han quedado en Málaga, de donde fué constante vecino y donde muriera. Algunas de ellas constituyen el pretexto de varias Cofradías religiosas, que de tiempo inmemorial salen á pasearlas en solemnes procesiones durante la Semana Santa, y que en estos últimos años han llegado á adquirir un grado de suntuosidad y esplendor que difícilmente puede igualarse.



Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Animas, vulgarmente cono-

Tres imágenes, sobre todo, constituyen en Málaga las obras maestras del gran escultor. Una de ellas, la principal sin duda, es el crucifijo conocido por el Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Animas, más vulgarmente conocido por el Cristo de Mena, que se venera en la iglesia parroquial de Santo Domingo. Esta notable escultura yacía casi olvidada, no hacía mucho tiempo aún, en una oscura capilla, cuando un sabio jesuita la descubrió como el crucifijo citado por Palomino, y consiguió que se la colocase en un altar más principal, donde pudiera ser venerado por los fieles y admirado por los devotos del arte también.

De él dice el Sr. Orueta que la cabeza está admirablemente trabajada; impone y sobrecoge sin recurrir á notas melodramáticas ni á contorsiones patéticas: le bastan para ello la severidad de sus facciones y el matiz sombrío, profundamente sombrío, que la muerte le ha impreso. Forma un felicísimo contraste con la fresca riente y sensual de todo el cuerpo. Los pies y las manos son de una labor impecable...

Un defecto justo se señala á esta maravillosa obra de arte, y el concienzudo exégeta que es el Sr. Orueta no deja de señalarlo; y es la incomprendible desproporción de los brazos, que resultan precarios para el cuerpo, como podrá apreciarse.

Dos imágenes de Dolosas dejó el arte de Mena en Málaga. Una de ellas que se venera en la parroquia de San Pablo bajo la advocación de Nuestra Señora de la Soledad, y la otra bajo la de Nuestra Señora de los Dolores, en la iglesia parroquial de los Santos Mártires.

Ambas reflejan el mismo momento pasional de la Virgen, y, sin embargo, ha sido expresado por el artista de modo diferente, tanto en la expresión del rostro como en la actitud.

En la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, de San Pablo, la actitud de la Virgen es implorante, como si pidiera al Cielo que tuviera piedad de sus magnos dolores y apartara de ella el cáliz amargo de sus torturas. Sus ojos lloran dulcemente, como con resignación, con humildad, siendo las manos las que suplican, las que imploran, las que impetran.



Imagen y trono de Jesús Nazareno del Paso, una de las esculturas más notables de las procesiones de la Semana Santa de Málaga



Imagen de la Virgen de la Soledad, de la Parroquia de Santo Domingo, de Málaga, que anualmente es sacada en solemne procesión durante las fiestas de Semana Santa



Imagen de la Virgen de la Esperanza, de la Parroquia de Santo Domingo, de Málaga, que constituye uno de los Pasos más lujosos de las célebres procesiones de la Semana Santa malagueña



Rostro de la imagen de la Virgen de los Dolores, de la Parroquia de los Santos Mártires, de Málaga, obra de Pedro de Mena

El convencionalismo habitual en las imágenes de las Vírgenes Dolorosas estriba en la edad que representan casi siempre: mujeres jóvenes, casi doncellas, tipo invariable de Inmaculada, cuando al advenir el sacrificio de Cristo a los treinta y tres años, su Madre debería andar alrededor de los cincuenta.

Otro escollo que el artista tiene que salvar es la belleza de que debe dotar al rostro: belleza mística, distante por completo de la pagana, que no sepa despertar ningún sentimiento sensual. Y en ambas esculturas el arte de Mena supo hermanar la belleza del rostro con el respeto de la religión. El dolor profundo que anima los semblantes no aminora la pureza y serenidad de las facciones que mueven á piedad y devoción, á profunda conmiseración. Es el drama de la madre que llora la muerte del hijo, drama repetido millones de veces en la vida de la Humanidad, y que cada una llora con toda intensidad y dolor, como si su dolor inundara con su magnitud toda su existencia.

La Virgen de los Dolores de la parroquia de los Santos Mártires inspira al gran crítico Sr. Orueta y Duarte las siguientes palabras:

«Esta hermosísima cabeza, aunque de un trabajo sumamente sobrio y simplificado, es quizá la escultura más rica de expresión y mejor sorprendida de todas las de Pedro de Mena.

«No es otra cosa que un simple estudio del dolor humano, una visión directa y personal de un momento psicológico que sorprende por su vitalidad y emociona por su feliz expresión. Todo está en esta cabeza observado y sentido: no hay un solo prejuicio artístico ni receta de taller, de las que tanto abundan, incluso en otras esculturas posteriores del mismo artista. Se ha escogido el instante pasional en que el sufrimiento, en fuerza de ser agudo, llega á producir un cansancio, un desvarío, un abatimiento moral que deja el alma insensible y destrozada. Esa pobre mujer,

rendida de llorar, se detiene un momento á contemplar su dolor. Los ojos, muy abiertos y muy fijos, casi de loca, no miran. La atención, si la hay, está puesta en el interior. Tampoco lloran ya. Tras de ellos están pasando cosas muy tristes, tranquilos ahora, pero violentos antes, aunque nunca debieron ser estridentes.»

Otras imágenes menos señaladas, pero lujosamente ataviadas y sobre magníficos tronos, constituyen el núcleo de suntuosas procesiones, como son la Virgen de la Soledad y la Virgen María Santísima de la Esperanza, de la parroquia de Santo Domingo, y, sobre todo, Jesús Nazareno del Paso, que tiene el privilegio, al paso por la cárcel de Málaga, de poder sacar un preso, previamente elegido, por supuesto.

Muchas imágenes más, antiguas y modernas, se sacan en las veintitantas procesiones que integran la Semana Santa malagueña, cuya completa reproducción sería harto copiosa. Pero las Vírgenes adolecen de la general monotonía de sus lujosísimos tronos y doseles, y sus suntuosísimas pero parecidísimas túnicas. Y las esculturas modernas son producto de industriales imagineros, á los que no suele siempre acompañar una depurada inspiración artística.

Es fenómeno habitual en estos tiempos considerar que la imaginería religiosa debè ser producto industrial de especialistas en recetas de taller, como muy acertadamente hablaba el Sr. Orueta, cuando los grandes escultores de la altura de Benlliure, Blay, Marinas, etc., cultivadores preferentes de los ritmos clásicos paganos, podrían muy bien enriquecer el acervo del arte religioso, si entidades como la Agrupación de Cofradías de Málaga, por ejemplo, en vez de solicitar el concurso de los industriales imagineros, contratase con artistas de tamaña magnitud la modelación de nuevos pasos. Saldrían ganando el Arte y la Religión.

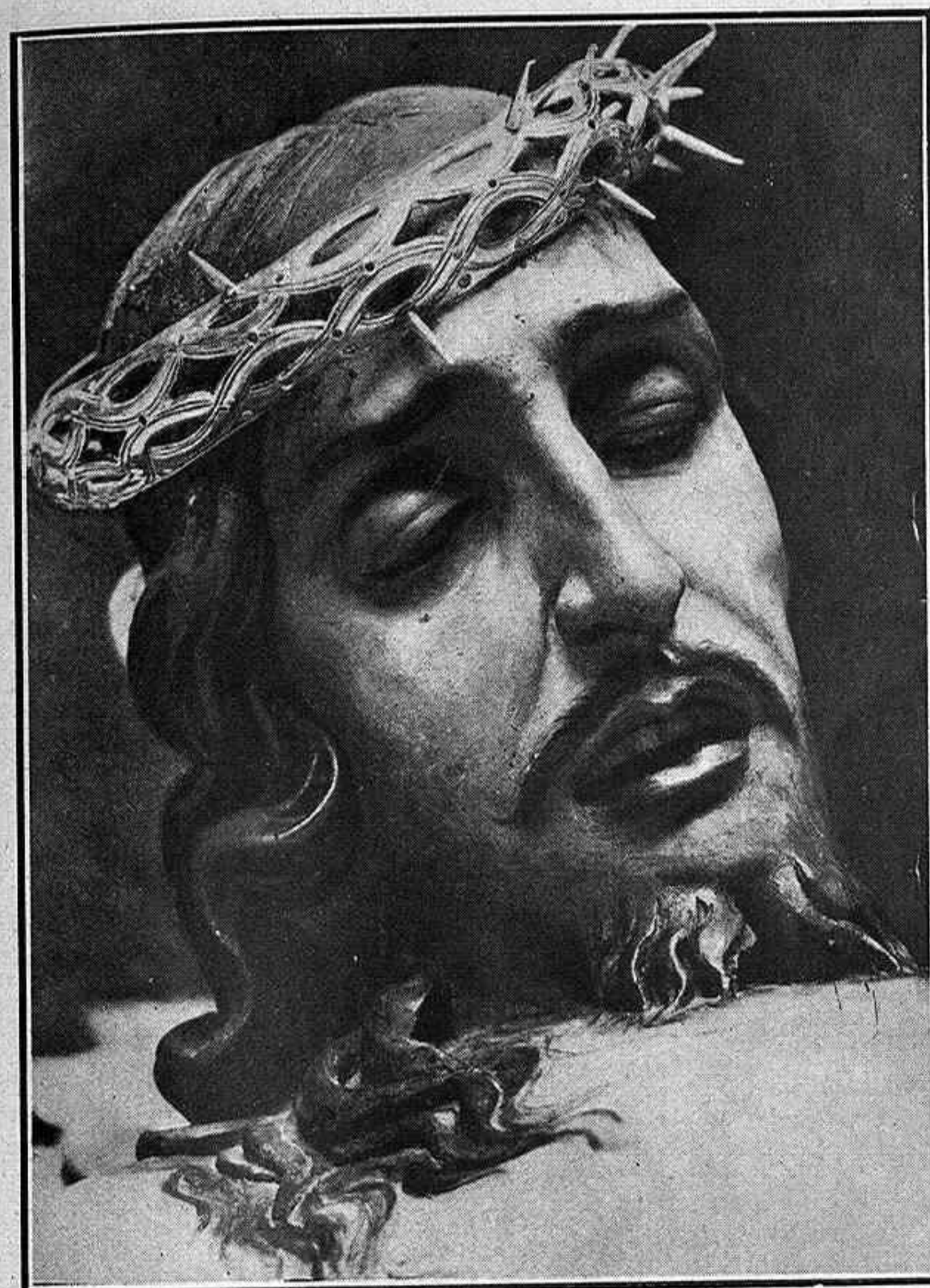
GUILLERMO RITTWAGEN



Rostro de la Virgen de la Soledad, en el que culminó el arte inimitable del gran artista Pedro de Mena

SEMANA SANTA EN GRANADA

GRANADA la Bella», la ciudad mágica, se prepara para celebrar sus festivales religiosos de Semana Santa, y en estos días se observa una febril actividad para prepararlo todo y prepararse para presenciar el paso de las cofradías y sus magníficas imágenes, obra de gloriosos artistas de siglos pasados, que en suntuosas



Detalle del rostro del admirable Cristo de la Expiración. La cabeza nazarena, espléndida é impresionante por su dramatismo, descansa en el hombro, sobre los revueltos cabellos, que avanzan hacia el pecho, en el que la barba se hunde y reposa

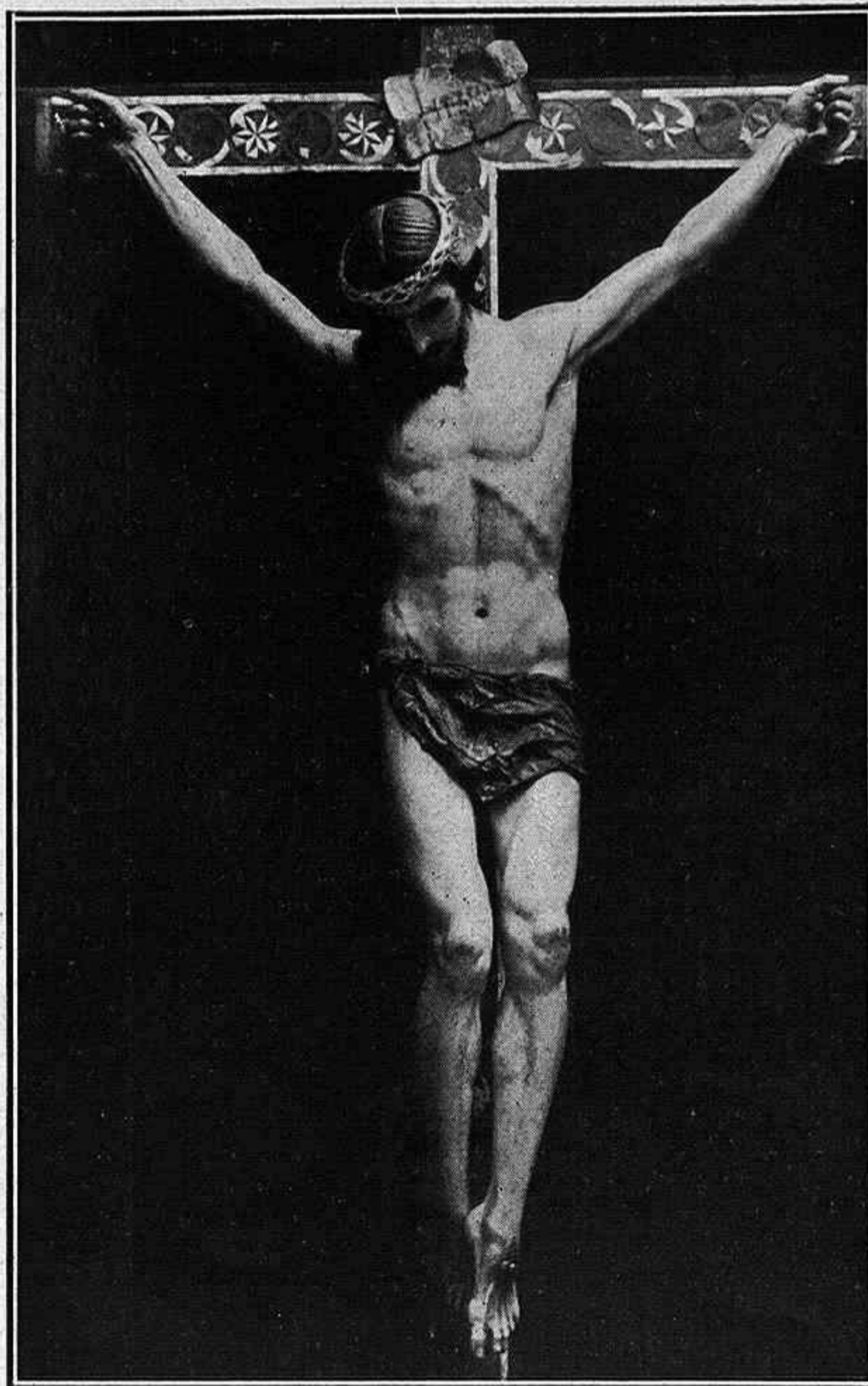
procesiones desfilan por las principales avenidas, siendo presenciadas por todos sus habitantes, que con fervor ardiente admiran la magnificencia de sus tronos, que hoy pueden parangonarse con los de Sevilla y Málaga.

Granada, tierra de privilegio, porque su Patrona la Santísima Virgen de las Angustias así lo quiso, de elevado renombre por su bellísimo aspecto artístico, visitada por miles y miles de turistas, ansiosos de saturarse de su esplendoroso arte morisco.

Granada, asentada sobre una vega de valor incalculable por su extraordinaria feracidad, su suelo maravilloso no recibe descanso, llegando á dar hasta

tres cosechas al año, ayudado por su clima y por su sistema de riegos. Adviértese en Granada un poderoso resurgir de todas las actividades, y principalmente de su vida económica; el movimiento comercial es grande; hay obras urbanas por todas partes; se construyen centenares de casas; rebosan de público los cafés y teatros; su riquísima industria azucarera, cuyos productos se consumen en toda España, y que está en pleno florecimiento, todo da un gran aspecto de riqueza.

Este estado de prosperidad y riqueza da un aspecto riente y alegre á la población, que resulta animadísima y simpática para los miles de turistas que la visitan, y,



CRISTO DE LA EXPIRACION

Magnífica obra escultórica de José de Mora, llamado por los críticos de arte «El Cristo Andaluz», y que se considera sin igual en España por su belleza y perfección técnica

por último, cuenta Granada con una de las maravillas del mundo: la Alhambra, antigua fortaleza de los reyes moros, desde donde ejercían dominio sobre este ensalzado paraíso terrenal.

Hay que reconocer legalmente que la mayor parte de la prosperidad de Granada se debe á la buena administración de su Ayuntamiento, modelo de cabildos municipales, y cuyo concejo lo forman un puñado de hombres emprendedores y celosos del cumplimiento de sus deberes como apasionados amantes de su tierra, que no descansan en laborar por Granada y para Granada.

B. ROMERO

Granada y Abril, 1928.



La célebre Cofradía albaicinerá del Cristo de El Salvador, que recorre las más típicas calles del Albaicín, en Granada

L A S S I E T E P A L A B R A S

Primera palabra: "PATER DIMITTE ILLIS: NON ENIM SCIUNT QUID FACIUNT."
(Padre: perdónalos, porque no saben lo que hacen.) [Luc. XXIII, 34.]

DOQUIER es Dios grande y digno de alabanza; doquier la creación es pregonera de sus glorias; pero en sus designios providenciales diríase que Dios se ha complacido en elegir la cima de los montes para ofrecer los sacrificios más excelsos de su misericordia, para realizar los prodigios mayores de su amor.

Sobre los picos del Ararat se detiene el arca salvadora de Noé, segunda cuna del género humano; en la cumbre del Sinaí, Dios entrega á Moisés el Decálogo, escrito en dos tablas de piedra; la cima del Tabor contempla á Jesucristo transfigurado, vestido con regia túnica de luz increada, y más alta en la geografía del corazón que esas excelsas cumbres, en montaña célebre de Galilea, oye el mundo de labios de Jesús aquel sermón sublime, las Bienaventuranzas, latido de amor del corazón divino, donde se dan estrecho abrazo todas las miserias del hombre con todas las misericordias de Dios.

Allí, Cristo santifica la pobreza, y el dolor, y la humildad, y la misericordia; allí, dice á la muchedumbre que le rodea, y en aquella muchedumbre al género humano: «Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amáis á los que os aman, ¿qué recom-

pensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? ¿Y si no saludáis más que á vuestros hermanos, qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

¡Qué frases tan augustas! Sólo el Verbo de Dios podía pronunciarlas; sólo el amor encarnado podía darles traducción en adecuado lenguaje: en el lenguaje de la sangre, del sacrificio, del dolor; y esa traducción se hace en el monte más elevado de la tierra, en la cima del Gólgota.

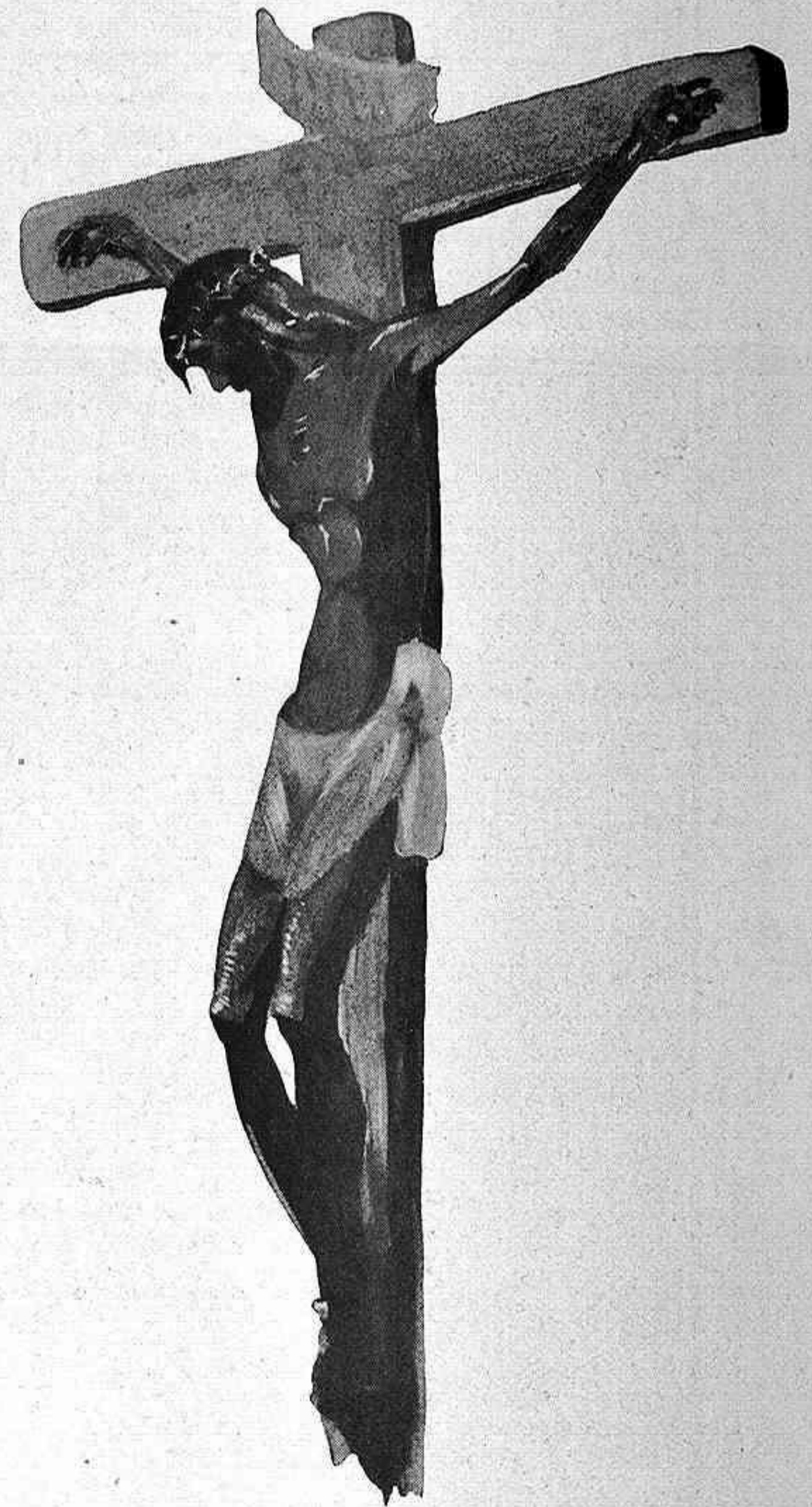
El egoísmo, consecuencia de la primera culpa, era el veneno que circulaba á torrentes por las venas de la humanidad. No ha aprendido el egoísmo á perdonar; no se satisface sino con la represalia, que pisotea toda justicia, y con la venganza, que lleva la serpiente del odio enroscada en el pecho. Así es que, apenas el género humano se desparrama por la tierra, sangre fratricida mancha las primeras páginas de la Historia. Caen los Imperios asiáticos los unos sobre los otros, como manadas de fieras contra manadas de fieras. Alejandro, primero, y Roma, después, van cortando por toda la redondez del globo los laureles empapados en lágrimas y sangre de la victoria.

Y como los pueblos, así los hombres; creados para amarse como hermanos, se destrozan como enemigos. El *homo homini lupus*, antes de pronunciarse en la edad moderna, se encontraba ya traducido en las acciones de la edad antigua. La venganza atravesaba en carroza triunfal la tierra, y Caín proyectaba su sombría silueta en los horizontes del mundo, chorreando sus manos sangre inocente. Era preciso cerrar la llaga cancerosa; preciso proclamar la Ley de la misericordia y el perdón; y en el Gólgota, y desde la cruz la proclama Cristo.

Aquel pueblo de Jerusalén, que nos enseña con sus entusiasmos del Domingo de Ramos y sus odios del Viernes de Pasión, cuán veleidosas son las muchedumbres, cuán pronto se rompe la frágil caña del aplauso popular entre las manos, de quien en la opinión popular se apoya, hormigueando al pie del madero, donde Cristo muere, ha substituído el *hosanna* entusiasta por el rugido del *crucifige*. «¡Salve, oh Rey de los Judíos! Si eres hijo de Dios, baja de la cruz. Salvaste á los demás, y no puedes salvarte á ti mismo.» He aquí los gritos de mofa, que restallan, como silbidos de víbora, en los aires. Todo es insulto, todo befa, todo escarnio contra Jesús... Los pueblos todos, aun los más abyectos, han reconocido la santidad de la desgracia: *Res sacra miser*. Sólo el pueblo judío pisotea lo que respeta hasta el pueblo salvaje en sus bosques: la majestad del infortunio, la majestad de la muerte.

¿Qué partido adoptará el divino Agonizante de la cruz? ¿El del castigo? ¿El de la venganza? ¿Sobre aquella manada de fieras, en cuyo pecho hierve el volcán del odio, fulminará su cólera el Creador del Universo, el que ha dado su aliento al huracán, su estampido al trueno y su fuerza aterradora á la borrasca? ¿Se abrirán sus labios para pedir fuego que les abrase, como pidiera Elías, ó para maldecir, como David y Eliseo, á los que les befaban? Oidle, cristianos, y para escucharle haced que se suba al oído el corazón. Sus ojos se levantan á la altura, y sus labios se abren, pronunciando la primera palabra de su testamento de amores: ¡Padre: perdónalos, porque no saben lo que hacen!

Ha hablado el cielo, ha empe-



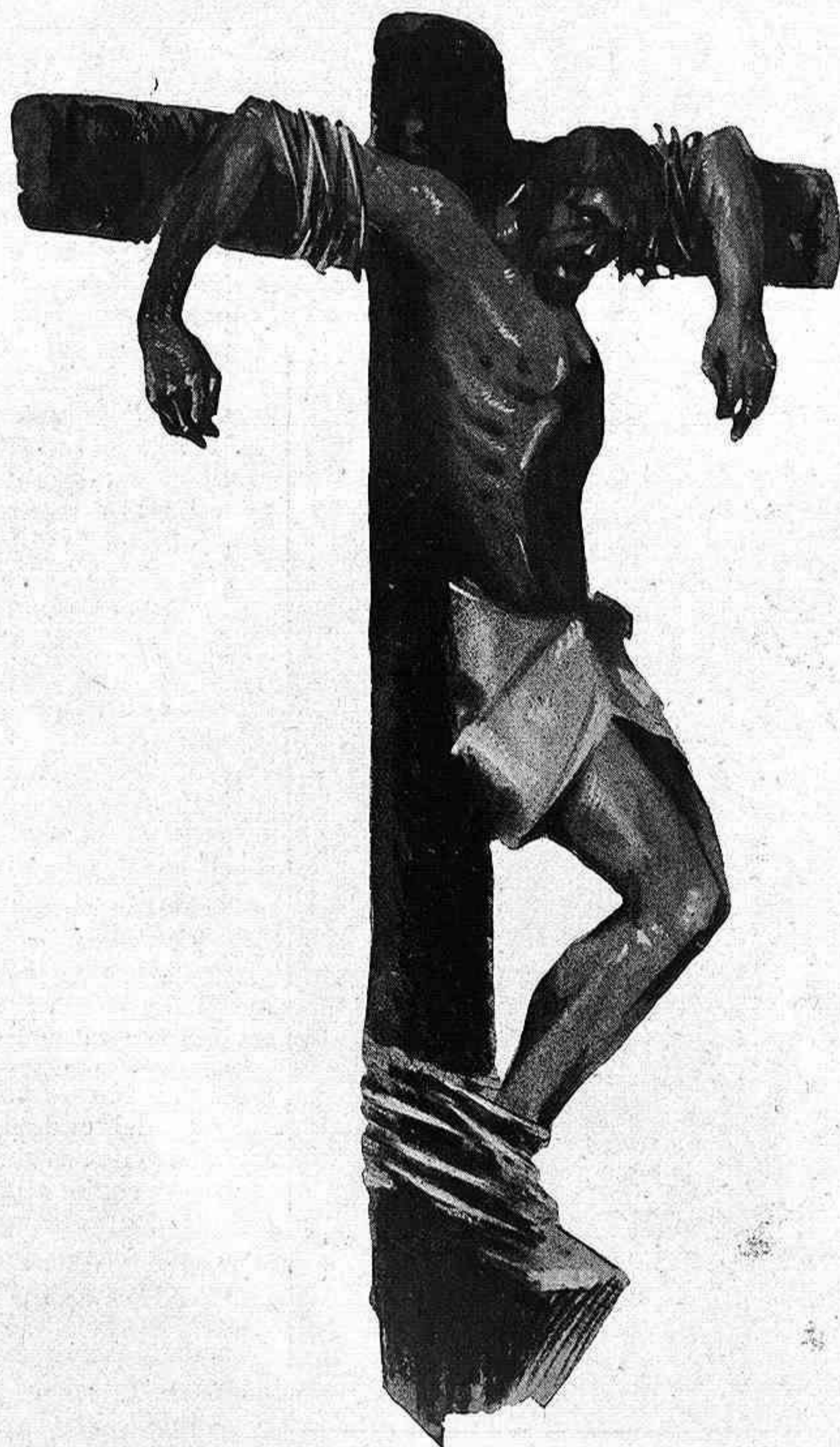
Primera palabra: «Padre: perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

zando la renovación divina del corazón humano en la tierra. El río fecundo de la misericordia ha comenzado á dilatarse, sin lindes ni fronteras, por los siglos. El ojo por ojo y diente por diente de la Ley del Tali6n se ha abrogado en el mundo; la ignorancia, ceguera de la inteligencia, que se encuentra siempre en mayor ó menor grado en el fondo de todo crimen, le servirá de excusa ante los ojos de Dios, abriendo puertas secretas á sus misericordias.

En el reino de Cristo no existirá ni la venganza, ni el odio, ni la muerte. Cristo, exaltado en la cruz, será el ideal luminosísimo de todas las almas. A imitaci6n de Cristo, que ofrece su cuerpo desgarrado como hostia propiciatoria por los pecados de toda la Humanidad, y, lejos de tener un reproche para sus perseguidores, tiene un grito de perd6n para sus verdugos y sus enemigos; el cristiano, en vez de maldecir y abrigar instintos de venganza, tendrá una oraci6n para sus perseguidores, y ungrá con el 6leo de la misericordia la ofensa y la calumnia; y el justo vejado, y la v6ctima inocente, y el mártir en la roja parrilla del tormento, como expresi6n sublime de victoria espiritual, siguiendo tras las huellas ensangrentadas de Jesús, tendrán en sus labios una palabra de ternura, una frase de perd6n misericordioso para sus enemigos.

¡Hombres de poca fe, que lleváis la sombra de la duda en la frente y sentís la paletada de hielo del escepticismo en el alma: doblad ante Jesús vuestra rodilla! Dios ha bajado á la tierra. La ley del perd6n que, desde el Gólgota, Cristo impone al mundo, es la rúbrica centelleante, triunfadora, irrefutable, de su divinidad.

DIEGO TORTOSA
Académico-profesor de la Real de Jurisprudencia
y can6nico de Madrid



Segunda palabra: «En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.»

Segunda palabra de Jesús en la cruz:
"HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO."

COMO altar de redención y cátedra de eternas enseñanzas, se levanta la Cruz en el Calvario. Desde ella, Jesucristo redime al mundo y alecciona á la Humanidad. Su voz divina, que enjugó tantas lágrimas, consoló tantos dolores, condenó tantas injusticias, hizo florecer en las almas tantas ternuras, encendió la llama de tantos sacrificios, transfiguró la vida y venció para siempre á la muerte, esa voz va á resonar ahora solemnemente en siete grandes enseñanzas, afirmación magnífica de Jesús como Redentor y Maestro.

La segunda de esas palabras, cuyo comentario amablemente me pide LA ESFERA, es la dirigida á uno de los reos, agonizantes á su lado, y que en un grito de suprema esperanza le pedía: «¡Acuérdate de mí, Señor, cuando vayas á tu reino!» Jesús le responde: «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.» La visión del Cristo crucificado ignominiosamente entre dos malhechores había surgido muchos siglos antes en la inspiración profética de Isaías, que, contemplando allá en el fondo de los tiempos el Gólgota, había vaticinado: «Será reputado entre los criminales como un criminal.» Pero contra el pensamiento é intento de los hombres, no será una corriente de concentración, llevando al centro la ignominia de los lados, la que se establezca entre las tres cruces del Calvario, sino un movimiento de expansión divina que, partiendo de la Cruz de en medio, convertirá en gloria y salvación la vergüenza y la ignominia. En el magnífico y rapidísimo drama que traza la palabra de Jesús intervienen cuatro actores, eterna representación de los factores y fuerzas que más juegan en nuestra vida. Por eso es acaso esta segunda palabra, por lo alentadora y reveladora, la que llega más íntimamente al interés humano. Esos actores son el Remordimiento, el Dolor, la Esperanza y la Misericordia; los tres primeros están simbolizados en el criminal moribundo; la última está encadenada en el Hombre-Dios. El criminal ha escuchado la palabra de perdón que Jesús ha dejado caer sobre la cabeza de sus enemigos; y de repente, en los abismos sombríos de su alma, sobre todas las miserias morales que haciendo de su vida una perpetua noche, lo han traído á aquel patíbulo vergonzoso, se enciende



Tercera palabra: «Mujer: ahí tienes á tu hijo. Ahí tienes á tu madre.»

una luz que le descubre dos cosas: toda la abyección de su conciencia y todo el poder sobrenatural de la Cruz, árbol de salvadora regeneración. Y el Remordimiento de su conciencia y el Dolor de su postrera hora cayeron de rodillas ante la Cruz...; pero aquel Remordimiento y aquel Dolor habían como desaparecido, se habían fundido en una sola voz, en una sola figura, la voz y la figura de la Esperanza que, al llamar á

la eterna misericordia, veía extenderse ante sus ojos, al conjuro de la promesa de Jesús, las perspectivas, las certidumbres del supremo perdón y de la dicha sin fin. «¡Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso!» ¡Qué escena, qué diálogo tan divinamente alentador para nosotros, hombres miserables, baqueteados continuamente por el dolor, esta escena y este diálogo entre dos moribundos, entre una agonía que busca perdón y felicidad en otra agonía poderosa para otorgarla! Nuestra conciencia se abate muchas veces bajo el peso de iniquidades que el mundo ignora; nuestra vida va cayendo mil veces en la calle de sus amarguras bajo la cruz de sus dolores; siente el espíritu la necesidad apremiante de pedir perdón á alguien, que sintiera Littré en su lecho de muerte, y la no menos apremiante de encontrar para nuestras penas aquel Cirineo que buscaba Coppée para las suyas... Pues tristes miserias humanas, dolorosas fragilidades del hombre, conciencias trabajadas por el remordimien-

to, que no llora todavía con las lágrimas del arrepentimiento; almas agostadas por el soplo de un dolor que no ha encontrado aún la revelación de sus virtualidades redentoras, seguid el camino que os traza el Buen Ladrón del Calvario, abríos con efusión al eco de la palabra misericordiosa de Jesús, y haced vuestra aquella profesión de fe que en un momento de sinceridad brotó de uno de los espíritus más atormentados que han pasado por la tierra: «Desde que aparece la Cruz de Cristo; desde que se pronuncia su nombre, todo se pacifica, todo cambia, los odios se disipan y apuntan los renunciamientos purificadores; ante el más pobre crucifijo de madera, los corazones duros se humillan y conciben la piedad. El es el maestro de los inesperados consuelos, y el príncipe de la infinita indulgencia. Por extraña que parezca esta invitación por salir de mí, yo digo á todos mis hermanos desconocidos: ¡Buscadle, esforzaos en encontrarle porque fuera de El no hay nada!» (1).

ENRIQUE D. CAMARASA
 Magistral de Madrid

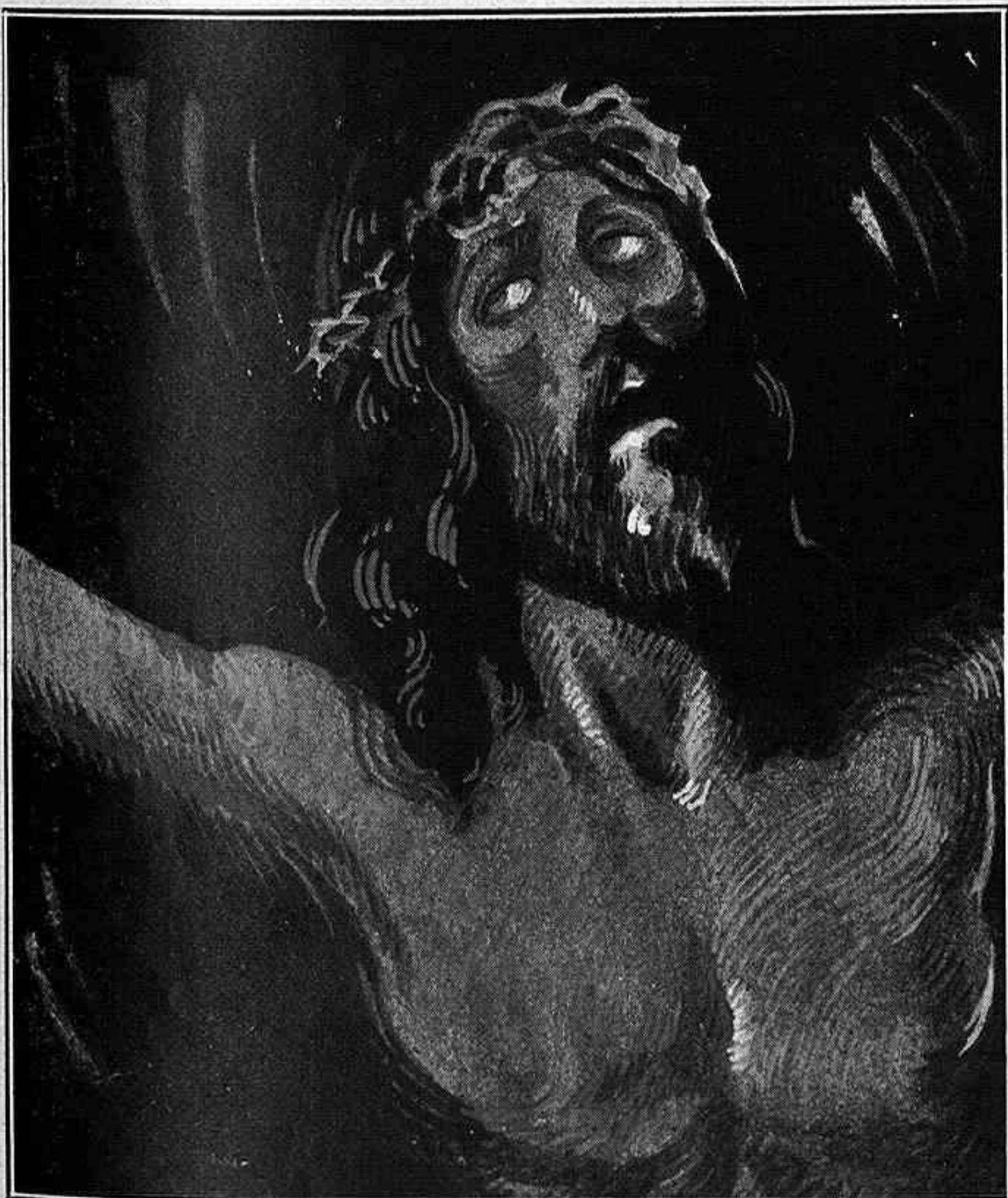
Quinta palabra: "¡TENGO SED!"

CERCA de tres horas lleva ya Jesús en la cruz. Con el peso muerto del cuerpo, que tiende á doblarse sobre las rodillas, se han rasgado los agujeros de sus manos. Tampoco los pies, horriblemente contraídos, tienen fuerza para sostenerlo. Sus espaldas, en las que araron los bárbaros azotes, repelen el contacto duro del tronco; y sin poder apoyarse ni poder caer, el pobre cuerpo se lanza hacia el vacío en un esfuerzo inútil y doloroso.

No es éste el peor tormento; ni el del casco de espinos que le taladran el cráneo y á cada momento punzan la delicada urdimbre de los nervios. ¡Jesús tiene sed!

Tan espantoso es el suplicio de la sed, que su misma intensidad apagaría los demás dolores,

(1) PIERRE LOTI: «Jerusalén».



Cuarta palabra: «¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?»

si la sensibilidad de Cristo no hubiera sido dispuesta para padecer sobre toda humana resistencia. En Jesús no mitiga el dolor. Conviene que todas las partes de su cuerpo padezcan su propio martirio, y sobre todos y cada uno, esta suprema agonía de la sed.

Cuando por la madrugada soltaron de la columna donde le habían azotado, cayó desvanecido sobre el charco de su propia sangre. Le habían abandonado los verdugos, y en el rincón tenebroso, apenas esclarecido por las primeras lumbres del día, oíase su respiración fatigada y reseca. Tenía sed.

La gran pérdida de sangre; el dolor de las heridas, que le habían abierto un vasto surco en la espalda; la fiebre súbita; el abatimiento que después de la agonía del Huerto volvía una y otra vez, todo se juntaba á provocársela.

Luego, por la calle de la Amargura, pasó balanceándose bajo el enorme madero. Un copioso sudor, estimulado por la misma extenuación, corría por el rostro, pegábale la túnica á las heridas recientes; pero entre los labios que se abrían con angustia asomaba la lengua árida, cubierta de polvo.

Y ahora, la agonía de cerca de tres horas colgado en la cruz.

Jesús tiene la cabeza inclinada. Arde el sol de prima tarde en medio de un cielo de cobalto, duro, sin nubes. Bajo su fuego implacable hierven las llagas de los hombros y de la parte superior de la espalda. A veces pasa sobre los huesos descarnados el aire salitroso y caliente que en densas ráfagas sube de la parte del Mar Muerto, y Jesús se estremece, como si le rozara la carne

ácido olor de la *posca* que beben los soldados.

Otra vez se abren sus labios calenturientos. Y ya no se cierran. Palpitan con un hálito de agonía. Ya su respiración se hace sibilante, y se adivina el suplicio de ese aire de fuego que seca la lengua é irrita los pulmones.

Por fin se oye un gemido:

—¡Tengo sed!

En un sobrehumano esfuerzo, Jesús ha entreabierto los ojos, ha levantado la cabeza y mira con afán.

¿Qué sed es ésta, Señor? ¿No le dijiste un día á la Samaritana que Tú tenías en tu poder la fuente del agua viva? ¿Que quien bebiere de ella no volvería á tener sed jamás? ¿No significabas en esta agua inmortal tu poderío divino sobre los hombres? ¿Y eres Tú, hijo de Dios, quien así muere de sed, impotente, exhausto, igual que esos dos malhechores?

Era un día así, como éste: de mucho bochorno, y la hora de mayor sol. Ibas en busca de las almas. Habías andado desde el amanecer por ásperos caminos de polvo. Estabas cansado. Pasaste junto al pozo de Sichar y te arreció la sed. ¿Cuál, Señor? ¿Esa sed que ahora te abrasa la lengua ó la otra sed inextinguible de tu amor? Pero, ¿qué digo, ¿acaso en Ti la fatiga, el dolor, el hambre y la sed no son obra exclusiva de tu amor? Junto al pozo había una pobre mujer que no conocía la fuente del agua viva. Entonces Tú sólo te ocupas de manifestársela, y te olvidas de tu sed corporal. Esta ya nada te importa. Y vienen los discípulos ofreciéndote un refrigerio, y les respondes que tu comida y tu bebida es hacer la voluntad de Aquel que te envió, y

consumar su obra, que es la redención de las almas.

Ahora también has llegado á la cima, después de un largo camino con la cruz áuestas. Y ya no es el pozo de Jacob, donde apagaban su sed las caravanas que cruzaban de Siria y de Egipto, sino la misma fuente de las aguas vivas la que salta de los cinco chorros que se han abierto en la cruz. Tu vida mortal se va por ellos en una entrega total y sublime, y entretanto Tú te mueres de sed.

Uno de los soldados que forman la guardia, y á quien ha tocado en suerte la túnica inconsútil del Señor, se mueve á piedad. Mientras los otros juegan á los dados, ha empapado una esponja en la *posca* que ellos beben y, clavándola al extremo de una caña, la aplica á los labios de Cristo. Un momento se han humedecido. Sus ojos moribundos agradecen la caridad con una mirada de infinita ternura, velada por la agonía. Luego dulcemente la rechazan. No es esta la sed que El quiere apagar. Desde esa cima sagrada atalaya al mundo. Por encima de la multitud,

que hierve junto al Calvario, busca la infinita multitud de almas que ignoran ó inquietan erradamente la fuente del agua viva.

Esta es la verdadera sed del Hijo de Dios. En ella precisamente demuestra serlo. Sed insaciable que abarca en su anhelo el pasado, el presente y el porvenir de los tiempos. Desde que Adán se apartó del agua viva de la justicia original, no hay rincón de la tierra donde no se deje oír este sublime grito de Jesús: ¡Sítio! ¡Tengo sed! de las almas! No es la muerte corporal la que consume mi vida, puesto que yo soy el Señor de la vida y de la muerte, sino esta sed de amor.

La sed que le hizo descender del Cielo y nacer en la miseria de un establo y recorrer sin tregua los caminos y padecer hambre, pobreza, fatiga y escarnios, culmina en esta hora postrera en la



Quinta palabra: «Tengo sed.»

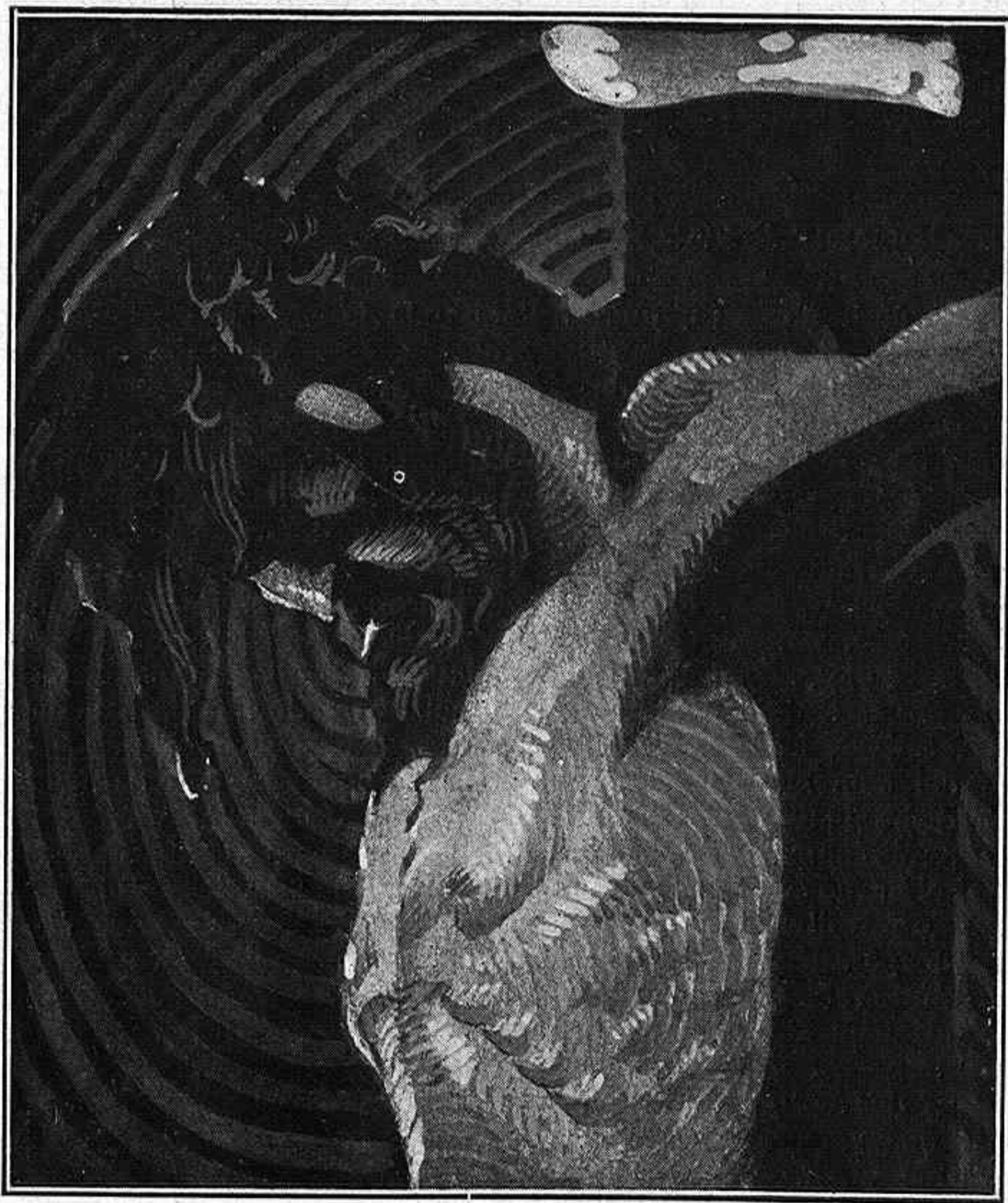
que todo es resumen, y la cual se agudiza con la presencia de la muerte.

Ya las cinco fuentes del agua viva fertilizan la tierra. Ya no sólo la Samaritana, sino el pueblo entero se acerca á saciar sus ansias inmortales.

Pero aún Jesús sigue repitiendo desde la cruz: «¡Tengo sed!»

Y por una antítesis sublime, esa sed sólo se ha de apagar cuando ya en su cuerpo no quede una sola gota de sangre. Es decir, cuando, cerrándose el ciclo de los tiempos, se haya consumado en los últimos hombres la obra de la redención.

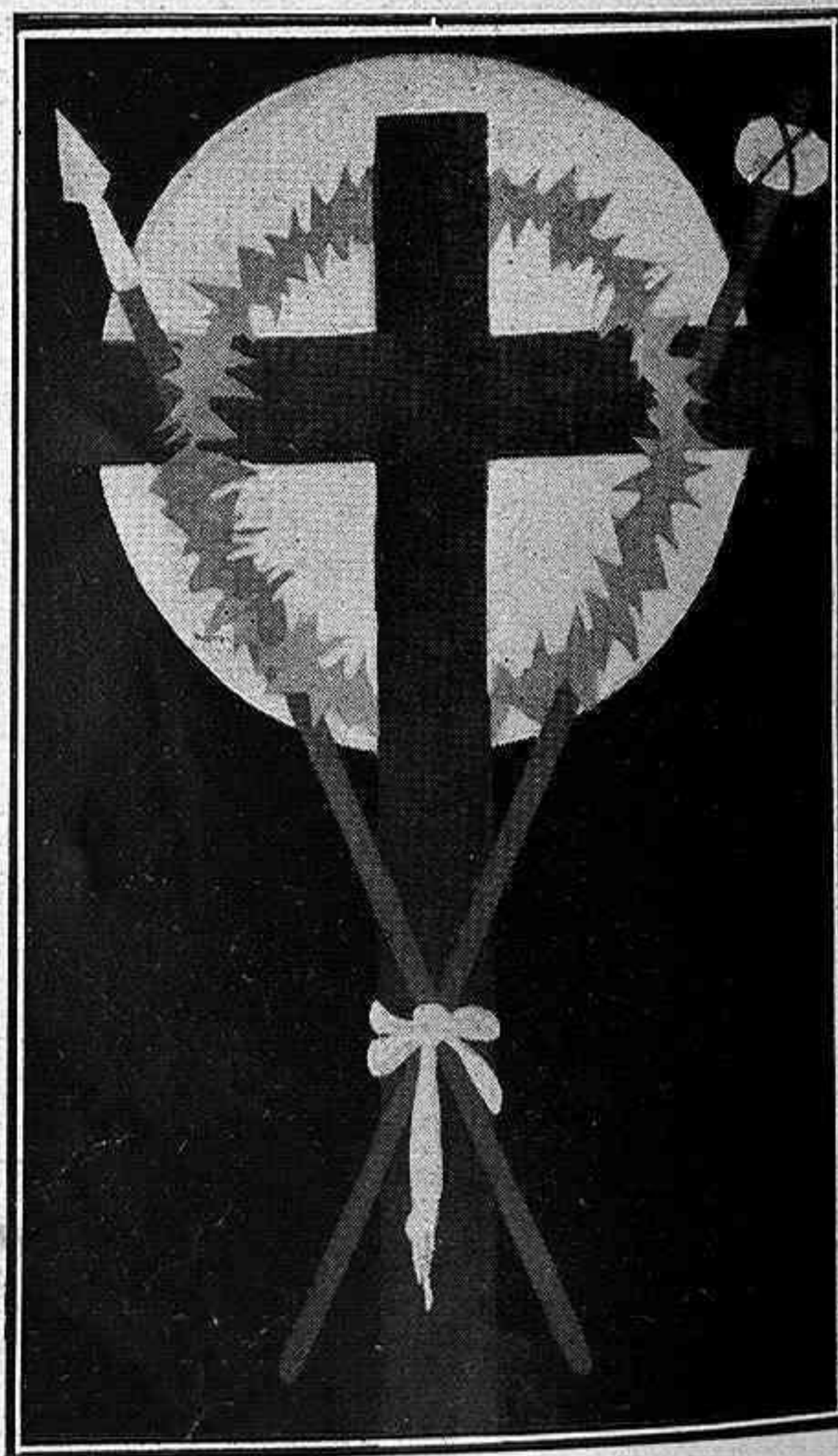
JENARO XAVIER VALLEJOS



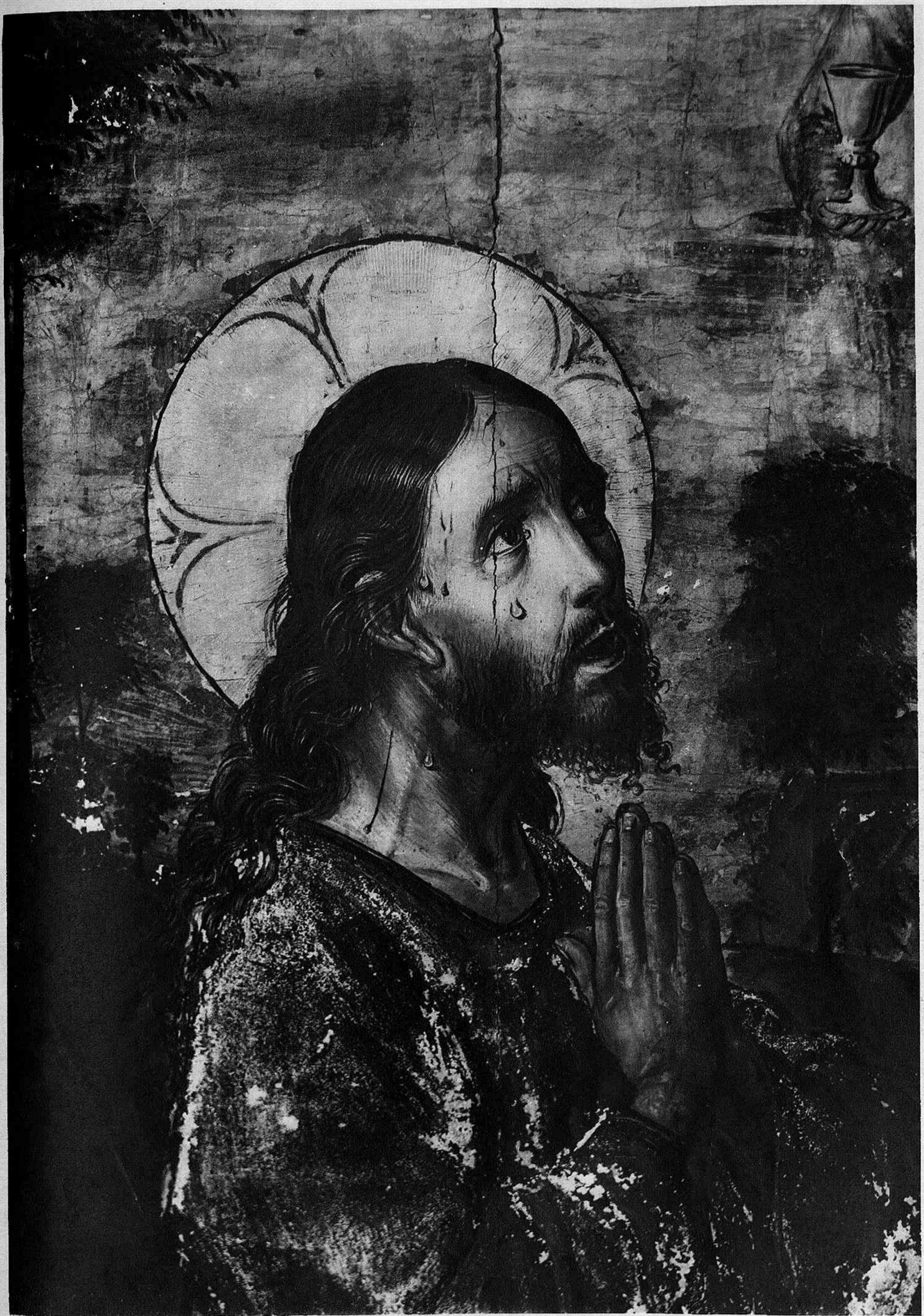
Sexta palabra: «Todo está cumplido.»

viva una mano impregnada de sal. Gotea la sangre y se sume silenciosamente en la tierra removida, que también parece sedienta. Cada vez es la hemorragia más débil. El ardor de las venas que se vacian refléjase en las entrañas, en los pulmones, como otro fuego espantoso.

Entre la algarabía de la muchedumbre resuena acá y allá el clásico tintineo de los discos de cobre con que se anuncian los vendedores de hidromiel, de zumo de naranjas, los cuales nunca faltan en las aglomeraciones. Su argentino son, evocador del agua, suscita el recuerdo de las frescas orillas del lago, de las fuentes de Naplusa, bajo la sombra verde de los nogales, de los limoneros, de los naranjos, de todos los dulces frutos que apagan la sed. Pero hasta Jesús sólo llega el polvo de los que sin cesar pasan bajo El moviéndose, y en alguna bocanada de viento, el



Séptima palabra: «Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu.»



CRISTO EN EL HUERTO

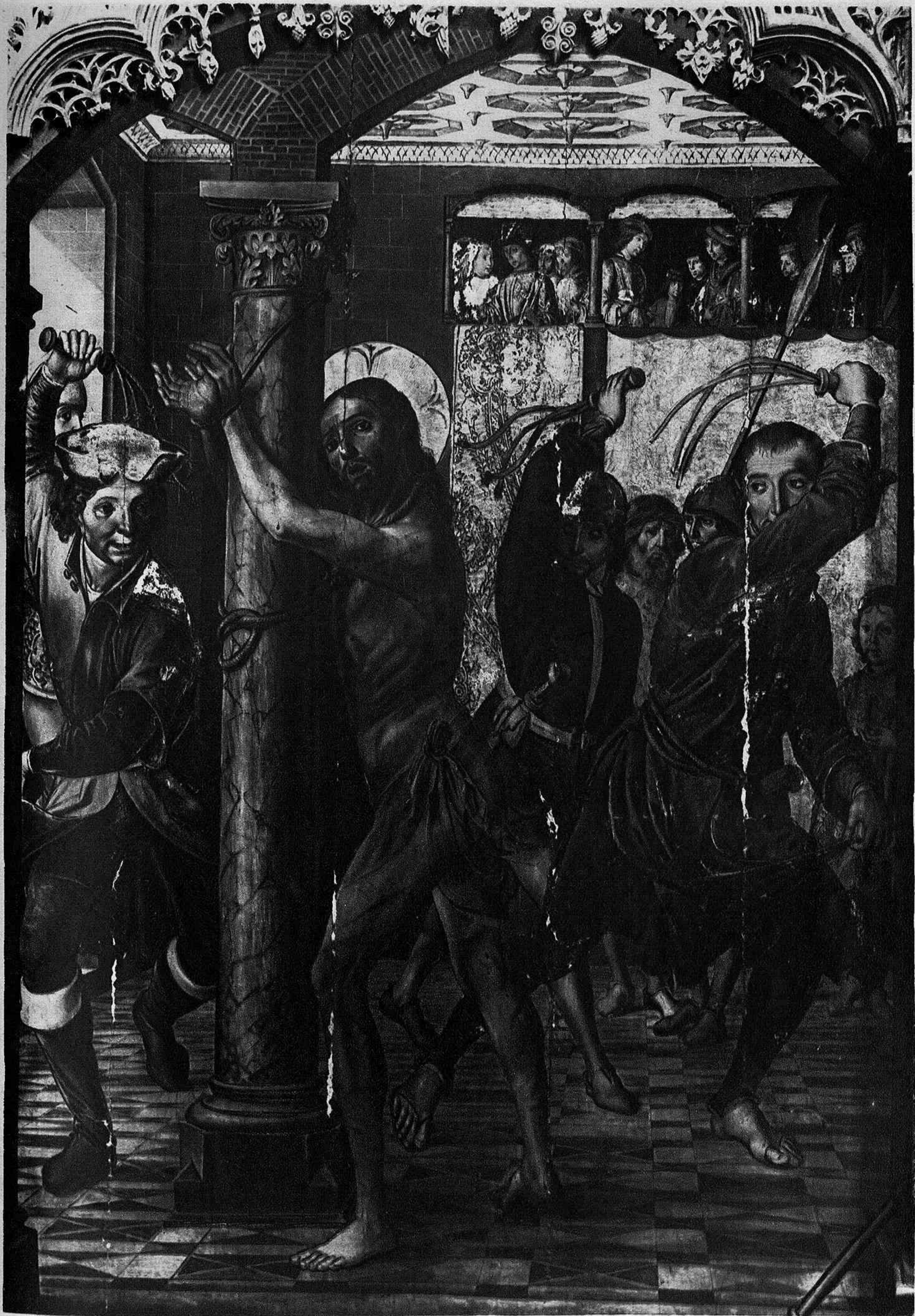
De una tabla de Berruguete, que se conserva
en la Catedral de Avila

(Fot. Lladó)



LA PASION DE CRISTO

«El beso de Judas», talla del escultor del siglo XVI Vasco de Zarza,
que se conserva en la Catedral de Avila (Fot. Liadó)



FLAGELACION DE NUESTRO SEÑOR

Tabla de Berruete, que se conserva
en la Catedral de Avila (Fot. Liadó)



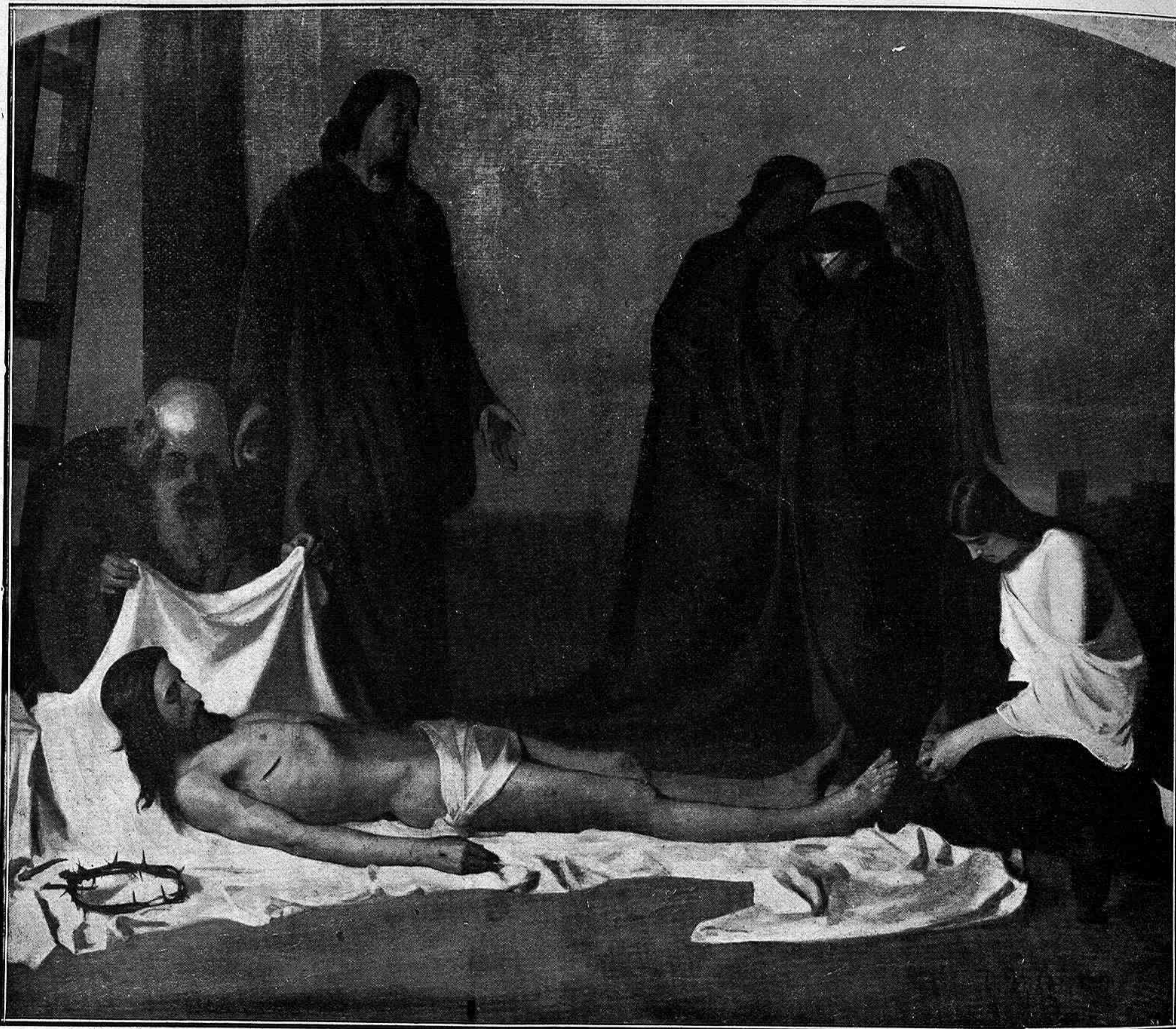


CRISTO MUERTO

«La Piedad», relieve,
por Miguel Ángel

MARIA MAGDALENA, LA CORTESANA PENITENTE

Por Cristóbal de Castro



«El descendimiento», cuadro al óleo de Valdivieso, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

I. EL ENCUENTRO.

Jesús iba á llegar. Unos instantes aun, y ante sus ojos pecadores estaría el único hombre sin pecado.

La suave y mansa doctrina le traspasaba el corazón. «Todo lo que era no es», pensaba, resuelta, entre suspiros. Y el aire, refrescando su cabellera, se perfumaba entre los bucles, como entre rosales floridos.

Las mujeres la contemplaban, admirativas. El esplendor de sus collares la revestía de aureolas. Y, alta y lánguida, bajo el manto asomaba el brazo desnudo, con ajorcas, como el de una emperatriz.

Un tullido, cercado de la multitud, se quejaba encima del asno:

«¡Ven, hijo de David, y cúrame!»

Al fin, todos los brazos se alzaron del lado del sol, y por entre las ramas de higueras, seguido de doce hombres, avanzó Jesús.

Era flaco y moreno. Venía lentamente, como sonámbulo, arrastrando su túnica deslucida y sus sandalias rotas. Los cabellos, enmarañados; las manos, juntas, y en los ojos una ternura que arrancaba lágrimas, avanzó hacia el tullido, que seguía quejándose.

Tras él agolpóse el gentío. Los hombres se empujaban y las mujeres alzaban en brazos á sus pequeños. Hubo un silencio de temblores y ansiedad. Cerráronse las bocas. Abriéronse los corazones. Por los huertos de Emaus voló la paloma del Milagro.

Apartada de todos, tan abstraída que parecía estar durmiendo en pie, María Magdalena meditaba. No era fanática, como los pobres. Su incredulidad y su mundanismo, aventados al soplo de la leyenda, tornábanse ahora contra ella con mayor furia, como el oleaje contra el peñasco.

La visión de Jesús, flaco, andrajoso, inerte y con las sandalias rotas, había roto el acariciado

ensueño de un Jesús bello, poderoso, con armadura reluciente, á caballo, magnífico y triunfador, como un caudillo de Israel. ¿Y era aquel hombre, fatigado, polvoriento, amigo de aldeanos y pescadores, el hijo de David, el Elegido del Señor?

Como sus experiencias de cortesana no concebían gracia ó poder sino en los procónsules, senadores, quirites y centuriones, esto es, en la fuerza ó en el dinero, María de Magdala sintió el dolor del desencanto. ¡Raza de esclavitud la suya!

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Jesús. Porque, habiendo leído en su corazón, quiso probar su fortaleza.

Y fué tal la dulzura de aquella voz, que, entre el pasmo de todos, la cortesana rompió á llorar.

—Mujer—dijo el Maestro—. No llores tu flaqueza, que es tu vestido. Porque, en verdad, te digo que la espada hiere y sólo el bálsamo vivifica. Y si quieres ver cómo es el reino de los Cielos, da tus collares á los pobres y sígueme.

Entonces, de rodillas, despojándose de sus joyas, la cortesana perfumó los divinos pies, enjugándolos con su cabellera. Las mujeres, viéndola arrodillada y sin joyas, apartaban de ella á sus hijos, como de un escándalo. Viendo lo cual, Jesús les dijo:

«—Dejad que los niños se me acerquen. Y tú, hija del arrepentimiento, aguarda aquí.»

Mientras Jesús, rodeado de pequeñuelos, juntas las manos y los ojos vueltos al Cielo, oraba á su Padre, María Magdalena, de hinojos, lloraba sobre las ruinas de su esplendor.

Lentamente caían sus lágrimas sobre los collares y ajorcas, esparcidos entre la hierba, como cae la lluvia sobre los huesos de un osario.

II. LA ASCENSIÓN.

Desclavaron los legionarios el cuerpo de Jesús, que reclamó José de Arimatea, y lleváronlo al huerto de Nicodemo, donde la misma noche fué enterrado en la roca viva.

A la mañana, los Apóstoles acudieron ante el sepulcro á orar. «Porque ignoraban—dice Juan Evangelista—que era preciso que El resucitase de entre los muertos.»

Acudió también Magdalena. Y estando llorando bajóse á mirar el sepulcro.

«Y vió—dice Juan—dos ángeles de blancas ropas que estaban sentados, uno á la cabecera y otro á los pies, del cuerpo de Jesús.»

Y dijéronle: «Mujer, ¿por qué lloras?»

Dijoles: «Porque se llevaron á mi Señor y no sé dónde está.»

Y dicho esto, miró atrás y vió á Jesús, que estaba allí.

Jesús dícele: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?»

Ella, pensando que era el hortelano, dícele: «Si tú lo llevaste, dime dónde.»

Jesús dícele entonces: «María.» Y María, entonces: «¡Maestro!»

Y el Maestro: «No me toques, pues aun no he subido hasta mi Padre. Mas ve á mis hermanos y díles que subo hasta mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y Señor.»

Juan Evangelista cierra el conmovedor episodio añadiendo que Magdalena corrió á notificar el milagro á los Apóstoles. Mas ellos, desconfiados, no la creyeron. Y ella, entonces, desesperada, huyó...

III. LA PENITENCIA.

Buscó un lugar en los confines de Siria. Era paraje llano, arenoso, antiguo lecho de un torrente. Un cerco de colinas rodeábalo como una fortaleza. Algunos tamarindos, pequeños matorrales de juncos, toscos pedruscos y ningún árbol que prestase sombra.

Magdalena se refugiaba en una cueva. Comía yerbajos. Bebía el agua de un regato, que brillaba como un espejo al sol.

De noche se oía á lo lejos el rugido de los leones. Un viento cálido, sofocante, traía rumor de esquilas y de pastores. La luna, remontando el Moab, alargaba las sombras de los camellos.

No dormía. No podía dormir. A veces, el calor la arrojaba fuera, á respirar el fresco nocturno. Entonces, de rodillas, meditaba.

Marta y María Salomé, vueltas á sus hogares, aguardaban el premio á su piedad. Los discípulos, desparramados por el mundo, predicaban la Buena Nueva. Pedro regía en Roma. Pablo y Bernabé se repartían Salónica y Tesalia. Sólo ella era la contemplativa, la inútil. Ni hogar ni apostolado. Ni los bálsamos familiares ni la redención por el martirio...

Y lloraba, lloraba silenciosamente, empañando

los ojos, juntas las manos, y la faz demacrada y mustia.

Al fin lo decidió una tarde. Iría á buscar una familia ó un martirio. Ofrendaría aquella sed de amor, que la iba consumiendo, como una lámpara que se extingue.

Descendió de la cueva. Echó á andar. Anduvo, anduvo hasta que, desde un cerro, divisó una aldea junto á un lago. Era la dulce Tiberiades, con su paz, sus chozas humildes y sus redes tendidas en las puertas.

Llegó cuando regresaban las barcas, y los pescadores, de pie en ellas, agitaban brazos y remos, llamando á sus hijos.

Detúvose ante la primer choza. Una doncella, como de quince años, peinaba sus rubios cabellos. Era alta, fina, juncal. Deslumbrada de juventud é inocencia. Miraba con amor una barca que avanzaba como una flecha.

Recio y ágil, saltó á tierra el pescador. La doncella, en un grito, dióle el alma:

«—¡Andrés!»

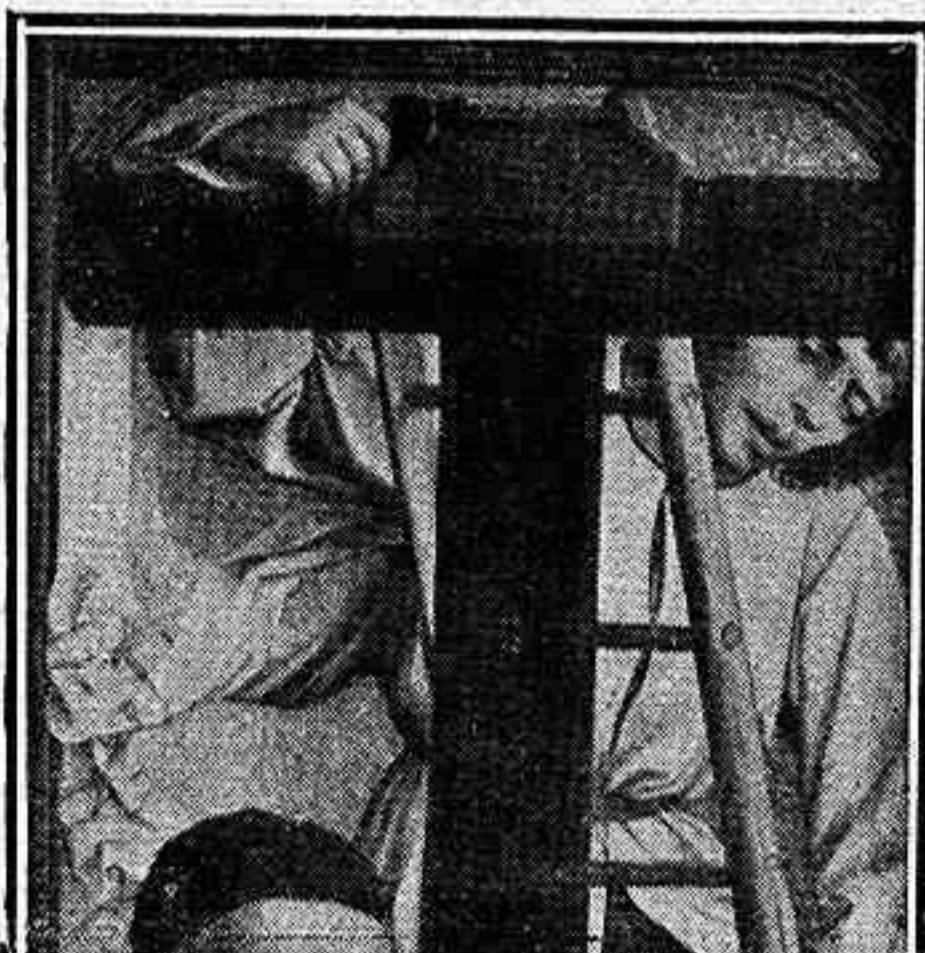
Enlazados por flores y abrazos, pasaron ante Magdalena sin notarla. Iban lentos, embebecidos, nimbados por la luz, cantados por el ruiseñor Juventud. Magdalena se estremeció. Una lucha, más fiera que de leones, mantuvieron en su alma Tierra y Cielo. La cortesana revivía, ostentando el cetro de oro de sus evocaciones galantes. Le penitente se doblaba al peso abrumador de la Cruz.

A sus espaldas oyó un grito. Advirtió que una sombra corría á precipitarse en el lago. La vió hundirse, flotar desesperadamente, volver á hundirse para no reaparecer más.

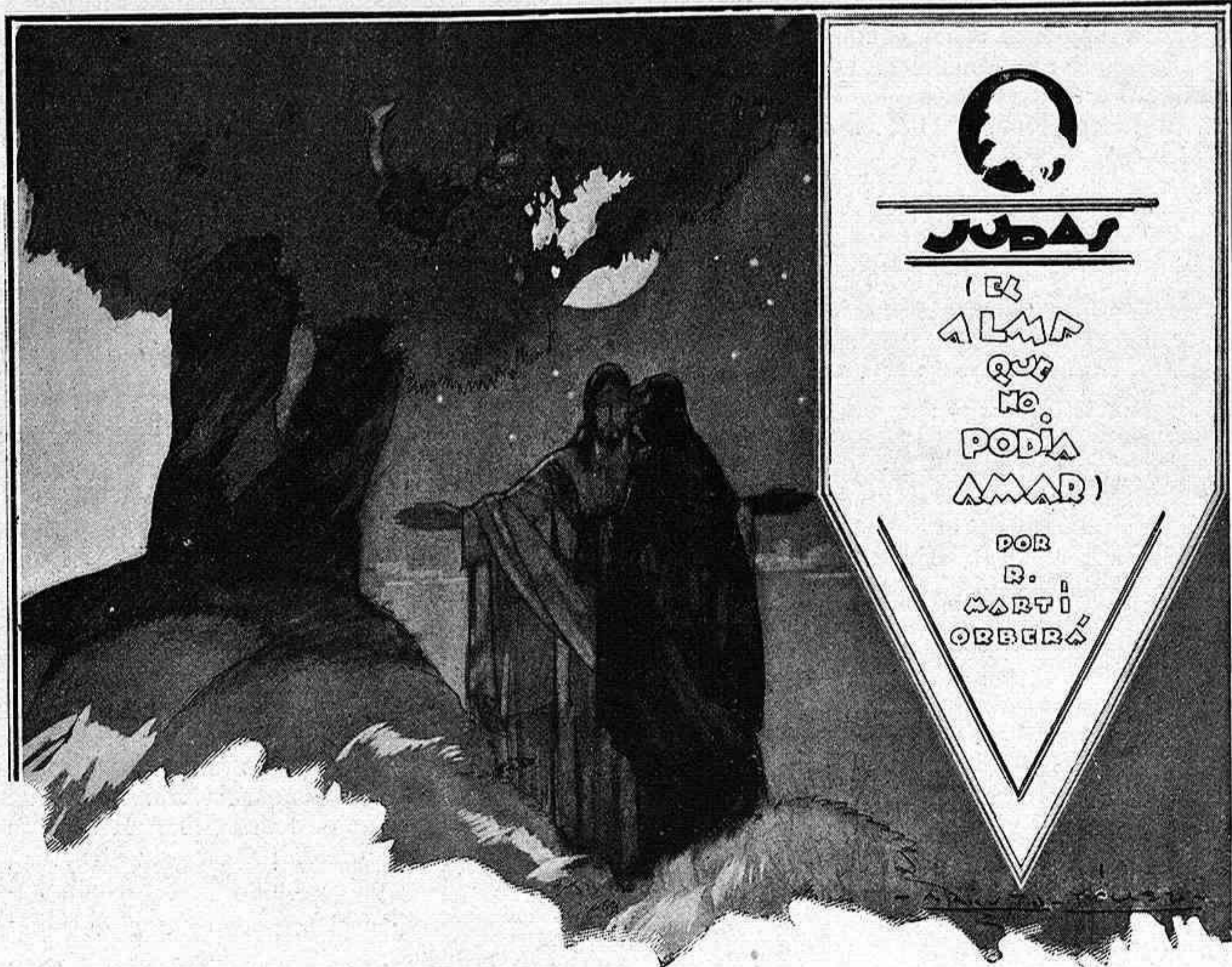
Comprendió al fin. Aquella sombra era ella misma: la Cortesana desaparecida para siempre. Entonces emprendió el camino, sin temblores, sin lágrimas, limpia y cándida, como un pájaro.

El pescador y la doncella habíanse recostado en la playa. Las manos enlazadas, los rostros juntos, á sus pies rodaron las flores. María Magdalena pasó ante ellos de puntillas, como una madre ante dos novios.

Y tomó su camino de contrición, lenta, pensativa, sonámbula, con los ojos en lo alto, mirando al Reino de los Cielos...



«El descendimiento», cuadro de Van der Weyden




JUDAS
 (EL
 ALMA
 QUE
 NO
 PODIA
 AMAR)
 POR
 R.
 MARTI
 ORBERA

EN la noche sin luna, era el silencio tan profundo como el silencio de la nada.

Todos los rumores, que son como la respiración de la tierra dormida, callaban esta noche: diríase que todas las aguas habían detenido su curso y el aire permanecía quieto; una gran ansiedad, un doloroso pasmo llenaba la noche, parando el corazón de la Naturaleza.

Noche sin ruiseñores, ni ecos de esquilas, ni voces lejanas, en que los astros no palpitan y miran como ojos absortos, inmóviles.

El valle del Cedrón era un manto de silencio tendido al pie del Monte de los Olivos.

Jesús ora en la última noche de su vida; los ojos profundos y tristes ahondan en el cielo mudo. Su alma está triste hasta la muerte; es la hora víspera de la Pasión, y su espíritu es como un vaso que rebosa amargura.

—Padre, á ser posible, pase de mí este cáliz. Pero el cielo permanece mudo y cerrado, como lago muerto.

Y la mirada de angustia del cielo sordo vuelve á la tierra, como si pidiese misericordia, y la tierra es un mar de negruras.

Jesús hállase más solo y más triste que nunca. Frente á él, Jerusalén blanquea como un sepulcro. Y Jesús tiende sobre ella, en esta hora de las torturas, su mirada dolorida. Luego mira más cerca: los discípulos duermen; sus almas, como la tortuga en su concha, enciérranse en el sueño. Y el Señor solloza:

—¡Cómo no han podido velar una hora conmigo! ¡Todos duermen!

Todos, menos uno. En la noche sin ruidos, arrástrase hacia allí el rojo Judas. Jesús siente en su corazón que él se acerca con los que vienen á prenderle.

Y dice á sus discípulos: —Levantaos. Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre debe ser entregado.

Los discípulos despiertan y ven cómo la negrura de la noche aborta una sombra más negra; sube el repecho del monte apoyándose en manos y pies para matar todo rumor; dijérase una araña monstruosa.

Y la araña llégase á Jesús y abate sus ojos sobre él como dos buitres; acerca su hocico á la mejilla cándida y, apoyando la siniestra mano en el hombro del Señor, le besa, diciendo:

—Dios te guarde, Maestro!
 Y la voz divina, como una queja infinita, dice:
 —Amigo: ¿así, con un beso, me vendes?...

Cayeron sobre Judas estas palabras cual plomo derretido; pensó que le fundían el corazón con las monedas que apretaba al pecho, y encorvóse todo, como si sobre él viniera un gran peso, y huyó igual que una alimaña, para no ver la mirada de Jesús, el brazo por delante de su frente. Y huyendo, tropezaba contra los árboles, y aullaba como jabalí que lleva hincado un hierro en los lomos.

*O*O*

Abrasaba sus carnes aquella plata que recibiera de los príncipes de los sacerdotes. Él conocía el fuego de la envidia, que había quemado su piel y su cabello, dándole aquel color de llama por el que las mujeres nombrábanle el Rojo; aquella brasa había secado sus miembros y hundido sus pupilas, que eran dos lagartos verdosos en las sombrías madrigueras; pero esta brasa del dinero maldito quemábale como si se le fundiese: apretábalo en su mano, pero creía llevarlo dentro del corazón.

¡Y odiaba aquel dinero! ¡El no vendió á Jesús por codicia, sino por envidia!

Envidia de su bondad, de su belleza, de su gracia; Jesús era como la paloma; él, como el sapo que vive entre cieno.

—¿Y por qué?—decíase. Y respondía su alma: —Es que Jesús es la bondad.

Mas el demonio repetíale dentro de sus entrañas:

—Si tú fueses paloma, también serías bueno. ¡Qué culpa tiene el sapo de serlo!

Una vez le miró una mujer: una ramera de cuerpo anillado como la culebra, que se ceñía su túnica como la culebra su propia piel.

Su padre anciano la trajo á Jesús, porque la creía posesa, y ella reía con descaro.

Judas vió esta mujer y la deseó torpemente; mas Jesús llegóse á ella, puso su mano como un blanco lucero sobre su frente, y aquella mujer dejó de reír, y su mirada se hizo grave y pura como el ocaso, y rompió en llanto de dolor y de amor.

Y Judas odió al buen Rabí que hacía nacer azucenas del estiércol.

Al anochecer volvió la pecadora; había destrenzado sus cabellos oscuros, que le caían por delante hasta los pies, cubriéndola como un escudo de bronce.

Judas buscó sus pupilas, porque los largos

ojos de la mujer habíanle mirado aquella mañana y sentía enroscada la mirada al corazón; pero ella ahora ya no tenía ojos sino para Jesús: lloraba sobre los pies nazarenos, y como vertiera en ellos un bálsamo precioso, Judas dijo:

—Este bálsamo se pierde, y con lo que costó pudo remediarse á los pobres.

Mas Jesús fijó en él la mirada profunda, pasándole el pecho hasta el corazón, donde penetró como espada de luz, alumbrando todos sus rincones. Y dijo:

—A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero no á mí.

Y Judas enrojeció, como si fuese á arder por sus cabellos, porque sintió que el Maestro conocía su alma como el color de su cara; y le odió de muerte, hasta perder su alma por perderle.

¡Y era esta noche en que había vengado su odio, cuando todo su odio, como un agua amarga, se revolvía dentro de él, desbordándole... ¡Oh, la mirada dulce del Rabí cuando recibió en su mejilla el beso de la traición! ¡Cómo se le hincaba en la frente igual que un clavo de fuego! ¡Cuánto diera él porque hubiese sido aquella mirada de odio! ¡Ay, pero Jesús era el que no puede odiar! Y Judas aullaba, aullaba huyendo de aquel amor que le hacía más daño que el mayor odio, porque Judas sentía, el desdichado, que no podía amar!

Corría como perseguido, y en su fuga había llegado á las murallas de David, é igual que un loco galopaba alrededor de Jerusalén; y en su carrera de bestia espantada llegó al filo de media noche á la torre Antonia, cerca del Pretorio. Y allí fué deslumbrado por la llama humosa de muchas antorchas, y oyó un rumor grande como el del mar; y era la turba enardecida que como una nube negra envolvía á Jesús...

Y Judas, aunque hubiese querido huir, no pudo: algo más fuerte que su voluntad lo arrastraba con la multitud al Pretorio.

Y vió en una penumbra de luces lívidas, sobre las gradas de mármol, entre un rebrillar de hierros, un bulto, un hombre togado á la romana, que alzaba la insignia de su autoridad, señalando á una sombra:

—¡Ecce-Homo!

¡Y era Jesús! Sangrante, lacio, como tronchado lirio bermejo, inclinaba la frente en un desmayo dulce; y sobre ella, como un haz de sierpes, entrelazábanse y mordían las espinas negras; un harapo de púrpura colgábale de un hombro, y en las pálidas manos de luz sostenía una caña. Y sus ojos estaban cerrados como si durmiese. Judas le vió y sintió rajársele las entrañas como si de ellas le arrancasen la vida, y dió un grito, que se perdió entre el griterío de la chusma; mas Jesús le oyó, y abrió sus ojos en que había una luz, que ya no era de este mundo; y las mansas pupilas buscaron al discípulo y le miraron suavemente.

Pero Judas sintió como si dos cuchillas de luz le penetraran por los ojos, y los cerró con fuerza, como en el Monte de los Olivos, y cayó sobre su cara, hundiéndola en la tierra. Sobre él pasó la gente, que pedía enloquecida:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Y Judas seguía con la frente en el polvo, apretando los puños contra sus ojos, como si quisiera vaciarlos. Sollozaba con un sollozo bárbaro que le hinchaba el pecho, pero no podía llorar.

Se puso en pie. Y ya Jesús iba lejos, que no podía verle; mas él sentía aún su mirada, y palpábase los ojos extrañando no haber cegado con la luz que le entró por las pupilas.

Andaba como un ebrio é iba diciendo:

—¡Yo, yo, yo vendí á Cristo!

Y agitaba los brazos como un cuervo herido agita las alas, arrastrándose por tierra.

Y así llegó hasta la casa de los príncipes de los sacerdotes, y exclamaba:

—¡Tomad vuestro dinero! ¡He pecado entregando la sangre inocente!

Mas ellos dijeron:

—¿Qué nos importa?

Y sus criados arrojáronle de allí como perro sarnoso. Alejóse sollozando; sollozaba siempre, con grandes alaridos; pero no podía llorar...

Y las gentes, pasando, decíanse:

—¡Está rabioso!—y se apartaban de él.

Huía.

Doblado como encina que el rayo hirió, la manga puesta delante de sus ojos, que eran como matorrales de zarzas secas, huía de la claridad del nuevo día, porque ya el sol salió sobre el Hebrón, y sentía el flagelo de la luz azotando sus espaldas. Huía de Jerusalén hacia Emaus, y en la puerta de Jaffa halló unos leprosos tirados entre las piedras; unos canes famélicos parecían aguardar su muerte...

Y Judas envidió á aquellos hombres, y pensaba:

—¡Ay, si yo fuera uno de éstos!...

Sintió que su mano zurda sangraba, y era á causa de las monedas asidas tan fuertemente, que se hincaban en su carne, y no se había dado cuenta de ello. Las arrojó al muladar, diciendo:

—¡Id al estiércol!

Y un leproso dijo:

—¿Por qué arrojas tu plata? ¡Dánosla!

Pero Judas exclamó:

—¡Es plata maldita!

Mas los leprosos se echaron sobre las monedas como los grajos sobre la carne podrida, y Judas vió un montón de harapos y de podre disputarse aquel dinero...

Y al volverse, de lejos, por mirarlos, vió allá en la colina del Calvario tres cruces; y la de en medio parecióle que tenía unos brazos anchos, anchos, que abarcaban el cielo y se tendían sobre su cabeza.

Y otra vez apretó los ojos y huyó aullando, sollozando; ¡pero no podía llorar!

Sus gritos espantaron á un pájaro; era un cuervo negro, como su pensamiento, que pasó por encima de su frente.

Y Judas sintió envidia del ave de la muerte.

—¡Ah!—pensó—, ¿por qué nació Judas y no nació cuervo? ¡El vuela libre y señorea el espacio! Hace su festín en las entrañas de las bestias, y nadie le inculpa, porque es cuervo.

Habíase sentado en una peña, y el grajo volaba sobre él trazando círculos.

Y Judas pensó:

—¡Huele mi alma muerta!

Pero era que cerca de allí una carroña de jumento pudriase al sol; los gusanos bullían entre la fetidez de la corrupción, moviéndose torpemente como ciegos. Y Judas pensó:

—¡Ah, si yo fuese uno de esos gusanos!...

Y los envidió en su corazón, como antes al leproso y al ave de la muerte; ¡y, en verdad, mejor le fuera ser roído de la lepra y alimentarse de carne corrupta y revolverse entre estiércol, á ser roído por la envidia y alimentarse de negras ideas y revolverse con todos los pecados!

Apoyada la sien en el puño, cebaba su mirada en la inmunda carroña, y como le sangrara el puño, abrió su mano y vió que apretaba todavía sus uñas, hincándose; y sintió repugnancia hacia aquella mano zurda que como un cuervo se posó sobre el hombro del Maestro, al besar su mejilla; que había recibido en su palma la plata deícida, y aun se cerraba avaramente, cual si la guardase.

¡Todo el odio de su alma cayó como montón de basura sobre aquella mano: cómplice que le escupía cínicamente al rostro su crimen!

Y como sudaba con sudor frío, de horror, la mano, solícita, acudió á su frente; hipócrita, le decía: «Soy tuya, aunque no lo quieras; sientes mi dolor, sientes mi presencia... y seré siempre tu esclava.»

¡Con ella llevaba el pan á su boca; con ella daba sombra á sus ojos; sierva y amiga, con él estaría hasta la muerte y se pudriría con él bajo la tierra!...

—¡Ah, no!

Miró con ira colérica aquella mano, fundida á su cuerpo por la Naturaleza como un asesino está soldado á otro por el cepo; la vió negra é hinchada, semejante á un sapo, reventando de veneno... Sacó su hacha del cinto, una hachuela con la que cortaba la leña allá en los días tranquilos de la peregrinación de Jesús, cuando, llegada la noche, él disponía la cena para los discípulos.

Con aquella hacha una vez mató una sierpe: hallábase medio dormido cuando sintió que una humedad fría deslizábase por su brazo; rápidamente levantó el hacha, y de un golpe partió el

reptil; sus dos mitades retorciábase, y la cabeza silbaba, impotente... ¡Ah, si hubiese picado entonces su corazón, antes que la envidia!

Miró su brazo negro y el puño apretado, que simulaba la cabeza de una culebra, y con súbito ímpetu alzó el hacha y la descargó, y la mano odiada cayó por tierra, desangrándose, y aun permanecía quieta, simulando la cabeza de la sierpe...

Judas marchó adelante, siempre de espaldas á la luz, al Calvario; y avanzaba jadeando, y pareciale que hacía siglos caminaba...

El dolor de su brazo traía ahora cierta calma á su espíritu; producíale un placer acre, como el de la venganza, que le sacaba la lengua. Mas una vez miró el brazo amputado y lanzó un grito de horror, porque sus ojos miraban la mano maldita: estaba allí, en su brazo, y apretábase el puño en aquella forma de serpiente.

Y cerró sus ojos y corrió con paso torpe; huía á esconderse en la noche; pero como la noche estaba lejos... Y alzó los ojos al sol para conocer la hora, y sólo halló en el cielo una mancha negra: su mano.

Rugió de dolor y desesperación: ¡es que le seguía siempre aquella mano!

¡Juntaba los párpados hasta coserlos sus pestañas, y veíala ante él abierta, negra y sangrante como una estrella de muerte.

¡La muerte!...

¡Hundirse en la noche sin astros, que no tiene amanecer!...

Sentía una sed horrible, y pensaba en la muerte como único manantial capaz de saciar su alma.

¡Su alma!

¡Ay, tenía un alma!

El había aprendido del Maestro que en su cuerpo alentaba un espíritu eterno, y no podía arrojarlo de sí, aunque gritaba con angustia:

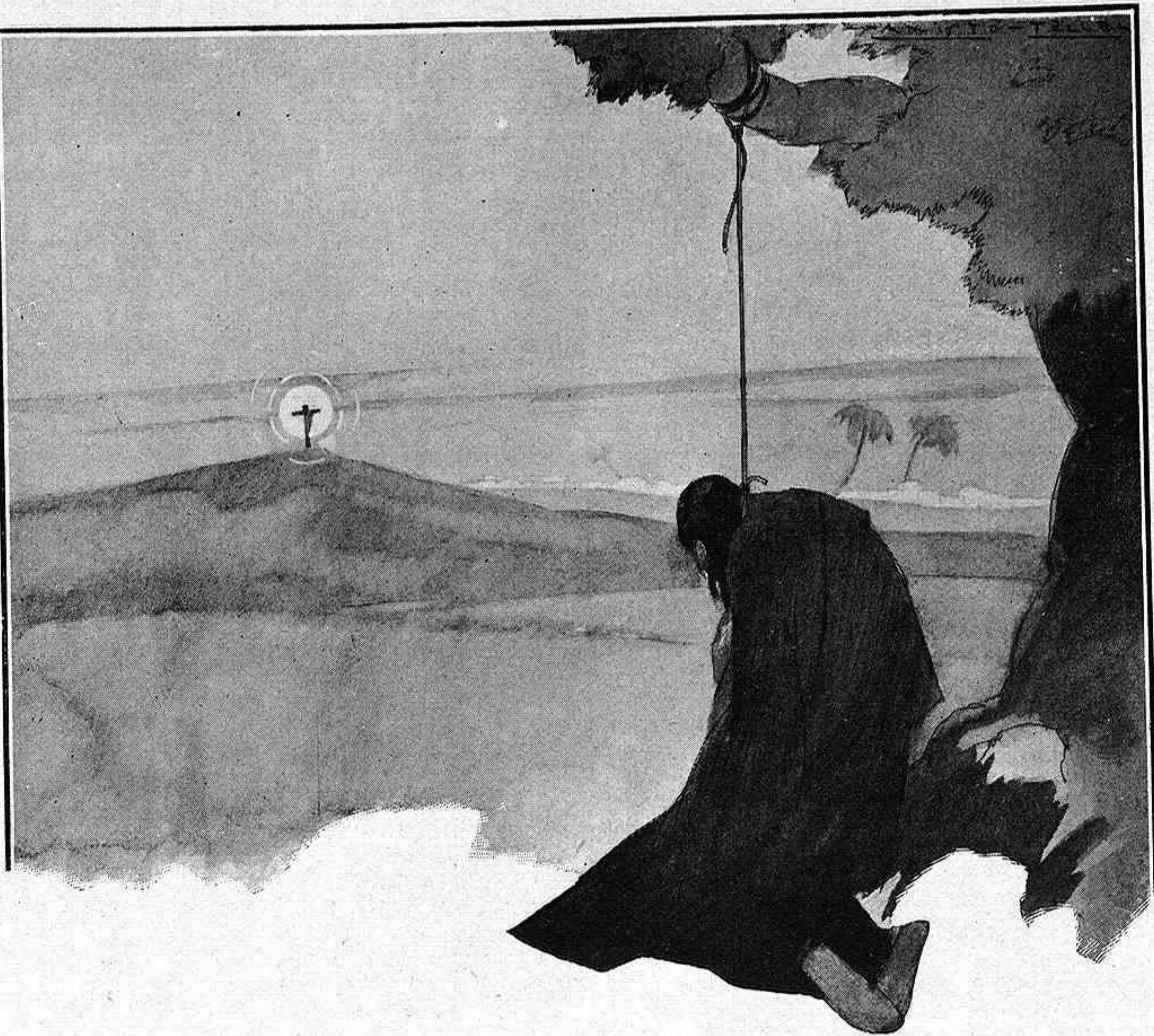
—¡Libradme de mi alma!

¿Y entonces? ¡Ni aun existía para él la paz de la nada! ¡No podía entregar su alma á cuervos y gusanos como carroña inmunda! ¡No!

Ante sus ojos permanecía siempre la mano abierta: era su conciencia.

Sollozó, sollozó retorciéndose como un alacrán al que se aplasta la cabeza.

Y súbitamente, todo el odio que sentía contra su destino, contra el cielo, contra la vida, volcóse sobre él mismo, como si su alma fuese una bolsa de veneno y reventase.



Desciñóse la cuerda que sujetaba la túnica; al ir á ayudarse con el muñón herido, hízose un daño tan grande, que bramó como toro que degüellan.

Con rabia contra su propio dolor, ató la cuerda de un olivo; al pasar la cabeza por el lazo, un instante, se volvió hacia la luz, y temblando en sus entrañas vió sobre la cumbre próxima una cruz: la cruz de Cristo; y sólo vió esta cruz y un gesto manso y dulce que le miraba, expirante...

Y sintióse inundado de una tristeza nueva, de un dolor tan íntimo, que era como si todos los dolores afluyeran á su corazón; y vivía por este dolor, que era como su alma; mas no le parecía horrible, como el dolor de su odio, sino consolador como el llanto; y en aquel gran dolor fundíase su odio, al igual que un fuego muy vivo funde las peñas. Y una queja salió de su pecho; y desde la cima de la cruz le contestó otra queja, dulce, de cordero inmolado.

Y fué este quejido como dardo que pasara el alma de Judas; y le causó tal pesadumbre la pesadumbre de Jesús, que creyó deshacerse en dolor, como la nube deshacerse en lluvia.

—¡Señor y Maestro!—dijo su lengua.

Y con estas palabras se despeña su alma desde sus ojos, en una lágrima. Dobló las rodillas, y quedó pendiente de la cuerda, de hinojos ante la agonía del Señor.

Allá arriba, en la cumbre del Calvario, la voz de misericordia alzábase al cielo:

—¡Padre, perdónales, porque no saben lo que se hacen!

•••••

El sol huyó del firmamento, y los astros son como azahares marchitos.

Aquella lágrima, que es el alma de Judas, rueda por el espacio silencioso...

Y tras ella avanza una claridad divina: Jesús que acabó su vida mortal y descende á los infiernos. Y el buen Señor sonríe á Judas:

—¡Dónde irás, que no te siga mi misericordia!

.....

Un lucero nuevo brilla en el cielo.

¿Es aquella lágrima que fundió el alma del hombre, que, según estaba escrito por los profetas, había de vender á Cristo?

¿Se salvó Judas, amparado en la mirada pos-trera del Redentor, que murió por todos los pecadores, también por el mal discípulo?...

(Dibujos de Aristo-Téllez)

POESÍAS MÍSTICAS DEL SIGLO XVIII

La entrada de Cristo en Jerusalén

Ecce rex tuus venit sedens super pullum asinor. (Joh., XII, 15.)

Magnífica es tu entrada,
Señor de la tierra y cielo,
en la que reina fué de las naciones;
á lo sumo, ensalzada
por niños y garzones,
al ver hoy un modelo
de la humildad con que bajaste al suelo.

Rey eres de los reyes,
sin principio es tu trono,
no es breve ó mundanal tu señorío;
reino que va á tus greyes,
de hoy más es reino mío;
de tu cetro blasono,
pues contigo en tu gloria me coronó.

Hosana al que naciera
de David, canta leda
Salem, y llega el eco al alto polo;
y responde la esfera,
y Febo, en cuanto oyólo,
desciende de su rueda
por ver dó está sin ramos la arboleda.

La palma y el olivo
te rinden su hermosura,
deshaciéndose el bosque en tu alabanza;
da saltos el cautivo
con la cierta esperanza
de su pronta soltura,
viendo al que á rescatarle se apresura.

¡Oh, Rey benigno y manso!
Tu gala es la pobreza;
tu fausto, el menoscupo del tesoro;
el afán, tu descanso;
tus placeres, el lloro;
la humildad, tu grandeza,
pues á la cruz tu pompa se endereza.

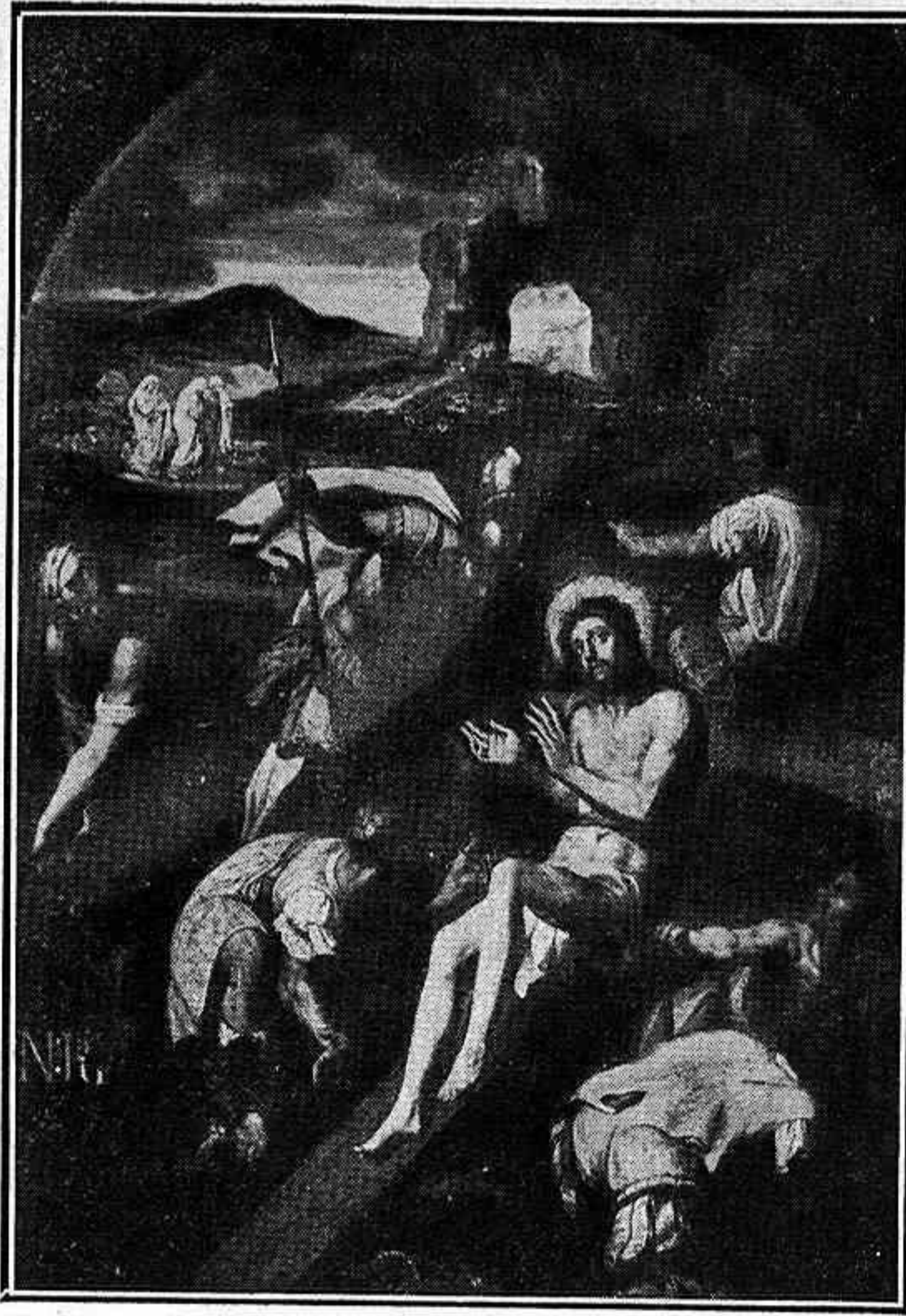
JOAQUÍN LORENZO DE VILLANUEVA

Al Santísimo Sacramento

Cenaba la postrera
noche el santo Pastor con su rebaño,
como lo deseó con gran deseo
antes que padeciera.
Amábalo sin par; y con extraño
rapto su amor en inmortal recreo,
próximo ya á la muerte,
más vigoroso y fuerte
se ostenta; y, cual la llama
que, en angosto recinto comprimida,
por fuera se derrama,
sin que nada le impida,
rompe el límite estrecho de la vida.

Y de la noche bella,
que venció en esplendor al claro día,
consagró para siempre la memoria,
instituyendo en ella
la sacrosanta augusta Eucaristía.
Completóse de amor la dulce historia
con este sacrificio;
y el Pastor, que propicio
por sus ovejas muere,
mal con esta fineza satisfecho,
aposentarse quiere
en el humano pecho,
sabroso pasto y dulce manjar hecho.

Gustar el hombre quiso
de la fruta del árbol prohibida,
y el funesto manjar temprana muerte
le da en el paraíso.
Muere Jesús, y en celestial comida
le da la vida con trocada suerte;
y cuando se despide,
le encarga que no olvide
que ha por él derramado
su sangre, y muerto, porque más le deba,
por él crucificado,
y que de amor en prueba,
coma su carne, y que su sangre beba,
Gratísima memoria,
irrevocable eterno testamento,



Cuadro del pintor español Francisco Ribalta, que existe en el Museo de Moscú (Rusia), según datos del cronista de la ciudad de Valencia Luis Cebrián

(Reproducción de Martín Vidal)

pan del alto Querub apetecido,
de la futura gloria
prenda y señal, y rico heredamiento
del nuevo pueblo en Gólgota adquirido;
los que de ti dudaron,
de amor poco alcanzaron;
pues si la ardiente llama
en flaco y mortal pecho no consiente
la ausencia del que ama,
¿un pecho omnipotente
morir querría para estar ausente?

Era tu fortaleza
al poder de la muerte comparada,
un tiempo, amor, igual; mas ya rompiste
de la Naturaleza
las leyes; y la muerte acobardada,
cediéndote su imperio, te persiste
más allá de la vida
con el hacha encendida
en la ferviente mano,
abrasando en amores celestiales
al corazón humano,
y dando á los mortales
nuevo vivir en años eternos.

Feliz el que te adora;
más feliz si te hospeda dignamente;
felicísimo, en fin, si te desea,
si de ti se enamora,
y á ti unido, contigo solamente,
dulce pan, y en ti vive y se recrea.

¿Quién diera al pecho mío,
tan áspero y tan frío,
que de amor lo abrasara
la viva llama, y que la unción divina
su dureza ablandara?
Ven, gracia peregrina;
haz un milagro más, y á ti me inclina.

TOMÁS JOSÉ GONZALEZ DE CARVAJAL

Testamento de Cristo Nuestro Señor

En una cama de campo
estaba Cristo á la muerte,
que en cama de campo nace
y en cama de campo muere.
Es la cama tan angosta,
que revolverse no puede,

pues para caber en ella,
un pie sobre el otro tiene.
Hacer quiere testamento
de sus adquiridos bienes,
que lo que es lo vinculado
ya se sabe á quién le viene.
Presente estaba su Madre,
que pudo hallarse presente,
por ser testamento abierto
y ser á quien más compete.
Pasó ante Juan escribano,
y porque mejor herede
cierta manda que le toca,
firman cuatro las siguientes.
Primeramente encomiendo
á mi Padre omnipotente
mi alma con tanta gloria
como la que tuvo siempre.
Mi cuerpo mando á la Iglesia,
y es mi voluntad se entierre
en las entrañas del hombre,
pues dármele tierra deben.
Y si el cuerpo que sepultan
comerle la tierra suele,
mando al hombre, pues es tierra,
que me coma, pues me tiene;
mas mire cómo me come,
que, puesto que el cuerpo muere,
tiene de comerme vivo
cuerpo y alma juntamente.
Item. Mando que mi Esposa
usufructuaria quede
de todo cuanto yo tengo,
sin que nada se le escete.
Y los bienes gananciales,
que no serán pocos bienes,
la parte que me cabía
quiero que también le dejen,
con carga de que en su casa
todo el tiempo que viviere
el hombre, pues es mi hermano,
á mi costa le alimente.
Y pues él vive tan pobre,
que cuanto tiene me debe,
declaro que tales deudas,
en muriendo yo, fenecen.
Item. Es mi voluntad
que cuanto al hombre le viene,
si en tiempo no le acetare,
no lo goce aunque lo acetare.
Item. Que Juan escribano
por testamentario quede,
que es quien sabe bien mi pecho
y hará lo que más conviene:
A quien mando una encomienda
blanca y pura como nieve,
que encomienda de San Juan
blanca tiene de ser siempre.
Acabó Cristo sus mandas
por ver que espera la muerte,
que hasta que él mismo la llame,
á llegarse no se atreve.
Con la cabeza la llama,
que con la mano no puede,
y en bajando la cabeza,
ella vino y Cristo muere.

ALONSO DE LEDESMA

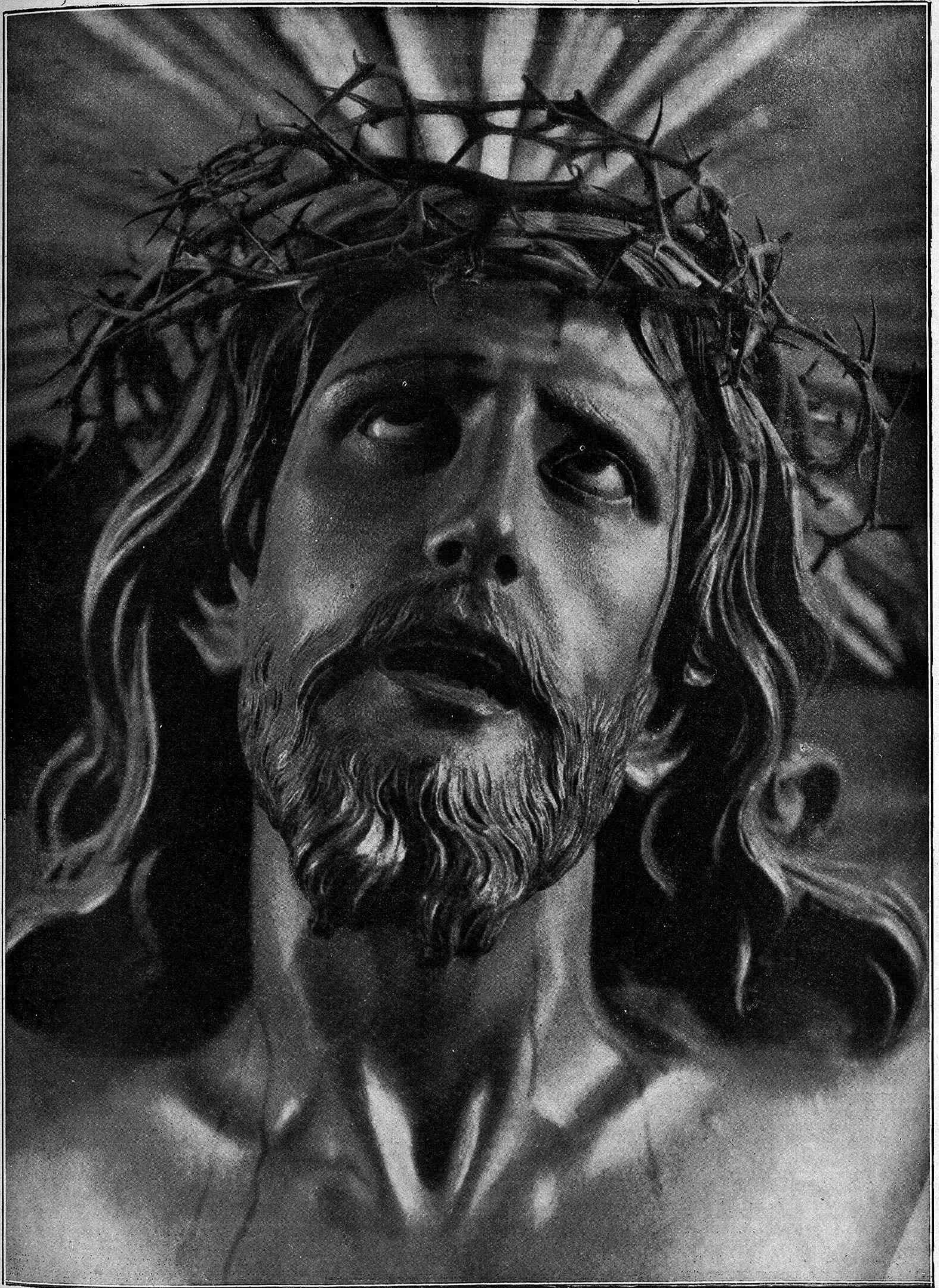
A Jesús crucificado

Pues á cuanto el mundo alaba,
pone fin la sepultura;
ni quiero bien que no dura,
ni temo mal que se acaba.

¡Oh, qué amor tan sin medida,
que toda su sangre vierte
por darnos vida en su muerte
el mismo Autor de la vida!

Si de venenosos dientes
de satánicas serpientes
te sintieres lastimado,
ve á Jesús crucificado
que en sus misteriosas fuentes
de sangre serás curado.

FRAY ARCÁNGEL DE ALARCON



Devoeión española.

Santísimo Cristo de Limpías

LA BELLEZA DEL DOLOR



«Dios no llora en su sacrificio...»
Magnífica talla de Berruguete, de propiedad particular, existente en Toledo



«La serena belleza de su dolor»
Admirable escultura de propiedad particular, existente en Toledo

EXISTE algo más emocionante y más bello que una lágrima?

No hay nada más humilde, más pequeño, materialmente considerado; pero nada tampoco, en su aspecto espiritual, en su verdadero valor, más hermoso, más dominador.

Ante ella, ¿quién no se ha rendido?

Las lágrimas nos vencieron siempre; ¿no recordáis de los llantos de vuestra madre, de vuestra novia, de vuestra mujer, de vuestros hijos?

Ellas idealizaron nuestros momentos más gratos y más desdichados.

Por las más grandes alegrías y los más grandes dolores hemos visto llorar y hemos llorado, aunque de pequeños nos dijeron, cuando nos vieron acobardados, «que los hombres no lloran; pero en momentos de mayor sinceridad, cuando nuestras madres nos contemplaron resistiéndonos forzosamente al llanto ante un dolor ó una emoción, nos repetían doloridas: «los malos no saben llorar».

Las lágrimas han sido, y serán en toda la vida, la apología más sublime de las intensas emociones; la más fuerte y la más recia sensación del alma; la más exquisita y la más sencilla manifestación de todos los sentimientos; por eso lloran tanto los niños, y por lo mismo lloran las mujeres más que nosotros.

Lágrimas de mujer, lagrimitas de mujer y de niño, delicadas y sensitivas, perlas preciadísimas que nos cautiváis profundamente, sois todo un poema, el poema más grandioso y más bello, el poema de la emoción, de la idealidad; de la belleza más suprema, si son lágrimas de dolor...



«La Virgen llora»
Preciosa Dolorosa de la Parroquia de San Andrés, de Toledo

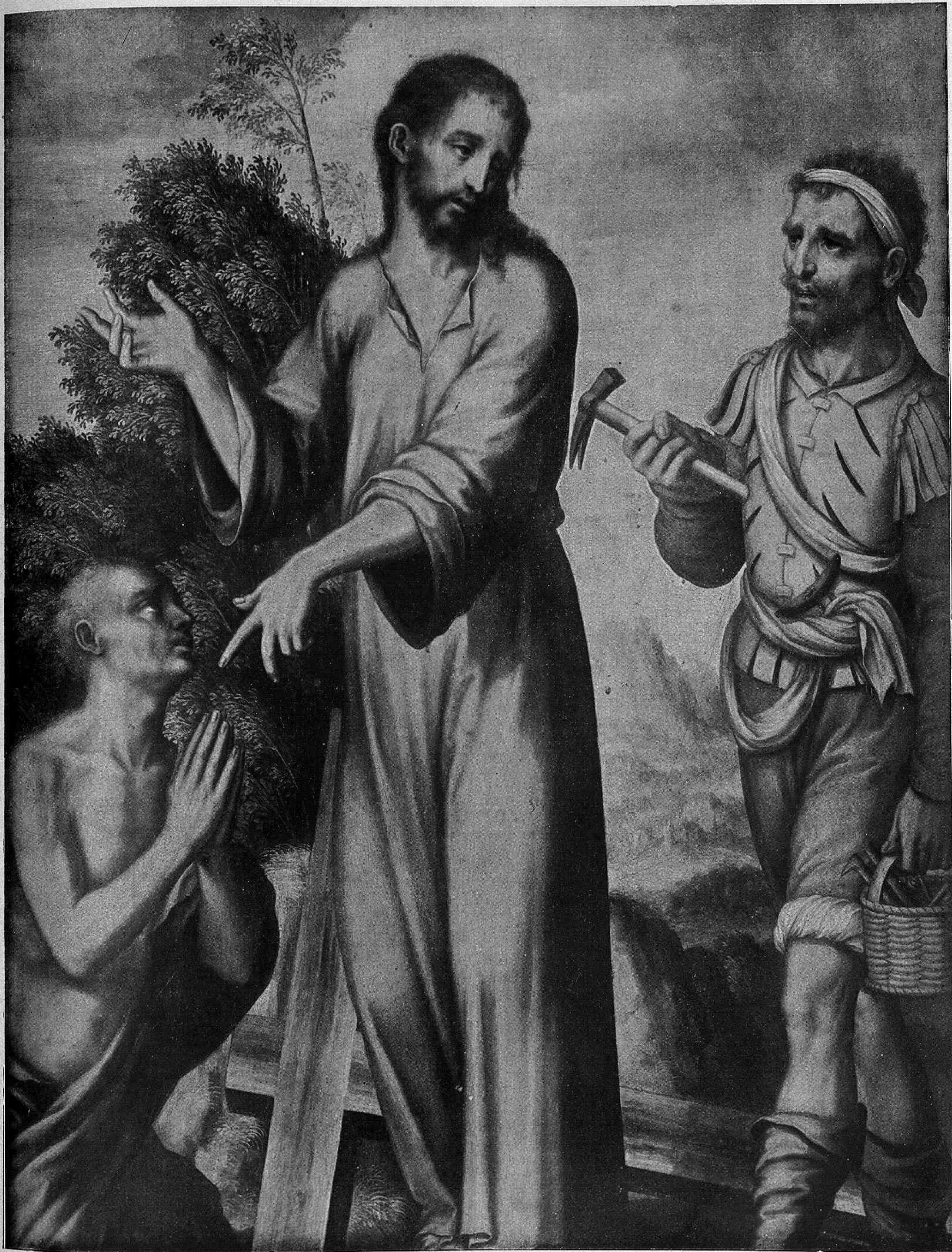
En estos días santos, en que el mundo creyente conmemora la pasión y muerte de Jesús, este poema tiene la más extraordinaria realidad.

Sobre todas las emociones de las fiestas y los cultos; sobre todos los espectáculos de procesiones y cofradías; sobre todas las reverencias á los pasos que las integran; ante el inmenso dolor por el sufrimiento del Señor—Dios no llora en su sublime sacrificio por la cristiandad—, se sobrepone la belleza magistral y dominante de la Dolorosa. Es ella la figura más atractiva de estas solemnidades, la que reconcentra la mayor devoción en todos los pueblos, en todas las ciudades.

En la comitiva procesional van representadas las escenas más salientes de la gran tragedia; una por una, las imágenes, de mediano ó gran valor artístico, avanzan por entre la muchedumbre recogiendo respetos y admiraciones; mas al llegar Ella, como digno remate de la suntuosa procesión, como final del santo entierro—el eterno duelo—, la gran masa de espectadores cae á sus pies, en fervorosa devoción, en rendida pleitesía, dominados por su dolor.

No importa su valor artístico ni histórico: es la Virgen. No importa ni aun lo que simboliza, para los indiferentes y descreídos: es una mujer. Es una mujer, sublime y santa, porque es madre; mucho más en estos momentos en que llora por un hijo, impresionándonos con su gran belleza, con la serena, con la excelsa, con la insuperable belleza de su gran dolor.

SANTIAGO CAMARASA



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Cristo y los dos pecadores»,
cuadro de Luis Morales "el Divino"

Motivos andaluces

La "saeta"

ORACIÓN y canto popular; serpentina lírica que se desenrolla ondulando en el aire primaveral y místico de esa Semana de Pasión en Andalucía, con desgarres de cante jondo... La saeta es, dentro de los cantos andaluces, tal vez el más personal, el más rebelde a dejarse aprisionar en la norma del papel paucado. La saeta tiene algo de cante litúrgico, mucho de canción oriental y una garbosa prestancia flamenca. En sus modulaciones alargadas, en cierta lánguida monotonía de sus dos primeros tercios, parecen oírse los golpes secos de los parches que acompañan las canciones de las tribus nómadas: de húngaros errantes ó árabes del Desierto. Luego, Andalucía la recobra y la hace vibrar con la cadencia apasionada de dos de sus mejores estilos: la saeta por soleares y la saeta cantada por seguirillas gitanas...

La saeta es quizás la única canción popular andaluza que puede desdeñar la guitarra; que, señera y única, con magnífica independencia, se lanza sola, orgullosa de su significado místico, como una espiral votiva, hacia el cielo immaculado, buscando el ideal oído de esos Cristos dramáticos y esas Virgenes guapas, con caras de mocita, que van en las andas suntuosas, entre humos de incienso, refulgir de joyas, parpadeos de cirios y sonar de atambores y clarines...

Pero la saeta no suena entre esa algarabía. Espera para surgir esa tregua insospechada que hace un silencio profundo aún entre una multitud enorme... Entonces, cuando todo calla y es como un segundo de éxtasis colectivo en plena calle, brota la saeta... Alarde apasionado unas veces y promesa otras, la saeta surge primero temblorosa, como una queja, como un jipío, tal que un ave tímida en el primer vuelo, aleteando, buscando el aire para sostenerse, tanteándose, como un balbuceo... Luego, ya segura de que se la escucha, se ensancha y esponja, adquiere amplitud y sonoridad, llena poderosa el espacio como un armónico grito de triunfo... Y ya en lo

alto se enrosca en sí misma, se adorna con florituras, se retuerce en cambios y modulaciones graciosas, y al descender después, al abatir el vuelo, ya parece desmayada y fonje, rendida, al terminar con un lírico sollozo, con una blanda queja apasionada. Saeta andaluza, oración y copla, mística y flamenca al mismo tiempo...

Canto del pueblo; explosión del alma de un pueblo que en la canción expresa todos sus pensamientos, todos sus sentires...

Cierta vez, al paso de una Virgen trianera, una chavalilla que apenas levantaba un metro del suelo, se decidió á cantarle, emocionada de verla tan bonita:

«Virgencita mía,
mira tú por donde...»

—¡Chiquilla!—le interrumpió una vieja en son de airada protesta—. ¡Que en vez de saeta le estás cantando á la Virgen por alegrías!...

—¿Y qué importa, abuela? Como la Virgen es de aquí, ya lo entenderá. El son es lo de menos...

Tenía razón la chicuela. La música, el ritmo, no importan nada. Lo que vale es que el alma, como en Andalucía, desbordada de emoción, quiera cantar, poner la armonía espiritual en cada «letra», cantando nuestra íntima canción, aquella mejor que ninguna, porque encuentra eco en nuestro corazón...



JUAN FERRAGUT

La procesión de Viernes Santo en el siglo XVII

Es antiquísima costumbre española la de conmemorar con solemnes procesiones el aniversario de la muerte del divino Jesús.

Con crecido acompañamiento conducense en tal ocasión por plazas y calles, además de varias efigies del Justo y de su Madre angustiada y dolorida, los llamados pasos ó misterios de Semana Santa; grupos escultóricos que representan interesantes momentos de la sagrada Pasión.

En Madrid, durante los reinados de Felipe IV y Carlos II, celebróse dicha manifestación religiosa con pompa extraordinaria.

Delante de la iglesia de Santa María, edificación de origen musulmán, que fué derribada hace cerca de trece lustros, organizábase el piadoso cortejo, que, lenta y majestuosamente, dirigíase por Platerías y el lugar denominado entonces Puerta de Guadalajara, á la Plaza Mayor ó del Arrabal, tornando después al lugar de su formación, en la primitiva calle de la Almudena, por las de Toledo, Latoneros, Puerta Cerrada, San Justo, Plaza del Cordón y la vieja rúa de Santa María, que es como antiguamente se nombraba la que hoy llamamos calle del Sacramento.

En 1647, y por consecuencia de haberse hundido durante la mañana del Viernes Santo una torrecilla del caserón de los Ocones, sito junto á la fuente de Puerta Cerrada, tuvo que modificarse el itinerario de la procesión, disponiéndose que volviera á su punto de partida, no por el camino anteriormente indicado, sino recorriendo la Plaza de Santa Cruz, la bajada del mismo nombre y casi toda la actual calle Mayor, cuyos últimos trozos se denominaron Puerta de Guadalajara, Platerías y la Almudena, hasta tiempos relativamente cercanos á nosotros.

Dicha ruta fué la que se siguió desde el citado derrumbamiento, por haberla juzgado preferible á cualquiera otra los cursores de la procesión.

Conviene saber que ésta dió alguna vez un breve rodeo con el fin de pasar por delante del regio Alcázar, en cuyo balcón principal, adornado con magníficos tapices, se hallaban Su Majestad la Reina y las más ilustres damas de la Corte. También había, en ocasiones tales, bastante señorío asomado á las ventanas de la Armería Real.

La condesa d'Aulnoy, refiriéndose á los tiempos del rey Hechizado, cuenta que el viernes de la Semana Santa se vestían las mujeres de Madrid con mayor lujo que el día de su matrimonio, y que en los balcones de muchas casas de la «carrera», engalanados con ricas colgaduras, apiñábanse infinitas señoritas movidas por el deseo de presenciar la procesión, que, empezando á las cuatro de la tarde, no terminaba hasta las ocho.

Las horas de espera pasábanlas agradablemente, solteras y casadas jóvenes, dejándose requerebrar por sus galanes, hartándose de confituras y bebiendo licores finos; pues en aquellas calendas eran nuestros mayores muy poco respetuo-

sos con los preceptos relativos á los ayunos y abstinencias de la semana penitencial.

Recuérdense aquellos versos de Vargas:

«Fuí á la iglesia con las niñas
el día de Jueves Santo,
y acallamos nuestro llanto
empapándolo en rosquillas».

Y la quintilla famosa:

«El escándalo ha llegado
en España á tal aumento,
que en banquete descarado
se convierte el monumento
de Cristo crucificado».

Volviendo á la procesión del Viernes grande, cúpleme decir que acostumbraban á tomar parte en ella más de cuatrocientos *penitentes de luz* ó portadores de hachas encendidas, y que no faltaban jamás aquellos disciplinantes enmascarados que se tocaban con un enhiesto gorro de forma cónica, del cual pendía un velo negro que les servía para ocultar la cara.

Eran muy numerosos, y manifiestan Alvarez de Colmenar y Francisco Santos, que había poquitos que se azotaban por religiosidad verdadera, efectuándolo los más por admirar é inspirar compasión á sus amadas, que podían conocerlos merced á las anchas cintas ó colonias que les habían regalado con semejante propósito. De estos flagelantes se burlaron muy donosamente D. Francisco de Quevedo y su tocayo Santos.

No faltaban, la verdad sea dicha, varones piadosos que se mortificaban en cumplimiento de alguna devota promesa. Labat, en su *Voyage d'Espagne*, habla de un «nazareno» que, afligido por el peso de su enorme cruz, coronado de espinas y descalzo, marchaba trabajosamente en una de esas procesiones, y exterioriza el horror que en ella le causaban dos hombres medio desnudos, que iban golpeándose el pecho con sendas pelotas de cera mezclada con trozos de vidrio. Según Soto Aguilar, autor de una Historia de Felipe IV, no eran únicamente seglares los penitentes de Semana Santa. En la procesión de 1623, que presencié el príncipe Carlos de Inglaterra, tomaron parte muchos religiosos de Madrid, unos azotándose cruelmente y otros llevando grillos en los pies, sogas ó cadenas en los cuellos y, detalle horrible, mordazas hechas con huesos humanos.

La condesa d'Aulnoy, que en su *Viaje por España* se ocupa largamente de los flagelantes á la moda, cuyos extravagantes usos refiere exagerándolos, asegura que los verdaderos penitentes lo eran en general por imposición de sus confesores. A tan distinguida dama debemos un notable relato de la procesión de 1679:

«Imposible me sería—dice—citar las personas que vi en ella, empezando por el Rey, Don Juan

de Austria, los Cardenales, los Embajadores, los Grandes, los palaciegos y lo más principal de la villa. Cada uno llevaba en la mano un cirio, y no pocos iban acompañados de pajes con antorchas.

«Todas las cruces y todos los estandartes hallábanse cubiertos con negras gasas, y multitud de tambores enlutados redoblaban tristemente, mientras las trompetas lanzaban sonos lastimeros».

Madame d'Aulnoy no habla aquí de los frailes y sacerdotes que de seguro figuraron en la comitiva, junto á tales cruces y estandartes; mas en otro lugar puntualiza que concurrieron á tan solemne acto la totalidad de las parroquias madrileñas—que eran entonces la mitad que al presente—y todas las órdenes de religiosos de que á la sazón tenían treinta y cuatro ó treinta y cinco conventos en esta Corte.

Asistieron también las cuatro compañías de la Guardia real, cuyos individuos «llevaban sus armas enlutadas y abatidas hasta el suelo».

«Vi—continúa—grupos de imágenes que representaban los misterios de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Las figuras, bastantes defectuosas y no muy bien vestidas, eran tan pesadas que para su conducción se necesitaban cien hombres...»

¡Muchos hombres me parecen!

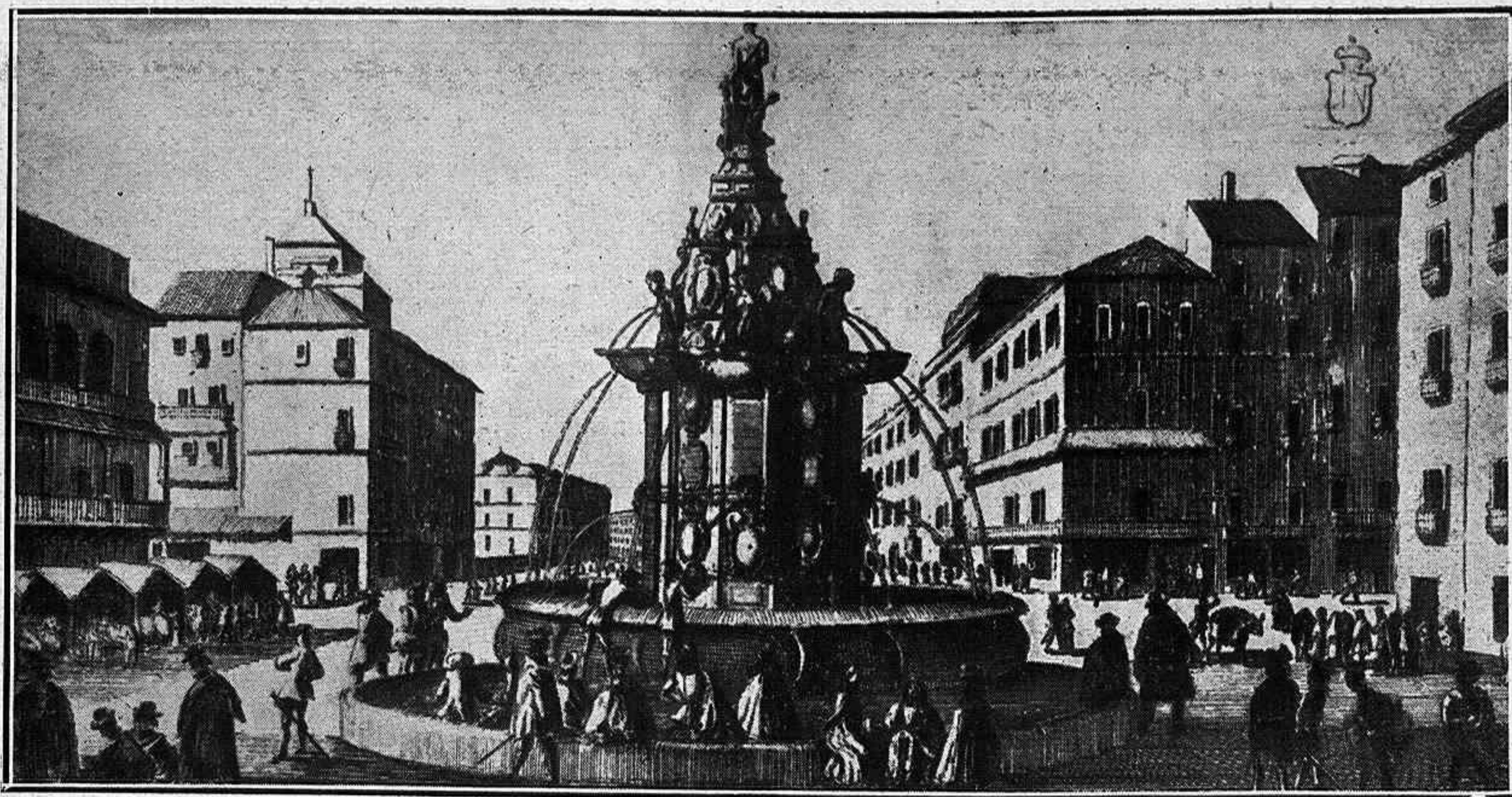
«Recuerdo—añade—una *Huida á Egipto* en que la Virgen iba sobre un pollino cuyos arreos estaban cuajados de perlas».

Este paso lo conducían y escoltaban los albañiles de Madrid, y se cuenta que en 1659 fueron apedreados los condes de Chinchón, Tabara y Fernandina, á causa de haber pretendido que su carroza atravesara ó rompiera la procesión, por el sitio en que se hallaban aquellos trabajadores.

Barrionuevo refiere que el mismo año, al pasar por delante del Palacio Real dicha *Huida á Egipto*, soltaron sus portadores muchas aves que llevaban, y que una paloma fuese derecha á la ventana donde estaba la Infanta y se asentó sobre su cabeza, y otra se posó en el sombrero del Rey.

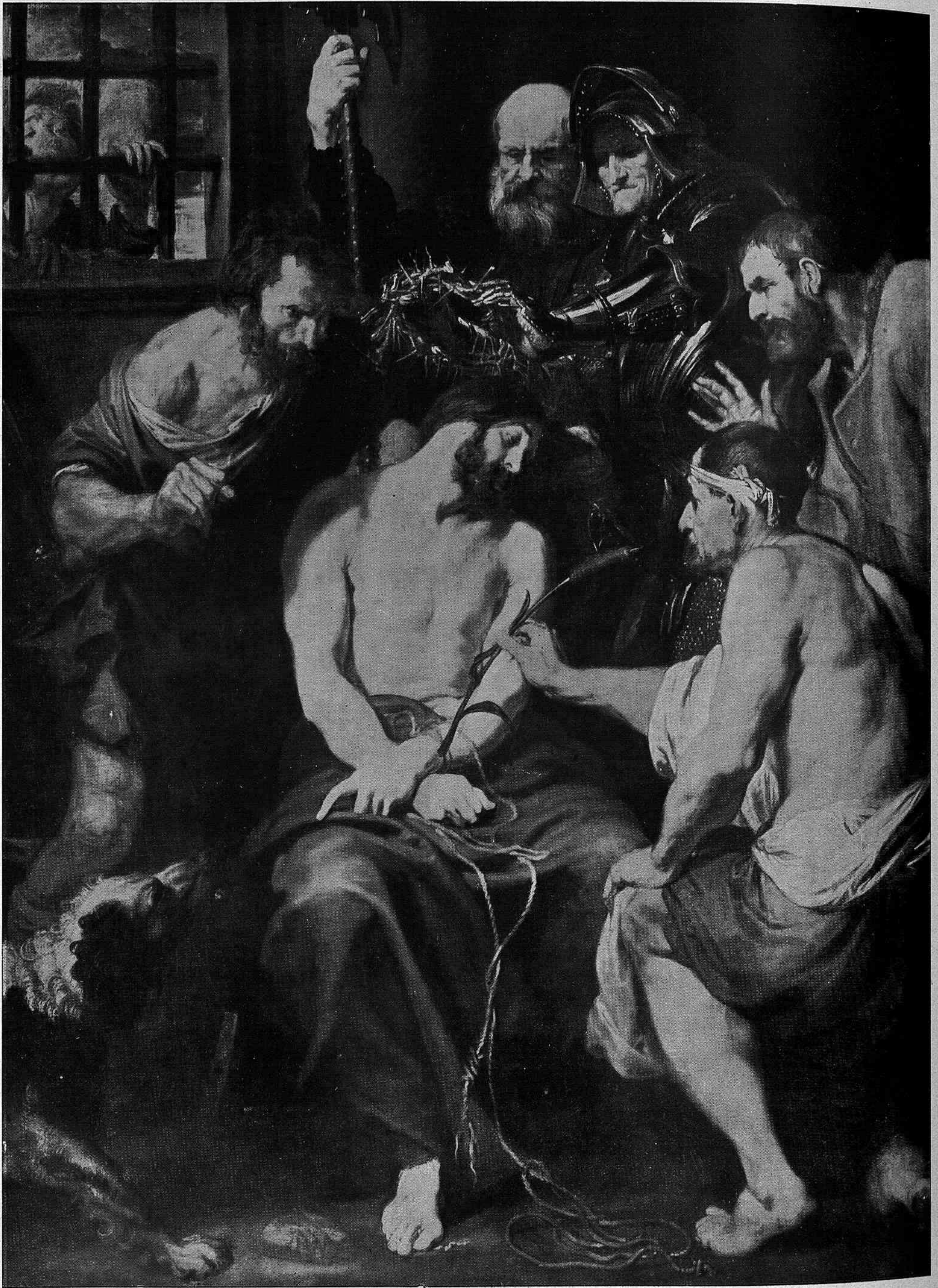
No hace mérito madame d'Aulnoy de ciertas imágenes muy veneradas á la sazón en nuestra villa, que, como la Virgen, obra de Gaspar Becerra, y el Cristo de Pompeyo Leoni, figuraron indudablemente en el acto devoto que nos ocupa; mas con lo que dice, y las noticias suministradas por Soto, Alvarez de Colmenar, Francisco Santos, González d'Avila y Barrionuevo, basta y aun sobra para que podamos aquilatar cumplidamente lo que fueron allá, en las postrimerías de la Casa de Austria, las procesiones madrileñas del Viernes Santo.

José FERNÁNDEZ AMADOR de los RÍOS



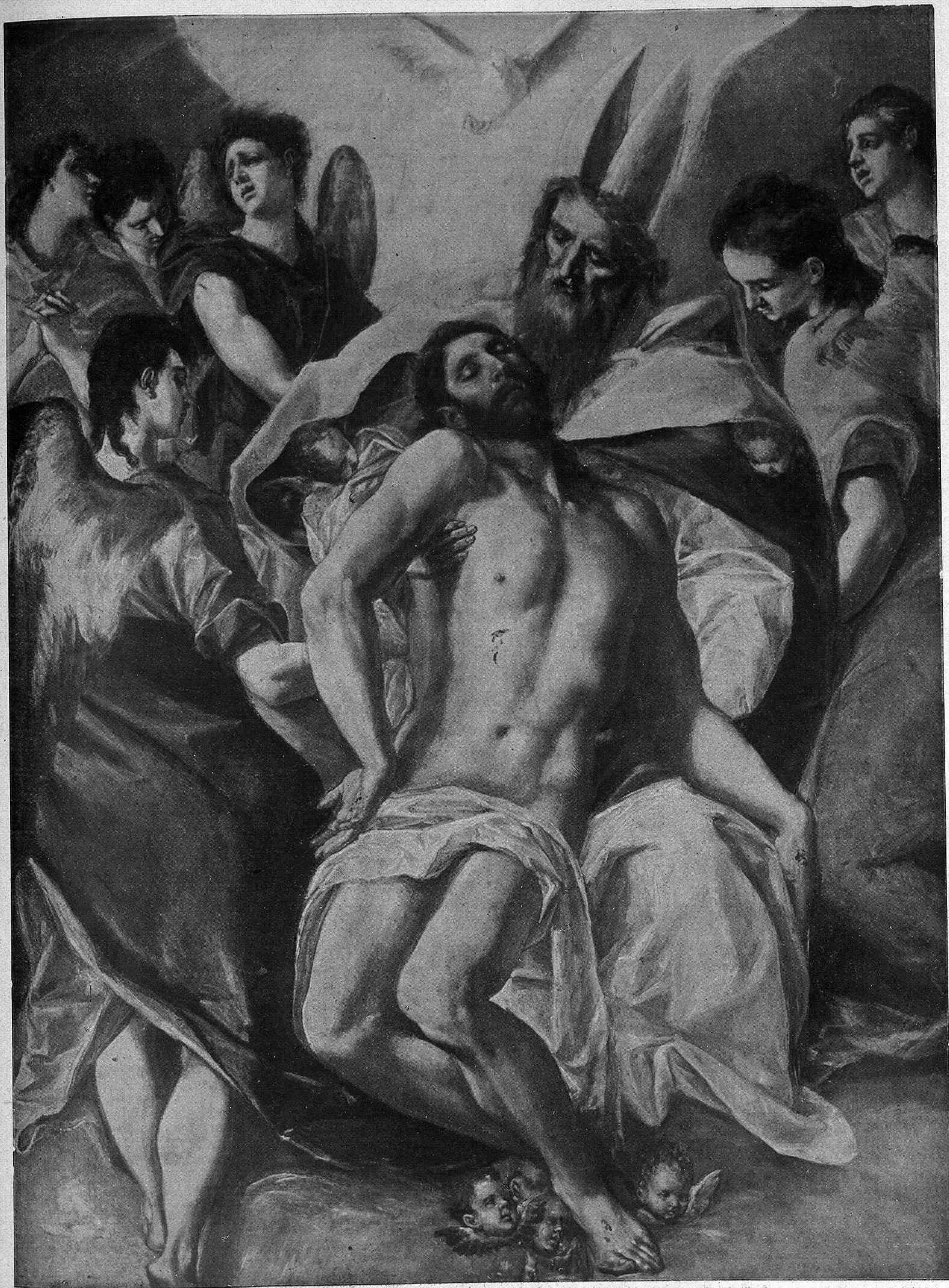
La Puerta del Sol de Madrid á fines del siglo XVII

(De un grabado antiguo)



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«La coronación de espinas»,
cuadro de Van Dick



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Jesucristo en brazos del Padre Eterno»,
cuadro del Greco

SAGRADAS IMAGENES MADRILEÑAS

NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO Y EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA FE

EN EL CONVENTO DE JESÚS

A PRIETO el blanco botoncillo del timbre escondido en una ranura de la puerta. Se mueve el metal de la mirilla, y unos ojos fisgan por ella. Yo silbo una tonadilla para demostrarle al que está en la atalaya que soy

hombre pacífico. Se abre la puerta, y un fraile de barba larguísima, llena de hilos cenicientos, de mirada suave y clara, me pregunta:

—¿Qué desea, hermano?

El reporter confiesa noblemente que es un hombre de la calle más dado al ajeteo mundano que al retiro y prácticas religiosas; que pisa

con más desenfado y desgaire un salón lleno de gente civil, cargada de apetencias y de apetitos materiales, que no estos rincones de oración recoletos y escondidos donde se refugian estos amadores espirituales de Cristo.

El fraile responde á mis disculpas con estas palabras:

—Ya comprendo; ya comprendo...

Yo he pasado los viernes de Cuaresma por los alrededores de la iglesia de Jesús y he visto las larguísimas hileras de criaturas pegadas á la pared. Hombres, mujeres y niños esperan horas y horas, aguantando el relente de la madrugada y las incomodidades de la calle, á que les llegue el turno para besar los pies de Jesús. La muchedumbre proletaria, burguesa y aristocrática es un rebaño lleno de paciencia y de mansedumbre. En algunas caras hay cansancio y abatimiento al entrar; pero al salir de la iglesia recuerdan sus faces á las sagradas escrituras que dicen de Moisés, «que al bajar del monte después de haber conversado con Dios, resplandecía tanto su rostro, que ninguno podía mirarle».

LA PRISIÓN Y EL RESCATE DE LA IMAGEN DE JESÚS

Pregunto al fraile capuchino algunos datos históricos de esta imagen de Jesús que venera con tanto fervor el pueblo madrileño. El padre me deja en el saloncillo del convento y vuelve al rato con un librito, que lleva este título en letras rojas: *Estudios históricos acerca de la Sagrada Imagen de Jesús Nazareno*, obra escrita por el R. P. S. Santibáñez.

«Esta imagen de Jesús—extratamos del libro—fué llevada con otras reliquias al puerto de Maamora, en Marruecos, arrancado á las garras musulmanas por los soldados del marqués de Vélez. Cuando los españoles conquistaron este refugio de los piratas berberiscos, el Rey envió una misión religiosa á la fortaleza de Maamora, y los padres Capuchinos, que eran los misioneros encargados del culto, llevaron consigo la sagrada imagen.

Pasados muchos años, los moros ponen cerco á la plaza fuerte de Maamora, donde había un puñado de soldados españoles, escualidos, hambrientos y desarmados. Las hordas berberiscas iban mandadas por el furioso jefe marroquí Alí Bencadalo, que se apoderó de la fortaleza de Maamora el 30 de Abril de 1681. Entre el botín apresado por los moros estaba la imagen de Jesús.

La noticia de la «prisión del Nazareno» llena de pena al rey Carlos II, á la corte y al pueblo. Se comienzan activamente las gestiones de rescate de los cauti-



Nuestro Padre Jesús Nazareno, que se venera en la iglesia de Jesús

vos y de las imágenes. Después de laboriosísimos trabajos se llega á un acuerdo con los moros, y éstos acceden á devolver los soldados cautivos y las sagradas efigies previa la entrega de una importante cantidad. Los trabajos de rescate duran desde Abril á Enero. Circulan por el pueblo leyendas de actos violentos y de oprobio llevados á cabo con la imagen de Cristo.

«Tocaba á su término el mes de Agosto—dice el historiador religioso Santibáñez—cuando el duque de Medinaceli, que seguía siendo primer ministro de la nación, mandó aviso al rey, de jornada en Aranjuez, para que viniese cuanto antes si, como había manifestado, quería asistir al solemne recibimiento que á su Cristo haría el pueblo madrileño. El piadoso monarca adelantó el regreso de la corte, se instaló en el palacio del Buen Retiro, y allí esperó la llegada del día convenido para la entrada, que fué el 15 de Septiembre de 1682.

«Ricos, pobres, reyes y vasallos, jóvenes y ancianos, formando un cuadro abigarrado y pintoresco, acuden á recibir á Jesús. A dos kilómetros de la villa se había formado la procesión. Dando escolta—añade Santibáñez—iban repartidos convenientemente los 211 cautivos rescatados, y junto al divino Nazareno, los 12 niños á quienes Jesús parecía decir con voz llena de dulzura: «Dejad que los niños se acerquen á Mi.»

«El rey, la reina, la real familia, los ministros de la Corona, el vicario eclesiástico, el corregidor mayor de la ciudad, y de los religiosos, el padre provincial y superior del convento de Trinitarios, adelantáronse á la muchedumbre, caminando á pie y bajo los rayos de un sol abrasador. Cuando, casi á un kilómetro de la villa, alcanzaron á ver la expedición, como los peregrinos de Tierra Santa al divisar Jerusalén, postráronse en tierra, adoraron al Dios de los Cielos, cuyas imágenes le hablaban de El, y, satisfecha su devoción, dejaron oír su voz los atabales y tambores, que, unidos al repique general de las campanas de la ciudad, al estampido, apenas interrumpido, del cañón y al frenético clamoreo de las entusiasmadas muchedumbres que, con el ciego de Jericó, gritaban: «Jesús Nazareno, compadécete de mí.»

«Se necesitaban capilla y altar convenientes, y para edificarlos hizose una colecta general; y que debió ser abundante lo prueba el que con ella se creyeron los religiosos con suficientes fondos para tratar de poner la primera piedra.

«Tenía el duque de Medinaceli, contiguo á la iglesia de los Trinitarios, dilatados y hermosos jardines, y de éstos ofreció parte, la que se juzgó suficiente para levantar la proyectada casa.»

DESDE LAS CINCO DE LA MAÑANA
HASTA LAS DOCE Y MEDIA DE LA NOCHE

El capuchino me invita á que vea las obras —ya muy adelantadas—de la nueva iglesia de Jesús. Mientras pasamos por las naves y galerías y bajamos á la cripta, me dice:

—Llevamos ya gastadas 800.000 pesetas.

—¿Y quién da ese dinero?

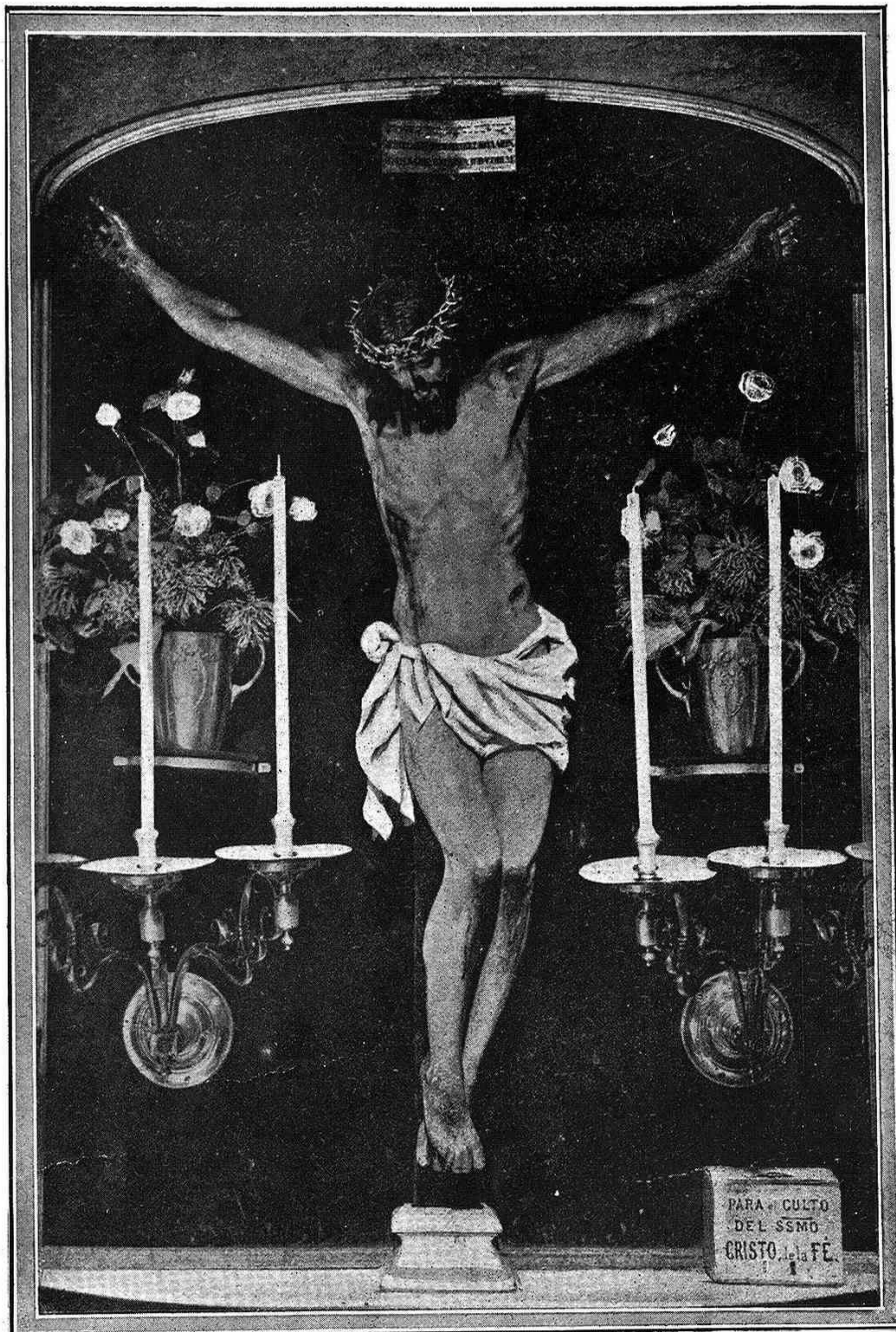
—Las limosnas de los fieles. Y, por lo general, limosnas pequeñas. Como usted ve, es una obra sólida y maciza. Pero escasea el dinero. No sabemos si podremos seguir adelante.

—¿Aumenta ó disminuye el culto á esta imagen?

—Crece de una manera extraordinaria. Este viernes pasado se formaron dos colas numerosísimas, y los fieles estuvieron para visitar al Señor desde las cinco de la mañana hasta las doce y media de la noche. Se ha dado el caso de que muchas personas que tenían preferencia para entrar se han quedado en las colas horas y horas, felices de esta mortificación por el Nazareno.

—¿Quién es el patrono de la imagen?

—El excelentísimo señor duque de Medinaceli. Para el culto de la sagrada efigie existe la Congregación de la Real é Ilustre Esclavitud de Nuestro Padre Jesús Nazareno, que cuenta con más de 2.500 hermanos. Nuestro Padre Jesús es el titular de la iglesia que se está levantando ó reedificando para darle culto, y como tal titular inseparable de ella.



El Santísimo Cristo de la Fe, que se venera en la iglesia de San Luis

LA FERVOROSA PREDILECCIÓN QUE SIEN-
TEN LAS MUJERES POR EL CRISTO DE LA FE

Ahora estoy en la iglesia de San Luis, donde se venera el Santísimo Cristo de la Fe. De pie, de rodillas y con los brazos extendidos en ademán de súplica, hay unas cuantas mujeres enlutadas. Aquí están, á los pies de Cristo, desde la niña apenas púber, á la mocita espigada, contándole sus cuitas. Las pequeñas recuerdan estas palabras: «El ganado crecido libremente puede apacentarse por los ejidos de la Iglesia, en los sabrosos pastos de las divinas Escrituras; porque, como dijo el Apóstol, tienen los sentidos ejercitados; pero los cabritillos, la gente menuda, los nuevos en la virtud, «justa tabernacula pastorum» (no se han de apartar de las cabañas de los pastores).»

—Este Cristo de la Santísima Fe, que se venera en San Luis—responde el sacristán á mis preguntas—, fué encontrado en una cueva de esta iglesia, hace ya unos sesenta años, por un sacristán. Los madrileños sienten una fervorosa predilección por esta sagrada imagen. Y no sólo en la ciudad, sino que de toda España, de Africa y de la Argentina, recibimos constantemente pe-

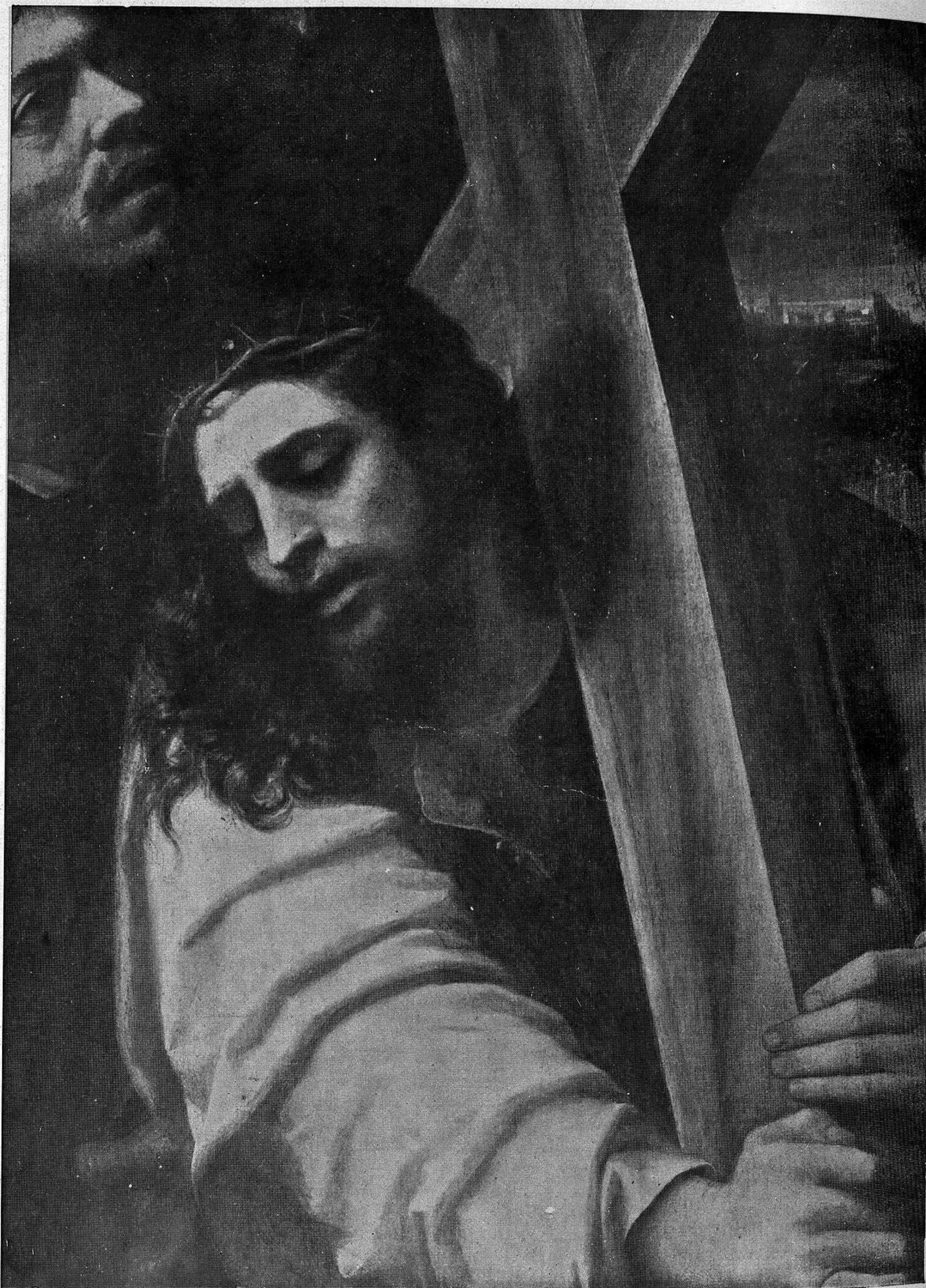
ticiones de la santa efigie. Una idea de la adra- ción que sienten los madrileños por el Santísimo Cristo de la Fe lo demuestra en que la iglesia es ya pequeña para contener á los fieles. Es una romería admirable. Pasan de cinco mil las personas que llegan diariamente á orar al Cristo.

—Entre los fieles, ¿cuáles abundan más: los hombres ó las mujeres?

—Las mujeres. Frente al Señor se pasan horas y horas con los brazos abiertos, hincadas de rodillas, como si quisieran demostrar á Cristo que no es seguro el amor que no está probado en trabajos.

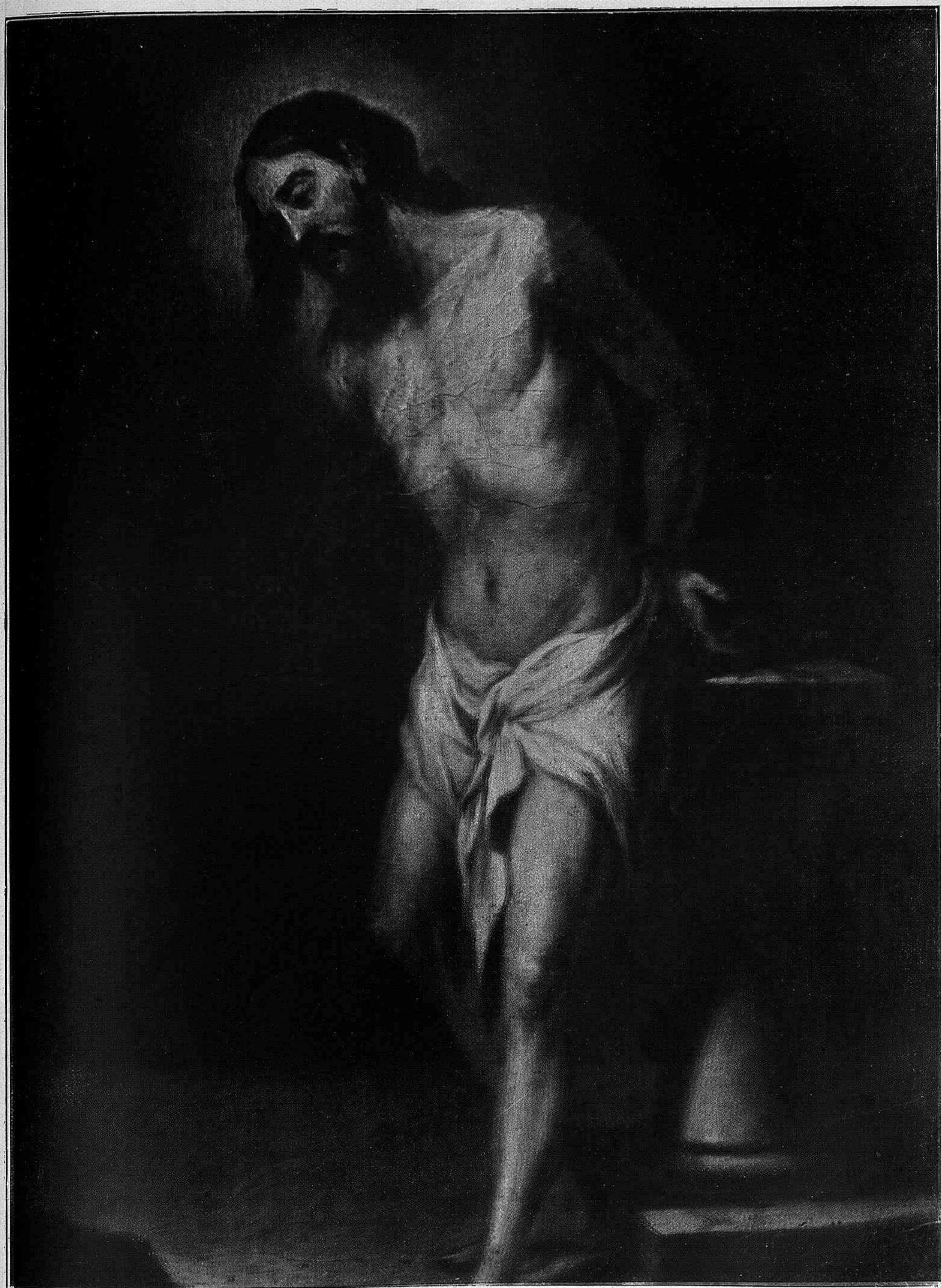
Abandonan el templo, en cuyos altares brillan las lucecitas. La mancha negra de una vejezuela se arrastra hacia la imagen de Cristo. Yo tengo que apartarme para no pisarla. Unas muchachas de tipo puetlerino se ponen en la cabeza un pañuelillo blanco. Y se oye algún sollozo, y se quiebran en el aire los suspiros, y los rezos... «Porque ninguno, dijo el santo, puede compararse contigo, porque estás lleno de gracia, de mansedumbre y justicia, sin alguna mancha de pecado, y tienes tus labios adornados de todo buen donaire.»

JULIO ROMANO



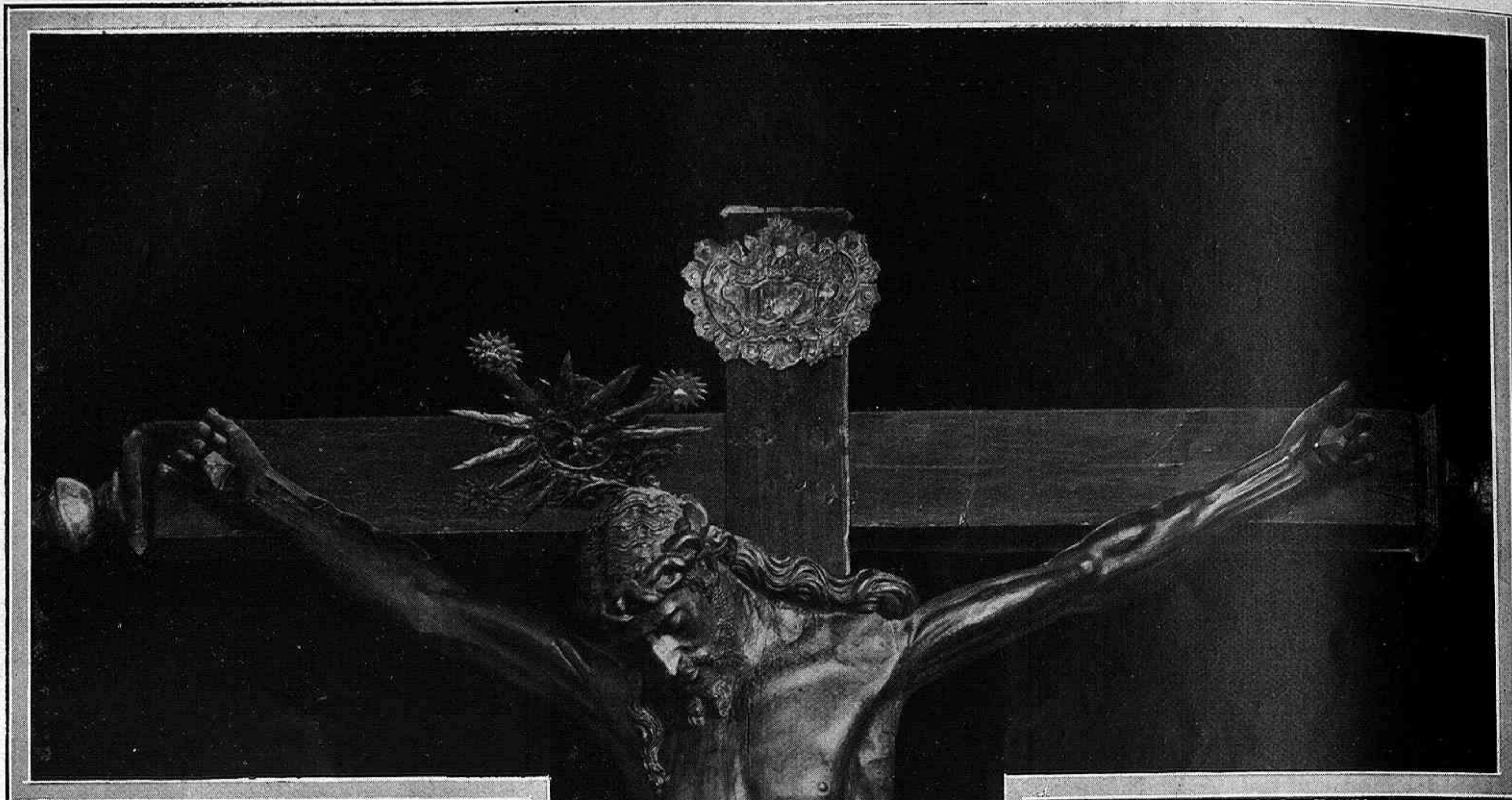
La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Jesús con la cruz á cuestas»,
cuadro de Sebastiano del Piombo



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Cristo atado á la columna»,
cuadro original de Alonso Cano



LA DEVOCIÓN DE LA CRUZ

De la Escena III de la JORNADA PRIMERA

EUSEBIO. Tened, Lisardo, la espada,
y pues yo he tenido flema
para oír desprecios míos,
escuchadme la respuesta.
Y aunque el discurso sea largo
de mi suceso, y parezca
que estando solos los dos
es demasiada paciencia,
pues que ya es fuerza reñir
y morir el uno es fuerza,
por si los cielos permiten
que yo el infelice sea,
oid prodigios que admiran
y maravillas que elevan,
que no es bien que con mi muerte
eterno silencio tengan.
Yo no sé quién fué mi padre;
pero sé que la primera
cuna fué el pie de una Cruz
y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
según los pastores cuentan,
que desta suerte me hallaron
en la falda de esas sierras.
Tres días dicen que oyeron
mi llanto, y que á la aspereza
donde estaba, no llegaron
por el temor de las fieras,
sin que alguna me ofendiese;
pero, ¿quién duda que era
por respeto de la Cruz
que tenía en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspereza del monte,
y trayéndome á la aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entonces en ella,

Fragmentos del drama "La devoción de la Cruz"

le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del cielo asistió á la suya.
Mandó, en fin, que me trajeran
á su casa, y como á hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
por su nombre, y por aquella
que fué mi primera guía
y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
por pasatiempo las letras;
murió Eusebio y yo quedé
heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,
no lo fué menos la estrella
que enemiga me amenaza
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
del ama cuando mi fiera
condición, bárbara en todo,
dió de sus rigores muestra,
pues con solas las encías,
no sin diabólica fuerza,
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento; y ella,
del dolor desesperada,
y de la cólera ciega,
en un pozo me arrojó
sin que ninguno supiera
de mí. Oyéndome reir,
bajaron á él, y cuentan
que estaba sobre las aguas
y que con las manos tiernas
tenía una Cruz formada
y sobre los labios puesta.
Un día que se abrasaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso á la huida,
y á la salida la puerta,

Cristo que se venera en la capilla de los Doctrinos,
de Alcalá de Henares

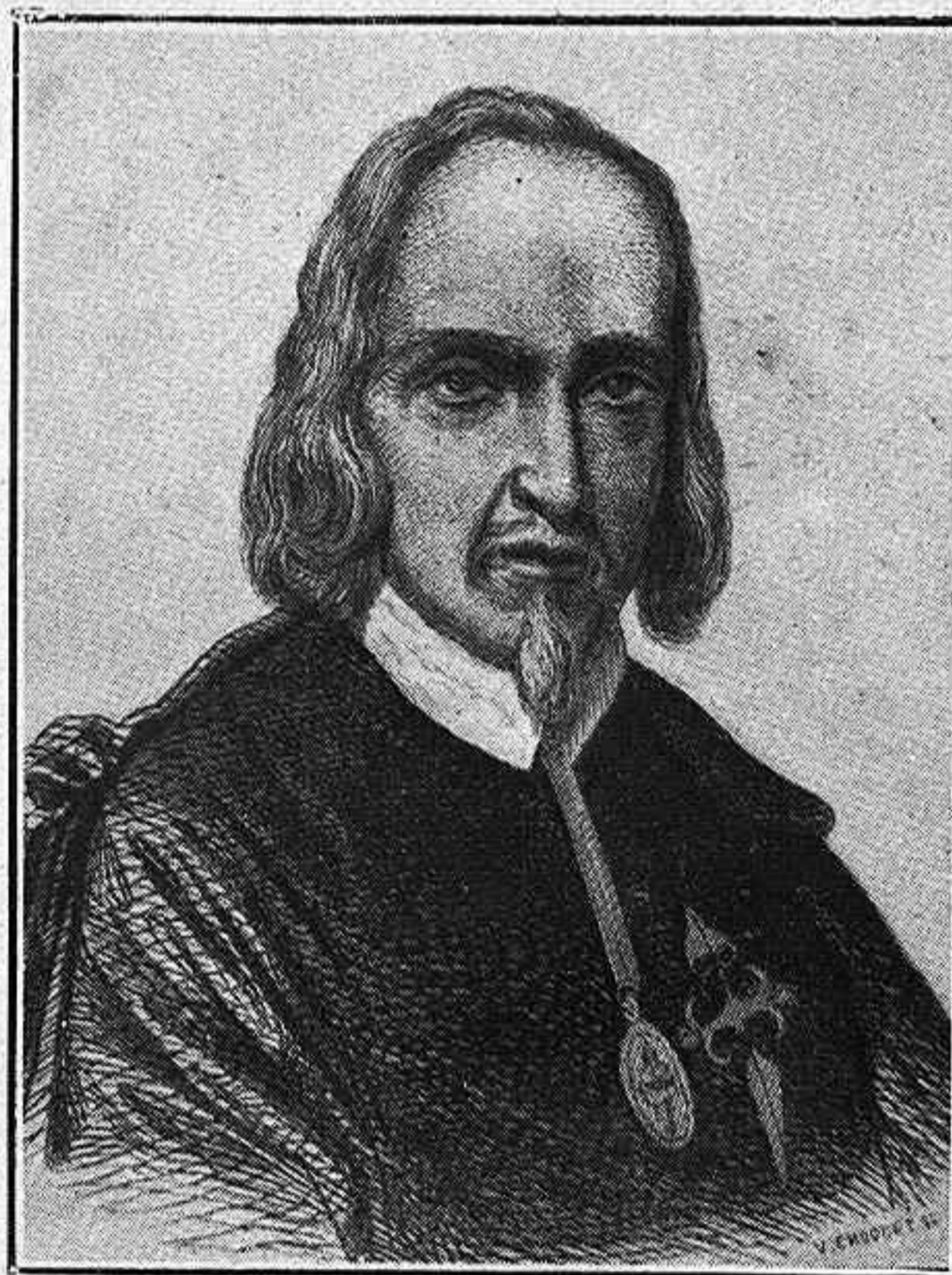
entre las llamas estuve libre, sin que me ofendieran, y advertí después, dudando que haya en el fuego clemencia, que era día de la Cruz. Tres lustros contaba apenas cuando por el mar fui á Roma, y en una brava tormenta, desesperada mi nave chocó en una oculta peña, en pedazos dividida, por los costados abierta; abrazado de un madero salí venturoso á tierra, y este madero tenía forma de Cruz. Por las sierras de esos montes caminaba con otro hombre, y en la senda que dos caminos partía, una Cruz estaba puesta. En tanto que me quedé haciendo oración en ella, se adelantó el compañero; y después, dándome priesa para alcanzarle, le hallé muerto á las manos sangrientas de bandoleros. Un día, riñendo en una pendencia, de una estocada caí sin que hiciese resistencia en la tierra; y cuando todos pensaron hallarla ajena de remedio, sólo hallaron señal de la punta fiera en una Cruz que traía al cuello, que en mi defensa recibió el golpe. Cazando una vez por la aspereza deste monte, se cubrió el cielo de nubes negras, y publicando con truenos al mundo espantosa guerra, lanzas arrojaba en agua, balas disparaba en piedras. Todos hicieron las hojas contra las nubes defensa, siendo ya tiendas de campo las más ocultas malezas; y un rayo, que fué en el viento caliginoso cometa, volvió en ceniza á los dos que de mí estaban más cerca. Ciego, turbado y confuso, vuelvo á mirar lo que era, y hallé á mi lado una Cruz, que yo pienso que es la misma que asistió á mi nacimiento, y la que yo tengo impresa en los pechos, pues los cielos me han señalado con ella para públicos efectos de alguna causa secreta.

De la Escena XI de la JORNADA TERCERA

EUSEBIO, que baja despeñado

Cuando, de la vida incierto, me despeña la más alta cumbre, veo que me falta tierra donde caiga muerto; pero si mi culpa advierto, al alma reconocida, no el ver la vida perdida la atormenta, sino el ver cómo ha de satisfacer tantas culpas una vida. Ya me vuelve á perseguir este escuadrón vengativo; pues no puedo quedar vivo, he de matar ó morir: aunque mejor será ir donde al cielo perdón pida; pero mis pasos impida la Cruz, porque desta suerte ellos me den breve muerte, y ella me dé eterna vida. Arbol donde el cielo quiso dar el fruto verdadero

contra el bocado primero, flor del nuevo paraíso, arco de luz, cuyo aviso en piélago más profundo la paz publicó del mundo, planta hermosa, fértil vid, arpa del nuevo David, tabla del Moisés segundo: pecador soy, tus favores pido por justicia yo, pues Dios en ti padeció sólo por los pecadores. A mí me debes tus lóres; que por mí sólo muriera Dios, si más mundo no hubiera; luego eres tú Cruz por mí, que Dios no muriera en ti si yo pecador no fuera. Mi natural devoción siempre os pidió con fe tanta, no permitieseis, Cruz santa, muriese sin confesión. No seré el primer ladrón que en vos se confiese á Dios. Y pues que ya somos dos, y yo no lo he de negar, tampoco me ha de faltar redención que se obró en vos.



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
(De un grabado antiguo)

Escena XIV de la JORNADA TERCERA

GIL, TIRSO, VILLANOS.—DICHOS

GIL. ¡Señor!
CURCIO. ¿Hay más dolor?
GIL. Los bandoleros, que huyeron castigados, en busca tuya vuelven, animados de un demonio de un hombre, que encubre dellos mismos rostro y [nombre].
CURCIO. Agora que mis penas fueron tales, que son lisonjas los mayores males. El cuerpo se retire lastimoso de Eusebio, en tanto que un sepulcro [honroso] á sus cenizas da mi desventura.
TIRSO. Pues, ¿cómo piensas darle sepultura hoy en lugar sagrado cuando sabes que ha muerto excomulgado?
BRAS. Quien desta suerte ha muerto, digno sepulcro sea este desierto.
CURCIO. ¡Oh, villana venganza! ¿Tanto poder en ti la ofensa alcanza que pasas desta suerte los últimos umbrales de la muerte? (Vase llorando.)
BRAS. Sea en penas tan graves su sepulcro las fieras y las aves.

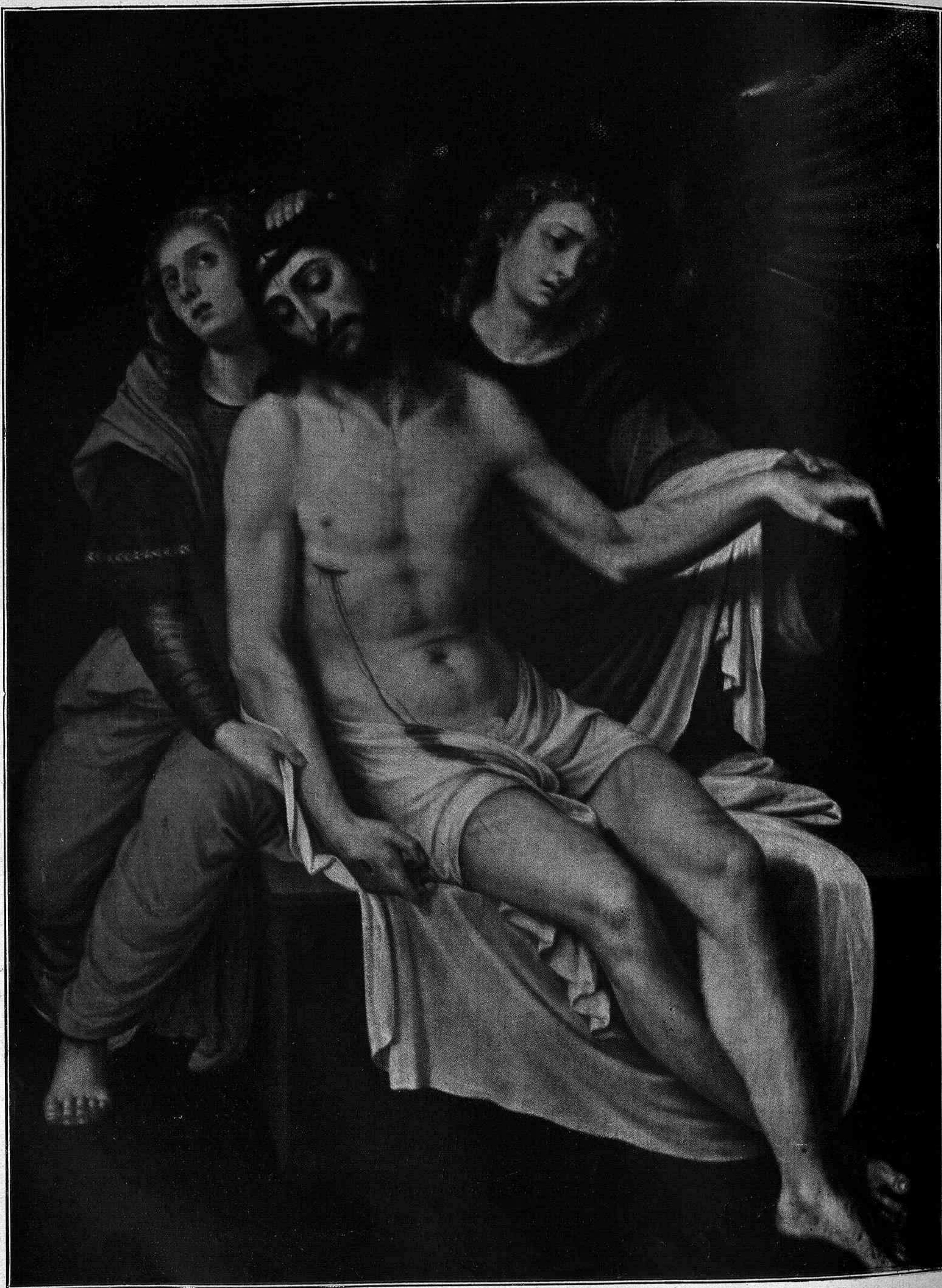
OTRO. Del monte despeñado caiga, por más rigor, despedazado.
TIRSO. Mejor es darle agora rústica sepultura entre estos ramos. (Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.)
Pues ya la noche baja envuelta en esa lóbrega mortaja; aquí, en el monte, Gil, con él te queda, porque sola tu voz avisar pueda, si algunas gentes vienen de las que huyeron. (Vanse.)
GIL. ¡Linda flema tienen! A Eusebio han enterrado allí, y á mí aquí solo me han dejado. Señor Eusebio, acuérdate, le digo, que un tiempo fui su amigo. Mas, ¿qué es esto? O me engaña mi deseo, ó mil personas á esta parte veo.

Escena XV de la JORNADA TERCERA

ALBERTO.—GIL, EUSEBIO, muerto.

ALBERTO. Viniendo agora de Roma, con la muda suspensión de la noche, en este monte perdido otra vez estoy. Aquesta es la parte adonde la vida Eusebio me dió, y de sus soldados temo que en grande peligro estoy.
EUSEBIO. ¡Alberto!
ALBERTO. ¿Qué aliento es este de una temerosa voz, que repitiendo mi nombre en mis oídos sonó?
EUSEBIO. ¡Alberto!
ALBERTO. Otra vez pronuncia mi nombre, y me pareció que es á esta parte; yo quiero ir llegando.
GIL. ¡Santo Dios! Eusebio es, y ya es mi miedo de los miedos el mayor.
EUSEBIO. ¡Alberto!
ALBERTO. Más cerca suena. Voz, que discurre veloz el viento, y mi nombre dices, ¿quién eres?
EUSEBIO. Eusebio soy; llega, Alberto, hacia esta parte, adonde enterrado estoy; llega y levanta estos ramos. No temas.
ALBERTO. No temo yo.
GIL. Yo, sí. (Alberto le descubre.)
ALBERTO. Ya estás descubierta. Dime, de parte de Dios, ¿qué me quieres?
EUSEBIO. De su parte, mi fe, Alberto, te llamó, para que, antes de morir, me oyese en confesión. Rato ha que hubiera muerto; pero libre se quedó del espíritu el cadáver; que de la muerte el feroz golpe le privó del uso, pero no le dividió. (Levántase.) Ven adonde mis pecados confiese, Alberto, que son más que del mar las arenas y los átomos del sol. ¡Tanto con el cielo puede de la Cruz la devoción!
ALBERTO. Pues yo cuantas penitencias hice hasta agora, te doy, para que en tu culpa sirvan de alguna satisfacción. (Vanse Eusebio y Alberto.)
GIL. ¡Por Dios, que va por su pie! Y para verlo mejor, El sol descubre sus rayos. A decirlo á todos voy.

PEDRO CALDERON DE LA BARCA



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Jesús muerto, sostenido por los ángeles»,
cuadro original de Francisco Ribalta

LOS MOTIVOS PICTÓRICOS DE LA PASION

L A S A N T A C E N A



Cuadro de Feuerstein

(Fot. Cortés)

CUANDO el emperador Federico III vió por primera vez el famoso cuadro *La Cena*, de Fritz von Uhde, exclamó indignado: —¡Esto la Santa Cena! ¡Vamos, hombre! Esto es un *anarchisten frass*, una francachela anarquista!

Y volvió espaldas á la obra de aquel contemporáneo suyo que en la calma de su estudio de la Theresienstrasse múniquesa repetía en el siglo XIX lo que la leyenda atribuye á Hans Memling, abandonando las filas combatientes de Carlos el Temerario para pintar escenas y figuras de la Pasión con rostros, trajes y fondos de su época. Así, Fritz von Uhde cambiaba las armas y la violencia por los pinceles y las exhortaciones plásticas hacia el amor y la humildad.

Pero León Tolstoi, al hallarse frente al Cristo de Nicolás Gay—aquel tosco y humilde ser con rostro doloroso de *mujick*, cuyo humano realismo escandalizó á los visitantes de una Exposición de Moscou, hasta el punto de obligar á retirarlo de ella—, sintió de tal manera reflejada en el lienzo su íntima concepción espiritual de Cristo, que se arrojó llorando de alegría en los brazos del pintor y dijo:

—¡Ha pintado usted al Señor tal como solo en mi corazón le había visto hasta ahora!

Si hubiera de pensarse por un momento cuál de los dos hombres representativos de su patria y de su tiempo tenía razón al afrontar un mismo caso de modernización, de actualización pictórica del Evangelio, ciertamente, la duda no sería muy larga. En esto, como en tantos otros aspectos, León Tolstoi tenía más razón que Federi-

co III. El filósofo y el artista no podía engañarse como el emperador y el militar.

Lo que señala á Fritz von Uhde un puesto en la pintura del siglo XIX es precisamente ese legítimo afán de restituir á las almas sencillas y á las gentes descreídas del mundo moderno las figuras del Redentor y de sus apóstoles con aquella misma veracidad coetánea que los pintores de otras centurias. Quiso que ante él *vivieran* los seres que iban á repetir luego los episodios cristianos desde la inmovilidad edificante del lienzo, á la manera que Fromentin le reconoce á Rubéns, cuando dice: «Todo hombre, toda mujer que no ha vivido ante él, no son, de antemano, sino figuras inexpresivas y equivocadas. Por eso sus personajes evangélicos son tan humanos.»

La Cena de Fritz von Uhde no es la «francachela anarquista», pero sí la reunión de unos cuantos hombres rudos, de profesión humilde, de almas ingenuas, agrupados en torno de quien les promete la revolución del mundo y les anuncia hallarse dispuesto á morir por el bien de todos, y les descubre la traición de uno solo.

Uhde, como años después Alberto Servaes, el belga que con el escultor Georges Minne y los pintores Van den Woestyne, Constant Permecke y otros forma el grupo neogotista de Laethem Saint Martin y transforma los aldeanos en las figuras bíblicas, no hace más que hacían los pintores de otras épocas para procurar que, según la propia voz divina, no se busque á Cristo «entre los muertos, sino entre los vivos»; no en los atavíos remotos, sino con el indumento de nuestros días; no confinado en los museos, en los

templos y en los archivos y en las bibliotecas, sino imaginándole junto á nosotros compartiendo la existencia de cada día, eterno, presente y, como él quiso ser, *Humano*.

¿Por qué escandalizarse también del lienzo de Jean Béraud, donde, para representar á la Magdalena en Casa del Fariseo, reproduce, cual lo hiciera un florentino del XV, el interior de un comedor ochocentista, donde varios individuos de levita á la moda de fines del XIX están junto al Cristo tradicionalmente judaico, viendo cómo á sus pies solloza una *demimondaine*? ¿Por qué rechazar también y anatematizarles como anacrónicos los cuadros del místico L'Hermite y del realista Skreddsving? Ni debe considerarse del todo desatinada aquella afirmación del crítico francés al asegurar que *l'artiste vraiment moderne, le grand peintre d'histoire est celui qui osera crucifier le Christ sur nos places publiques au milieu des gendarmes, des soldats de la ligne et d'un peuple en redingote*.

No habría en ello irreverencia, sino fervor precisamente; no irreligiosidad, pero, al contrario, recrudescimiento místico y ansia de no ver retrocedido demasiado el ejemplo cristiano.

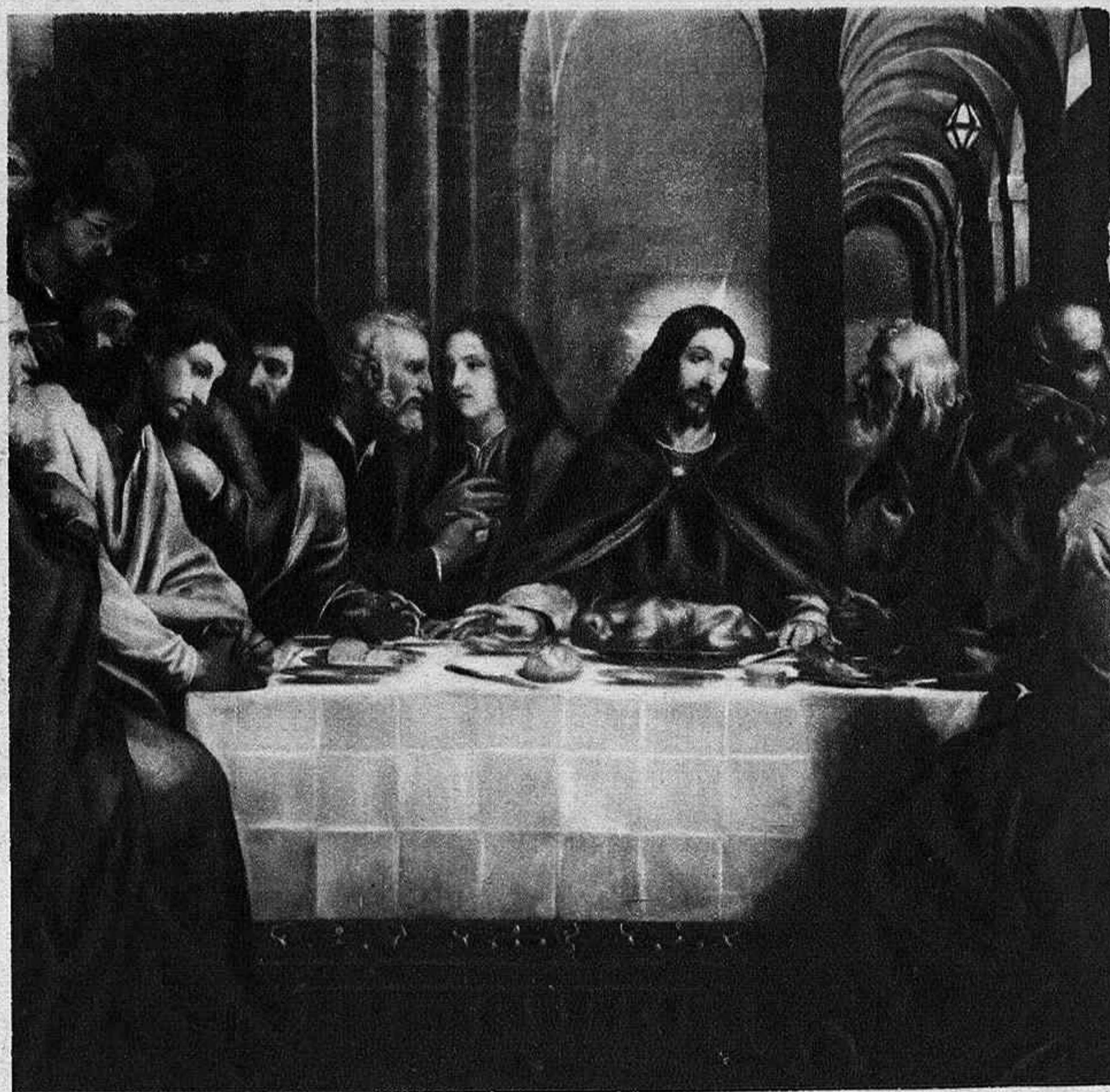
Jesús vive y alienta entre nosotros. Y cada día es escarnecido y cada tarde crucificado, y cada contorción negado tres veces, y cada noche resucita en la conciencia turbada de los hombres.

«Despojar á Cristo, á la Virgen, á los santos—dice Muntz—de su carácter sobrenatural, transformarles en criaturas débiles como nosotros, sumisas á las mismas afecciones, á iguales

dolencias, tal era la ineluctable condición á cuyo precio el arte religioso podría sostener su prestigio, hoy decadente. Así nacieron aquellos Cristos, aquellas Madonas, santos y santas que son el retrato de algunos burgueses de Colonia, de Brujas ó de Tours.»

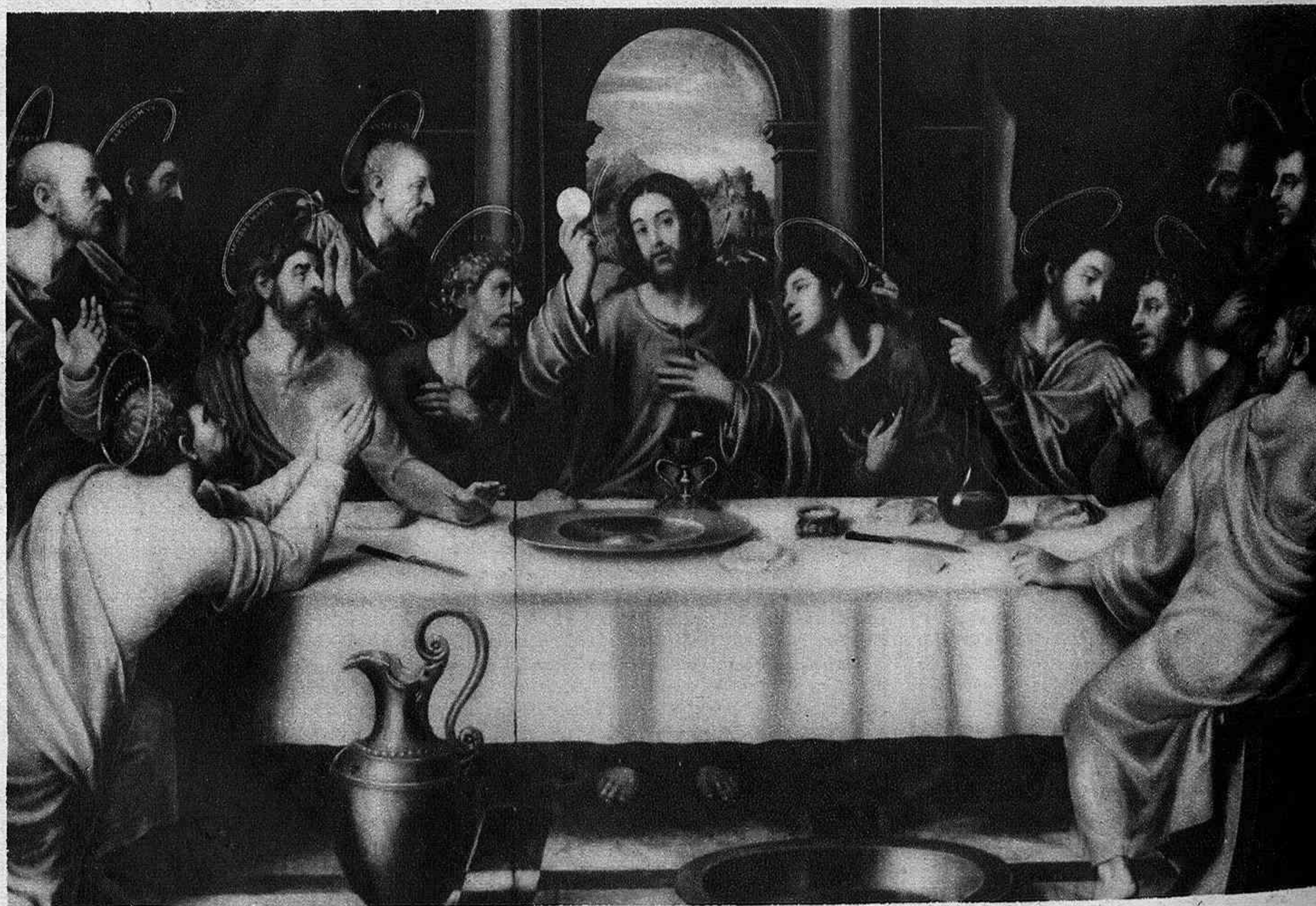
«Este modo de modernizar á Cristo—añade Teodoro Wyzena—no es nuevo. Se le encuentra incluso en el origen mismo de la pintura cristiana: en los frescos de Giotto y de los vieneses primitivos, y sólo en nuestro siglo se apartan de él los pintores. Durante cuatrocientos años, los italianos situaron en Italia las escenas del Evangelio; y los flamencos en Flandes, y los holandeses en Holanda. Paisajes interiores, trajes, personajes, todo en sus obras estaba tomado directamente de su país y de su tiempo.»

«¿No se ha visto—arguye en el mismo sentido Robert de la Sizeranne—entre los



Cuadro de Carducci

grabados de Breughel el Viejo el titulado *Euntes in Emaüs*, donde un Cristo de calzón corto se ve en medio de dos peregrinos con el bastón en la mano, las medias desiguales, con una capita corta y, para que no se dude de quién es, una aureola en torno de su sombrero haldudo, ese mismo sombrero donde los truhanes de Teniers colocan su pipa? Estos ejemplos abundan en la antigua pintura religiosa. En Memling, los fondos de Roma son vistas de Basilea; en Teniers, San Pedro está custodiado por milicianos flamencos que juegan á las cartas. En Schauffelein, los amalecitas disparan cañones contra Betulia, mientras los cien suizos de Holofernes le llevan á la bella Judith. En Guirlandajo, la Visitación se cumplió sobre las alturas de San Miniato, desde las que se descubre Florencia, y las damas del séquito de Santa Isabel llevan ricas faldas rojas entre fran-



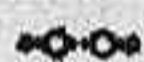
Cuadro de Juan de Juanes

(Fots. Cortés)



Escultura de Vasco de Zarza

jas de oro y botones de plata y corpiños de tisú, y adornos de brocado en los cabellos sueltos y flotantes á la moda de las jóvenes toscanas del xv. ¿Y hace falta hablar de Veronés? Sus mujeres bíblicas están engalanadas como podes-taresas, y se tiñen los cabellos al *filo d'auro*, según los más puros preceptos del *Ricettario della contessa Nani*. Ved sus *Bodas de Caná*: todo el siglo xvi fué invitado á la misma fiesta que la Virgen y Jesús.»



Concretándonos al tema pictórico de la Santa Cena, aun todas esas afirmaciones son más atendibles y más factible la consecuencia estético-mística de ellas derivadas. Más que nunca podemos y debemos sentir ante la evocación del á un tiempo sublime y sencillo, simbólico y realista episodio evangélico lo que Collingwood aplaude en el anacronismo del *Cristo bendiciendo á los niños*, de la *National Gallery*; «que no es una dulce historia del pasado, un sueño desvanecido para siempre, sino la seguridad de que *El* está con nosotros hasta la consumación de los siglos».

La Santa Cena no es un banquete histórico. Es una reiterada advertencia de eternidad latente que se cumple en todos los países y que todos los hombres comprenden y sienten como una parte de su propia vida y de sus sacrificios íntimos, y que los socialistas de comienzos del novecientos incluso reclamaban para ellos, nombrándole «Jesús de Nazareth, primer representante del pueblo».

Cierto que aun en otros siglos no faltaron las repulsas contra los actualizantes. Fué precisamente por uno de estos anacronismos por lo que el Santo Oficio veneciano procesó á Veronés, á causa de que el pintor había puesto unos alabarderos alemanes y un bufón con un loro en la mano en el cuadro de *La Cena*. Y como le acosaran los jueces para explicar la demasía excesiva en el anacrónico empleo de elementos, tipos y atavíos tan remotos y distintos de los coetáneos y conterráneos de la Pasión de Jesús, acabó por confesar. «Sí; yo también creo que en aquella Cena no hubo nadie más que Jesús y los doce Apóstoles; pero es que yo tengo la costumbre de aprovechar los espacios libres de mis obras con otras figuras que completan su valor decorativo.»

Pero ese mismo hecho demuestra que no era la intervención de elementos modernos en el símbolo realista antiguo lo que se censuraba, sino la excesiva fantasía. No se reprochaba que gentes de la Venecia contemporánea dieran su rostro á los pescadores de Galilea y al propio Jesús, sino la intromisión de otras figuras nuevas en un acto donde el número fué limitado y no alterado jamás en la pintura de todos los siglos anteriores, ni lo sería en los futuros.

El propio Leonardo de Vinci, el autor de la más famosa *Cena*, de esta incomparable obra maestra destinada á desaparecer, y que aún vista hoy á través de los quebrantos del tiempo y de las restauraciones, conserva algo de sobrenatural, es el testimonio elocuente de ese fervor

humano hacia la personificación divina que inspira á los grandes intérpretes del Tema.

«Leonardo—dice Camille Mauclair—excluye todo detalle imaginativo, toda fantasía decorativa, toda alegoría. Nos coloca resueltamente en la realidad cotidiana. Nos muestra trece personajes humanos sentados á una sala. Nos detalla la mesa, el mantel, con sus dobleces señalados, los utensilios, los alimentos... No se puede ser más netamente realista. Cada uno de estos hombres sentados allí está estudiado directamente del tipo elegido...»

¡Y, sin embargo! Sabemos que Leonardo de Vinci vaciló meses y meses ante la única figura que no se encontraba al alcance de sus miradas en la ciudad de Milán, la única que siendo de ayer, de hoy y de mañana, que está entre nosotros y que reencarna múltiple en los humildes de toda la tierra, él no lograba verla.

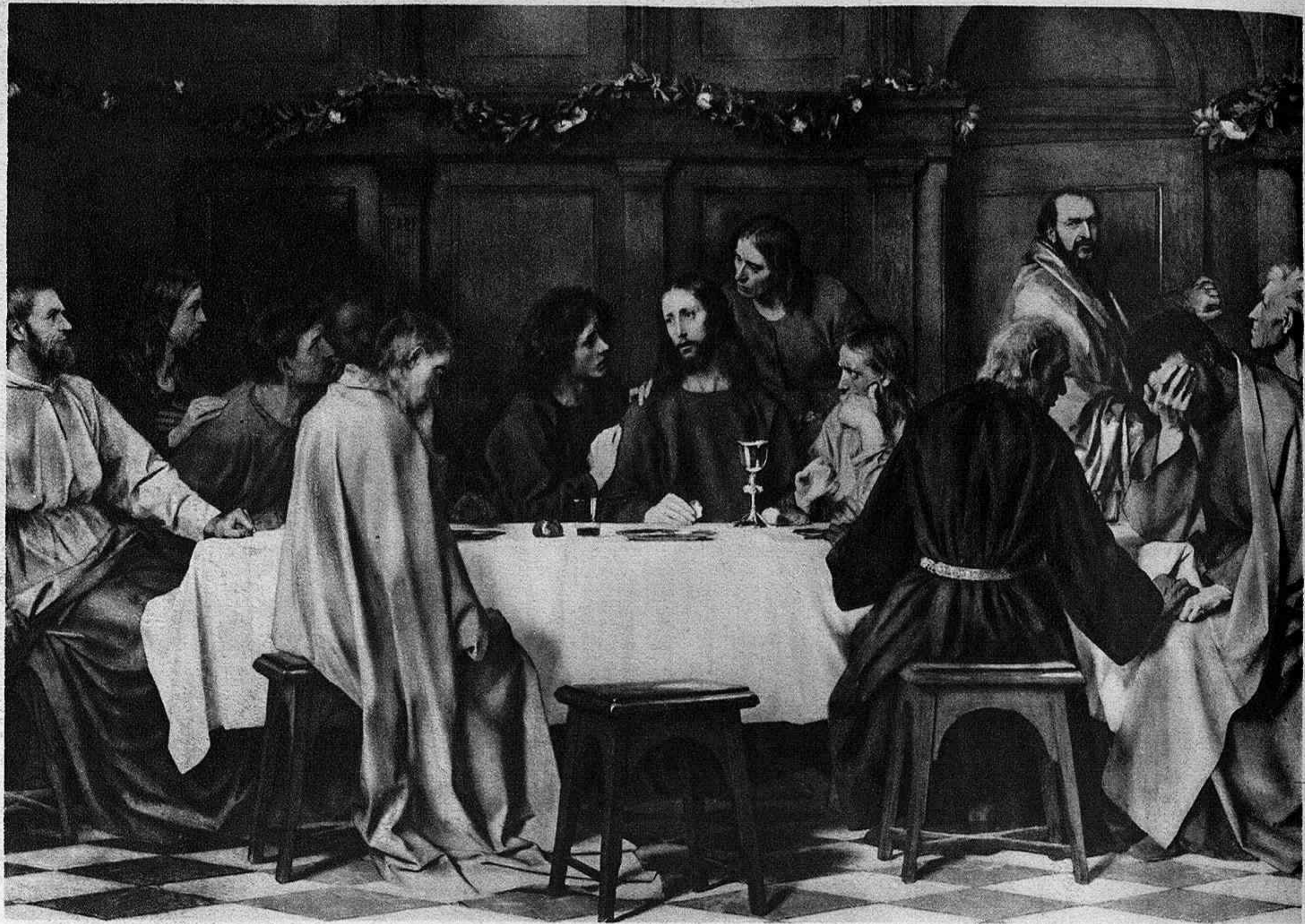
Ludovico Sforza se impacientaba porque la pintura mural de Santa María della Grazia no concluía nunca.

Y Leonardo contestó: «No es fácil, señor, encontrar en un rostro la noble, la suprema belleza del de Cristo cuando dijera en el instante de partir el pan: «Hay uno entre vosotros que me traicionará.» No es posible hallar entre los mejores seres de la Humanidad un modelo para esta figura cuyo carácter reside en el espíritu. En vano trata mi lápiz de expresar la dolorosa grandeza de tal santidad; pacientemente me esfuerzo en imaginar la forma que conviene; pero no hallo sino una imagen manchada por el pe-



«En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición», cuadro de Franz Zimmermann

(Fot. Cortés)



Cuadro de F. de Gebhardt

cado. La mano no puede trabajar antes de que el cerebro haya concebido, porque no en vano el arte es esclavo del pensamiento.»

Sin embargo, lo consiguió. Allí subsiste en el antiguo refectorio monástico, en uno de los Imanes estéticos de la Italia eterna, el más puro

y el más real, el más soñado y el más vivo de los rostros de Jesús vistos por el arte.

No olvidaré nunca la emoción de hallarme ante él, de comprobar, como decía Mauricio Barrés, que allí estaba, *le centre de la conscience humaine, le type parfait de l'analyste du Moi.*

Y en torno suyo, las testas viriles de los contemporáneos de Leonardo, la adolescente dulzura del discípulo que el maestro también veía crecer en la belleza de la idea y de la forma bajo sus consejos. Fácil le sería nombrar con sus nombres propios á los que revivían externamen-



La famosa pintura mural de Leonardo de Vinci en el Refectorio de Nuestra Señora de las Gracias, en Milán

(Fots. Cortés)



Cuadro de F. von Uhde

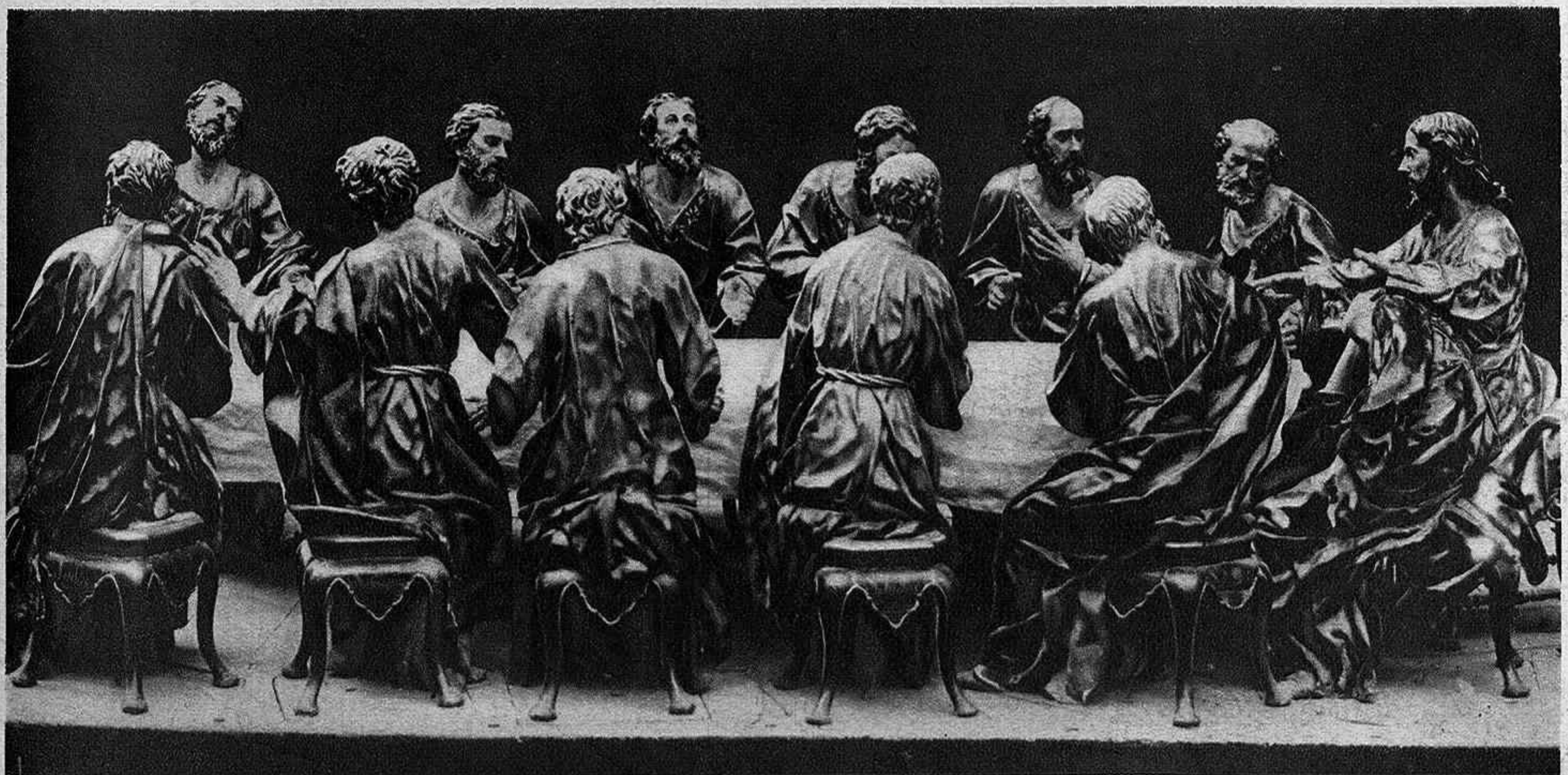
te actitudes y la expresión de los remotos pescadores y campesinos elegidos para la misión apostólica.

Con menos rudeza—no en vano la Italia del Renacimiento afinaba hasta las gentes de más pobre condición—que los aldeanos belgas del

Servaes, que los arrabaleros munitenses de Ulide, y menos unción, acaso, que los místicos de *L'Hermitte*, pero impregnados espiritualmente de aquella humildanza del alma rara vez hallada en los poderosos y en los burgueses que rodean á Cristo en otros cuadros italianos, flamen-

cos ó germánicos, y que, desde luego, no son de la clase de hombres donde todavía convive para alivio de sus dolores y consuelo de sus amarguras eternas como El.

SILVIO LAGO



Grupo escultórico de Salizillo

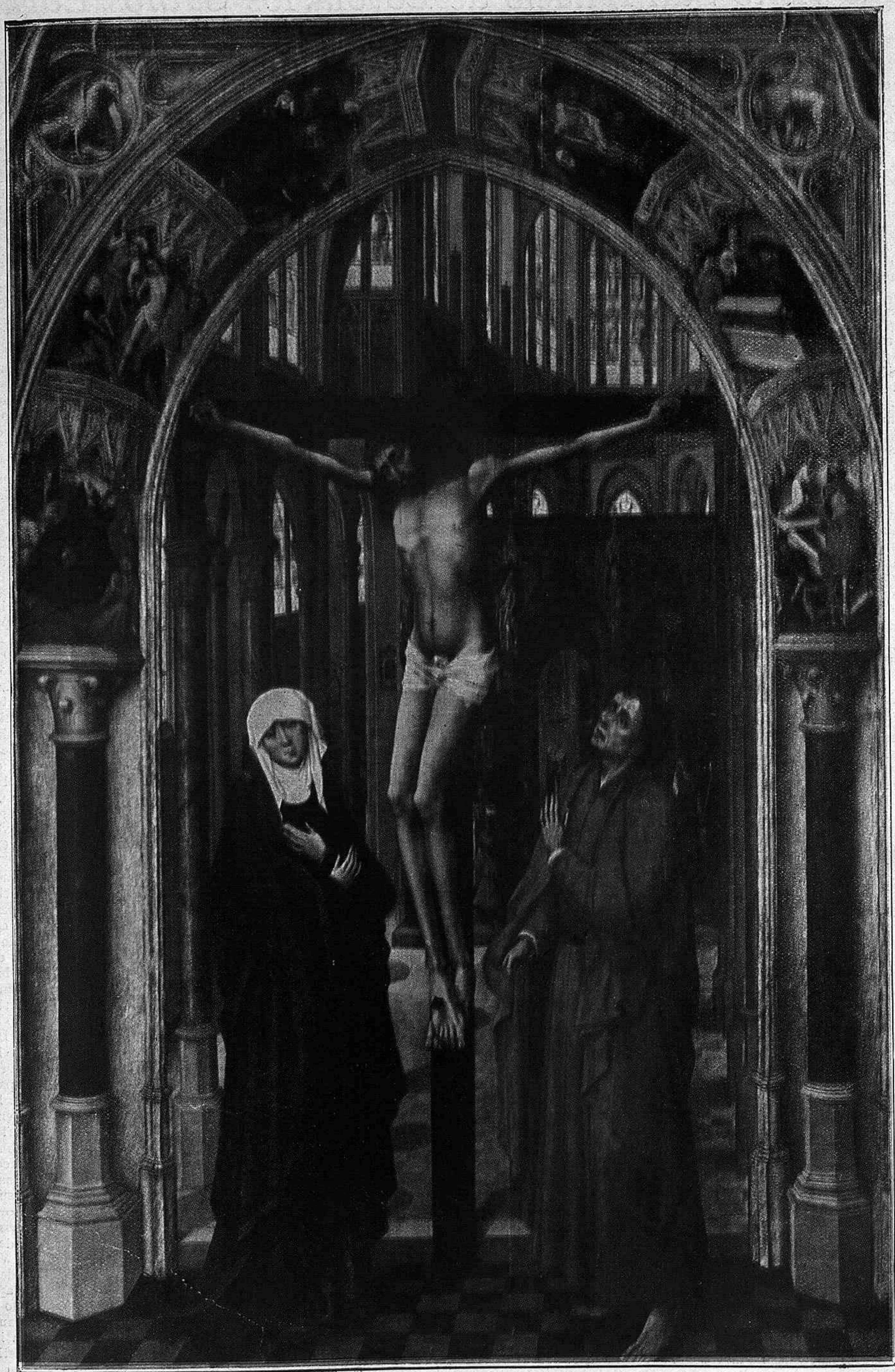
(Fots. Cortés)





La escultura religiosa moderna

MATER DOLOROSA
Fragmento de una escultura del ilustre artista José Capuz
Fot. Moreno)



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«La Crucifixión», cuadro de Rogelio van der Weyden

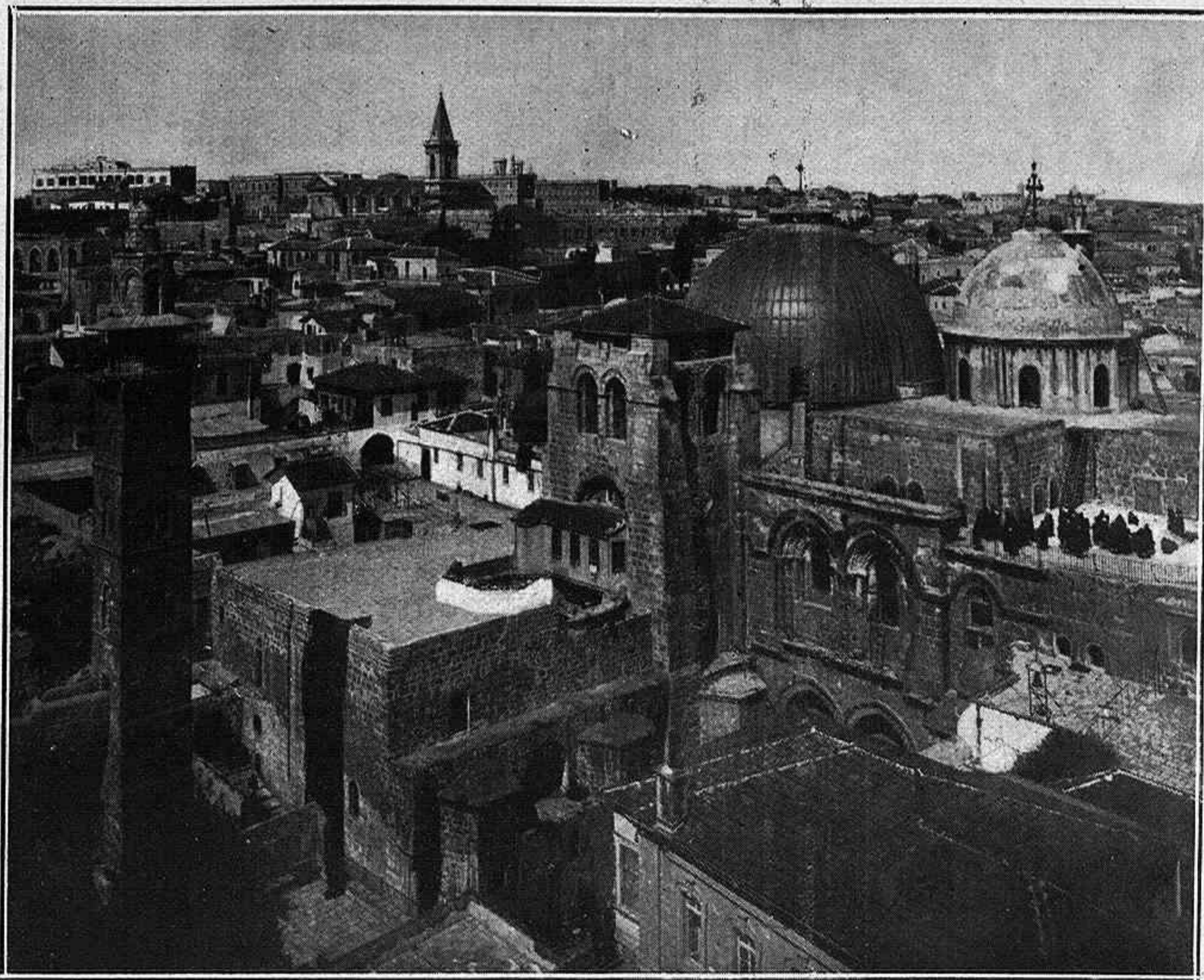
Cómo visitó San Ignacio de Loyola los Santos Lugares

DE LA PEREGRINACIÓN QUE HIZO Á JERUSALÉN

UN año, ó poco menos, estuvo en Manresa con la penitencia y apretura de vida que habemos contado. El cual acabado, llegábase ya el tiempo en que tenía determinado de ir á Jerusalén, y comenzándolo á poner por obra, salióse de Manresa y fué para Barcelona, sin tomar otra compañía consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar á sus solas y gozar de su interior comunicación, sin ruido ni estorbos de compañeros.

Así, aunque muchos se le ofreciesen de hacerle compañía, y otros le aconsejasen y le rogasen ahincadamente que no emprendiese tan largo y peligroso camino sin llevar alguno que supiese la lengua italiana ó latina, para que le sirviese de guía y de intérprete, nunca lo quiso hacer,

por gozar más libremente de su soledad y también porque, como andaba ya tan descarnado de sí y tan deshecho de todas las cosas del mundo, y con tan abrasados deseos se había resignado y puesto en las manos de Dios nuestro Señor, quería estribar en sólo él y estar colgado de su providencia paternal, de suerte que no se le derramase ni divirtiese en las criaturas esta su confianza, ni se le disminuyese ó entibiase con la esperanza que podía tener en el ayuda y refugio del compañero. Y no solamente echó de sí el ayuda de los compañeros en este camino, sino también toda la solicitud y congojoso cuidado que del viático se podía tener, porque no hubiese cosa que le apartase desta su singular confianza que tenía puesta en sólo Dios, ni le hiciese aflojar de aquel apresurado paso con que caminaba tan alentado y sediento á la fuente caudalosa de las aguas vivas, que es Dios. Halló en Barcelona un bergantín armado que pasaba á Italia, y una nave que estaba á la colla para hacer el mismo viaje. Trató de ir con el bergantín, pero estorbáronselo, y fué nuestro Señor sirviendo que diese al través y se perdiese en aquella navegación. El patrón de la nave dijo que le llevaría de balde en ella, con que metiese su matalote de tanta cantidad de bizcocho cuanta había menester para el sustento de su persona, porque sin esta provisión no le quería recibir. Comenzó, pues, á tratar de la provisión del bizcocho que le pedían, y juntamente á acongojarse y afligirse, pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfectísima pobreza que Dios nuestro Señor le había dado, y contra aquella confianza tan segura y filial, con que quería estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios. Y con amargura de su corazón, hablando consigo mismo, decía: «¿Dónde está aquella tan cierta y segura confianza en Dios que no te faltaría cosa ninguna de su mano? ¿Por ventura él no podrá darte pan y poner la mesa en el desierto á su peregrino?» Y como no se supiese desenvolver por sí mismo, ni desmarañar destes enredos y pensamientos tan dudosos, determinóse, como solía hacer en las demás cosas, de proponer sus dudas y congojas al confesor, y decirle las razones que se le ofrecían por la una parte y por la otra, y el deseo tan encendido que nuestro Señor le daba de abrazarle con la perfección de la pobreza por



Vista de Jerusalén

su amor, y de hacer en todo lo que fuese más agradable á los ojos de su divina Majestad, y ponerlo todo en sus manos y hacer lo que él le dijese. Y, en fin, por parecer del confesor, metió bizcocho en la nave, y como al tiempo de embarcar le sobrasen algunas cinco ó seis blancas de las que le habían dado de limosna, que había pedido de puerta en puerta, por no llevar para viático más de lo que no podía precisamente excusar, dejolas allí sobre un banco en la marina. En este tiempo era muy atormentado de la tentación de la vanagloria. De suerte que no osaba decir quién era, ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivía, ni qué pretendía, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputación en que por ventura otros le tendrían. Pero volviendo á su navegación, ella fué muy trabajosa, aunque breve, porque pasó una muy recia tormenta, y con los vientos recios y deshechos llegó en cinco días de Barcelona á Gaeta, que es una ciudad en Italia, entre Nápoles y Roma. Este año, que fué el mil y quinientos y veinte y tres, fué muy enfermo, y en él fué Italia muy afligida y trabajada de pestilencia. Por lo cual todos los pueblos y lugares tenían sus guardas y centinelas, que no dejaban entrar á los forasteros, y á esta causa padeció en el camino de Gaeta para Roma extraordinarios trabajos; porque muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos, y algunas era tanta la hambre y flaqueza que padecía, que sin poder dar un paso más adelante, le era forzado quedarse donde le tomaba, hasta que de lo alto le viniese el remedio. Pero en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó á Roma el Domingo de Ramos, y allí visitó con gran devoción y reverencia las sagradas estaciones y santuarios de aquella grande ciudad, y tomó la bendición del Papa, que era Adriano VI. Estando en Roma, muchos procuraron de desviarle del propósito que tenía de ir á Jerusalén, dificultándole é imposibilitándole el camino, por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y lleno de tantas dificultades, que no se podrían vencer sin mucho dinero. Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado é invencible de Ignacio. Sólo le movieron á tomar siete ú ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida (que fué ocho días después de Pascua), para pagar con ellos el flete de su embarcación; los cua-

les tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le contaron. Pero salido de Roma, examinando lo que había hecho, parecióle que había nacido de temor humano y falta de confianza, y remordíale la conciencia y carcomiase entre sí. No porque le pareciese que era pecado tomar ó llevar dinero, sino porque no venía bien con la perfección de su deseo, y desdeñaba en alguna manera del santo propósito que había hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas. Y así, reprendiendo su flaqueza, quiso arrojar el dinero, mas después le pareció mejor darlo á los pobres que encontrase, por amor de Dios, y así lo hizo. En el camino de Roma á Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades. Porque, como todavía duraba la pestilencia, desechado, por el miedo de ella, de los pueblos,

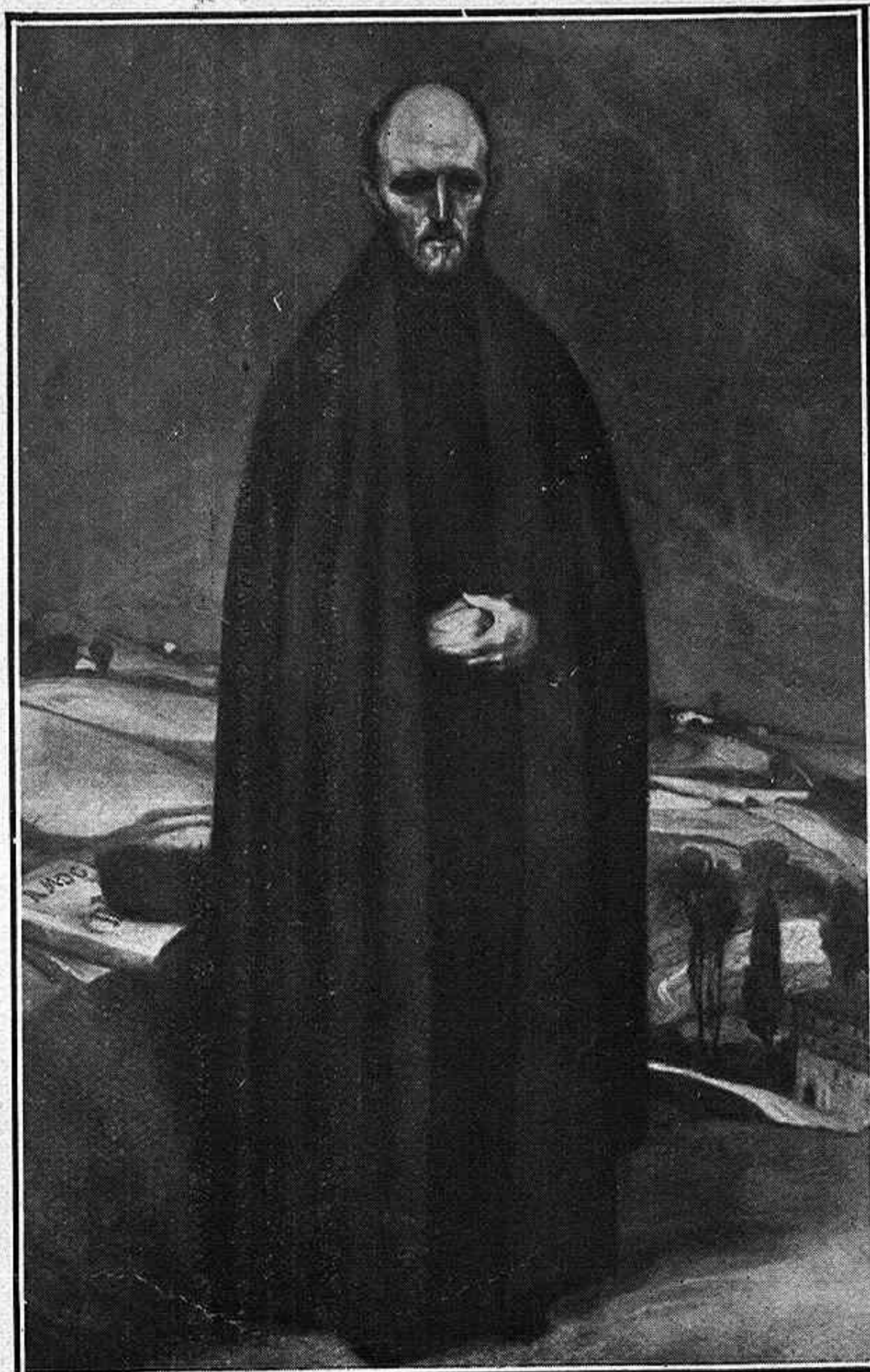
le era necesario dormir las noches en el campo al sereno, ó cuando mucho, debajo de algún portal; y los caminantes que le topaban, como le veían descolorido y trashijado, unos huían de él á par de muerte, cuyo retrato parecía; otros que se le llegaban por el camino, como no pudiese él atener con ellos y andar á su paso, por su gran flaqueza, acercándose la noche, le dejaban solo, y apresuraban su camino por no trasnochar en el campo. Mas el Señor, que dijo: «No te desampararé ni dejaré», visitó al desamparado y acogió siempre al desechado de todos, Ignacio. Porque una noche, después de haberle dejado todos solo, yendo de Choza á Padua, en una campaña rasa le apareció Jesucristo nuestro Redentor, y maravillosamente le consoló con su dulce y soberana presencia, y le esforzó para padecer otras cosas más ásperas por su amor. Y de tal manera favoreció su camino, que ni á la entrada ni á la salida de la ciudad de Padua no le dieron las guardas ningún estorbo ni le detuvieron. Y la misma facilidad halló en la entrada de Venecia. Porque, no obstante que las guardas y soldados á todos los demás examinaban y escudriñaban, á solo Ignacio no hubo hombre que le tocara ni impidiese. Lo cual no aconteció así á los que en el camino le habían dejado solo y desamparado; antes al revés, porque se vieron todos en mucho trabajo para poder entrar en la ciudad de Venecia. En la cual nunca quiso ir á hablar al embajador que en aquella república tenía el emperador don Carlos, rey de España, porque no buscaba favor humano, ni tenía cuidado del dinero que era necesario para pagar el flete, antes tenía certísima esperanza que Dios le haría fácil y próspera su navegación, y que había de llegar á aquella santa ciudad y consolarse y regalarse en aquellos lugares, consagrados con la vida y muerte de Jesucristo nuestro Señor. También aquí en Venecia tuvo otro contraste y nuevas dificultades, que se le ponían delante para desmayarle y apartarle de esta jornada. Porque, como el año antes, de mil y quinientos y veinte y dos, el gran turco Solimán hubiese puesto cerco sobre la isla de Rodas (que en aquella sazón era de cristianos), después de habérsela defendido muchos meses los caballeros de la orden de San Juan, y con maravilloso valor y con hazañas notables, á la postre fué entrada y ganada la ciudad é isla

con lastimosa pérdida de toda la cristiandad. Y puso tan gran pavor y espanto este triste acacimamiento en los mismos peregrinos que habían ya llegado á Venecia para pasar á Jerusalén, que dejando su propósito, se tornaban á sus casas por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban á Ignacio que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazón. Pero él tenía tan asentado en su corazón que aunque una sola barca pasara aquel año á Jerusalén, nuestro Señor le había de llevar en ella, que no se debilitó ni se enflaqueció un punto de su segura y cierta firme esperanza. El tiempo que estuvo en Venecia, como solía en otras partes, mendigaba de puerta en puerta su pobre comida, y las noches dormía en la plaza pública de San Marcos, que es la más principal de aquella ciudad. Mas uno de aquellos señores del Senado le recogió en su casa con esta ocasión; estaba este caballero una noche durmiendo en su cama á buen reposo, con mucho regalo (que le suele tener la gente principal de aquella ciudad), y al mismo tiempo estabase Ignacio pobre y desnudo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese: «¿Qué haces ahí?» Estando, pues, el caballero en su regalo, oyó unas voces como que le despertaban y decían: «¿Cómo que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada, y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el Senador, despavorido y espantado con esta novedad; sálese con gran priesa de su casa sin saber á quién buscaba ni adónde le había de buscar. Y vase por las calles, y llegado á la plaza de San Marcos, halló echado á Ignacio en la tierra; y entendiendo que era él el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche á su casa y trátale con mucho regalo y honra. De la cual queriendo huir Ignacio, se fué después á casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia, en aquella sazón, Andrea Gritti, varón muy estimado en aquella república; fué nuestro peregrino á hablarle, y contóle en su romance castellano la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcación. Hízolo todo muy cumplidamente el duque, dando orden que le llevasen de gracia hasta Chipre en la nao capitana en que iba el nuevo gobernador que enviaba la república á aquel reino. Estando, pues, ya en esta esperanza, aguardando sólo el buen tiempo para hacerse á la vela, he aquí otro nuevo trabajo y estorbo que nuestro Señor le envió para mayor probación de su confianza. Había ya salido del puerto la nave de los peregrinos, y estando para hacer lo mismo la capitana, dale una recia calentura á Ignacio, que le apretó mucho, y tomada una purga, se hizo la capitana á la vela; y diciéndole el médico que si se embarcaba aquel día ponía en manifiesto peligro su vida, el peregrino, que era guiado y regido interiormente por otro divino Médico, ese mismo día, con la purga en el cuerpo, se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó tanto y vomitó con la agitación del mar, que comenzó luego á mejorar, y la navegación poco á poco le fué causa de entera salud. Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades, las cuales Ignacio, tocado de Dios é inflamado con el fuego de su celo y espíritu, no pudo sufrir. Y así, comenzó á reprenderlas con libertad cristiana y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir con decirle que le podía venir mal si de aquella manera hablaba, vino la cosa á términos, que tomando su acuerdo los marineros, le quisieron dejar en una isla des poblada y desierta, donde habían de llegar. Mas al mismo tiempo de llegar á ella, con un súbito y arrebatado viento fué desviado el navío y apartado de la isla. De manera que no pudieron poner por obra su mal intento. Antes fué causa este viento de llegar más en breve á Chipre, donde al-

canzaron la nave de los peregrinos, á la cual se pasó Ignacio, sin meter en ella otra provisión que la que había metido primero en la otra nave de Venecia, que era una firmísima esperanza en su Dios. El cual muchas veces, en todo el tiempo de su navegación, se le apareció y con increíbles consolaciones y gozos espirituales le regaló y sustentó, y finalmente le llegó al puerto tan deseado de aquella tierra santa.

CÓMO VISITÓ LOS SANTOS LUGARES DE JERUSALÉN

Hallo en un papel, escrito de mano de Ignacio, que á los catorce del mes de Julio del año de mil y quinientos y veintitrés se hizo á la vela y salió de Venecia, y el resto del mes de Julio y todo el mes de Agosto gastó en su navegación. De manera que el postrer día del mes de Agosto llegó á Jafa. Y á los cuatro de Septiembre, antes del mediodía, le cumplió nuestro Señor su deseo y llegó á Jerusalén. Que de la particularidad con



«San Ignacio de Loyola», cuadro por Salaverría

que el mismo padre escribió todo esto de su mano, se puede aún sacar su devoción, y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacía. No se puede explicar el gozo y alegría que nuestro Señor comunicó á su ánima con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpetua y continua consolación todo el tiempo que estuvo en ella, visitando muy particularmente y regalándose en todos aquellos sagrados lugares en que hay memoria haber estado Cristo nuestro Redentor. Tenía ya determinado de quedarse en Jerusalén, y emplear el resto de su vida en visitar y reverenciar aquellos lugares sagrados, que por haber sido pisados de aquella santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor, parece que echan de sí fragancia y olor de devoción y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró en lo que en ellos por nosotros padeció y obró. Tenía también Ignacio deseo de emplearse, en todo lo que sus fuerzas pudiesen, en ayudar y servir á sus prójimos. Y para hacerlo mejor, fué al guardián de San Francisco y dióle las cartas que le traía en su recomendación, diciéndole el deseo que tenía de quedarse en Jerusalén (que la otra par-

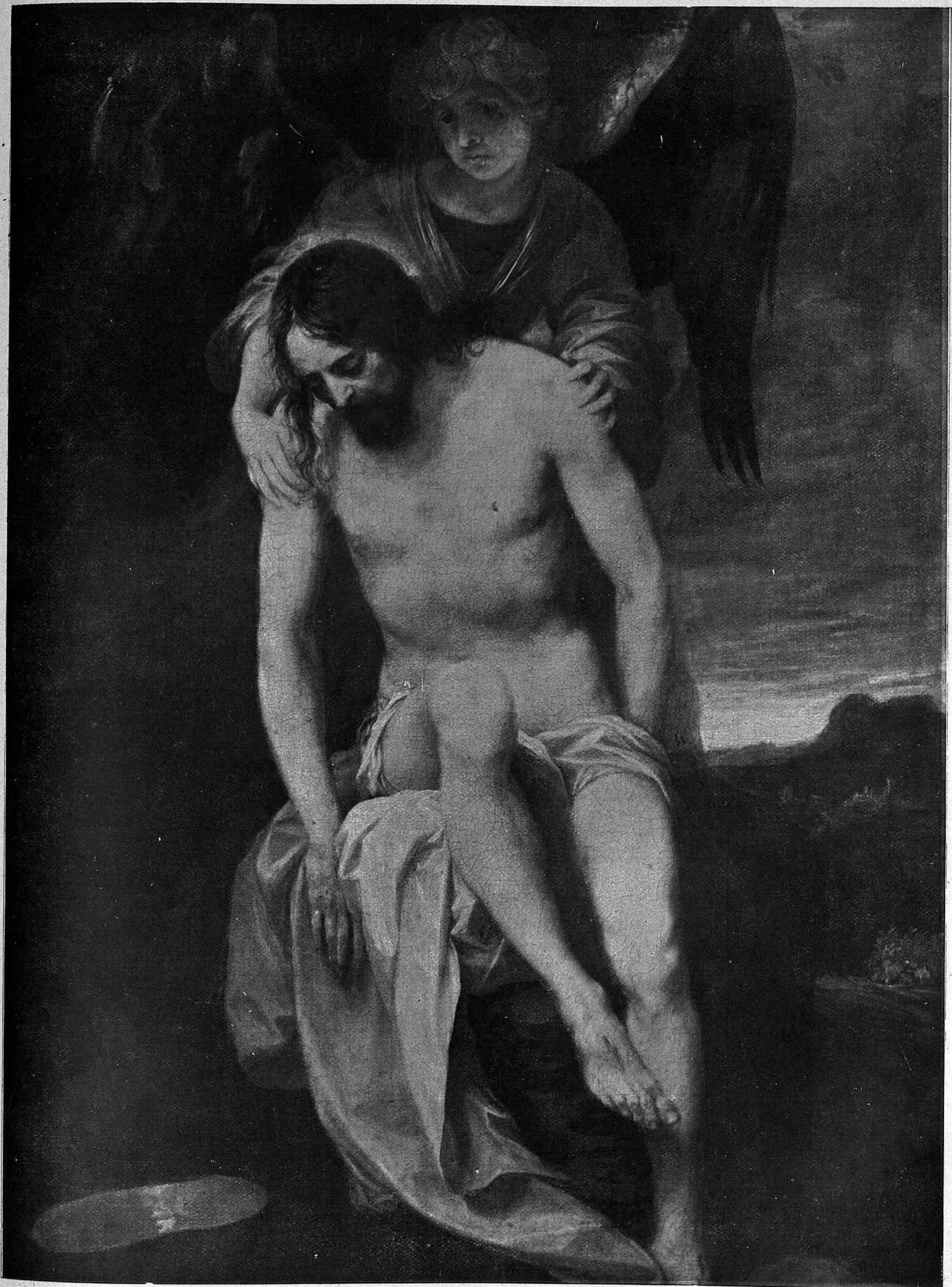
te de ayudar á las almas, ni á él ni á otro se la descubría), y que bien sabía que el convento era pobre, y que él no quería serles pesado ni cargoso. Que la limosna y caridad que le pedía era solamente que tomase cargo de su conciencia para regirla y para oír sus pecados y confesarle; que en lo demás él tenía cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre. Dióle el padre guardián buenas esperanzas, pero remitióle á la venida del padre ministro Provincial, que está en Belén. El cual venido desde ha poco tiempo, aconsejó á Ignacio que se volviese á Italia, alabando por un cabo su deseo, lleno de celo y devoción, y por otra dándole á entender que por ser indiscreto y poco recatado, por ventura se vería en peligros de perder la vida y su libertad, como otros muchos, que habían sido presos ó muertos por dejarse llevar de semejante espíritu de devoción y fervor inconsiderado. Pero como Ignacio estuviere ya acostumbrado á no hacer caso de semejantes espantos y peligros, dijo al ministro Provincial que no podía dejar de quedarse si no hubiese de por medio cosa que le obligase en conciencia á no quedar, por entender que el no quedarse sería para mayor servicio de nuestro Señor. Entonces el Provincial le declaró que tenía facultad de la Sede Apostólica para enviar de allí los que le pareciese, y para descomulgar á los que en esto no le obedeciesen; y así, que le rogaba que tuviese por bien de se volver, y que sin escrúpulo ninguno se persuadiese ser esta la voluntad de Dios, pues él, como amigo y hermano, y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba, y que lo hiciese así, si no quería que contra su voluntad usase de la facultad que tenía. Y queriendo mostrarle las bulas apostólicas en que se le concedía esta facultad, no lo consintió Ignacio; mas dijo que no había para qué mostrarlas, pues él creía lo que le decía, sin otra prueba, como era razón. Y siguiendo la voluntad de Dios, que para mayores cosas le llamaba, dijo: «Padre, yo os obedeceré, y lo haré así como me lo ordenáis.» Mas estando ya con propósito de volverse, le vino un encendido deseo de tornar á visitar el monte Oliveto, donde en una piedra se ven hoy día las señales que dejó impresas de sus divinos pies el Señor al tiempo de su subida á los cielos. Y con este deseo, se hurtó secretamente de los otros peregrinos, y solo, sin guía y sin compañía, y lo que es de mayor peligro, sin llevar consigo turco de guarda, con toda priesa subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar porque le dejasen entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanías que llevaba. Y lleno de incomparable regocijo, fué con gran presteza á Bethfage. Mas luego dió la vuelta para el monte Oliveto, para más atentamente mirar á cuál parte caía la señal del pie derecho, y á cuál la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados; y porque otra vez le dejasen entrar dió á la guarda las tijeras que le habían quedado de las escribanías. Como los padres de San Francisco le echaron menos, entendiendo el peligro que corría de su vida, enviaron á buscarle á un cristiano (de los que llaman de la Cintura), práctico de la tierra, que servía en el monasterio. Este le halló que ya volvía, lleno de gozo y consuelo, y arremetió á él con un palo en la mano, y con rostro severo y con un semblante enojado y espantoso le asió del brazo, riéndole ásperamente y amenazándole porque se había metido en tan manifiesto peligro, y tiró de él, como que lo quisiese llevar medio arrastrando; pero Ignacio no resistió, antes siguió con mucho amor y voluntad al que le llevaba; porque fué particular el regalo que su ánima en este trance sintió. Ca vió sobre sí á Cristo nuestro Salvador como que caminaba é iba delante de él desde que el otro le trabó del brazo hasta que llegaron á las puertas del convento, y con este favor celestial, pasó Ignacio con más alegría su trabajo.

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

(De la «Vida de San Ignacio de Loyola».)



«La Dolorosa», cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«Jesucristo muerto»,
cuadro de Alonso Cano

LA CORONA DE ESPINAS

NUESTRO amigo el doctor, que nos había invitado á Fernando Requena y á mí á comer en su casa, se levantó el primero.

—Tomaremos el café en mi despacho. La consulta no empieza hasta las cuatro...

Le seguimos. En el despacho aguardaban ya sobre mesitas enanas las tazas y las botellas de licor.

Nuestro amigo vió en seguida aquel cajón que también á mí me había sorprendido hallar, desentonando con la armónica y sobria elegancia de aquella sala donde el dolor humano temblaba de esperanza y de angustia todas las tardes.

—¡Ah! Me han traído ya eso de la estación— exclamó el doctor.

Y señalando el cajón alto, estrecho, que resguardaba la cruz alambrada del precinto, añadió:

—Es el legado de un muerto. De un cliente algo extraño...

—¿Y qué es?—preguntó Requena.

—Luego os lo diré. ¿Cuántos terrones quieres? ¿Y tú?... Bueno. Serviros el licor que queráis.

Silenciosamente nos sirvió el café, nos ofreció los cigarros. Silenciosamente bebimos y fumamos durante un rato, mirándole á hurtadillas. Estaba serio, fruncido el ceño, un poco pálido.

—¿Y qué es ese legado?—se arriesgó á preguntar de nuevo Requena.

—Ya te lo diré... Es que..., la verdad..., temo contaros la historia.

—¿Por qué?

—No sé. Quisiera que la escuchárais con el fervor candoroso de los espíritus sencillos. No la he contado á nadie nunca por miedo á que se me burlaran escépticamente.

Fernando Requena sonrió.

—¿Tan inverosímil es?

—Lo parece, y, sin embargo, nada más cierto. Bueno, ¿me prometéis no interrumpirme hasta el fin?

—Desde luego.

—Prometido.

—Veréis. Un día, hace cuatro ó cinco años, se me presentó un señor á consultarme. Era un hombre alto, grueso, con esa falsa apariencia de ofensiva salud que no engaña al médico frente á los temperamentos sanguíneos, sensuales, amigos de la mesa, de la mujer y del vino. Tenía en la frente varias manchitas rojizas muy vivas de color, á las que atribuí, mientras él me explicaba su aparición y la singular molestia que le causaban, un origen equivocado. Le receté un depurativo, una pomada; le aconsejé un plan alimenticio, y á pesar de sus afirmaciones acerca de posibles antecedentes hereditarios ó adquiridos, acordé un análisis de la sangre...

Volvió al poco tiempo. Nada había dado el resultado que yo esperé, juzgándole un caso vulgar y corriente. Las manchas habían adquirido un carácter pustuloso. Debajo de aquellos encendidos adornos de una corona cruel, las pupilas del enfermo tenían la mirada asustadiza, implorante, de las bestias acosadas por un peligro cuyo alcance ignoran. Incluso el hombre ya no daba la impresión del obeso feliz y bien nutrido á quien la vida

sonríe. Sin decirme nada señaló con la mano temblorosa á su frente...

Le examiné largo rato. Volví á interrogarle, aunque el análisis de sangre había sido expresivamente negativo á mis sospechas. Se trataba de un hombre sano, sin historia clínica anterior, hijo de padres también sanos. Ni en sí ni en los suyos el organismo había sido minado por ninguna dolencia específica. Y, sin embargo, aquellas pústulas presentaban un carácter terrible, cuyo diagnóstico no me atreví á formular claramente.

De nuevo empleé las mentiras piadosas de la palabra y del recetario que luego á los médicos nos dejan una melancólica sensación de remordimiento y de impotencia científica. Le sometí á pruebas que de antemano temía fueran inútiles. Y fijé un plazo más corto para la próxima consulta... Os confieso que no sabía á qué atribuir aquella ulceración de la frente que debía causarle dolores cruentos y que resistía á cuanto el paciente—dócil y cada vez con mayor espanto y angustiosa fe en su mirada hacia mí—se sometía en virtud de mis indicaciones.

Dos meses después de su primera visita ya no pudo venir aquí. Me llamó á su casa. Hacía tres semanas que no le veía. Antes de entrar á la alcoba procuré informarme. Una mujer con trazas de ama de llaves habló asustada de los progresos del mal. La frente era una llaga purulenta y nauseabunda.

—¿Cuando le vea se va á aterrar el señor doctor! Ha cambiado mucho... Es otro hombre—decía la mujer.

—¿El no tiene familia?

—Nadie. Es solo en el mundo... Y tan jo-

ven. Hace unos días cumplió los treinta y tres años...

Entré en la alcoba. Sobre la almohada vi una cabeza de hombre enflaquecido, pálido, de barba crecida, de labios contraídos por el dolor. Bajo la mancha blanca del vendaje que le cubría la frente, sus ojos buscaron los míos con tal avidez desesperada que casi eran un grito... No me atreví á soportarlos y bajé los párpados al llegar hasta él y estrechar su mano...

De nuevo el relato de las torturas inútiles de la medicación interna ineficaz, luego del examen de aquella pobre carne que se pudría sobre el pensamiento espantado parapetado detrás del frontal.

—¿Y qué dice usted, doctor?—imploró al fin, buscándome la mirada, que yo rehuía, cobarde, y acaso por primera vez en mi vida acometido de un terror supersticioso.

—Véale, señor doctor; se ha quedado en los huesos—sollozó la voz del ama de llaves—. Parece así, con esas barbas, á Cristo Nuestro Señor...

El se incorporó bruscamente. Agitó los brazos como para apartar algo invisible á nosotros. Luego cayó de espaldas sobre la cama. Se tapó la cara.

Acudí á él.

—Vamos. Vamos. ¿Qué le pasa?... Dígame...

Le aparté las manos. Sus pupilas estaban encristaladas por las lágrimas, pero tenían una tristísima ternura en su vaguedad. La boca le temblaba...

—¡Oh, doctor! Deje. Deje... Me parece que ahora sí sé cuál es mi mal. ¡Chist! Calle..., calle... Usted, Natalia, ¿quiere tener la bondad de salir de la alcoba? Quiero que me reconozca el doctor



por completo... Ya la llamaremos...

La mujer obedeció, desconfiada y curiosa, sospechando que no era el cuerpo, sino el alma lo que el enfermo iba a mostrarme en plena desnudez.

Salió despacio, sin cerrar la puerta. El enfermo me indicó que la cerrase. Al hacerlo sorprendí al ama de llaves que se había quedado fuera escuchando. Cerré, corrí la cortina y volví a sentarme junto al paciente.

—¿Es que quería usted decirme algo que me ocultó hasta ahora?

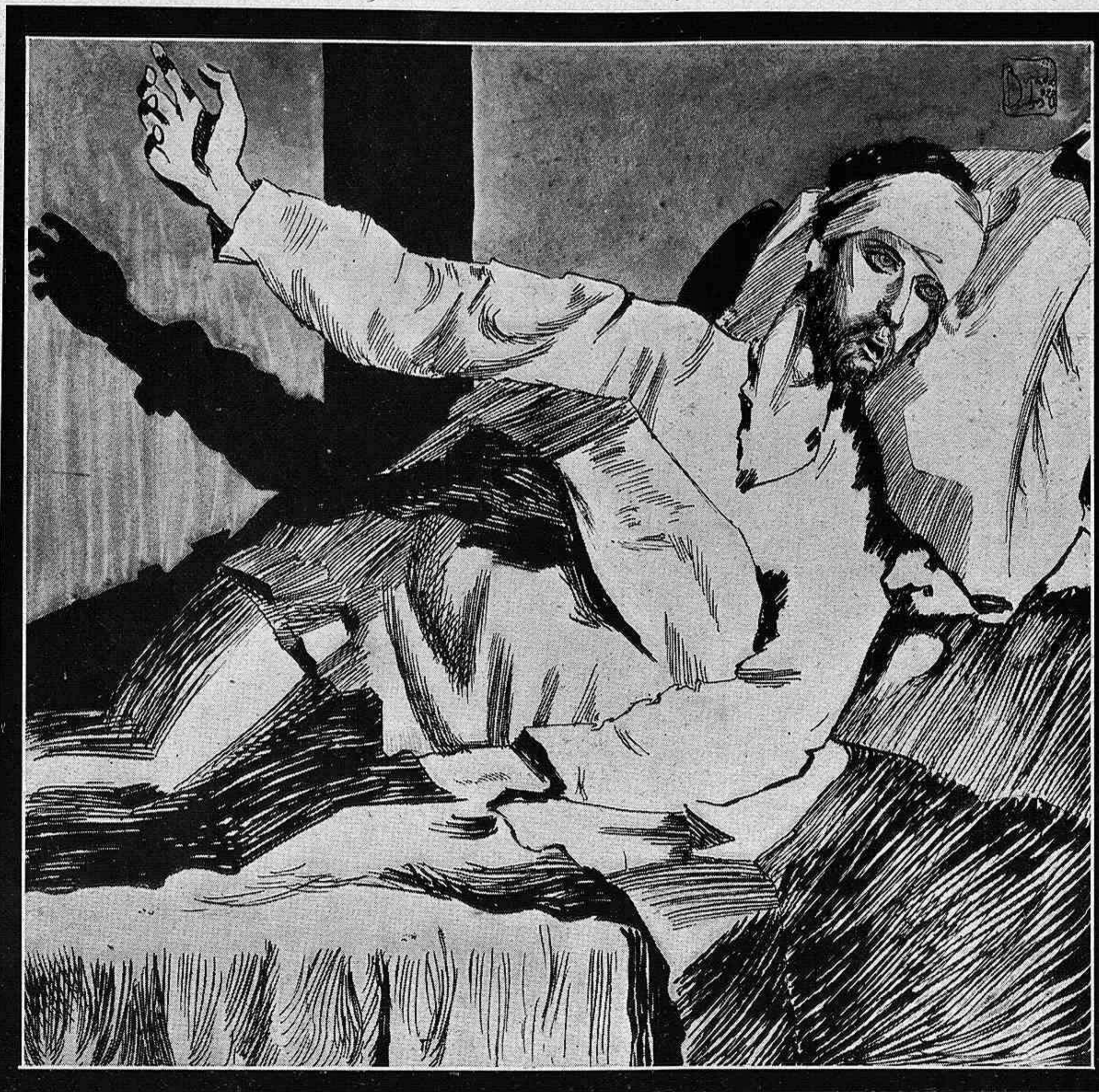
—Sí. Pero no se lo oculté a sabiendas. Es que hasta ahora no he sabido, no he creído saber que fuera necesario recordarlo. Lo había olvidado por completo... Escuche, doctor... Yo soy gallego. Nací en un pueblo recóndito de la provincia de Lugo, de unos padres piadosos y apegados al terruño, descendientes de sendas familias modestamente afortunadas en las tareas agrarias. Teníamos un Pazo..., que ahora es sólo mío, demasiado grande y demasiado lejos para mí. Yo, de rapaz, y aún más de hombre, luego de un viaje por Europa, alardeaba de escéptico y me burlaba por igual de las supersticiones aldeanas que del fervor cristiano de gentes como mis padres y mi hermana única, hoy monja en un convento de Santiago. Gustábame rodearme de amigos alegres, y al morir mis padres aún permanecí algún tiempo en el Pazo por el orgullo de sentirme señor de él y por verme adulado de mis amigos, que me ganaban el dinero en el juego y me ayudaban a gastarlo en comilonas. Una noche...—¿cómo he podido olvidarlo tanto tiempo!—, una noche, amigo mío... ¡Oh! Espere, espere...

Se llevó los dedos lentamente hacia sus úlceras vendadas, les posó con una temerosa angustia de aumentar el dolor... Después se acercó más a mí. Hedía su podredumbre.

—Oiga... Más bajito se lo diré. Esto es como una confesión, doctor. Una noche de un Abril ya remoto estábamos borrachos casi todos... Creo que había dos mujeres traídas de Lugo que se vengaban de los hombres anteriores a nosotros azuzando todos nuestros malos instintos, complaciéndose en vernos cada vez más neciamente y villanamente ebrios. Alguien recordó que estábamos en Semana Santa. Era el martes ó el miércoles, no recuerdo bien... En mi casa, doctor, abundaban los cuadros religiosos. Los había en todas las habitaciones menos en mi alcoba...

Se interrumpió para mirar en torno suyo, y suspiró.

—Aquí tampoco los hay, como ve... Bueno. Escuche, escuche, doctor. Había cuadros religiosos en todos lados. Y allí, en el comedor, uno muy antiguo, atribuido a Morales, ó por lo menos una copia bastante buena de él. Era un Ecce-Homo que mostraba el torso desnudo, atadas las manos y á ellas el cetro de caña. Sobre los hombros, caído un paño rojo, y en la cabeza, la corona de espinas dibujada con un minucioso esmero, con tan implacable realismo que diría se clavaban las duras púas en la frente de Cristo y que aquellas gotas de sangre que cada una arrancaba á la piel iban á resbalar sobre los ojos tristísimos de una bondad infinita... Todo esto, amigo mío, lo veo ahora. ¡Ahora! Pero entonces aquel lienzo visto desde que tuve uso de razón no me preocupó lo más mínimo... No sé, ni hace falta quién, propuso un burdo remedo, una cínica parodia de la Pasión; no sé quién bajó el lienzo y lo puso sobre una silla, y... no se aparte



de mí, no me desprecie, doctor... Yo mismo, con la punta del cigarro puro encendido y reencendido cuanto fué preciso, señalé en el lienzo las gotas de sangre... entre risotadas de mis compañeros. Oía la pintura chamuscada y huecos negros chamuscados aparecían en el lienzo. De pronto, una de las mujeres arrancó el linezo, y, colmándonos de insultos, terminó por arrodillarse ante él pidiéndole perdón, llorando á gritos, como las pañideras de alquiler en los antiguos entierros gallegos... Tenía el pelo rubio y deshecho en ondas que le caían sobre los hombros desnudos... «¡La Magdalena! ¡La Magdalena!», dijimos unos. Y empezaron á bailar en cetro cogidos de la mano...

—¿Y usted?—pregunté.

—¿Yo? No sé. Al día siguiente me desperté en mi cama. Me había acostado el criado. Cuando me levanté y bajé al comedor, lo primero que vi fué el Ecce-Homo colgado en su sitio habitual. Las huellas de las quemaduras habían substituído con sus agujeros negros á las gotas de sangre pintada. Un mes después me vine á Madrid. Y no habría vuelto más á mi pueblo, á no ser porque... ¡Oh!... Escuche, doctor: no me mire así, de ese modo.

—¿Cómo le miro?—pregunté.

—Hay como reproche, como desprecio, como asco en su mirada. ¿No es esto?

Bajé los párpados.

—Será, á pesar mío... Para mí no es usted sino un enfermo. Un enfermo entonces, un enfermo ahora.

—Bien, sí. Pero oiga. Hace un momento, al oír á Natalia comparar mi rostro con el de Jesús, ha sido como una revelación. Esto que yo padezco es inútil intentar curarlo con sabiduría de los hombres, sino con amor divino. Mire: lo he comprendido. Yo cumplí ahora treinta y tres años, la edad en que Cristo murió. Han pasado diez desde que yo abrasé sus heridas con la punta de mi cigarro. ¿Comprende? Estas llagas son la de su corona de espinas...

Se exaltaba por momentos. Erguido, hablaba casi á gritos.

—Sólo Cristo puede curarme. Iré al Pazo, rescataré la imagen, la haré que vele y proteja mis sueños. ¿No es verdad, doctor, que sólo El puede sanarme?

Asentí. Asentí, amigos míos. No te sonrías así, Requena. Si tú hubieses estado entonces al lado de aquel hombre, habrías también animado su fervor de arrepentido.

—Bueno—exclamó Requena, sin dejar de sonreír y contemplando la punta rútila de su habano—. ¿Y sanó?

—Sanó.

—Es curioso...

—Es algo más que curioso, amigo Requena. Yo sé decirte que cuando volví á ver á mi enfermo en su casa de Madrid, sin la menor señal en la piel, y cuando contemplé colgado á la cabecera de su lecho el antiguo lienzo agujereado por las quemaduras, reconocí hasta qué punto la fe sirve en muchos casos más que nuestra ciencia.

—Bueno; pero tu cliente ha muerto.

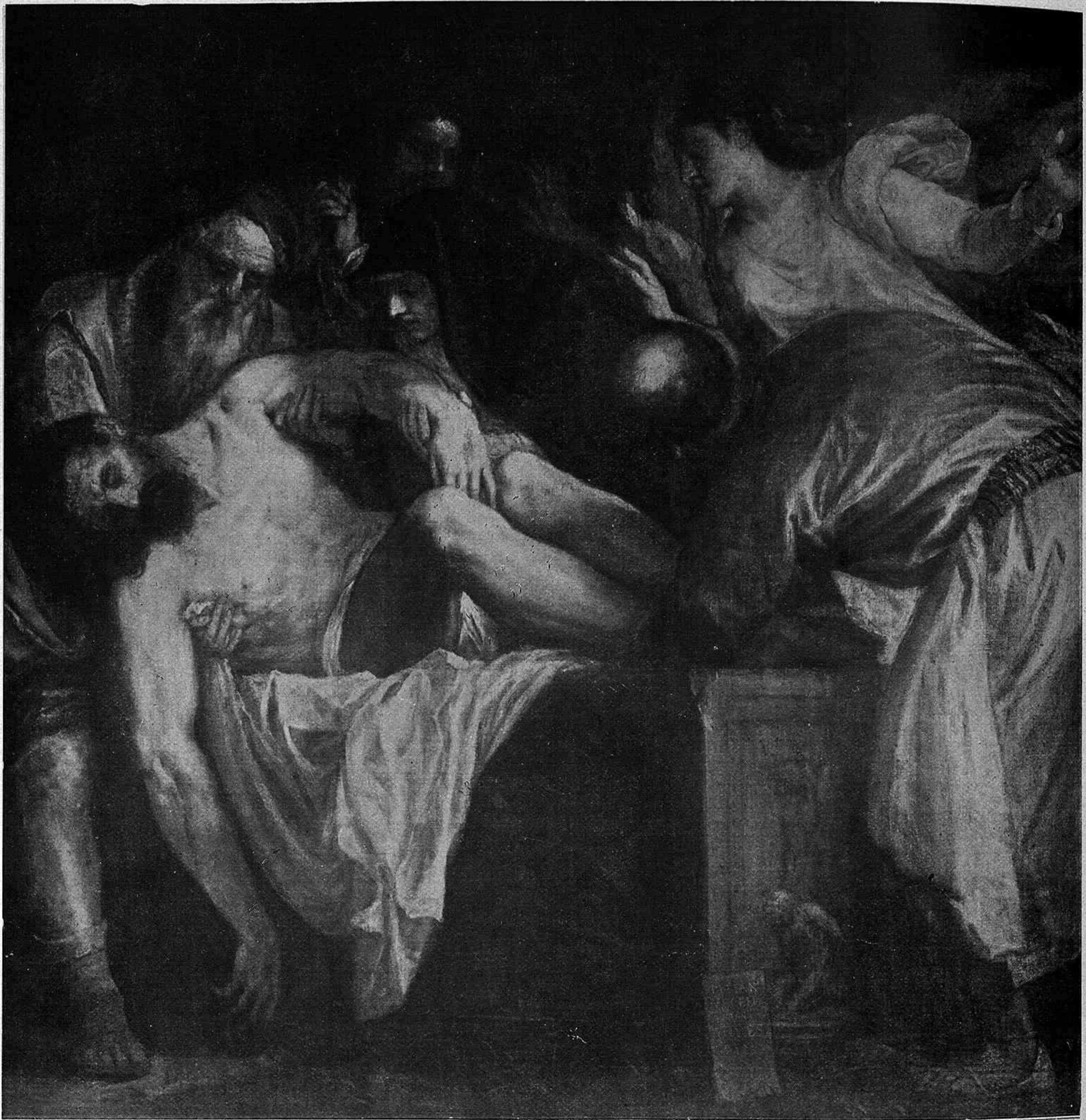
—Sí. Una gran melancolía iba minando su vida. Sufrió la atracción de la tierra natal, del Pazo demasiado grande y demasiado lejano para él. Se fué allá á vivir y á morir. Hace un mes, me comunicaron que me había legado el cuadro, y ahí está. ¿Queréis verlo?

Llamó á un criado, y en el mismo despacho se desclavó el cajón. Cuando sacaron el cuadro y le quitaron los papeles que le envolvían, vimos que el Ecce-Homo tenía la pintura de la frente intacta. Las espinas de la corona tenía cada una su gota de sangre en la punta. Los ojos, desde su hondura misteriosa y triste, daban el fulgor tilió de su bondad.

Y una sonrisa de perdón definitivo florecía en los labios exangües y se derramaba como una luz misteriosa sobre las barbas ralas...

José FRANCES

(Dibujos de Bujados)



«El entierro del Señor», cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

EL SANTO SEPULCRO

(PROCESIÓN)

Bamboleándose cándido y suave
va el Señor con sin par gentileza,
como encima del ala del ave;
y la chusma, fanática y grave,
en coreada oración zumba y reza.

A una cruz que enlutada camina,
en altar que entre inciensos se esfuma
y que cruje y retiembla y se empina,
el ya muerto Señor se avvicina,
sobre un lecho cuajado de espuma.

Se deslizan dos largas hilceras;
y rodeando al Señor como adorno
de rojizas y extrañas lumbreras,

van del lecho clavadas en torno,
temblorosas, las pálidas ceras.

Un runrún infinito que atruena
los oídos, palpita y estalla
en la gran procesión nazarena;
allá lejos, al fin..., triste suena
destemplado clarín de batalla.

Larga tropa de fríos soldados
acompaña los santos dolores;
mal seguros y mal enfilados,
los clarines al par destemplados,
destemplados al par los tambores.

Casi en medio, Jesús, ya rendido
por el peso de un árbol que asombra,
pues no tiene una hoja ni un nido,

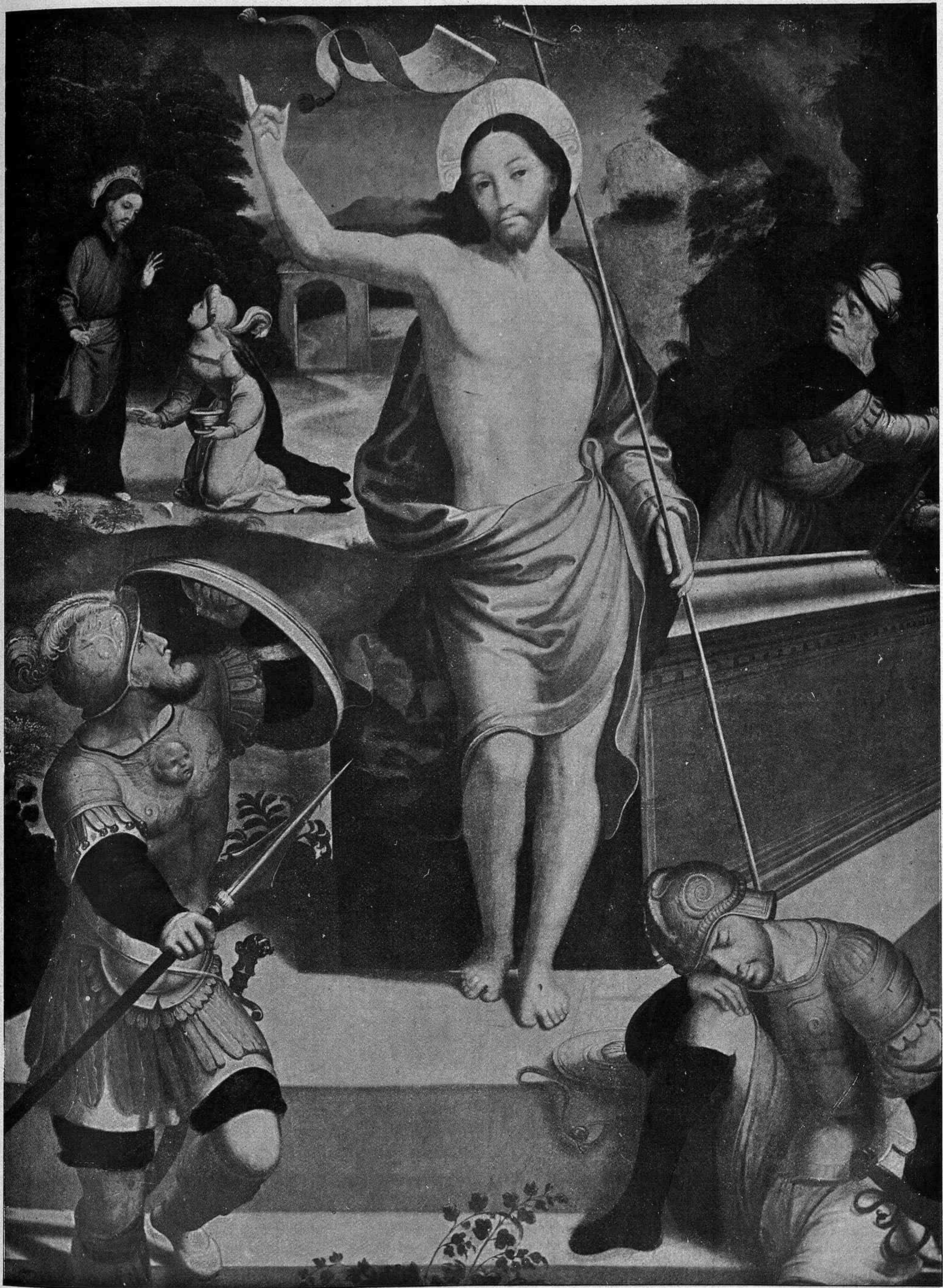
va de túnica obscura vestido
como pálida y trémula sombra.

El buen cura, entre cien feligreses,
con un místico orgullo se entona,
para alzar sus católicas preces;
un rayito de luz cae á veces
en la tersa y rapada corona...

Todos llevan los ojos clavados
en el Dios de los grandes martirios,
por la fe de ese Dios arrastrados...
Y jazmines y rosas y lirios
á sus pies van cayendo mezclados...

¡Sopla el viento y apagan los cirios!

José SANTOS CHOCANO



La figura de Cristo en el Museo del Prado

«La Resurrección del Señor»,
cuadro de Juan Correa de Vivar

LOS AUTOS SACRAMENTALES

SEÑÁLASE la época actual por un atisbo de retorno hacia las representaciones clásicas, á los *misterios*, á los *autos*, en los que se advierten cualidades escénicas de primer orden. Pero, ¿qué es, teatralmente, un *auto sacramental*?, se puede uno preguntar. Lope da una respuesta en *El nombre de Jesús*: «Comedias á gloria y honor del pan, que tan devota celebra esta coronada villa.» Se refiere al Pan Eucarístico, y en este sentido se deben entender realmente los autos sacramentales. Como exposición dramática del sacramento de la Eucaristía.

La palabra *auto*, sin embargo, se aplicó en un principio en España á toda comedia; después fué denominación adecuada á la comedia religiosa en particular, al modo de los misterios medievales, y finalmente cuajó en su significado —que hoy se bastardea algo— más propicio y exacto: como piezas en honor del sacramento de la Eucaristía.

Estas confusiones han sido tan frecuentes y usuales por críticos y autores, que incluso han contagiado á los más escrupulosos eruditos, que indistintamente usan también las palabras *misterio* y *auto*, aplicándolas alguna vez equivocadamente. Con Fitzmaurice-Kelly diremos que la distinción es total, absoluta, «radical».

El *auto sacramental* es esencialmente alegórico. Carece de calor de humanidad, de personajes concretos, de tipos corrientes y molientes en la vida. «Su único objeto es el misterio de la Eucaristía», para lo que ha de valerse de abstracciones simbólicas, y se representan en un principio en las iglesias por estos días de Semana Santa, por el Corpus y otras festividades.

Calderón de la Barca es el más representativo, el más genuino autor de *autos sacramentales*; el más típico también. Por ironías de la vida, acabó la suya cuando empezaba un *auto sacramental* que concluyó Melchor de León.

Pero antes que él, otros autores, mucho menos conocidos, compusieron obras de este jaez, y otras que no son sino comedias de santos, comedias devotas, farsas y dramas litúrgicos, intituladas también genéricamente *autos*, aunque no lo son propiamente.

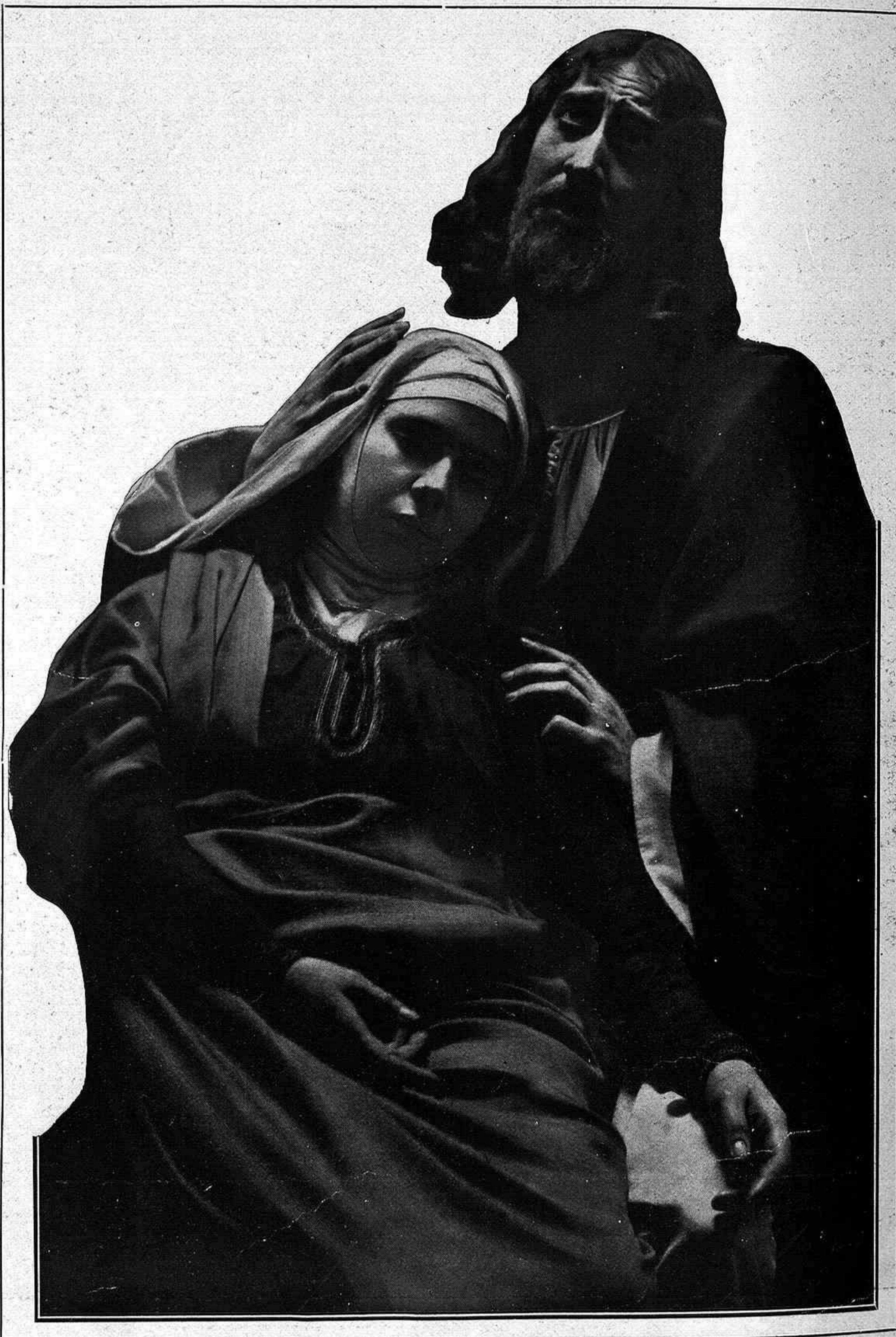
Esta impropiedad se echa de ver, por ejemplo, en Gil Vicente—que tanto influyó en Lope y Calderón—, en su *Auto pastoril castellano*, en el *Auto dos Reis Magos* y más en el *Auto da Sibilla Cassandra*, en el que aparecen personajes bíblicos, tipos concretos. Así acontece también á las veces en Lucas Fernández, autor de *El Auto de la Pasión*—que se representaba por Semana Santa no lejos del monumento que se alza en esos días en el altar mayor de las iglesias—, y en ocasiones más raras en Micael de Carvajal, en quien se observa ya el drama simbólico, fundado en hechos históricos, y que puede considerarse como precursor de este teatro de alegoría que había de tener luego en Calderón tanta amplitud. (A Carvajal se atribuye *Los Triunfos de Josef*, que aparece impresa con el nombre de Calderón.)

Claro está que estas y otras muchas piezas religiosas pertenecen á la época en que se entendían por *autos* obras que no eran sino *misterios*, comedias devotas, dramas litúrgicos, etc.

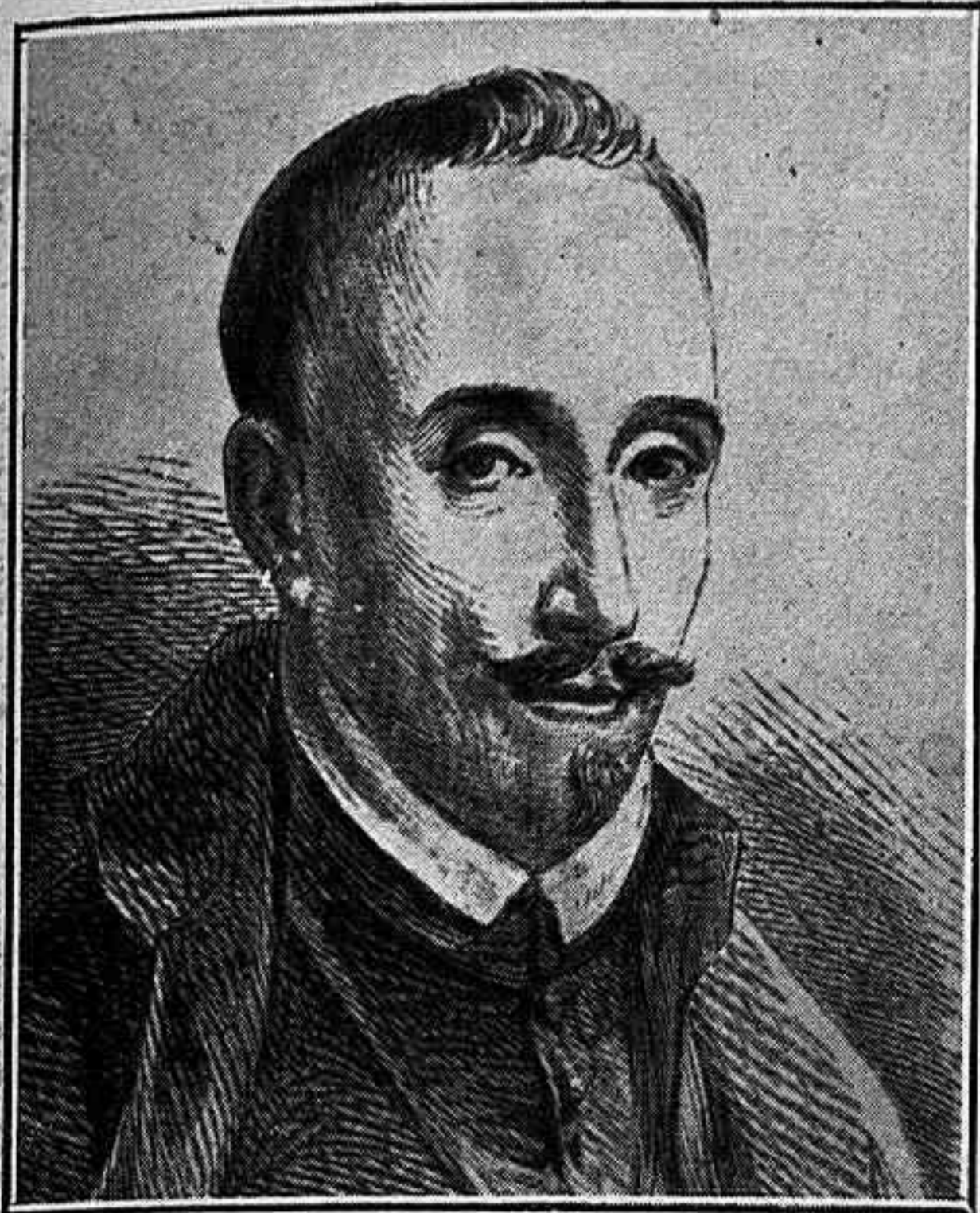
Para el erudito é investigador de ayer y aun de hoy, como para quien ahora quiera buscar antecedentes ó trate de exhumar viejos *autos sacramentales*, la tarea es difícil y harto complicada.

A pesar de lo mucho, interesante y documentado que se ha escrito ya sobre los orígenes del

teatro español, sobre literatura dramática y sobre esta materia concretamente—recordemos si quiera de pasada las obras de Jaime Mariscal: *Los autos sacramentales desde su origen hasta mediados del siglo XVIII*; la de González Pedroso, de igual título, y otras francesas—, es cosa poco menos que imposible el lograrse una nutrida serie de estas obras, pese á la colección admirable de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra. ¿Qué quedan de los cuatrocientos *autos* de Lope? Poco más de cuarenta. No



Catalina Bárcena y Alberto Romea en «La pasión de Jesús»



LOPE DE VEGA

muchos más tampoco de Calderón, y muy pocos de otros autores. Es un género teatral que, á pesar de lo que se extendió, no quedan de él vestigios apenas: muy pocas noticias y datos no concretos.

Y no deja de ser sensible la pérdida de tanta pieza y de noticias sobre ellas, ya que son muchos los que hoy piensan que en los *autos* y *misterios* hay una fuente inagotable de recursos dramáticos y unas normas y fórmulas indispensables para el logro de una estricta teatralidad primigenia esencial en la ficción escénica. Se observa en algunos capaces y sensibles autores, directores y comediantes, como Henry Gheon, Bragaglia, Max Reinhard, Lion, etc., cómo siguen de cerca la orientación de las representaciones medievales. Si se conservasen todas ó la mayoría siquiera de cuantas piezas se pusieron en iglesias, porches y plazas en el largo período de la dramaturgia eclesíastica, que además llegó, por lo que á la literatura castellana se refiere, hasta nuestro siglo de oro, nada menos, se tendría hoy un útil y eficaz elemento documental para la renovación escénica, realmente inapreciable. Pero, como decimos, pocos ejemplares hay de ellos. En códices, en manuscritos olvidados y sucios en retirados ángulos de bibliotecas, esperan que alguien les saque del olvido. Un explorador literario audaz y paciente se precisa que exhume y descubra tanto como debe existir, y que vaya al encuentro de directores y actores, á los que sería muy útil estos conocimientos, y que tienen otra misión y no la búsqueda de *autos* y *misterios*, y antecedentes de estas piezas.

No todos son como Bragaglia.

Con lo que hoy existe, sin embargo, se puede uno formar idea bastante aproximada de estas piezas, aunque, desgraciadamente, de muchas de ellas no tenemos, aun hoy, otro conocimiento que el título, el nombre del autor y ligeras referencias debidas á pacientes investigadores de la talla y erudición de Darío del Valle, Sancho Rayón ó de Cañete, por ejemplo, que cita de pri-

meras, en el año 1885, el *Auto de Amores, en coplas*, de Cristóbal de Avendaño, y *Auto de San Alexo, en coplas portuguesas*, de Sebastián Pérez, entre treinta y seis autores dramáticos españoles, anteriores á 1540, de los que no tuvieron conocimiento ni Moratín, ni Barrera, ni Schack, ni Ticknor...

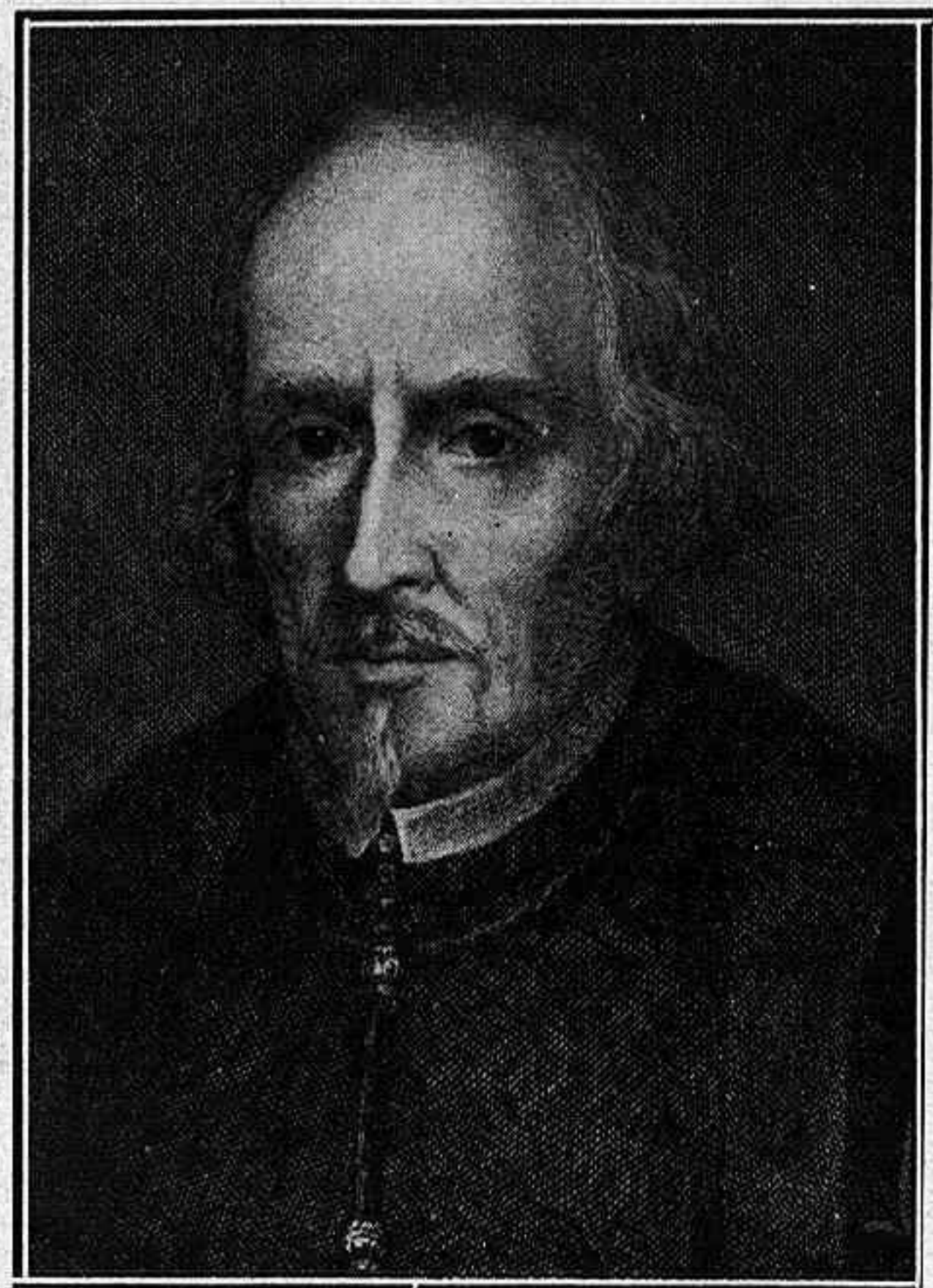
Más conocidos y comentados son *Victoria de Cristo*, que Barrera atribuye á Bartolomé Palau; el *Auto de los desposorios de Mousen*, adquirido en 1844 por D. Eugenio de Tapia para la Biblioteca Nacional y publicado en la revista *Museo Literario*; el *Auto de la residencia del hombre*; el *Auto de Cain y Abel*, de Ferruz, del que habla Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*; el *Auto del martirio de San Justo y Pastor*, del siglo XVI, etc., etc.; pero, desde luego, es Calderón, por antonomasia, el autor de los *autos sacramentales*, género españolísimo que él realizó con singular fortuna.

•••••

Ahora bien: ¿cómo se representaban los *misterios* y *autos sacramentales*? No se puede determinar con exactitud. Historiadores y críticos del teatro español apenas si apuntan unas cuantas noticias sobre lo que venían á constituir las representaciones teatrales de las piezas anteriores á Lope de Vega; y ni las noticias, que muchos consideran erróneas, contenidas en el prólogo de las *Comedias*, de Cervantes; ni los juicios y narraciones que en su *Viaje entretenido* hace Agustín de Rojas, ni aun las acotaciones y explicaciones de F. de las Cuevas en el *estudio* relativo á la *Representación*—donde da minuciosos pormenores de lo que eran el *castillo* ó *carro* aderezado para estas funciones—se puede uno formar cabal idea de ellas.

Y eso que la obra de Francisco de las Cuevas proporciona, con amplitud, datos; más aún que los consignados por González Pedroso al tratar de los *carros* en que Madrid daba los *autos sacramentales* durante el siglo XVII. En la obra de Cuevas se describe uno de estos artefactos hechos en 1568 para las fiestas con que el abad y cabildo complutenses solemnizaban el recibimiento de los mártires Justo y Pastor, con más detalle que Sandoval cuando narra las fiestas que en 1527 se celebraron en Valladolid con ocasión del bautismo del Infante D. Felipe.

Generalmente, antes de las representaciones recorría la ciudad una lucida cabalgata formada



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

con los comediantes montados en caballos y carros, y alguna charanga alborotadora. ¡Viva *véclame* chillona y agria, destemplada á las veces, como los sueltos de contaduría de hoy!

•••••

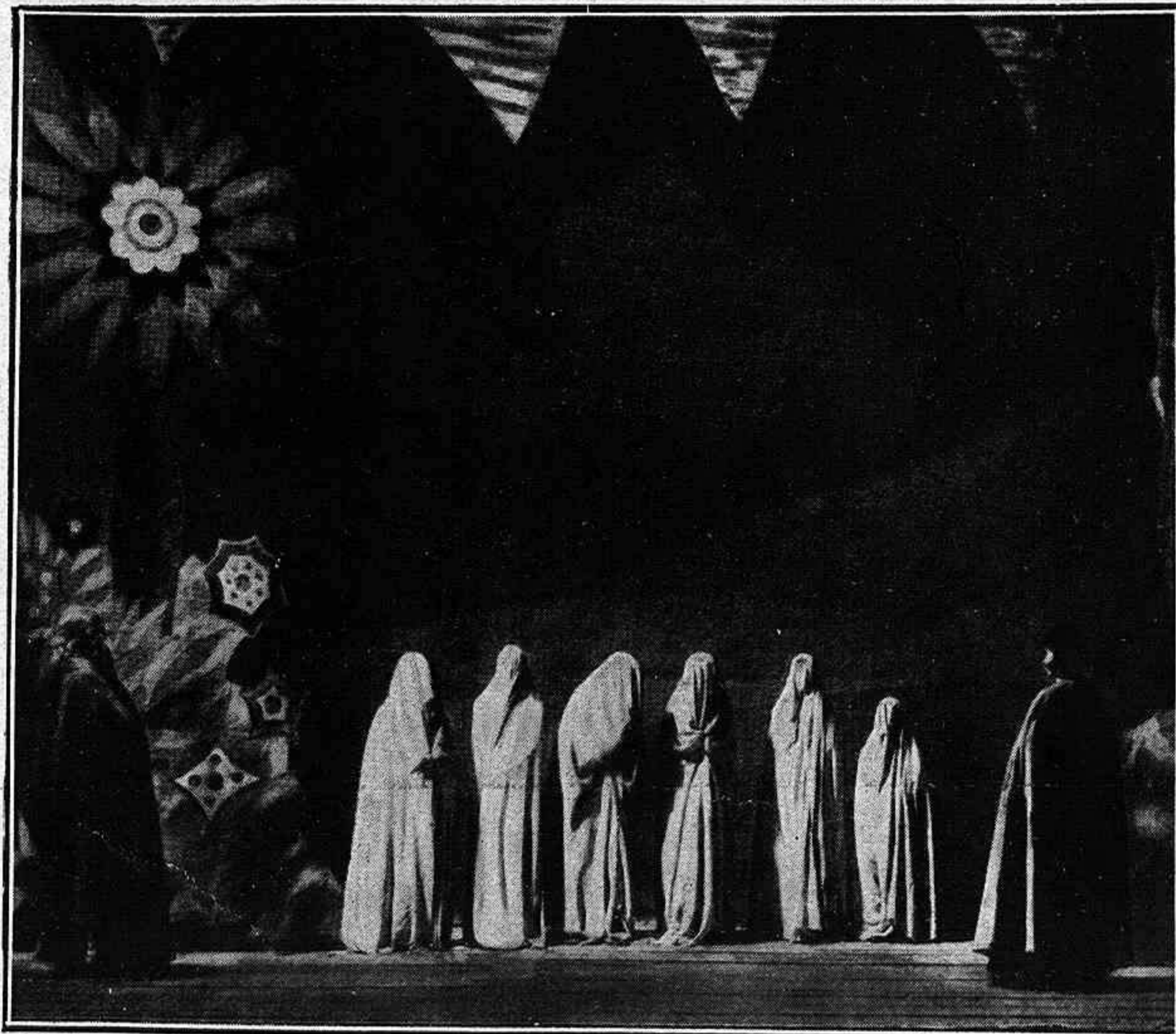
Se prohibió en España la representación de *autos sacramentales* el 9 de Junio de 1765, reinando Carlos III, algo después de no permitirse las obras devotas ó comedias de santos. No tuvo en ello poca culpa José Clavijo Fajardo, que quería moralizar la vida teatral, lo que no empece para que la suya fuera hartamente irregular, de lo que no se aprovechó mal Goethe.

La decadencia de los *autos sacramentales* no fué debida al género teatral. Fué consecuencia de la desmoralización de las costumbres, de la relajación de la vida farandulera, de la inmiscuición del elemento clerical en achaques teatrales y de un falso criterio de moralidad y religiosidad exageradamente aplicado á la vida.

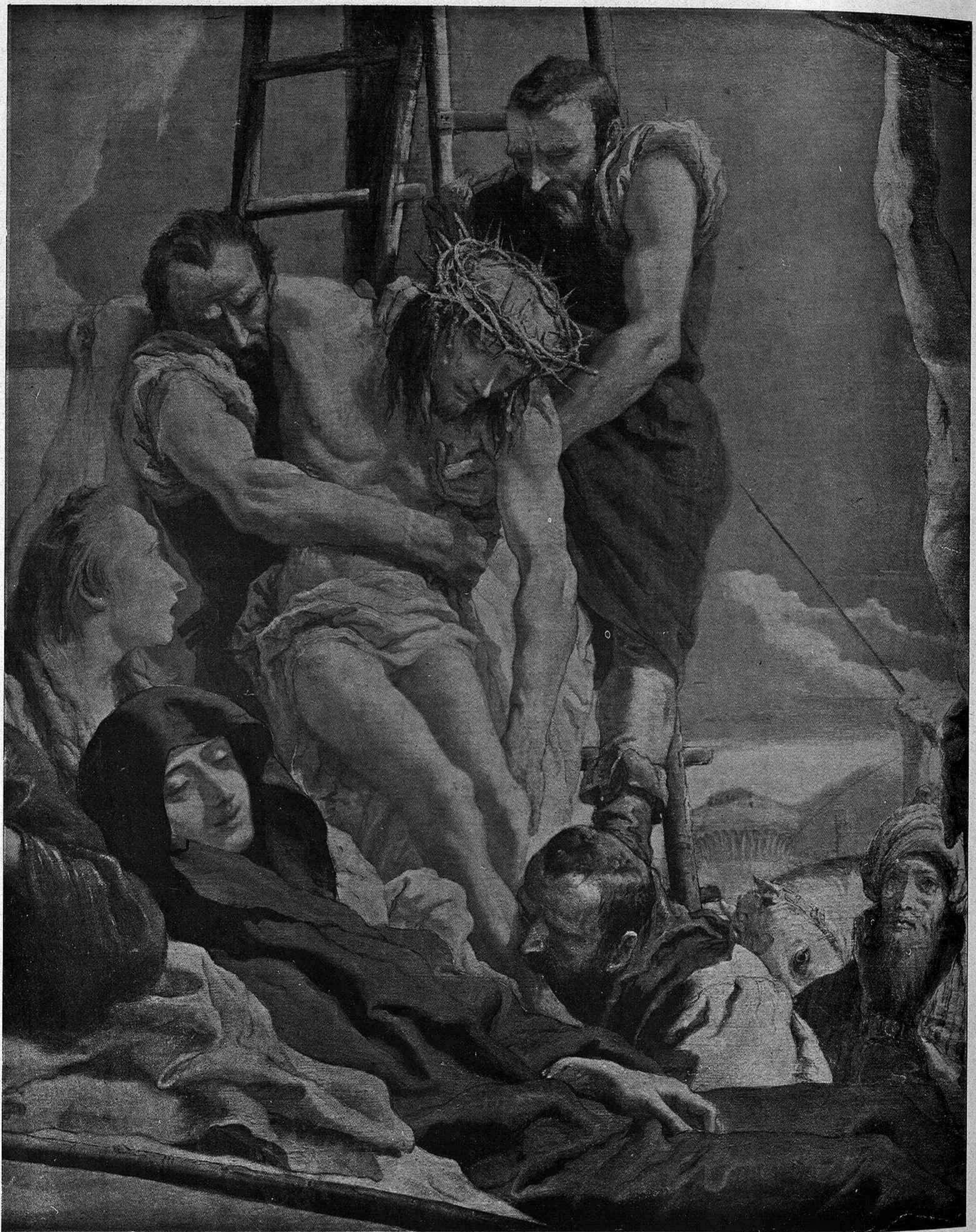
¿Cómo una mujer amancebada podía representar el papel de la Virgen Purísima? ¿Cómo un hombre que juega y se emborracha y tiene amantes puede interpretar el papel de Dios?... — se decían los moralistas de entonces — ¡De ningún modo! Había que suprimir eso! Y se suprimió.

Peregrina manera de considerar la ficción escénica. Triste visión de la vida del teatro. La recogemos ahora á guisa de información, por como supone que la decadencia de la escena — que entonces empezaba á ser patente — surge también en cuanto se deja de tener y considerar al teatro en su propia esencia, cuando la generalidad pierde la exacta noción — por las causas que sean, que no es ahora momento oportuno para desentrañarlas — de la teatralidad y cuando los comediantes no hacen llegar al público su arte, sino su vida, que no tiene nada que ver con lo que interpretan.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



Cuadro segundo del auto sacramental de Calderón «El gran teatro del mundo», representado en Granada



Consumado el sublime sacrificio,
Cristo encendió su idea
en el símbolo santo del suplicio,
y en brazos de José de Arimatea
y Nicodemus, que ofrendóle ungüentos,
fué descendido.
En tanto, sus lamentos
lanzaban, plañideras, las Marías.
Y el Discípulo Juan, el preferido.

«El descendimiento», cuadro
de Tiépolo, que se conserva
en el Museo del Prado

conso aba á la Mater Dolorosa:
"El resucitará, transcurridos tres días,
en la aurora de fe del Cristianismo,
ila más esplendorosa!
Si ahora tiembla la tierra y el cie'lo da pavor,
no es porqué se haga muerto el Redentor;
isino por que se ha hundido el paganismo!"

Goy de SILDA

LAS CRUCES DEL

ENTRE los más notables monumentos que descuellan en la histórica ciudad de Játiva figura el Museo Municipal de Bellas Artes.

Hállase instalado dicho Museo en el antiguo Almudín del siglo XVI, compuesto de un precioso patio claustral de tres arcos por lado, otro de entrada y otro de fondo, sostenidos por diez columnas de sencillos capiteles y airosa traza. Y unas galerías altas de moderna reedificación, dedicadas á atesorar la colección de pinturas, entre las que descuellan: una tabla primitiva representando á San Nicolás y San Dionisio; un retablo del siglo XV, arte valenciano procedente de la ermita del Salvador (luego las Santas), representando la Transfiguración del Señor en la tabla central, y cuatro fundadores y otros santos en las restantes, teniendo separada la predela; tres lienzos del setabense José Ribera, *el Españolito* (San Onofre, San Matías y un Salvador); retratos de varios monarcas, propiedad del Ayuntamiento, pintados por Amorós, López, Valero, Payá y Brel; y muchos lienzos de autores contemporáneos.

Lo más interesante hoy, para estas notas, lo tenemos en la sección arqueológica del claustro bajo, donde aparece toda la Historia del Arte, desde molinos de mano, alfarería y otros restos ibéricos, piedras labradas romanas, visigóticas, árabes, románicas, góticas, renacentes y barrocas; inscripciones latinas; cerámica, numismática, vidrios, metales, esculturas



Cruz renaciente (siglo XVI), llamada de San José

y otros restos de pasadas edades; todo descubierto en la antigua Sétabis. Su descripción, así como la de las pinturas antedichas de los salones altos, nos haría rebasar con mucho los modestísimos límites de este sencillo artículo de revista. Sólo el estudio de una pieza, como es la pila oriental (única en el mundo y enigma constante para los arqueólogos), nos daría tema para muchas páginas con sólo recoger las opiniones encontradas, pero respetables, de numerosos tratadistas que han disertado sobre ella. Nuestro propósito aquí se reduce á apuntar breves notas sobre las tres Cruces de cantería labrada recluídas en el Museo setabense, sin más que la noticia escueta, despojada de todo crítico comentario.

Es la más antigua la ya fragmentaria Cruz visigótica catedralicia de San Félix, empotrada en el muro de la derecha del claustro inferior, sobre una gruesa cornisa, un capitel, restos de un ventanal ó claraboyas caladas, procedente todo ello de la antedicha catedral visigótica de la montaña, lo mismo que un cipo romano con su inscripción latina, ya borrada y substituída por otra del siglo VI, que acredita que el obispo de Játiva, Atanasio, lo consagró en ara de altar. La Cruz tendría, en su estado completo, poco más de un metro de altura. Hoy aparece falta del brazo izquierdo y del remate superior, apareciendo bien dibujado en el círculo central (colocado en el cruce ó vértice de los restantes fragmentos) el característico *Agnus Dei*.

Otra Cruz es la llamada de Canals, gótica, que conserva su macolla ó capitel labrado, el pie y brazo derecho, apareciendo falta también del brazo izquierdo y del remate; y las esculturas, anterior del Cristo y posterior, de la Virgen.

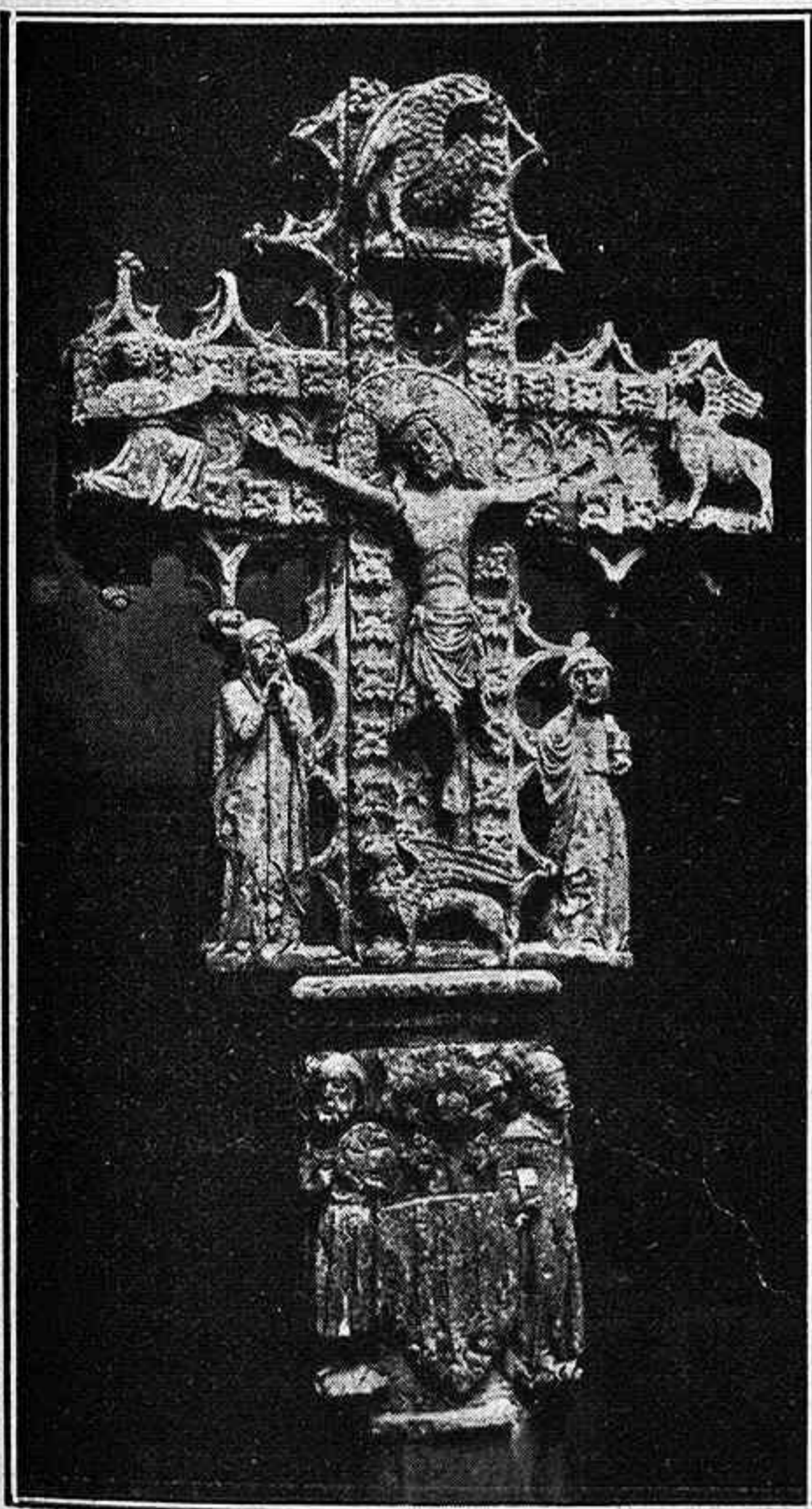
MUSEO DE JÁTIVA

Pero la pieza monumental, la Cruz admirable por sus grandiosas proporciones, prolija labor esculturada y admirable estado de conservación, es la Cruz del Humilladero gótico del camino de Valencia, distante medio kilómetro de la ciudad, apareciendo allá substituída actualmente por otra Cruz sencilla de piedra colocada en lo alto del fuste, y traída la antigua, con muy buen acuerdo, á un sitio preferente del Museo de Bellas Artes, para su mejor conservación y cómoda admiración de los inteligentes. La macolla es blasonada por las cuatro caras con escudo de Játiva y de Aragón, alternando dos á dos, y en los ángulos, á buen tamaño, San Juan, San Agustín, San Francisco y Santo Domingo, entre rica ornamentación floral. La Cruz mide más de un metro, bordeada de adornos, mostrando el crucifijo en el anverso, de factura casi románica, y una Virgen de gran tamaño en el reverso, entre dos ángeles volantes; mientras que por el lado opuesto adornan los extremos de la Cruz los cuatro atributos de los evangelistas. Al pie de dicha Cruz, sobre el capitel, aparecen la Dolorosa y San Juan Evangelista, delante; y los apóstoles San Pedro y San Pablo, detrás.

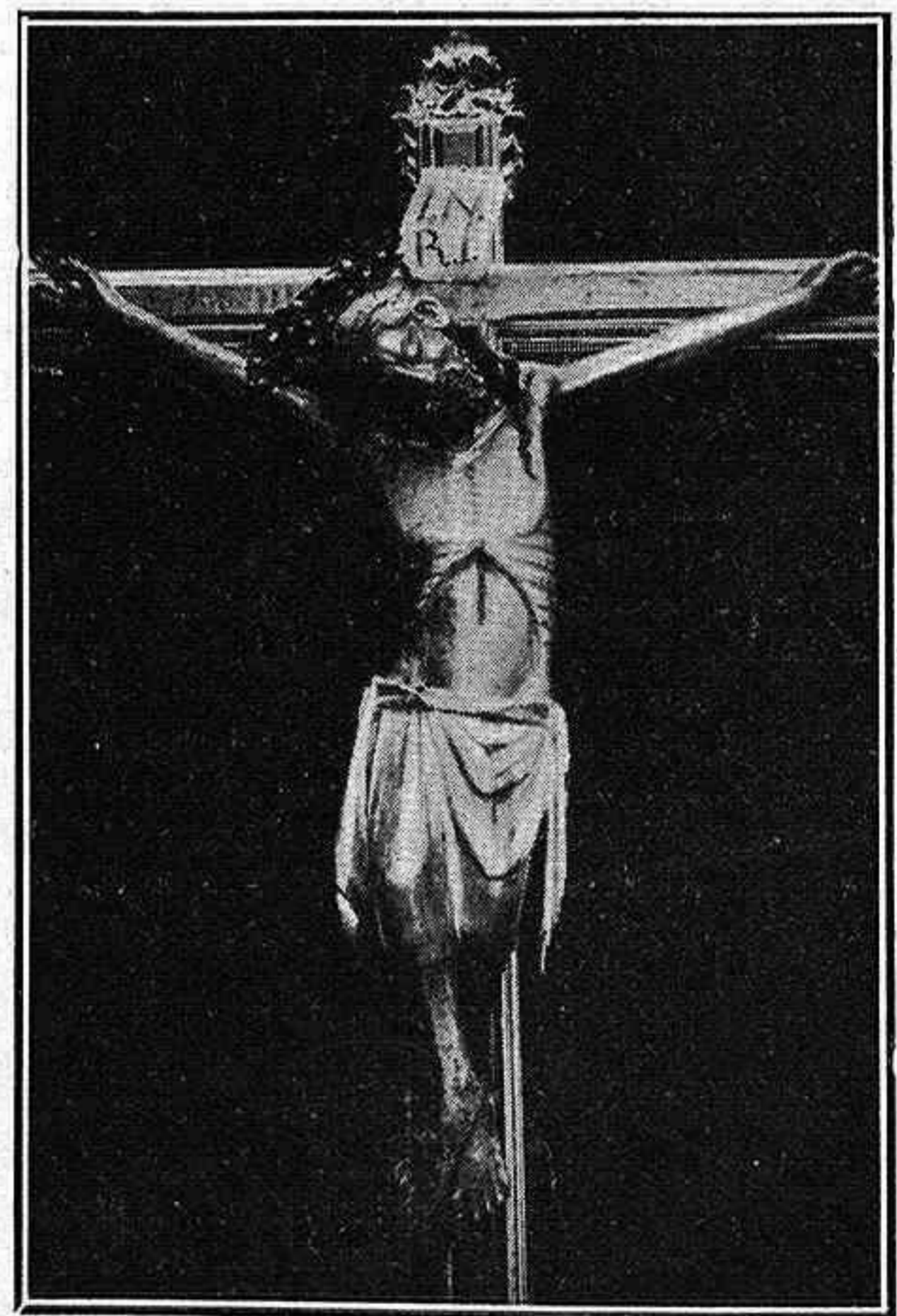
Indudablemente, es ésta la mejor Cruz terminal de todo el reino valenciano. Frente á ella demanda un puesto, en este Museo, la bella Cruz renaciente de la ermita de San José, artística obra de cantería valenciana del siglo XVI, que, con peligro de

derrumbarse por rotura mal compuesta de la columna que la surmonta, domina desde la meseta de la montaña la moderna Játiva, con los brazos tendidos, durante cuatro centurias, cual si quisiera con amor inmenso abrazar á todos los setabenses.

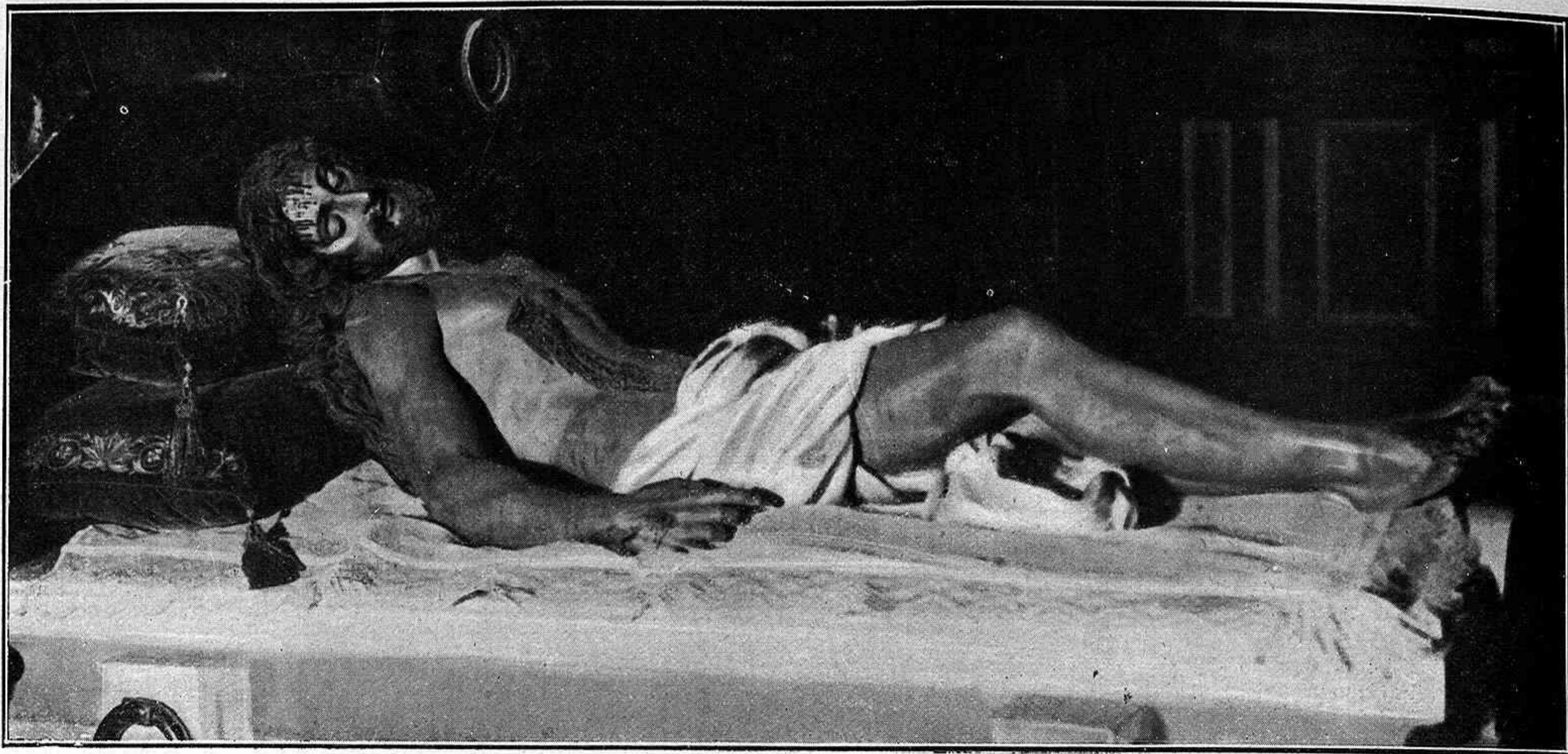
CARLOS SARTHOU



Cruz gótica de cantería labrada (siglo XV), en el Museo de Játiva



El Cristo del Carmen, escultura catalana del siglo XVI, arte renaciente



Cristo yacente, de Vergara, que se venera en la Catedral de Valencia

Sermón de la fiesta de la Resurrección del Señor sobre el Evangelio de San Juan, que dice así: ⁽¹⁾

En aquel tiempo, el domingo siguiente después del viernes de la cruz, vino María Magdalena muy de mañana al sancto sepulcro, y vió quitada la piedra, y que no estaba ya allí el cuerpo del Señor; y no hallándolo, púsose allí á llorar, y inclinándose otra vez á mirar al lugar donde le había visto sepultar, vió dos ángeles en el lugar del cuerpo, uno á la cabecera y otro á los pies, los cuales le dijeron: Mujer, ¿á quién buscas, y por qué lloras? Respondió ella: Porque de aquí llevaron á mi Señor, y no sé adónde le han puesto. Y volviendo el rostro del sepulcro hacia el Huerto, vió al Señor, mas no le conoció. Díjole el Señor: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, ¿tomástele vos? Decídmelo adónde le tenéis, porque yo me le lleve. Díjo el Señor: ¿María? Respondió ella: ¡Maestro!, arrojándose por abrazarse dél. Díjole el Señor: No me toques, sino ve luego y dí á mis hermanos que subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios (dicho esto desapareciósele). Vino luego María Magdalena con estas nuevas á los discípulos, diciendo: Vi al Señor, y dijo que os dijese esto y esto. Y en este mismo día de parte de tarde, estando juntos y cerradas las puertas por el miedo de los judíos, vino el Señor, y puesto en medio de todos, díjoles: Paz sea con vosotros. Y diciendo esto, mostróles las manos y el lado. Alegráronse los discípulos viendo al Señor. Volviéolos á saludar con las mismas palabras, diciendo: Paz sea con vosotros. Ya os envió como mi Padre os envió. Dichas estas palabras, soplándoles, añadió: Recibid el Espíritu Sancto, cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos.

En este tiempo, Tomás, uno de los doce, dicho por otro nombre Didymo, no estaba en la compañía cuando vino Jesús. Después que vino diéronle todos las buenas nuevas, diciendo: Vimos al Señor. Respondió Tomás: Eso no creeré yo sin tomar también la experiencia con mi tacto, entrando estos dedos en los agujeros de los clavos, y esta mano en el lado por donde entró la lanza. Pasados

ocho días, estando todos en el sacro cenáculo, y con ellos Tomás, vino otra vez el Señor cerradas las puertas, y apareció en medio de todos, y saludólos, diciendo: Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás: Entra tus dedos por los agujeros de mis manos, y tu mano en mi costado y no quieras ser incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y dijo: Dios mío y Señor mío. Díjole el Señor: Porque me viste, Tomás, me creíste: bienaventurados los que no me vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo el Señor en presencia de sus discípulos, que no están escriptas en este libro. Estas se escribieron para que creáis que Jesucristo es Hijo de Dios, porque creyéndolo así, alcancéis la vida eterna por él. Hasta aquí son palabras del Evangelio.

§ I

CONSIDERACIONES PIADOSAS SOBRE ESTE EVANGELIO

Este es el día que hizo el Señor, gocémonos y alegrémonos en él (1). Todos los días hizo el Señor que hizo el tiempo; mas éste se dice particularmente ser obra del Señor, porque en él acabó la más excelente de todas sus obras, que fué la obra de nuestra redención. Pues así como ésta se llama por excelencia obra de Dios, por la ventaja que hace á todas las obras, así también éste se llama día de Dios, porque en él se acabó esta más excelente obra de Dios.

También se dice que este día hizo el Señor, porque todo lo que se celebra en este día es obra suya. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se mezclan cosas que nosotros hicimos; siempre hay en ellas alguna cosa de pena, y la pena es hija de la culpa, obra nuestra; mas en este misterio no hay cosa de pena, sino destierro de toda la pena, y cumplimiento de toda gloria, todo puramente de Dios.

En tal día como éste, ¿quién no se alegrará? En éste se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse los discípulos de Cristo, alegróse el

cielo, alegróse la tierra, hasta al mismo infierno cupo parte desta general alegría.

Más claro se mostró el sol en este día que en todos los otros; razón fué que sirviese al Señor con su luz en el día de su alegría, como le sirvió escondiendo sus rayos en el día de su pasión. Los cielos que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este día con doblada claridad resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese, pues, el cielo, y tú, tierra, toma parte desta alegría; porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos cuando se levantaba á los maitines, era tanta el alegría que recibía con la memoria del gozo deste día, que le parecía que oía una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decían: En tu resurrección, Cristo, Alleluia; los cielos y la tierra se alegren, Alleluia.

Pues para sentir alguna cosa del misterio deste día, considera primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasión, con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió de la cruz á los infiernos, para dar cabo á la hora de nuestra redención (1); porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos (2).

Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe un sancto doctor por estas palabras (3): ¡Oh, luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los príncipes de Edón, y temblaron los poderes de Moab,

(1) Joan, cap. 20.

(1) Psalm. 117.

(1) Psalm. 15.

(2) Act. 2.

(3) Euseb. homil. 1. d Resurrect.

y pasmaron los moradores de la tierra de Canaán (1).

Y todos en medio de sus tinieblas comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es éste tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno! ¡Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario! Acreedor es éste, no deudor; quebrantador nuestro, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿adónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será éste que tanto puede? Si tuviera alguna escuridad de pecado, no resplandecieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh, cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas, y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos to-

das nuestras riquezas, y agora en el de la cruz las perdimos.

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido desta vida. Allí estaba un profeta aserrado (1), otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro (2), y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh, compañía gloriosa! ¡Oh, nobilísimo tesoro! ¡Oh, riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fe y esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que después volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del Diluvio (3). Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero

- (1) Isai. secund. Epiphanium.
(2) Hierem secundum Hieron.
(3) Genes. 8.

(1) Exod. 15.

mereció recibir el Testamento de Dios, y en su carne la señal y divisa de los pueblos de Dios (1). Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre los hombros la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo (2). Allí estaba el sancto padre de los doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino (3). Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra el sancto Bautista (4); y el bienaventurado Simeón (5) que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio dél, y recibirlo en sus brazos, y cantar antes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro, del Evangelio (6), que por la paciencia de sus llagas mereció ser partícipe de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas sanctas estaba allí gimiendo y suspirando por este día; y en medio de todos ellos (como maestro de aquella capilla) aquel sancto rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo (7): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, mientras dicen á mi alma: ¿Adónde está tu Dios? O sancto rey, si esa es la causa de tu lamentación, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste cuando escribiste (8): Bendijiste, Señor, tu tierra, sacaste de cautiverio á Jacob, perdonaste la maldad de tu pueblo, disimulaste la muchedumbre de sus culpas. Y tú, sancto Hieremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo; porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra más hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada (9).

Pues como aquellas dichas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? ¡Cuán de veras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo (10), cantarían todos diciendo: Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó en el mar. ¡Con qué corazón aquel primero padre del género humano, derribado ante los pies de su Hijo y Señor diría: Venistes ya, muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa; venistes á cumplir vuestra palabra, y no olvidastes á los que en vos esperaban! Vuestra grande piedad venció á la dificultad del camino, y la grandeza del amor á la de los trabajos y dolores de la cruz.

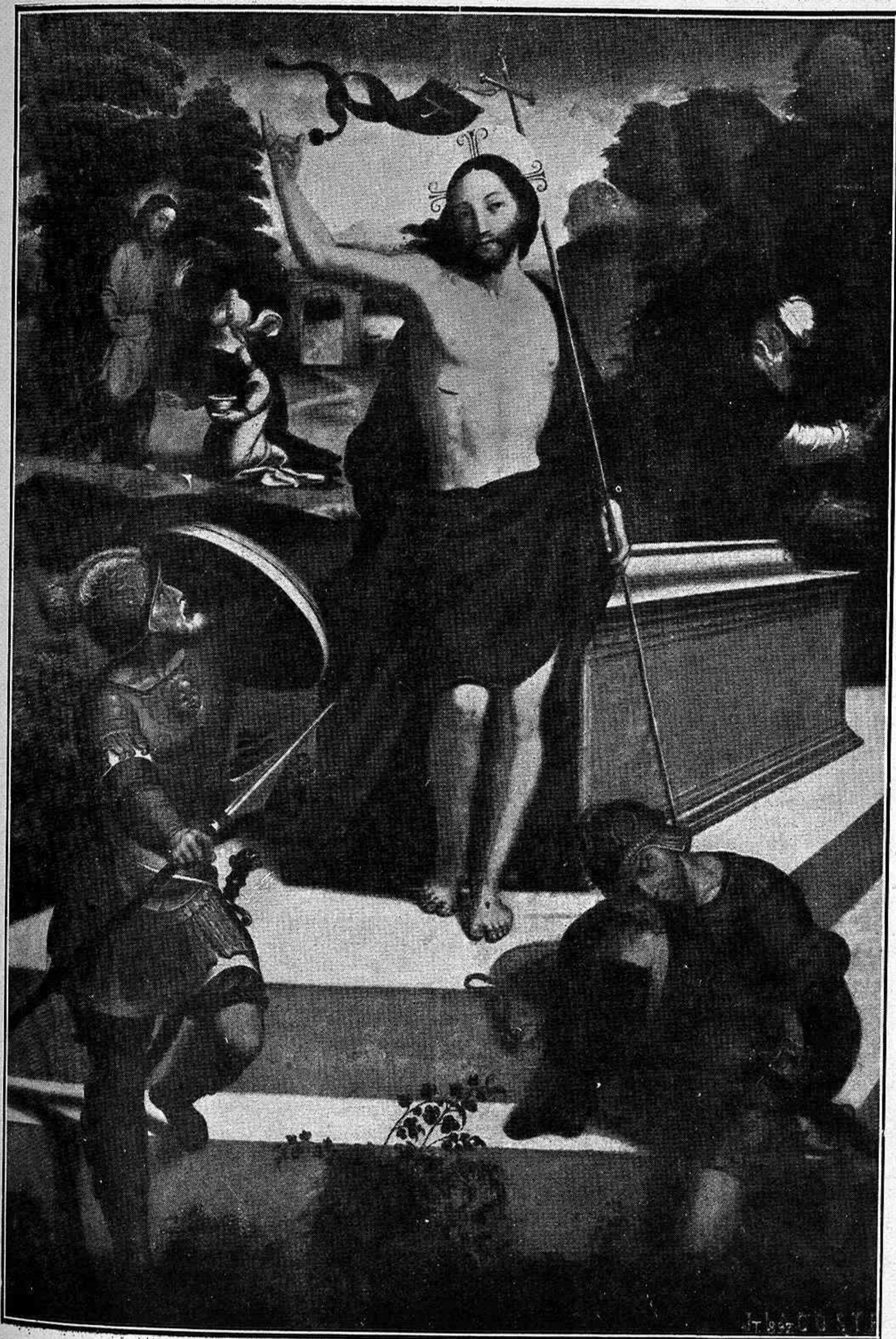
No se puede con palabras declarar la alegría destos sanctos padres; mas sin comparación era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasión. ¡Oh, cuán por bien empleados dió entonces todos los trabajos de su vida, y los dolores de su muerte, cuando vió el fruto que comenzaba á dar aquel sagrado árbol de su cruz! Con dos hijos que nacieron al sancto patriarca Josef en Egipto, olvidó todos sus trabajos (11); y para dignificar esto llamó al primero Manases, diciendo: Hizome el Señor olvidar todos mis trabajos, y la casa de mi padre. Pues, ¿qué sentiría el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿Cuándo aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

§ II

DE LA GLORIOSA RESURRECCIÓN DE CRISTO SEÑOR NUESTRO

Mas, ¡oh, Salvador mío!, ¿qué hacéis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo

- (1) Genes. 17.
(2) Genes. 22.
(3) Genes. 27.
(4) Matth. 14.
(5) Luc. 2.
(6) Luc. 16.
(7) Psalm. 41.
(8) Psalm. 84.
(9) Hierem. fuit lapidatus a Judaeis secund.
(10) Exod. 15.
(11) Genes. 41.



La Resurrección del Señor

sanctísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos, Señor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje, como al que entró en la batalla (1). Vuestro sanctísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma sanctísima entró á despojar el infierno; repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habéis vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella lastimosa figura con que lo había dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fría, amortajado y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya más de la media noche, y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo sanctísimo; ¿y qué tal (si piensas) le volvió? No puede esto explicarse; mas algo se pudo entender por un ejemplo. Acontece estar una nube escura en la parte del poniente al tiempo que el sol se va á poner; y la cual, tomándola delante, y hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada, que compite con él en hermosura. Pues así después que aquella ánima gloriosa se envistió en aquel sancto cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz, y toda su fealdad en hermosura, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. Desta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos, dechado de nuestra resurrección.

Esta salida figuró el sancto patriarca Josef cuando salió de la cárcel, y le tresquilaron sus cabellos, y vistieron de ropas reales, y le pregaron gobernador de toda la tierra de Egipto (2). Aquí sale el Señor tresquilados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor de todo lo criado. Este es el sancto Moisés (3) sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino á destruir todo el poder de Faraón. Este es el sancto Mardoqueo (4), despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales; el cual vencido ya su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel sancto Daniel (5) salido de entre los leones, sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de sus enemigos. Este es aquel valeroso Samsón (6), que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquel sancto Jonás (7), entregado á la muerte por librar della á sus compañeros; el cual entrando en el vientre de aquella grande bestia, al tercero día salió en la playa de Nínive, con cuya predicación escaparon de las divinas amenazas. ¿Quién es éste que entre las quijadas de la bestia carnícera no pudo ser mordido della? ¿Y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de vida? ¿El que sumido en el profundo, la misma muerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador, á quien arrebató aquella cruel bestia insaciable, que es la muerte; la cual después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, no la pudo tener; porque aunque la tierra después de muerto le tuvo, hallándolo ajeno de culpa, no pudo tenerlo; porque no la pena, sino la culpa hace el hombre infame.

§ III

DE CÓMO SE APARECIÓ CRISTO SEÑOR NUESTRO Á SU SANCTÍSIMA MADRE

Ya, Señor, habéis glorificado esa carne sanctísima que con vos padeció en la cruz; acordaos que también vuestra sanctísima Madre es vuestra carne, y que también padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro Apóstol (8) que los que fueron compañeros de vuestras penas también lo serán de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todos vuestros trabajos, justo es que también agora lo sea de vuestra

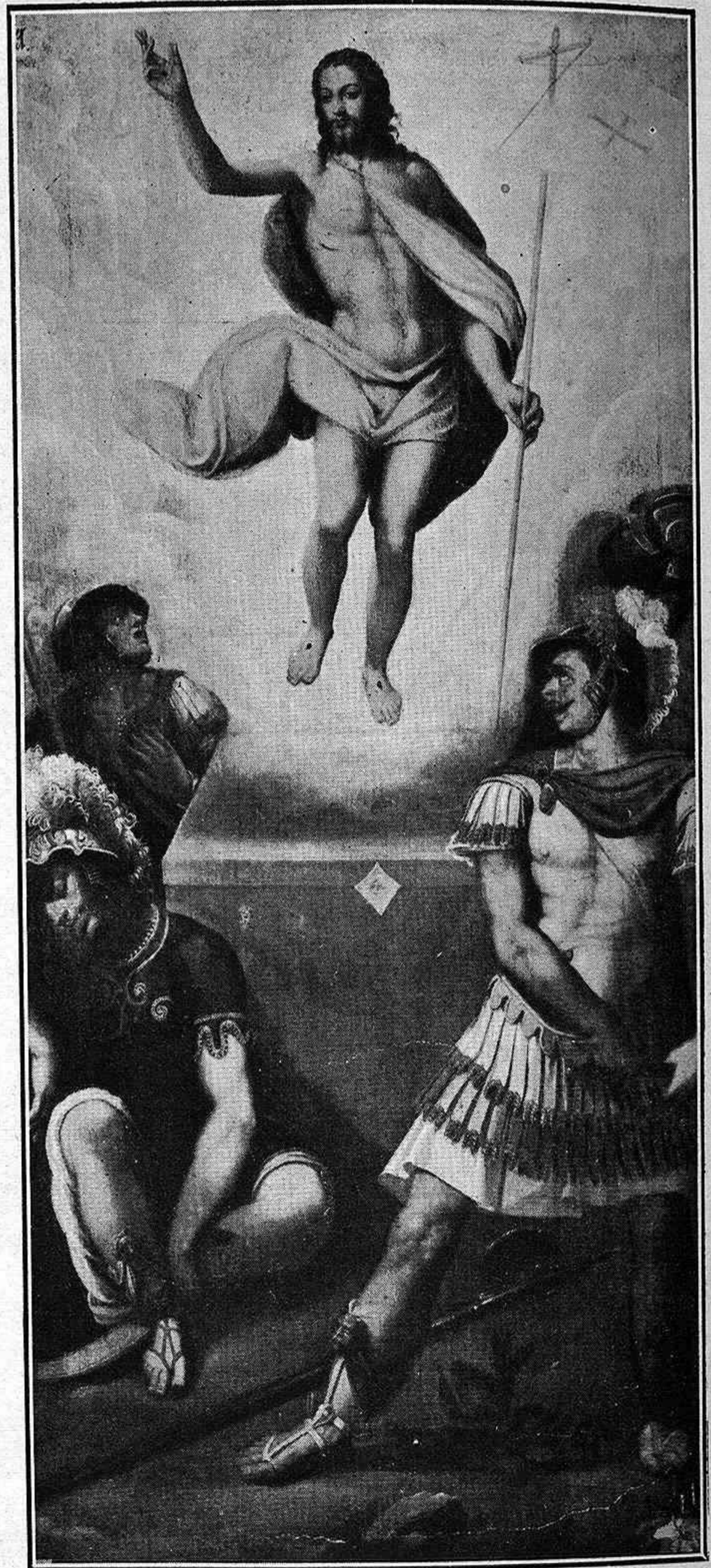
(1) S. Reg. 30.
(2) Genes. 41.
(3) Exod. 2.
(4) Ester. 6.
(5) Dan. 14.
(6) Judic. 16.
(7) Donoe 2.
(8) Roman. 8.

gloria. Serenad, Señor, aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido después del tempestuoso invierno.

Estaría la sanctísima Virgen en aquella hora orando, y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona daba voces al Hijo muerto, diciendo (1): Levantaos; gloria mía; levantaos, salterio y vihuela; volved triunfador al mundo; recoged, buen pastor, vuestro ganado; oíd los clamores de vuestra afligida Madre; y pues éstos fueron parte para os hacer bajar del cielo á la tierra, éstos os hagan agora subir del infierno al mundo. En el medio destas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre vivo y glorioso. No sale tan germoso el lucero de la mañana, ni resplandece tan claro el sol de mediodía como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias, y aquel claro espejo de la gloria divina. Vió aquel sacratísimo cuerpo resuscitado y glorioso, despedidos todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituída y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habían sido espadas de dolor, ya le son fuentes de amor. Al que había visto penar entre los ladrones, ya ve glorioso entre las almas sanctas y ángeles. Al que la encomendó de la cruz al discípulo (2), ve cómo agora extiende sus brazos, y la regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve agora resuscitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; ábrázalo y pídele que no se le vaya (3). La que al pie de la cruz enmudecida de dolor no sabía qué decirle, agora enmudecida de alegría no le puede hablar.

¿Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento comprender adónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras más bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa desta alegría, considera la que recibió el sancto patriarca Jacob, cuando después de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á Josef su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto (4). Dice la divina Escripura que cuando le dieron estas nuevas fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto, y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escripura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Si Josef mi hijo es vivo, sólo este bien

(1) Psalm. 56.
(2) Joan. 19.
(3) Cant. 3.
(4) Genes. 45.

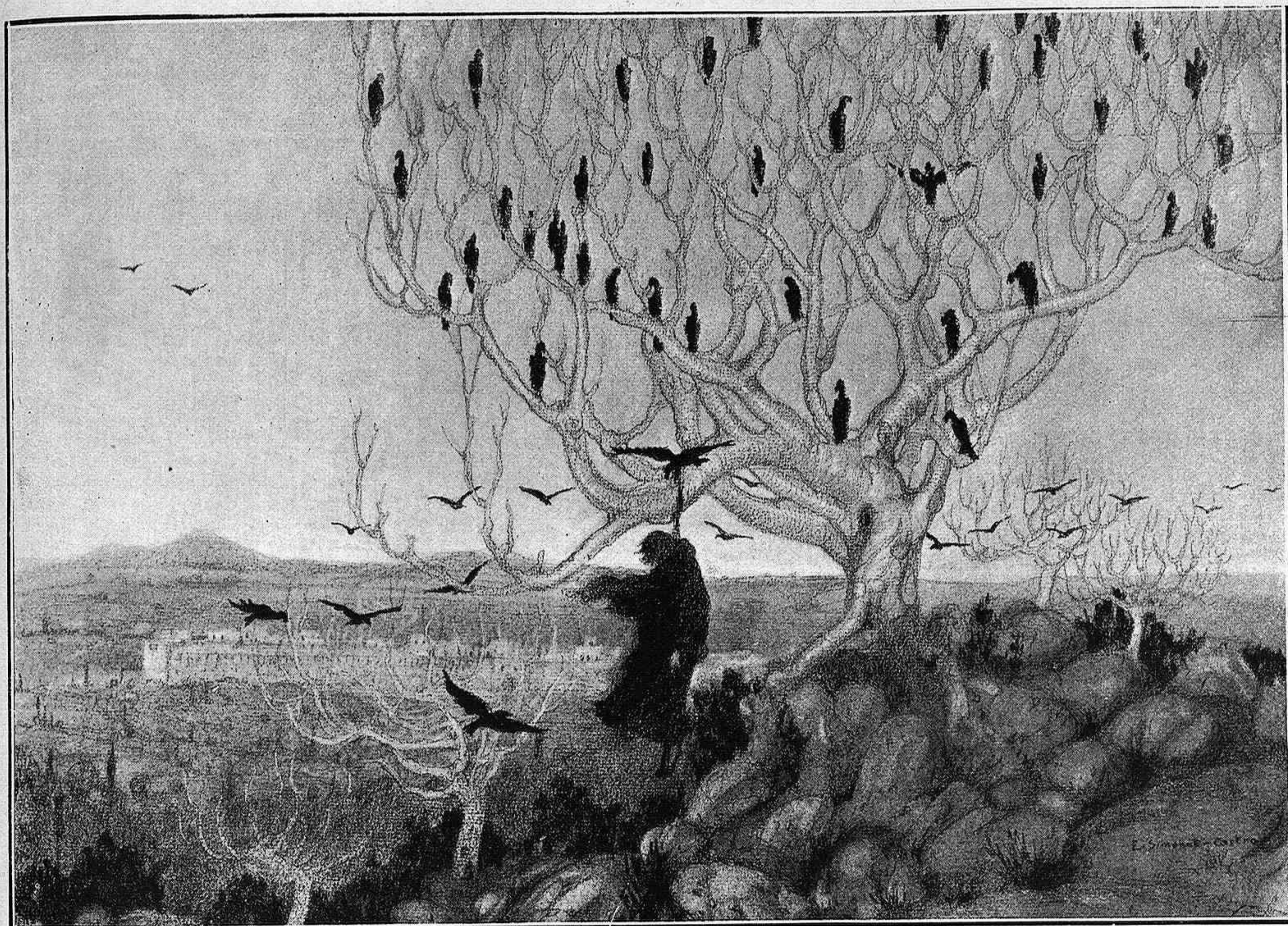


La Resurrección del Señor

me basta; iré y verle he antes que me muera. Decidme, pues, agora, si el que tenía consigo otros once hijos, tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenía por muerto y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo, ¿cuál fué la alegría de la sacratísima Virgen, que no tenía más de uno, y este tal y tan querido, cuando después de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de sí resuscitado y tan glorioso, y Señor de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera su corazón sufrir, si con particular milagro no fuera confortado por Dios. ¡Oh, Virgen bienaventurada! Básteos, Señora, sólo este bien; básteos que vuestro Hijo sea vivo, y que le tengáis delante, y le veáis antes que salgáis desta vida, para que no os quede más que desear. ¡Oh, Señor, y cómo sabéis consolar á los desconsolados por vuestra causa! Ya no le parece grande aquella primera pena en comparación desta alegría. Si así consoláis á los que por vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones; pues así por vos han de ser remuneradas.

FRAY LUIS DE GRANADA

EL ARBOL DE LA TRAIACION



La Higuera de Judas

Dibujo de Simonet-Castro

FUÉ en Betania, en casa de Simón *el leproso*. Llegó á ella el dulce Rabí de Galilea, san-grantes los pies por el largo caminar, llena la veste por el polvo de las luminosas rutas, trémulas las manos, cansadas en el gesto perenne de la bendición...

María de Magdala, la pecadora, á la presencia del hijo de Dios, sintió en su alma como un deslumbramiento. Convirtiéndose en una rosa mística de renunciación y sacrificio, su corazón, que hasta entonces fuera como una copa de la que se desbordaban los vinos locos de todas las pasiones.

Y vibrante de ansias purificadoras, la cortesana tomó un vaso de alabastro colmado de capitosos óleos, acercóse al Rabí y lo derramó sobre sus cabellos, destrenzados por el viento de los caminos; sobre sus manos, dueñas del milagro; sobre sus pies, llagados en las sendas que por la prédica le llevaban al suplicio.

Fué entonces cuando Judas, el hijo de Simón de Karioth, encargado por Jesús de administrar los dones que las gentes ofrendaban á los Apóstoles, condenó aquella prodigalidad que ungió al Maestro. Y opinó que fuera mejor vender las ricas esencias y repartir su precio entre los pobres.

San Lucas dice que no fué el amor á los desheredados el que hizo hablar así á Judas; sino la codicia que ya reinaba en su alma, que llegó á dominarlo hasta culminar en aquel beso de

traición con que vendió al Maestro por treinta siclos de plata...

Codicia en el alma del mal apóstol. Raíz del árbol, tan frondoso luego, de su traición. Judas de Karioth era ya malo cuando su ruindad alardeaba de práctico sentido. Los óleos preciosos que la cortesana, iluminada repentinamente por la fe, derramaba pródiga sobre la frente del Elegido, eran para Judas dilapidaciones estériles.

El no podía comprender la generosidad suntuosa de la ofrenda. El perfume—esencia, gracia, suavidad, arte—; el perfume que, como la belleza, parece tanto mejor cuanto es más desinteresada; el perfume aquel, símbolo de la armonía pródiga, de la riqueza que se rinde al amor, del ímpetu cordial que hace abrir las manos á la emoción, era para Judas derroche inútil...

Judas, el mal apóstol, no podía tener alma de artista. Su avaricia dábale cálculos de mercader. La ofrenda espontánea, la prodigalidad generosa, el homenaje lleno de fervor, por cuanto tiene de ideal, de olvido del egoísmo, antojábasele excesivo...

María de Magdala, carne y alma encendidas en amor, era la fe que no mide, el fervor que salva, el gesto generoso que redime. Ella sabía de la gracia del arte y de la magnificencia de la riqueza que sabe derramarse pródiga creando belleza, emoción, amor... Los lujos buenos de la vida, sin los que la vida apenas sería una sucesión animal de sensaciones materiales...

Los óleos que la santa pecadora derramó fructificaron. Aceites de sagrada ofrenda, al gotear en la tierra humilde, en la tierra pobre, en la tierra miserable, dejaron capicpas huellas... Todos los bálsamos que embellecen la vida; los bálsamos ideales que son la belleza, la generosidad, ese magnífico afán de dar y de darse, de entregarse todo sin medida ni cálculo, que es el verdadero amor y la verdadera fe, quedaron para siempre en la tierra... De aquel perfume quedó perennemente impregnada el alma de los apóstoles; el alma de los artistas, de los soñadores, de los que pecaron de amor y por amar mucho serán siempre redimidos...

Monedas en que Judas pensó convertir los óleos fragantes, hundiéronse en la tierra propicia... El árbol, tan frondoso, de la avaricia, de la tacañería espiritual, de la deslealtad, de la traición, guardó entre sus raíces aquellas monedas... Arbol del cálculo nefando de Judas... Su sombra maldita llenó muchas veces de sombra la tierra, queriendo obscurecer las grandes acciones, los gestos generosos, la belleza de la prodigalidad que sólo tiene por medida el amor...

Las aves siniestras de la cobardía que acecha, de la fe que se hace conveniencia, del amor que calcula, hicieron su nido en ese árbol...

Pero de ese árbol, fatalmente, inexorablemente, Judas el traidor, Judas el avaro, Judas sin fe, aparece colgado una mañana.

ALVARO REAL

POESIAS MISTICAS DEL SIGLO XVIII



«El descendimiento de la Cruz», obra de Pedro Campaña, que se conserva en la Catedral de Sevilla

La muerte de Jesús

¿Y eres tú el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente
fulminaste en Siná? Y el impío bando
que eleva contra ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado,
¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado;
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor más poderoso que la muerte;
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes, y el león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh, víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡Quién podrá mirarte,
oh, paz, oh, gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo
viendo que en la delicia

del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
á tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;
al Santo perdonad; muera el malvado;
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado;
si la impiedad os guía
y en la sangre os cebais, verted la mía
Mas, ¡ay!, que eres tú solo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y á la maldad que dominaba el suelo
y á las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
deposo Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora;
el sol, amortecida la alba lumbré
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solícita.

¿Oyes, oyes cuál clama:
Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
que en tu furor al mundo derramaste;
de la acerba venganza
que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte;
esgrime, esgrime la fulmínea espada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado
do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ¡oh, tierra!
Rompe, ¡oh, templo!, tu velo. Moribundo
yace el Criador; mas la maldad aterra
y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos;
todos en él pusisteis vuestras manos.

La Resurrección de Nuestro Señor

De tu triunfo es el día,
¡oh, Santo de Israel! La niebla oscura
que la maldad impura
al orbe difundía,
con celeste vigor rompe á deshora
inesperada aurora.

Aquella noche horrenda
que ciñó el mundo de enlutado velo,
robó la luz al cielo
y al sol la ardiente rienda,
y amenazó á la esfera diamantina
su postrimer ruina.

Y aquel pavor, que el seno
estremeció de la confusa tierra,
mezclando en dura guerra
los aires con el trueno,
cuando vagó el cadáver animado,
del túmulo lanzado.

Y el silencio ominoso,
que al pavor sucedió de la natura,
y el luto y la tristura
del suelo temeroso
disipa, inmenso Dios de la victoria,
un rayo de tu gloria.

Tú del sepulcro helado
no esperaste á forzar la piedra dura;
que apenas en la altura
del Aries sonrosado
señaló de tu triunfo el sol brillante
el decretado instante.

Con poder silencioso
á la muerte su víctima robaste
y la tierra agitaste
en pasmo delicioso;
y la prole, ya siglos sepultada,
restituyó admirada.

Entonces vió rompida
el tirano su bárbara cadena,
y la mansión de pena
de santa luz herida;
brama y humilla á su señor la frente
la vencida serpiente.

Que en su sangre bañado
entró una vez al santuario eterno
y lanzó en el averno
la muerte y el pecado
y convocó á sus blancos pabellones
ya libres las naciones.

Mas tú, pueblo inhumano,
estirpe de Jacob aborrecida.
Tiembla: mira erigida
la vengadora mano.
Huye, pérdida turba, la sagrada
de Sión dulce morada.

Jerusalén divina,
ensalza, ensalza tu cerviz gloriosa;
ya prole numerosa
el cielo te destina,
por ti no concebida, que á la gente
tu inmortal gloria cuente.

El fuego soberano
espera ya, que en abrasado aliento
inflamará el acento
del niño y del anciano,
y su visión las vírgenes turbadas
cantarán inspiradas.

ALBERTO LISTA

POESÍAS MÍSTICAS DEL SIGLO XVII

A Cristo crucificado

Canto el Verbo divino,
no cuando inmenso en piélago de gloria
más allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de continuo
D.os le aclaman, y el Padre se embebece
en la perfecta forma no criada;
ni cuando de victoria
la sien ceñida, el rayo fulminaba,
y de Luzbel la altiva frente hollaba,
lanzando al hondo infierno,
entre humo pestilente y fuego eterno,
la hueste contra el padre levantada.

No le canto tremendo,
en nube envuelto horrisono-tonante,
severas leyes á Israel dictando,
del Faraón el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,
que en los abismos de la mar se hundieron;
porque en brazo pujante,
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
cual humo que disipa el raudo viento,
no fueron: la mar vino
y los tragó en inmenso remolino,
y Amón y Canaán se estremecieron.

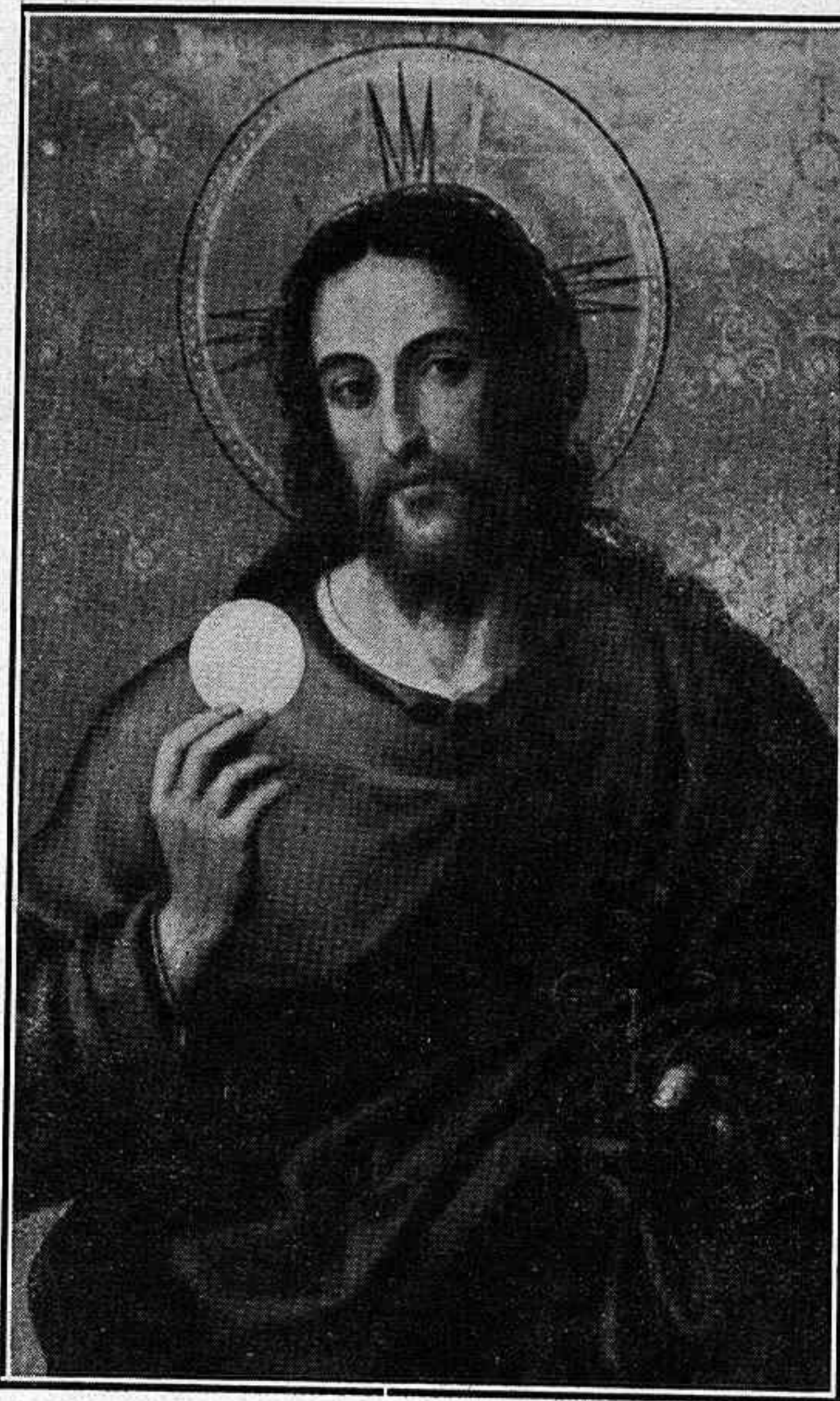
Ni en el postrero día,
acrisolando el orbe con su fuego,
le cantaré, su soplo penetrando
los vastos reinos de la muerte fría,
que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen
al voraz tiempo luego
la eternidad en sus abismos sume,
y lo que es, fué y será, todo consume;
empero eterno vive
el malo, eterna pena le recibe,
os justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
por los humanos en la cruz clavado,
el almo cielo uniendo al bajo mundo,
Libre ya el hombre, y el tirano fiero
por siempre encadenado en el profundo
infierno con coyundas de diamante;
do el pendón del pecado
tremolaba, brillando la cruz santa;
tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
cuando al oscuro imperio
descendiste del duro cautiverio
tus escogidos á librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
fiero enemigo del mortal linaje?
¿Do los blasones que te envanecían,
do está de Adán la culpa y su memoria,
do los que rey del siglo te decían?
¿Cómo el hijo del hombre tu cabeza
quebrantó con ultraje!
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas;
Tú, que la erguida frente levantabas
más que de Horeb la cumbre,
¡oh, coloso de inmensa pesadumbre!,
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del oriente al ocaso
en alas de mil ángeles pasea
tu vencedora cruz, Verbo divino;
ni es de hoy más Israel único vaso
de elección, que al altísimo destino
de hijos de Dios nos elevó tu muerte:
con tu sangre la fea
mancilla de la culpa en nos lavaste,
y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh, gloria sin segundo
al Redentor, al Salvador del mundo,
por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso
día que tu cruz santa el orbe hermana
con vínculo de amor indisoluble:
plácida caridad, almo reposo
y paz perpetua reinan; la voluble
fraude tragó el infierno en su honda sima;
la libertad cristiana
para siempre ahuyentó la tiranía,
y los tiranos bajo quien gemía,
triste el linaje humano
derrueca el Cristo con potente mano,



Retablo pintado por Juan de Juanes, reconocido por todos como el mejor Salvador de este autor, y que se conserva en el Museo de Valencia (Fot. Martín Vidal)

que no quiero que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa
es ley de libertad, y los tiranos
en balde se coligan contra el Verbo;
El los quebrantarán con fuerza tanta,
cual león que destroza el flaco ciervo,
cual rompe el barro frágil metal duro:
iguales los cristianos
y libres vivirán siempre sin sustos,
el Cristo reinará sobre sus justos;
el orbe renovado,
de la Sión celeste fiel traslado
será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cuál mi inflamado pecho
ansía por ver tu gloria, y las venturas
del linaje humano que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
traspaso, y veo volar la serie triste
de los males del tiempo venidero,
y las culpas futuras;
mas tu gracia, Señor omnipotente,
desciende, en fin, y tórnase inocente
el mundo iluminado
con tu ley, y en tu amor santificado,
y despojado del Adán primero.

ABATE MARCHENA

A la Resurrección de Jesucristo

Yacía envuelto en polvo y sangre yerta
bajo la losa fría
el santo de Israel, el pecho herido,
la temblorosa faz de horror cubierta.
Triste el mundo gemía
en densa niebla y en temor sumido:
en medio la alta cumbre,
doliente el sol obscureció su lumbré.

La despiadada muerte poderosa,
blandiendo su guadaña,
con la divina sangre ya teñida,
en torno del sepulcro silenciosa
gira con fiera saña,

y el humanal linaje, envanecida,
con poderoso hierro
en pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehová de esplendores inmortales
en densa luz velado,
del alto empíreo en el supremo asiento,
do sustenta del orbe los quiciales,
y el curso arrebatado
fija á los astros su imperioso acento;
habló con voz tonante,
que sonó de la aurora al mar de Atlante.

«¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano
(dice) del inocente
el nombre ha de borrar? ¿El almo nombre
que el firmamento adora? No; que en vano
contra el brazo potente
osó el abismo. Triunfará, y el hombre
de antigua tiranía
será de hoy libre: la victoria es mía.»

No encendido tan súbito en la altura
globo de luz brillante
por el aire en la noche se desprende,
cual del padre Abrahán la mansión pura
el ánima triunfante
rápida deja y el sepulcro hiende.
Síguela el coro santo
que anheló su venida en largo llanto.

La obscura tumba en célicos fulgores
se inflama; nuestra vida
el pecho sangrentado hinche glorioso,
y el rostro baña en cándidos albores.
Se alzó, y en voz subida
venci, dice; y con eco armonioso
tierra y mar resonaron,
y del orbe los polos retemblaron.

Venci. Del cielo las eternas puertas
con planta venturosa
el humano entrará. Satán impió
logró en vano con artes encubiertas
la estirpe numerosa
del hombre esclavizar; ya el reino umbrío
cayó; mi fuerte mano
rompió los hierros del audaz tirano:

«Salud, mortales; el amargo lloro
desterrad: nuevo día
á la tierra nació. Piadoso el cielo
de inmarcesibles bienes el tesoro
abundoso os envía;
de bienes, que de Edén el grato suelo
jamás ¡oh! fecundaran,
y en vano vuestros padres suspiraran.

«¡Oh Dios!, tu brazo fué, tú lo juraste,
la espada, que potente
me ceñiste, triunfó. Tú las naciones
á mis pies, y los pueblos subyugaste,
vuela de gente en gente
mi nombre: victoriosos mis pendones
del Tártaro profundo,
tremolan por los ámbitos del mundo.

«Cayó, cayó Salén. Roma, tu solio
¿do está? ¿Do las que el viento
enseñas vanas desplegó ondeantes?
Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,
y fijó eterno asiento
mi religión. Ante ellas vacilantes
cayeron derrumbadas
al ciego error las aras levantadas.

«Hijo del trueno, vuela; el pueblo ibero
en tu celo ardoroso
feliz su gloria cifra: eterna gloria
reservada á la fe. Del nombre fiero
en conflicto dudoso
triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.
¡Oh, vírgenes sagradas!
Cantad, del yugo infame libertadas.»

Dijo; y la cruda Parca el sacro acento
oyó, y en triste aullido
lanzóse presto al tenebroso lago.
Estremecióse el avernal asiento;
y con ronco alarido,
Luzbel, gimiendo su fatal estrago,
salió del negro trono,
y rompió el cetro con feroz encono.

JOSÉ MARÍA ROLDAN

La renombrada Cofradía del Descendimiento y Quinta Angustia

Por la armónica disposición de las figuras y por el precioso conjunto con que se representa el episodio que conmemora, es esta Cofradía del Sagrado Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y la Quinta Angustia de María Santísima, una de las más interesantes y admiradas de cuantas hacen estación a la Catedral.

Sobre unas riquísimas andas con *canastillas* de maderas olorosas y bronce labrados, desciende de la Cruz la hermosa imagen del Nazareno, sujeta por blancas ataduras y pendientes de las manos de José de Arimatea y Nicodemo, que están en lo alto sobre escaleras. Al pie del madero santo esperan al cuerpo de Jesús la Santísima Virgen, San Juan Evangelista y las tres Marías, en grupo doloroso de extraordinaria belleza. Y todas las imágenes, á excepción de la de Cristo, visten lujosos trajes de terciopelo con ricos bordados en oro.

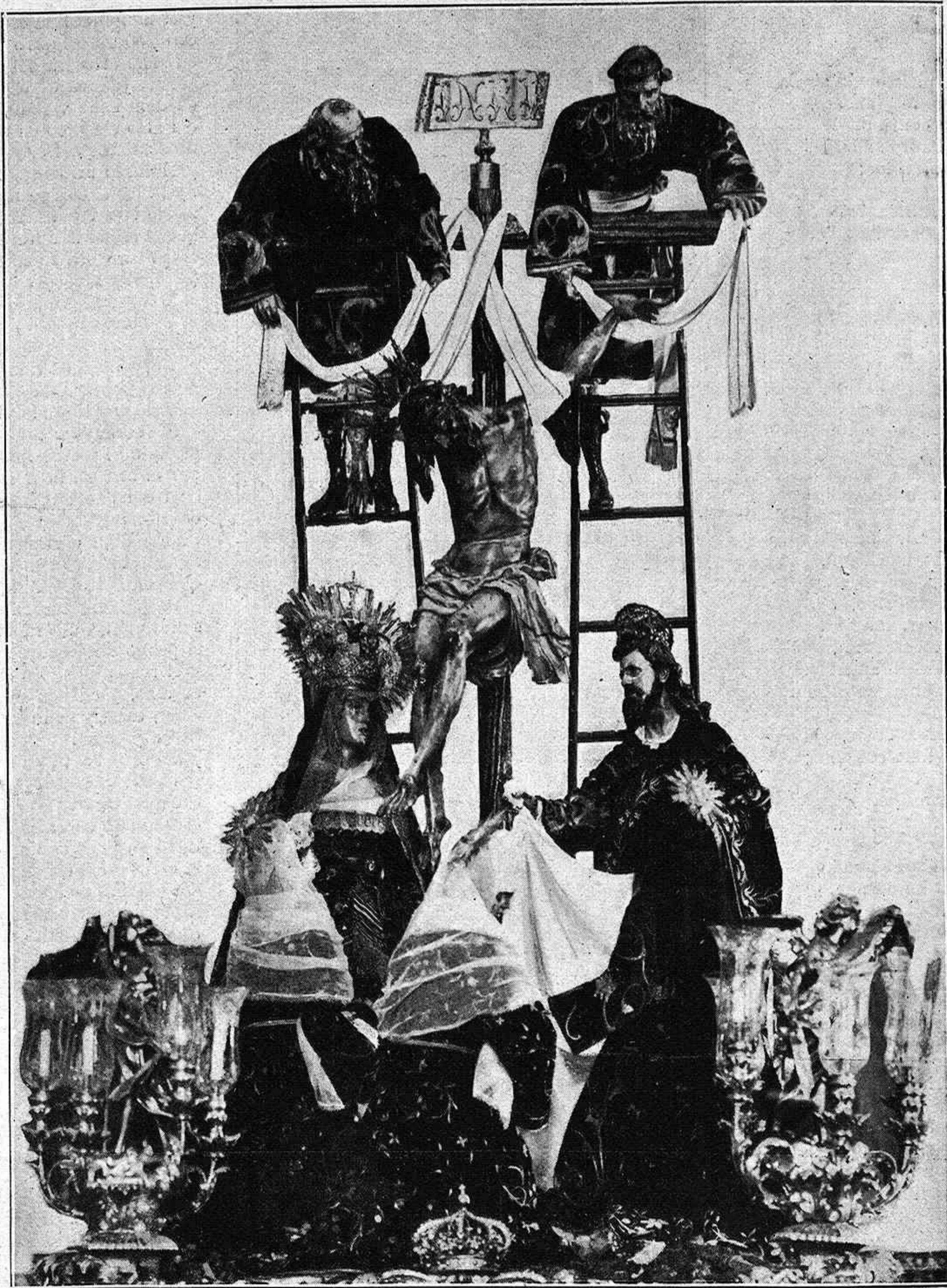
Esta hermandad está establecida en una capilla de su propiedad, que forma parte de la iglesia de San Pablo. Tiene la capilla tres bóvedas de estilo mudéjar, recién descubiertas, y un alicatado de preciosos azulejos hasta una proporcionada altura de sus paredes. Y además de las magníficas obras de arte que constituyen el misterio de su *paso*, cuenta con la de un Niño Jesús, de singular mérito, y valiosos cuadros de Valdés Leal, Ruelas, etc.

En los primeros tiempos de esta Cofradía, sus hermanos eran de sangre y luz, habiendo sido aprobadas sus Reglas ó Estatutos en 5 de Febrero de 1541, siendo arzobispo de Sevilla don Gutiérrez Alvarez de Toledo.

En ellas se establecía que antes de la procesión hubiese sermón de Pasión; que se visitasen los sagrarios de la Catedral, el Salvador, San Pablo, la Merced y San Vicente, terminando con el lavatorio á los disciplinantes.

La cera que usase la hermandad habría de ser de color azul.

La comunidad del convento del Carmen, en cuya iglesia se fundó esta Cofradía, agradecida á los muchos favores que recibiera de ésta, le hizo concesión de diversos privilegios; entre



El Descendimiento y Quinta Angustia

otros, el que *el hermano mayor que por tiempo fuese, tuviera voto, celda y ración de comunidad en los capítulos que se celebren en la provincia.*

En un arreglo de Cofradías que se verificó el año de 1623, se unieron á la del *Descendimiento*, la del *Sagrado Lavatorio* y la del *Prendimiento de Nuestro Señor Jesucristo*, desuniéndose después.

Por este tiempo, aparte del *paso* del Descendimiento, sacaba otro con el sol eclipsado y distintas representaciones y jeroglíficos.

Decayó la opulencia y auge de esta Cofradía durante algunos años, hasta el punto de que era muy escaso el culto que daba á sus imágenes y muy corto el número de sus hermanos; mas como entraran en ella nuevos elementos, introdujeron muy importantes reformas, tanto en las imágenes como en los *pasos* y capilla, haciendo estación pública en 1807, con toda solemnidad.

A causa de la invasión francesa en Sevilla el año 1810, quedóse el convento del Carmen sin

religiosos; mas se lograron salvar las imágenes de la Cofradía y sus alhajas con grandes esfuerzos y peligros; siendo trasladadas aquéllas á la iglesia de San Vicente. Pero, por especiales circunstancias, las imágenes tuvieron que ser guardadas en un cuarto de la sacristía de dicha iglesia, no dándoseles culto. Mas en 1811 se trasladó la hermandad con sus imágenes á la iglesia de San Pablo, quedando establecida en la misma.

En el año de 1817, el Consejo de Castilla aprobó nuevos Estatutos, agregándose á la Real Congregación de Luz y Vela, que estaba establecida en el Palacio de Madrid. Además, el rey Fernando VII se declaró hermano mayor de dicha Cofradía en 22 de Enero de 1818.

Nuevos desmayos y disgustos de los cofrades llevaron á la hermandad á otra época de decadencia, trasladándose, sucesivamente, al Sagrario de la Catedral, á la iglesia de los Menores y á la de San Buenaventura, hasta que otra vez, en 1844, reingresó en la del Carmen.

Mas habiendo alcanzado nueva opulencia y unido con la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús, que se encontraba establecida en la capilla de su propiedad de la

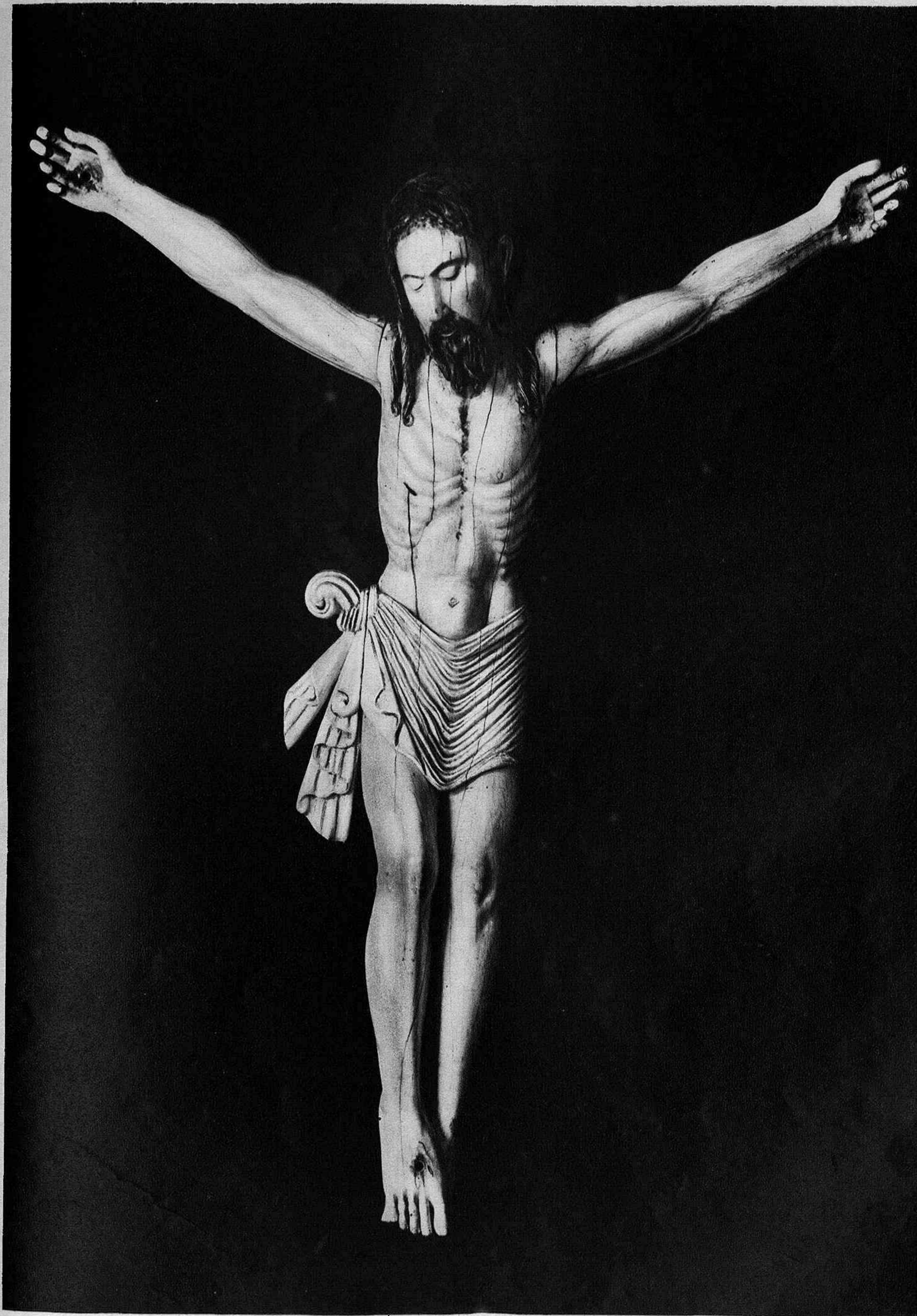
iglesia de San Pablo, hizo el traslado de sus imágenes y archivo á la referida iglesia.

En Marzo del año 1855 hizo fiestas por la declaración dogmática del Misterio de la Pureza, entre aquéllas, una procesión pública con el Divino Sacramento bajo palio y las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen sobre sus respectivas andas.

En 1857 estrenaron los hermanos túnica de merino morado, sin cola y con capirote corto, llevando en el hombro izquierdo estampado un Jesús. Ahora usan la túnica de la misma clase y color, con el aditamento de una capa. Hace algún tiempo suprimió el *paso* del Niño Jesús, no haciendo estación más que con el Descendimiento, que, como dijimos al principio, es una verdadera hermosura de composición y arte.

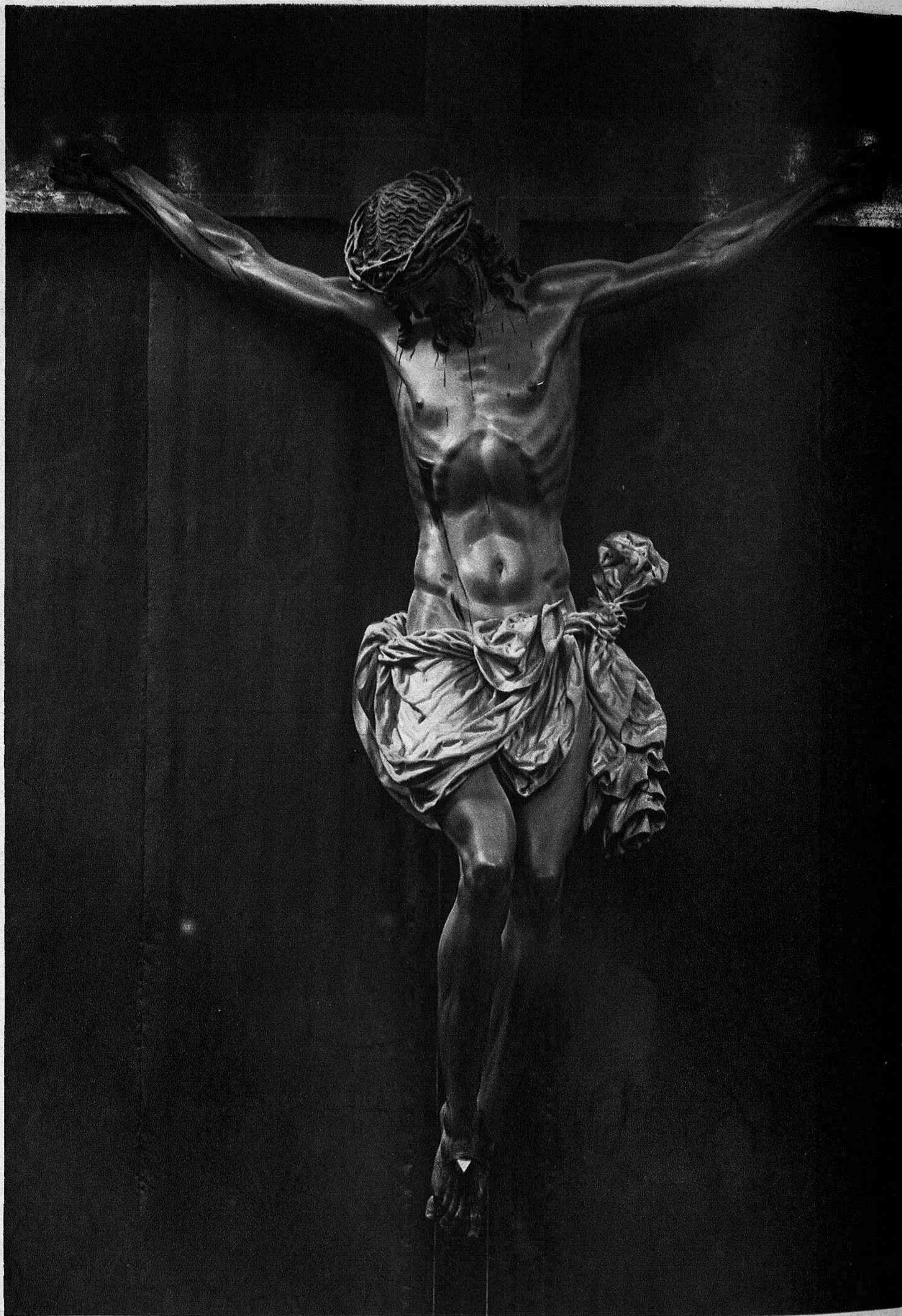
Bien puede ufanarse Sevilla de poderlo mostrar á la admiración del mundo entre tantos otros magníficos.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



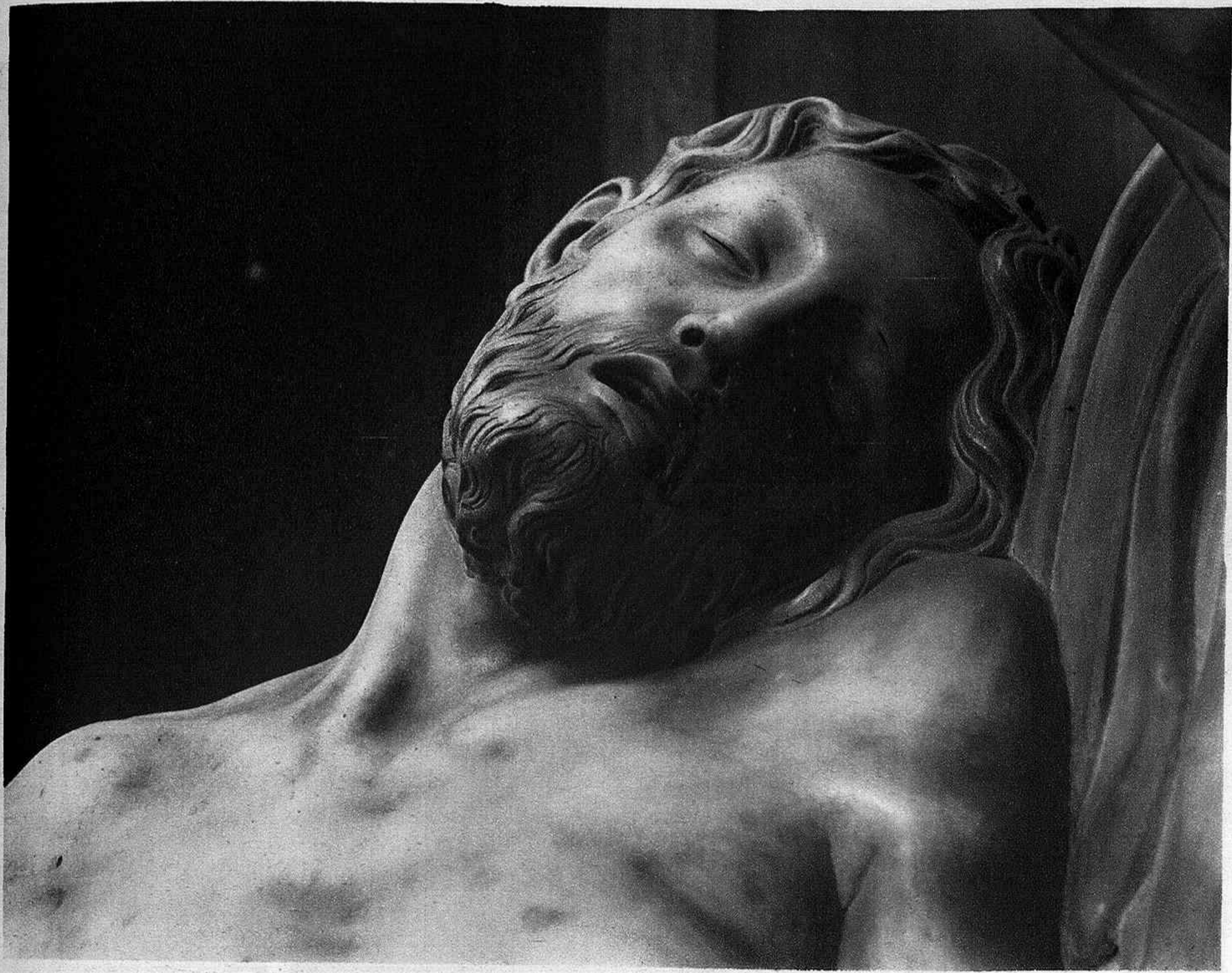
CRISTO EN LA CRUZ

Talla en marfil



CRISTO EN LA CRUZ

Escultura de Montañés, que se venera en la Catedral de Granada
(Fot. Lledó)



CRISTO MUERTO

Detalle de una Piedad del siglo XVI, que se conserva en la Catedral de Avila (Fot. Lladó)

S A N G R E

Blanco Cristo que diste por nosotros
toda tu sangre, Cristo desangrado
que el jugo de tus venas todo diste
por nuestra rancia sangre emponzoñada;
lago en seco, esclarece tus blancuras
ese río de sangre que á tus plantas
riega el valle de lágrimas. La sangre
que esparciste en perdón es la que enciende,
donde su planta fué, tu eterna lumbre;
la sangre que nos diste es la que deja,
pan candeal, tu cuerpo blanco. Sangre:
roja tu sangre como luz cernida
por panes—pétalos—del oro dulce,
nunca soñada flor de los redaños
de la tierra en un tiempo incandescente.

¡Sangre! ¡Sangre! Por Ti, Cristo, es la sangre
vino en que ante la sed fiera del alma
se estruja el universo. Los racimos
de estrellas temblorosas que colgando
de la celeste bóveda—la parra
que del eterno sol á nuestra tierra
guarda que no la escalde—esos racimos,
de estrellas, ¿qué destilan sino sangre?
¿Qué es su luz sino sangre que se enciende
con el amor? La sangre en que la vida
de la carne nos guarda, nos redime;

ni da fruto el amor sin sangre. Blanco
quedaste al agotarla á fondo, entera;
como el pan candeal blanco tu cuerpo,
blanco como la luna desangrada
que blanca y fría en torno de la tierra
lleva la antorcha del amor constante
por la noche del mundo. Toda sangre
se hizo la luna. Tú, Hijo del hombre,
fuiste de nuestra sangre, y por nosotros
vertiste toda y con el mar cubriste
de tu sangre á los hombres. Tú, cordero
de la sangre de amor siempre sin merma,
restañaste con esa sangre roja
la mancha del pecado—la conciencia
del mal obrar, que hace remordimiento—
y nos dejas marchar quitos del peso
que al corazón nuestra cabeza abruma.

¡Oh, Cristo del perdón! Tú nos perdonas
aun antes de pecar, y así vivimos
libres del torbellino que á la sima
de perdición conduce. Tú perdonas
al hombre que no sabe lo que se hace:
¡perdón es tu lechosa luz lunar!

MIGUEL DE UNAMUNO

(Del libro «El Cristo de Velázquez» edición Calpe)



LA RESURRECCION DE CRISTO

Famosa tabla que representa la resurrección de Cristo y que se conserva en la Catedral de Avila (Fot. Lladó)



Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Gracia y Esperanza, á la salida de su Parroquia



Santísimo Cristo de la Expiración (el Cachorro), del barrio de Triana, á su paso por el puente

AUSENTES del amado solar que aromó las horas de nuestra infancia; lejos de la ciudad armónica y luminosa que llenó de fragancias nuestra juventud, nuestra pluma ha querido trazar estas impresiones como una ofrenda fervorosa y sentimental á la «patria chica», que ahora celebra, bajo la pompa de su cielo incomparable, la más intensa y conmovedora solemnidad del rito cristiano.

Sevilla y primavera. Esto es: dos palabras que fueron creadas para enlazarse en un maridaje tan absoluto que parece una redundancia.

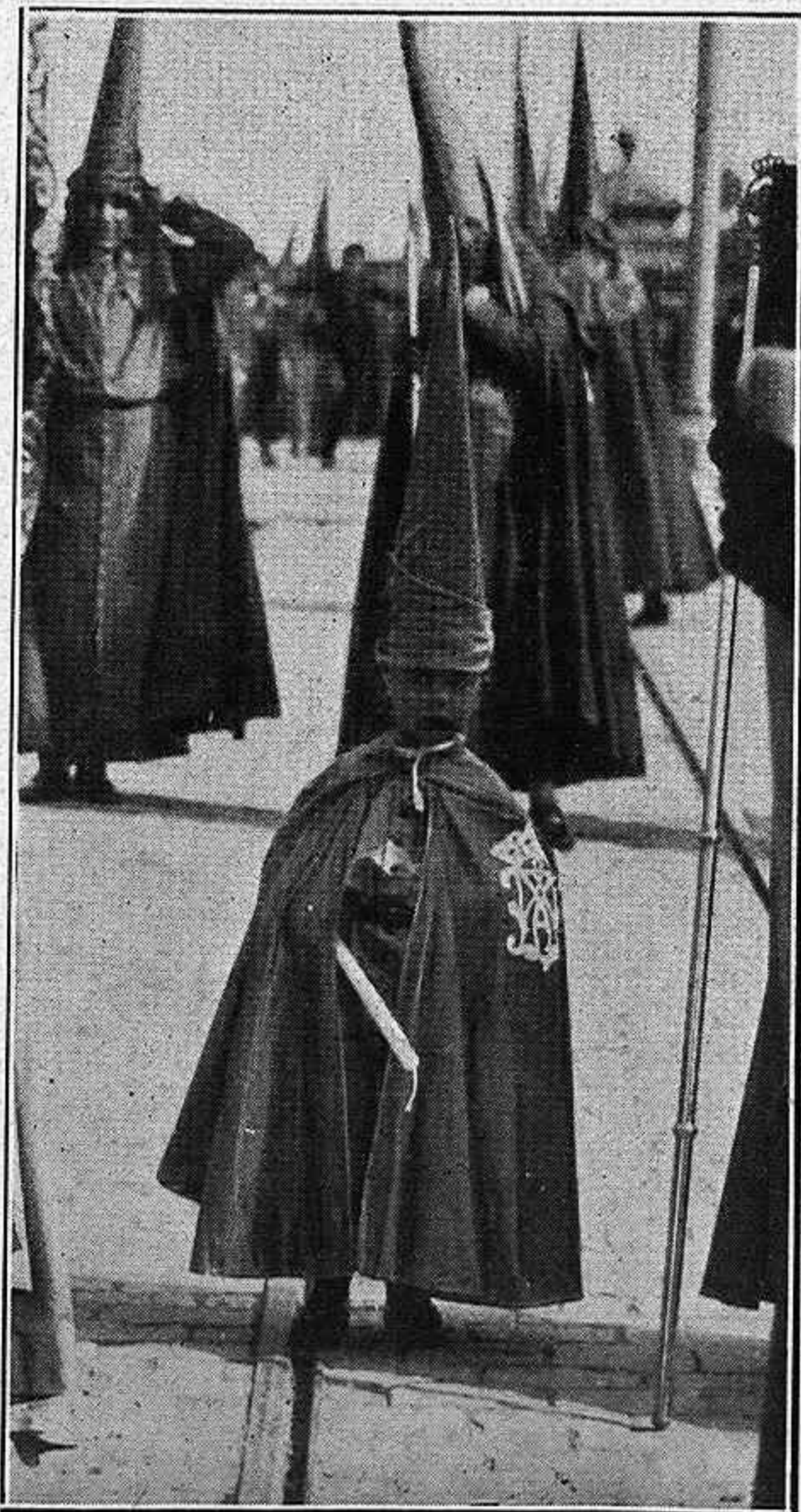
Unidos los dos términos, son la exaltación lírica y pasional de un concepto de arte y de belleza.

Sevilla, la ciudad eternamente novia... Como una novia nos acoge ilusionada, engalanada, y no se nos entrega del todo nunca... Es la ciudad- ilusión, como el recuerdo perfumado de la más bella aventura.

El tópico no llega á desprestigiarla ni la hiperbole la falsea... Detrás de la Sevilla espectacular y en fiestas de esta semana, hay la Sevilla íntima y buena, donde es amable la vida, donde tiene un ritmo de canción y una suavidad de perfume exquisito...

Es la Sevilla de los incomparables vésperos, frente al río legendario que murmura reflejando un cielo maravilloso; la Sevilla optimista, esperanzada y hospitalaria, propicia á la amistad, blanda para el elogio, fácil para la agudeza...

Sevilla, la novia, la ciudad donde mejor sabe el amor, porque, como una novia, da la esperanza y el deseo sin hartura, y da, sobre todo, para quien sabe gustarla, una alegría que no llega á la carcajada brutal, pero que tampoco hace la sonrisa maliciosa...



Niños Nazarenos de una Cofradía (Fots. Serrano)

Alegría fecunda, bálsamo y acicate... Alegría de esa risa y de ese beso que tiembla en los labios de las novias... Esto es, promesa, incitación, esperanza... Deseo contenido, que es el más sabroso... Embriaguez deleitosa que no llega al hartazgo...

•••••

La Semana Santa en Sevilla, aunque parezca paradójica, es una fiesta profana. El sentimiento religioso se funde en la viva paganía del ambiente.

Bajo la luminosidad rutilante del cielo, el piadoso desfile de las Cofradías pierde todo su misterio tenebroso...

La radiante luz solar, hiriendo los cuerpos de los Cristos trágicos de Montañés, da humanas tonalidades á las maravillosas tallas crucificadas, y hace que la púrpura de las sangrientas llagas luzca como rojos claveles primaverales...

El claroscuro que nos impresionó en el retablo pierde su emoción á pleno sol...

Y de todo el desfile de cientos de «pasos» y millares de penitentes enlutados, sólo queda en nuestras retinas el centelleo áureo de los áureos bordados en los mantos de las Vírgenes, la policromía de las flores esparcidas en las andas y la impresión de aquellas pupilas—tan humanas—preñadas de lágrimas, que tiene la Virgen de la Cofradía de San Gil; esa Virgen tan pequeñita, tan sevillana y «tan mujer», que hizo brotar este madrigal de la boca de un poeta del pueblo:

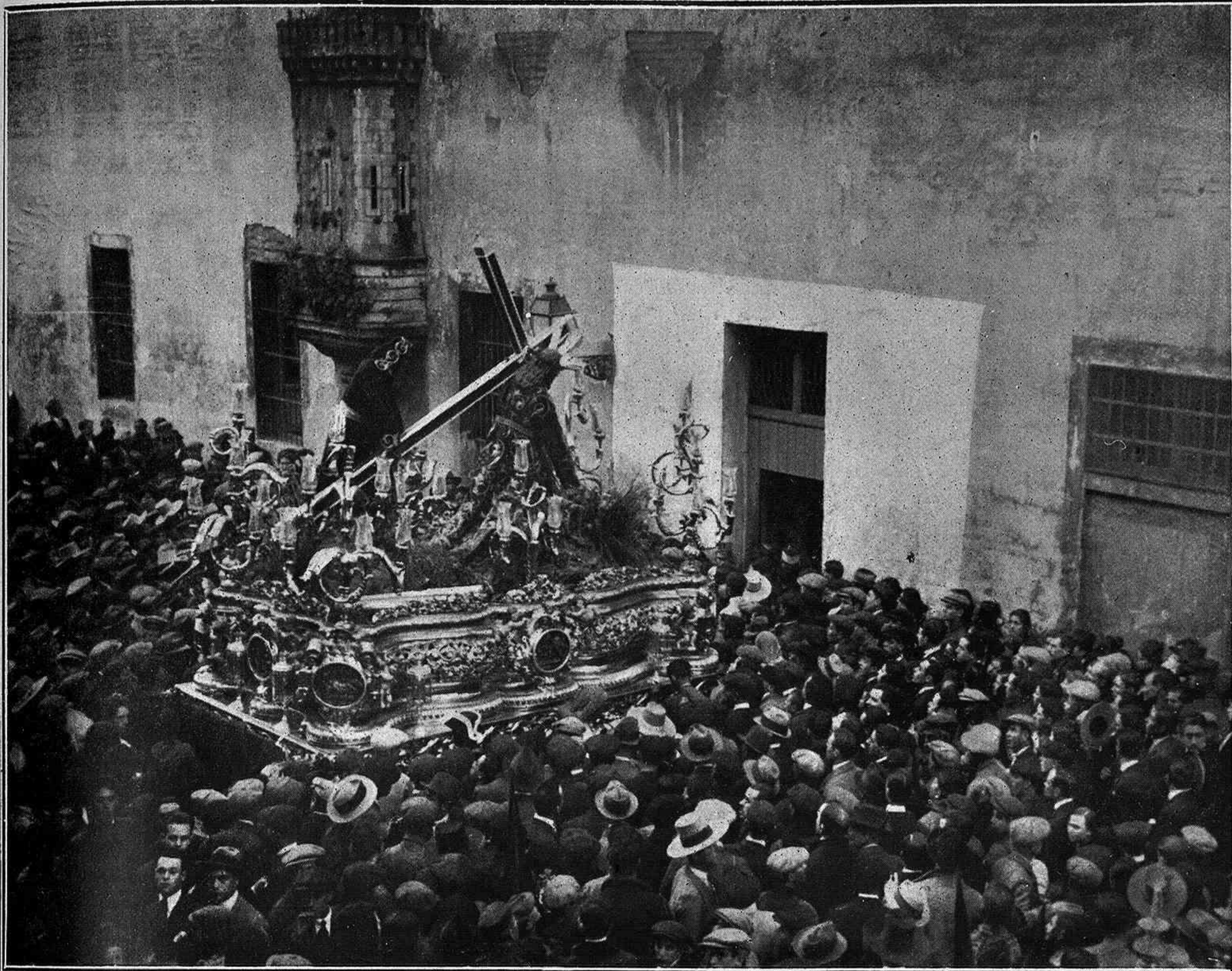
¡Virgen de la Macarena,
e quiero porque es tu cara
como la de mi nena,
morena clara!



El Santísimo Cristo de las Cinco Llagas á su paso por la plaza de la Constitución



Penitentes de una Cofradía



Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas, en las rejas de la cárcel

La madrugada del Viernes Santo en Sevilla es como la síntesis espiritual de toda la semana de fiestas.

Al mediar la noche, bajo el claror de la luna de Parasceve, la ciudad entera se agita en un vértigo de emoción. Palpita en las calles el entusiasmo de la multitud que invade las tribunas y se estaciona en las aceras, apiñándose en el arroyo, arracimándose en los balcones, llenándolo todo en inmensas oleadas que fluyen sin cesar de todas partes.

Es la vigilia de un pueblo entero, la inquietud nerviosa de cientos de miles de almas en vela, la exaltación y el vértigo de una ciudad que no duerme y que, tras varios días de continuo ajetreo, quiere agotar en esta noche decisiva el resto de sus energías.

Mientras el público, la multitud alborotadora y curiosa, llena el centro de la ciudad, los devotos tradicionales se expanden hacia las barriadas para presenciar la salida de su Cofradía predilecta.

De todas ellas, ninguna tan impresionante, tan llena de íntima y recatada emoción como la Cofradía de Jesús del Gran Poder, el Cristo aureolado por el prestigio de todas las devociones populares, al que rezan cada viernes millares de peñales femeninos; el Cristo milagroso de las peñales macarenas, de los majos de la Alameda y de las madres de los toreros...

En la plaza de San Lorenzo, bajo la pompa florecida de las acacias, blancas por el milagro de la luna, se congrega una inmensa multitud de devotos.

Hay miles de personas, incrustadas unas en



Otro niño Nazareno (Fots. Serrano)

otras, colgadas de las ventanas, encaramadas en los árboles, subidas en los brazos de las farolas, y no se escucha el más pequeño rumor.

Giran entonces lentas las puertas del templo, y ya se ve en el fondo la «Cofradía del silencio» en orden de marcha...

Salen primero largas filas de penitentes enlutados que se abren paso entre la multitud callada, esparciéndose por la gran plaza, perdiéndose entre el gentío, entre el que van trazando, como guirnaldas lívidas, dos grandes hileras con las luces chispeantes de sus cirios...

Atruenan el aire la clara vibración de un clarín, y la muchedumbre, como movida de un resorte, se arrodilla unánime.

El «paso» del Cristo del Gran Poder aparece en el umbral del templo. No se oye ni el más leve rumor, ni aun el alentar de la multitud devota.

Detrás de las andas veneradas hay largas filas de mujeres y hombres penitentes que van descalzos, cargados con toscas cruces pesadísimas, arrastrándose entre los nazarenos revestidos, andando trabajosamente, enlazados los pies por fuertes grillos y con la vista fija en la escultura sagrada, de la que esperan el milagro ó el perdón.

Millares de cirios arden en torno de la imagen, que recibe en el rostro el triángulo de luz de un reflector que arranca vivos destellos á los áureos bordados de la túnica y claras irisaciones á las manos cetrinas del Cristo, enjoyadas con las ofrendas suntuosas de sus devotos...

Un golpe de martillo de plata en las andas pone en marcha la procesión. El Cristo, alzado en pavés, se eleva con leve cimbreo.



El famoso Cristo de la Coronación, uno de los más bellos Pasos

Y en este instante, una clara voz de mujer desgarró en el aire la saeta tradicional:

Míralo por dónde viene
[ne
el mejor de los «nacidos»
.....

Ya al amanecer, sobre la multitud fatigada, aun palpitan dos grandes emociones tradicionales y simbólicas.

Es una el patetismo de la escena del Cristo trianero ante las rejas de la Cárcel.

Los hombres que no tienen libertad se la piden al que fué víctima de todos los ajenos pecados... Las manos laceradas del Cristo, ante las súplicas vehementes, ante las saetas desgarradoras, parecen querer abandonar la Cruz para tenderse en un gesto de perdón...



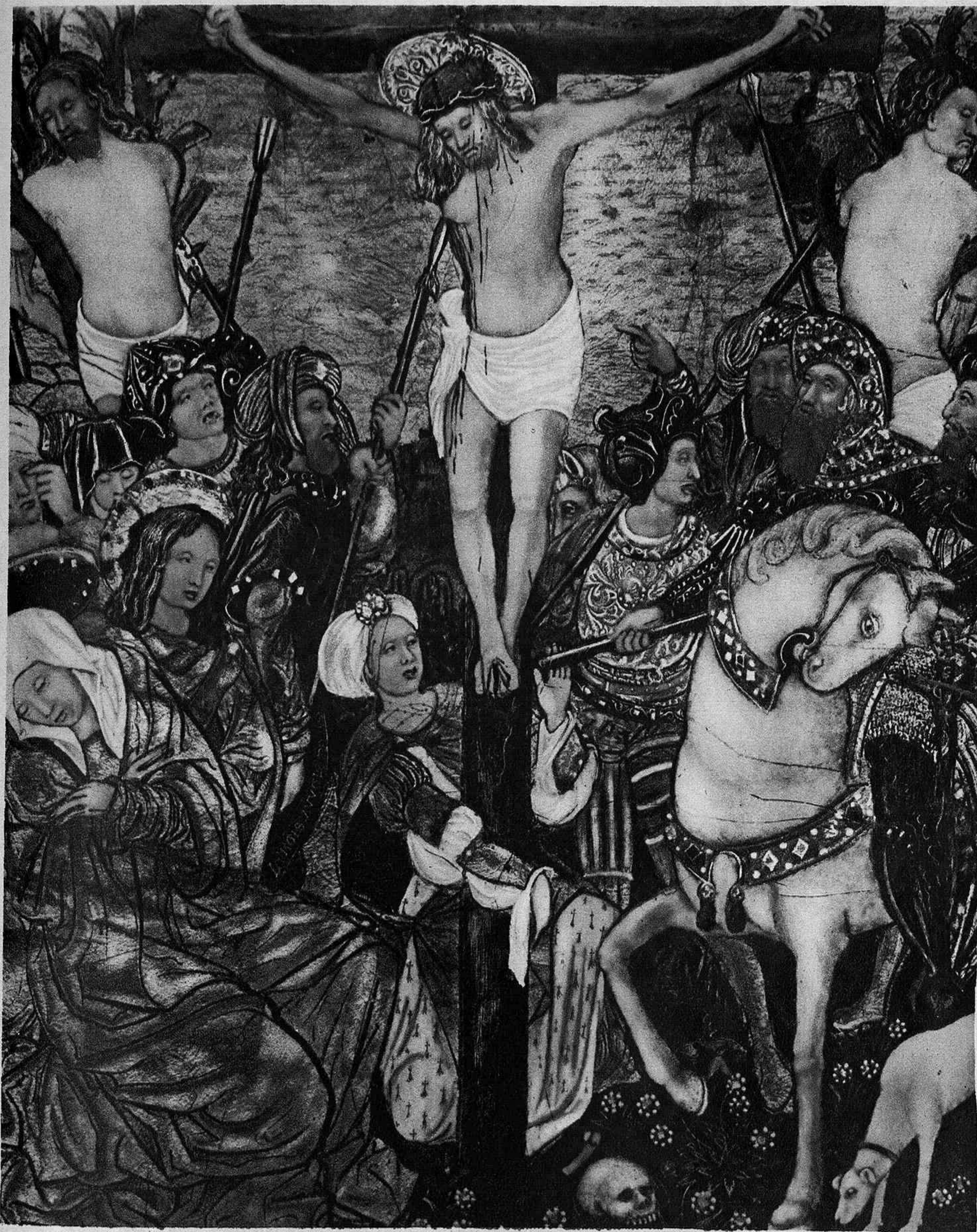
Nuestra Señora de la Esperanza, del barrio de la Macarena
(Fots. Serrano)

Y, mientras, al otro extremo de la ciudad es el triunfo ruidoso, algarero y como una romería de la Virgen de la Macarena que retorna á su barrio, entre aplausos y coplas, vivas y pipopos, como una mocita en una fiesta de Mayo...

Entonces, sobre la multitud fatigada, á la clara luz matinal, empieza el lento doblar de las veinticinco campanas de la Giralda.

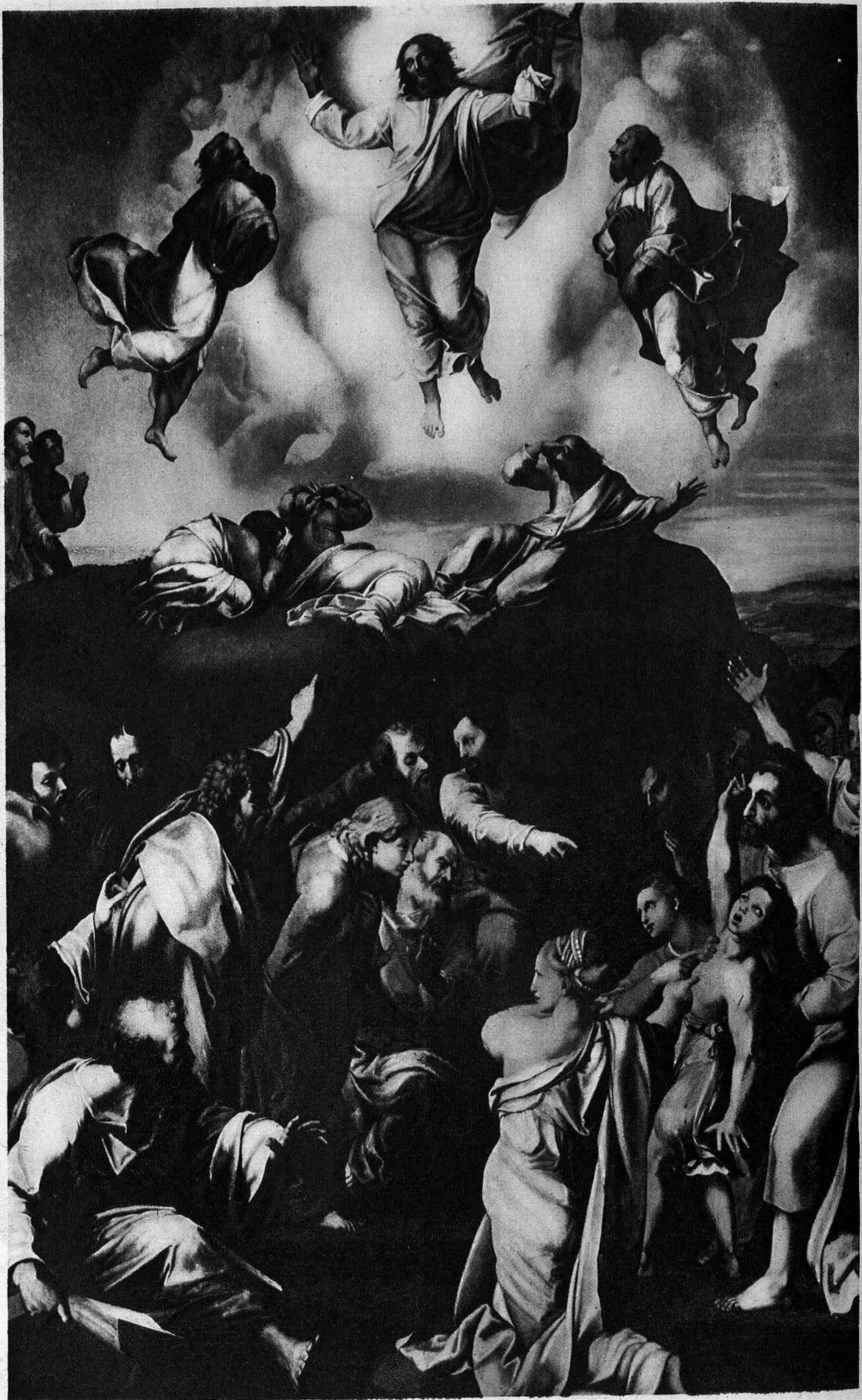
Las mismas veinticinco campanas que en la siguiente mañana dominical, ebrias del azul de su altura, voltearán jubilosas sobre la ciudad, celebrando con su clamor sonoro el triunfo de la Resurrección del Hombre-Dios, que es el símbolo de la fecunda renovación eterna de la Vida...

J. F. P.



«La lanzada», reproducción de una tabla primitiva

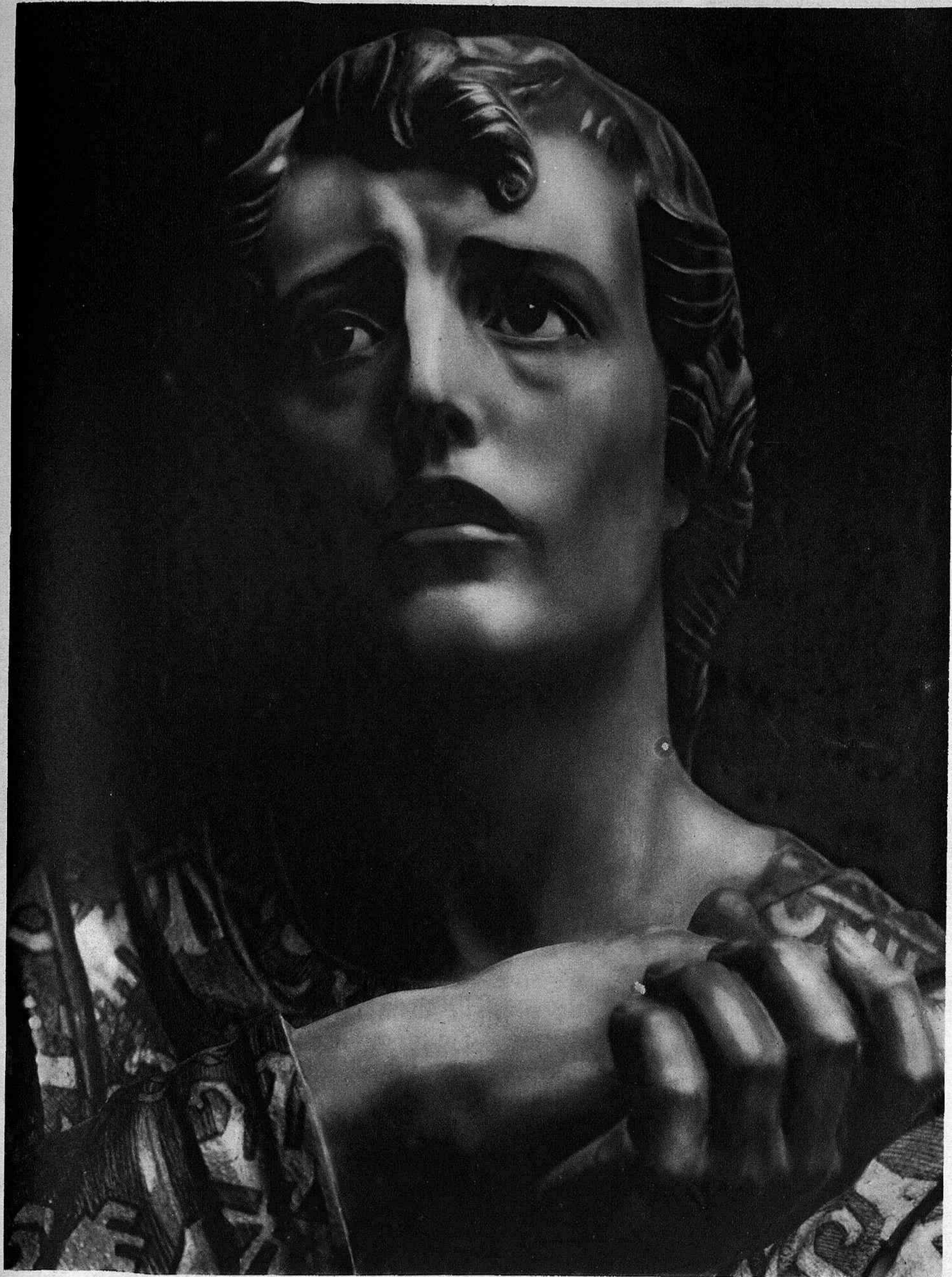
Momento culminante de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo fué el instante en que un soldado alanceó el pecho del Divino Mártir. El autor de la admirable tabla que reproducimos pone al soldado en actitud de herir, pero no pone en su rostro la saña inspiradora de su acción. Más parece realizarla contra su voluntad que inspirado por pasiones propias.



LA TRANSFIGURACION

Célebre cuadro de Rafael, existente en el Museo del Prado

LA ESCULTURA MODERNA



SAN JUAN EVANGELISTA

(Fot. Moreno)

Fragmento de una escultura del ilustre artista Adsuara



Cuando bebé esté falto de apetito, falto de alegría y energía, cuando el desarrollo de su cuerpecito no se efectúe con la rapidez y plenitud deseadas siendo el crecimiento lento y defectuoso, si su organismo es enclenque o amenazado de raquitismo HARINA LACTEADA NESTLÉ, nueva fórmula, hará el milagro, alejará el peligro.

Pero, no confunda, ni lo olvide Vd., debe ser

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Declamación de Jesucristo, Hijo de Dios, á su Eterno Padre en el Huerto

A quien consuela, enviado por el Eterno Padre, un ángel

TEMA

Tunc venit cum illis in villam, quae dicitur Gethsemani, et dixit discipulis suis: Sedete hic, donec vadan illuc, et corem.

(MATH., XXVI.)

JESUCRISTO, que cuando se apartó de sus discípulos para orar, les mandó que velasen, oró tres veces, y tres veces volvió á reconocerlos, y los halló durmiendo; y en Pedro sólo, como en la cabeza, reprehendió el sueño de los demás. Y habiendo ya concluido con su Padre la ejecución de su muerte, les dijo: *Dormite iam, et requiescite: ecce appropinquavit hora, et Filius hominis tradetur in manus peccatorum*, dándoles á entender que sólo su muerte les puede guardar el sueño, y sólo su pasión el descanso. Cuando les dijo: «Dormid ya y descansad», no lo dijo porque durmiesen, pues consecutivamente añade: *Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet*. El sentido de aquellas palabras: *dormite iam*, con las mismas lo declara el modo de hablar español; que cuando alguno que estaba cuidadoso queremos asegurarle de su temor, decimos que ya puede echarse á dormir. Ya había despejado de su humanidad, con haber concluido el despacho de su muerte, la agonía y la tristeza. Ya estaba alegre, pues no sólo aguardaba al que le viene á entregar y á los que le han de prender, antes con alborozo se da prisa á salirlos á recibir. Esto fué cumplir su palabra. Antes de apartarse dellos para orar les dijo: *Tristis est anima mea usque ad mortem*. No dijo que la muerte ni el morir entristecían su alma, sino que su alma estaba triste hasta la muerte; como si dijera que la amaba tanto, que hasta verse en ella estaba triste. Por eso, en concluyendo este tratado con el Padre, cesó la congoja.

Mas, pues estaba determinado *ab-aeterno* que había de encarnar y morir como hombre, ¿qué pudo añadir al decreto eterno la consulta del huerto? No la resolución, que como Dios con el Padre había acetado, sino las circunstancias, que ya como verdadero hombre calificasen por suya la obediencia, testificando las ansias la humana naturaleza; y para que como la divina obró tan prodigiosa maravilla en tomar carne humana, la humanidad, teniendo como mortal por sí y por su madre, no sólo muerte, sino la más afrentosa, saliéndola á recibir, hiciese como en competencia tan milagrosa hazaña. Resucitar muertos, perdonar pecados, dar vista á los ojos que la habían perdido, y á los que nacieron sin ella; dar salud con sola una palabra, ser medicina el tacto del ruedo de su túnica, multiplicar cinco panes en troj copiosa y dos peces en abundante pesquería; mandar la quietud á las borrascas y la calma al viento; pasear sublime las ondas del mar líquidas; desalojar los espíritus inmundos, con la voz, de los hospedajes de los cuerpos que tiranizaban; ayunar cuarenta días sin que la muerte, que naturalmente se sigue á los siete, se le acercase por la falta del alimento; hacer que con el agua vuelta en vino, las hidras fuesen lagares; descubrir la luz gloriosa que tenía doblada en su humanidad, y transfigurarse, y traer para testigos del paraíso á Elías, del seno de Abraham, á Moises; hacer que un ángel descendiera visible por embajador de su nacimiento á los pastores; hacer que, flamante partó del cielo, se estrene una estrella en el oficio de conductora, atrayendo tres reyes del Oriente á un pesebre, son obras que desde que nació hasta este día le manifestaban Dios y le disimulaban hombre. Y fué menester para que le creyesen hombre como Dios, no sólo que muriese, pues había de resucitar, sino que aunque había de resucitar, temiese el morir. Convino que ya que como hijo de su Padre había de resucitar, que como hijo de su Madre muriese; y que como había de subir á él glorioso, della se aparte triste. Fué halago de Dios y cortesía de Dios Hombre, con el miedo

de su muerte, agradecerla el que tuvo al concebirla; y misteriosa correspondencia que, como á su Madre la quitó aquel miedo un ángel, otro le quitase éste, que en su Hijo era agradecimiento de aquél.

San Agustín, en el salmo CXL, sobre el capítulo 22 de San Lucas, dice: *Oravit Jesus, intenta oratione, et sudavit sanguinem. Quid est de toto corpore sanguinis effluxio, ni si de tota Ecclesia martyrum passio?* ¡Oh agonía magnánima! ¡Oh tristeza generosísima! Quiere Cristo que toda la Iglesia y los mártires deban á su sangre la que han de verter por él. Tanto los ama, que se adelanta á sudar los trabajos que han de padecer: eficacísima dignidad del martirio, que saque primero sangre de Cristo que de los mártires. Pa-



«La Oración del Huerto», escultura de Salzillo

decer porque padecerán, es premiar el martirio antes que el mártir, para que al mártir sea sagrado premio el martirio.

Declama Cristo á su Eterno Padre.

¡Oh eterno y soberano Padre, de quien, siendo unigénito Hijo, no puedo ser sucesor, porque la unidad de la esencia no admite antes ni después! ¡Oh monarca omnipotente, cuya majestad es tan incomparable, que la grandeza de tu Hijo es no necesitar de heredar tu reino para reinar! Tú, que mandaste que me oyese cuando en el Tabor permiti que por los nublados de la humanidad amaneciese mi gloria, oye, oh soberano Padre de tu Palabra las palabras. Ya las hebdómadras traen mi hora; que mi obediencia sólo ha contado por mía la de mi muerte. Ya las promesas de los profetas se desempeñan, los deseos de los padres descansan, los yermos del cielo aguardan habitación, las poblaciones del infierno yermo, la vida gloria, resurrección la muerte, muerte el pecado, y la muerte con la mía. Véase que en perdonar al propio hijo, el amago fué de Abraham, y el golpe tuyo. Ya estoy en la estacada contrapuesto á Adán para su remedio; sólo conformes en el remedio y en el sitio. Yo en el huerto, él en el paraíso; él puesto en honra, yo

en agonía; él duerme, y su compañía vela; la mía duerme, y velo yo; á él le dan fruto suave y hermoso á la vista que coma, á mí cáliz amargo que beba; él quiso ser como uno de nosotros; por eso en mí uno de nosotros bajó á ser como él; Adán dió la culpa á la mujer; yo en mi madre aparté de la mujer la culpa por disculparle. A esto bajé del cielo á la tierra, y en esta obra ya son pocos, más dolorosos, los pasos que me faltan por dar.

Desde antes que desdoblases por los espacios vacíos esos volúmenes del cielo, y que encendiese tu voluntad la hoguera del día en el sol, y la llama de la luna y las centellas de los astros para contradecir las tinieblas; cuando yo estaba componiéndolo todo, y la nada no era aún antecesora del universo; y tú eras huésped y hospedaje de ti mismo, ni en soledad por las personas, ni en multitud diferente por la humanidad; y en el principio que nunca empezó, porque siempre fué, supe esta jornada mía y los sucesos della; la costa que había de tener mi paciencia y mi sangre, los autores de mis tormentos, los cómplices en mis afrentas y muerte, y cuantos del precio de su rescate harán rematado cautiverio; siempre supe lo que siempre será. No siento el padecer, que es á lo que vine, pues sentí que Pedro me disuadiese el padecer. El verdadero cuerpo mío hasta en el temor natural se muestra verdadero y á mi verdadero hombre, contra los que ciegos no han de querer permitirme, confesándome Dios, que sea lo que busqué. Antes es esto sacramento que miedo. Mi causa hace el cuerpo con su congoja, y yo la de mi cuerpo con la mía.

Como hombre tengo madre, que tú me escogiste, que el Espíritu Santo me dispuso; prenda de tu elección, depósito de todos sus dones; criatura de quien lo fué su creador, y tal, que he menester caudal de Dios para serla agradecido como hombre. Halléme con mi madre en la comida de las bodas de Caná, donde hizo la primera intersección y obré el primer milagro; díjome que no tenían vino cuando yo la estaba diciendo: «Mejores que vino son tus pechos.» Allí volví la agua en vino y la dije que no era llegada mi hora, en la cual había de volver en mi sangre el vino, lo que he hecho en la cena. Aquella ternura de mi amor no la convidó, porque no viese que el cuerpo que me dió y la sangre de sus entrañas eran manjar y bebida del traidor discípulo que me ha vendido y viene á entregarme. No quise que, en su presencia, en aquel corazón sacrilego tras mi cuerpo entrase Satanás. Quise que la permisión mía y tuya guardasen el decoro á la mujer que enmendó á Eva. Si tras el bocado que ella dió á Adán se apoderó el demonio del por el pecado, y dando yo otro á Judas se apoderó del, no convenía estuviese presente la que volvió en salutación el nombre de la que indujo la culpa (1). Ya, Padre, viene por caudillo de los soldados el hijo de perdición, á prenderme. El precio de los treinta dineros es ajustado á la profecía, no á mi valor; tanto me desprecia quien no da más por mí como quien me da por ellos. Empezando en su beso las afrentas de mi rostro, no extrañará las afrentas y el bofetón; más ignominiosa será, esta caricia que aquellos oprobios; más sentiré el tacto de sus dos labios que la batería de cinco mil azotes. Sea preferido en el privilegio de la Pascua á tu Hijo un malhechor, sea clavado en la cruz entre dos ladrones; si el uno me sigue, el otro me desprecia por compañero. Conviene á tu justicia que se sepa cuánto vale morir á mi lado, y que se tema que es posible condenarse quien á mi lado muere. Sálvese un ladrón porque dice que me acuerde del; ahórquese un discípulo porque se olvida de mí; desconoceráme en las maravillas el apóstol, y conoceráme rey, clavado en un madero, el ladrón; conózcase que el que mira con tu gracia tiene vista, y el que con su cobdicia, ceguera. Arrojará el precio de mi sangre el que me vende, y será

(1) De Eva leyendo al revés, sale ave.

condenación suya el que es rescate de todos; porque se vea que para condenarse es menester arrojar y desposeerse del precio de mi sangre. Lavárase Pilatos las manos de haberla entregado á los judíos, y no lavará con ella la culpa de condenarla.

Enseñen al mundo los tesoros de tu sabiduría mis tormentos; pronuncien tus misterios con sangre mis heridas; este sentimiento lo tiene el cuerpo como humano, empero la agonía que ahora, delante de ti me derriba en tierra, es de mi alma por mi cuerpo. Obedecerte y amar á la madre que me escogiste es ser tu hijo y suyo; en el relicario de su vientre recibí esta carne suya, de que se vistió tu Palabra. La sangre de mis venas, dádiva fué de sus purísimas entrañas. Oh Padre todopoderoso, ¿ella misma ha de ser esta humanidad que recibí della, hartando de venganza á los judíos? ¿Hecha escándalo de las gentes? ¿Acobardando el amor de los más de mis discípulos? ¿No sólo desconocida, sino rasgada y tan copiosamente cruenta? ¿Qué, yo, hijo tuyo, seré el martirio de mi madre? Yo, crucificado en la cruz, ¿la crucificaré en mí? ¿Expiraré yo á sus ojos, cuando amándome más que todas las madres á sus hijos, no morirá de dolor porque mi muerte, que sólo es para dar vida, aún de lástima no puede dar muerte? ¿Oírame clamar á ti, que eres mi padre, que por qué me desamparaste, cuando ella no me desampara? ¿Obligárame la ternera á llamarla mujer, porque la sequedad piadosa mitigue el sentimiento debido al nombre de madre? ¿Trocárela en las palabras el hijo, y con el discípulo querido mi madre, porque en la sustitución se divierta la pena? ¿Correrán igualmente lágrimas de sus ojos y sangre de mis venas? ¿Veráme con la hiel en los labios la paloma sin hiel, y tendrála en el corazón? ¿No la beberé yo y beberá ella?

Más larga ha sido la pasión de mi madre que la mía; no ha tenido gozo en que no padezca. El primero fué la embajada que de tu parte le dió el ángel para concebirme; temió y turbóse. No tuvo dolores en el parto; mas no tuvo en qué envolverme ni dónde abrigarme. Vióse madre mía, mas vióme en un pesebre; vióse entre los pastores que me adoraban, mas vióme entre dos bestias. Despachaste una estrella que fué conocida por tuya al Oriente, que le llevase nuevas de mejor sol y de aurora más esclarecida, para que trujese sus reyes de los palacios á ser vasallos en un portal; vió en las ruinas de aquel edificio arrodilladas las majestades, y ofrecidos el oro, el incienso y la mirra, misteriosos emblemas del precio de la incorruptibilidad y fragancia; trujeron los tesoros los tres reyes, mas con ellos la persecución de otro rey, que buscó mi garganta entre los cuellos de los niños, cuyas cabezas por mí antes tuvieron heridas que cabello; que apenas habían convertido la leche que mamaban en la sangre que por mí derramaron. Huyó á Egipto amonestado del ángel. Agradóla el cántico de Simeón, empero hirióla el cuchillo que me circuncidaba. Grande gozo sintió con mi compañía, teniendo mi niñez en su tutela, mas perdióme en el templo, consolóse con hallarme, mas dila que pensar, diciendo que yo había de asistir á cumplir tus órdenes, en que la notifiqué forzosa soledad de mí. Empezaron los años del oficio de redentor, para la predicación y enseñanza; ansiosa vino á verme cuando predicaba, respondí al misterio, y no á la madre; apartéme de su amor, que me buscaba, por seguir el aborrecimiento, que me huía; retiré las terneras de hijo en severidades de maestro. Pues, ¿cómo oh Padre, que en ti mismo me engendraste, la madre que para que me engendrase hombre me escogiste, después de haber padecido por mí tantas pasiones como días, en mí padecerá estos días mi pasión? Como Dios, bien sé que ha de ser; mas siento que haya de ser como hijo.

Pido que si puede ser pase de mí este cáliz, sabiendo que no ha de pasar y que no conviene que pase; porque el rehusarle en la oración cumplo con el cariño, como el beberle con la obediencia. Esto es querer morir como tu hijo, pareciendo hijo de mi madre. Yo, que soy como hijo tuyo tu entendimiento, y por eso contigo espiro la voluntad (que es el Espíritu Santo), como segunda persona en unidad de esencia, quiero que tu voluntad se haga. La de mi humanidad, de-

cente es que la oigas, pues me diste la que me la dió. Más tormentos padezco en saber que me los verá padecer mi madre, por ella que con ellos. Yo te doy gracias porque cuando decretaste que siendo Dios bajase á ser hombre, fué en tal criatura que me congojo de dejar aun sólo por tres días de ser hombre siendo Dios.

Esta es la noche de los dos cálices con que el amor satisface toda su sed; el que he dado á los míos, que tú me diste, es la vida; el que me dais de muerte beberé y no pasará de mí. Mas como tu cáliz nunca se agota, pasará por mí á Juan y á Diego, á quien le tengo prometido. Por eso truje conmigo á los que han de beberle por mí; el primero, Jacobo; Juan, el último; duermen ellos y Pedro. Saben desde la borrasca, que si yo duermo peligran ellos velando, y que velando yo están seguros durmiendo; todos descansan, pues yo peno por todos. Bien sé que mi madre (que es huerto cerrado), cuando me cantaba sus amores como á esposo, me llamó á este huerto diciendo: «Ven, querido mío, á tu huerto, y come el fruto de tus manzanas.» Este cáliz que me dieron es el que bebo.

El ángel conforta á Cristo de parte del eterno Padre. Tu soberano Padre. Hijo soberano y eterno, que mandó que en el Tabor te oyesen, te ha oído; y tanto como en aquel monte se agradó de ti transfigurado con gloria, tanto desfigurado con la agonía se agrada en éste. Ha hecho tu oración este huerto teatro de tus mayores proezas: hate visto luchar con el amor, cuya fuerza siendo Dios todopoderoso, dió contigo en tierra. Y si pudo tanto el que tenías al hombre que pecó, ¿cuál será la valentía del que tienes á tu Madre en quien nunca cupo pecado? Esta es la pasión de tu alma; por eso precede á la de tu cuerpo. Aquí con la ternera de hijo te padece á ti mismo, que eres infinito, con las congojas de tu meditación enamorada, que hace sumamente (con el contraste decoroso) meritoria la obediencia. Si te cuesta tanto Adán, por quien te hiciste hombre, tu Madre, en quien fuiste hecho hombre, debió costarte todas estas ansias.

Cuando de cara te arrojaste al suelo, todas las jerarquías desearon tejerte de sí mismas alfombra con las alas. Tu omnipotente Padre nos decía: «Cuando en el principio del mundo dije: ¿Veis que Adán es hecho como uno de nosotros?, misteriosamente en aquella ironía prometí que uno de nosotros sería hecho como Adán. Eché el primer hombre del paraíso, y puse de posta su puerta, porque no entrase en él, un serafín con espada fulminante; ésta cortará de manera en mi Hijo que, satisfecha con las heridas tuyas mi justicia, quedará la puerta libre á los que se armaren con ellas. Verá Noé que las reliquias del mundo que él rescató en el arca (cuando por las culpas universales lloró tanto el cielo, que sus lágrimas en diluvio inundaron la tierra), mi Hijo con el mundo antecedente, el que se siguió el que es y será, las salva, soberano piloto de vida, en un madero de muerte. Por eso á su humanidad tengo prevenido asiento á mi diestra, y los tronos de las majestades del mundo por escabel de sus pies; que eso serán sus apóstoles, que peregrinando llevarán su nombre á todos los confines de la tierra.

«Con rehusar beber el cáliz por la carne que recibió de su Madre, y con beberle por ministerio de redentor, cumple como Dios y Hombre, con la obligación de Hijo mío y suyo. Aflijele en la grandeza de Dios, en la correspondencia de amante, ver que el cuerpo de que le vistió su Madre se le ha de volver tan maltratado, que toda la sangre de sus venas, sin lo esmalte, ha de hacer oficio de mancha, no sólo sin lustre, sino por muchas partes lastimosamente roto; y esto sabiendo que en la propia virtud ha de resucitar al tercero día, resplandecientes en hervores de oro los golpes y señales, y enjoyado con sus propias llagas y heridas: al amor breves tardanzas le congojan. Más fineza es volverse á vestir la alma de mi Hijo en el sepulcro, yerto y desfigurado y con tantas roturas abierto, que lo fué ponerse flamante como salió cortado de las telas de aquellas purísimas entrañas. Si en la cruz se conociere el desaliño de las manos que se le desnudan, en la resurrección se conocerá la majestad del que vuelve á vestirsele.

«Primero entrará el ladrón en el paraíso y con

él, que su Madre; dicha es de Dimas y prerrogativa suya. Aun á sacar á los profetas y patriarcas no ha de bajar al infierno la Madre de Dios, que para que los fuese á sacar le bajó del cielo así. Primero entrará con los Padres en la gloria de los cielos, que su Madre en el día de su asunción los pise: esto es prevenir corte que la reciba como á reina, y que los que la son deudores, como á medianera que dió en la sangre el precio de su rescate, se prevengan familia y se muestren cortejo. Yo la aguardaré como á hija, el Espíritu Santo como á esposa, mi Hijo como á Madre; vosotros, milicia espiritual de mi trono, como á reina. Decencia es de la majestad aguardar, en las entrañas de sus reinos, que se junte al acompañamiento debido para recibirla. Esta es la providencia reverente, no dilación gateada.

«Oh, cuánto me agrado en la tristeza de mi Hijo, pues me obedece tanto en lo que teme á la muerte como me obedecerá en el morir! Más se padece á sí mismo en esta agonía que padecerá en poder de las iras de los judíos; su mayor tormento es que ha de ser tormento de su Madre, y ésta es la mayor gloria que su Madre le debe, pues cuando las manos más viles y los hombres más sacrílegos le martirizarán, él, Hijo mío y Dios hombre, martirizará á su Madre. ¿Qué blasón puede igualarse á las ventajas del artífice de la pasión de su Madre á los que lo serán de la suya? Prestará su cuerpo tres días al sepulcro, de cuyo claustro saldrá sin abrirle, como salió del sacrario de su vientre, porque hasta en esto su amor se saboreará repitiendo el milagro de su nacimiento. Y pues por ella abrevió el plazo de las hebdómadas para encarnar por ella abreviará el de estar en el sepulcro descabalando horas de los tres días.

«Padezca mi Hijo en su Madre. Sea cruz de su Madre mi Hijo. Ella le llamó á este huerto cantándole amores cuando dijo: *Veniat dilectus meus in hortum suum, et comedat fructum pomorum suorum*; palabras á que él respondió, llamándola al mismo huerto, con decir: *Veni in hortum meum, soror mea, Spousa messui myrram meam eum aromatis meis: comedi favum meum eum melle meo, vivi vinum meum cum lacte meo*. Desde entonces la llamó al mismo huerto á que le había llamado, apercibiéndola que ya había cogido la mirra que habían de mezclarle con el vino; que había comido en la cena, para despedirse, su panal con su miel, y bebido su vino con su leche; eso fué el vino vuelto en la sangre que á sus pechos mamó. Recíprocamente se llamaron, concordes están, entrambos cálices tocan á su Madre; al uno dió, con su leche en el vino transubstanciado en sangre, la bebida; al otro da su Hijo que le beba. ¿Quién sino mi Hijo y su Madre pudieran llorar los cantares y cantar los lloros? En él se vea el lirio entre espinas; en ella se oiga la voz de la tórtola.»

Ese sudor, Señor, que desciende por tu rostro al suelo en lluvia piadosa no ya la exprimen las ansias, no ya le impelen congojas. Ternera enamorada transminan por tu frente, tus venas, para que se vea es fuerte la dilección, tanto como la muerte lo es. El amor en sí derrama sangre sin lanza ni clavos, lo que después hará la muerte á fuerza de golpes y de heridas. No lo han de hacer todo los verdugos; empícelo el amor, y ellos lo acaben. Hoy que ha sido tu sangre bebida, sea sudor. Beba en él la tierra el remedio de la comida que la enfermó. Esta noche, que te guisaste manjar, y al pan le hiciste cuerpo tuyo (permitiendo que dél permaneciesen los accidentes porque quedase algo del que (r) será vida), suda tu rostro sangre para que el hombre, que por castigo en Adán hasta ahora comía el pan en el sudor de su rostro, por remedio le coma en el del tuyo.

Cogiera de la tierra en que cae ese rocío purpúreo para llevarle al cielo; mas como es precio del hombre, podrá pedirsele por hurto á mi veneración. Y pues ha de restituírle la resurrección á tu cuerpo, en él subirá al impio tan glorioso, que de paso ennoblecerá las luces del sol, llevando gloria á la gloria.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

(r) ceda toda. (El M. S.—Te va vida) suda. (El impreso).